MI CORAZÓN EN LOS DÍAS GRISES



JASMINE WARGA

Jasmine Warga

Mi corazón en los días grises

Traducción de **Verónica Canales Medina**

www.megustaleerebooks.com

En recuerdo de Aidan Jos Schapera,
que amaba la vida y nos enseñó a amarla a todos

El verdadero viaje de descubrimiento consiste en no buscar nuevos paisajes, sino en mirar con nuevos ojos.

MARCEL PROUST

Martes, 12 de marzo

Quedan veintiséis días

La música, sobre todo la música clásica, y sobre todo el *Réquiem en re menor*, de Mozart, tiene energía cinética. Si se escucha con la suficiente atención, puede oírse el arco del violín vibrando sobre las cuerdas, a punto de dar vida a las notas. De ponerlas en movimiento. Y, en cuanto las notas están en el aire, chocan unas contra otras. Brillan. Estallan.

Paso mucho tiempo pensando en qué se sentirá al morir. A qué suena la muerte. Si estallaré como esas notas, emitiré mis últimos gritos de dolor y luego me quedaré callada para siempre. O a lo mejor me convierto en una energía estática apenas perceptible, que solo se detecta si se escucha con mucha atención.

Y si no estuviera fantaseando ya sobre la muerte, me conformaría con trabajar en la centralita de Tucker's Marketing Concepts. Por suerte para ellos, se librarán de cualquier responsabilidad porque ya estaba mal antes de formar parte de la plantilla.

Tucker's Marketing Concepts es una empresa de telemarketing situada en el sótano de un pequeño centro comercial cochambroso, y yo soy la única empleada que no había nacido cuando se produjo la caída del Imperio romano. Hay varias hileras de mesas grises de plástico, que seguramente compraron de saldo en el Costco, y todo el mundo tiene un teléfono y un ordenador. El lugar apesta a una mezcla de moho y café quemado.

Estos días estamos realizando una encuesta para Paradise Vacations. Quieren saber qué valora más la gente cuando está de vacaciones: la calidad de la comida y la bebida o la calidad de las habitaciones de hotel. Marco el siguiente número de mi lista: la señora Elena George, residente en Mulberry Street.

—¿Diga? —me contesta alguien con voz ronca.

—Buenos días, señora George. Mi nombre es Aysel y la llamo de Tucker's Marketing Concepts en representación de Paradise Vacations.

¿Tiene unos minutos para responder un par de preguntas? —Carezco del tono cantarín que tienen la mayoría de mis compañeras. No soy precisamente la trabajadora estrella de TMC.

—Ya les he dicho que no llamen más a este número —me suelta la señora George y me cuelga el teléfono.

«Puede correr, pero no puede esconderse, señora George.» Es lo que anoto en mi agenda de llamadas. Por lo visto no está interesada en unas vacaciones pagadas de dos semanas a Hawái y disfrutar de una multipropiedad. Lo siento, Paradise Vacations.

Hacer más de una llamada sin un descanso entre ellas es demasiado para mí, así que me concentro en la pantalla del ordenador. El único aliciente de mi trabajo es el acceso gratuito y sin restricciones a internet. Hago doble clic sobre el icono del navegador y vuelvo a *Camino hacia la paz*, hoy por hoy, mi página web favorita.

—Aysel —me suelta el señor Palmer, mi supervisor, y pronuncia mal mi nombre, como siempre. Se pronuncia «Asel» y no «Eisal», pero a él le da igual—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que dejes de jugar con el ordenador? —Hace un gesto hacia la agenda donde están anotados los números de teléfono—. Todavía tienes un montón de llamadas pendientes.

El señor Palmer es de esas personas que podría dar un giro total a su vida si se limitara a cambiar de peluquero aunque fuera por una vez. Ahora mismo lleva un corte tipo casco, el típico peinado de chaval pandillero. Me gustaría decirle que un corte estilo militar realzaría su mandíbula, pero supongo que es bastante feliz con la señora Palmer, por eso no le corre prisa cambiar de estilo. Pues, bueno, será que el señor Palmer no está sufriendo la crisis de los cuarenta.

Odio tener que reconocerlo, pero me siento un poco celosa del señor Palmer. Al menos él puede mejorar si quiere. Un par de tijeretazos y estará como nuevo. Lo mío no tiene remedio.

—¿Qué pasa? —pregunta el señor Palmer cuando me pilla mirándolo.

—Tiene un pelo bonito. —Hago girar la silla. Me parece que he mentido. Mi trabajo no tiene un solo aliciente, tiene dos: acceso gratuito a internet y estar sentada en una silla giratoria.

—¿Hummm…? —gruñe.

—Que tiene el pelo bonito —repito—. ¿Ha pensado en cambiar de peinado alguna vez?

—¿Sabes? Al contratarte sabía que estaba jugándomela. —Agita un dedo

doblado cerca de mi cara—. Toda la gente de esta ciudad me dijo que me traerías problemas. Por tu… —Deja la frase inacabada y mira hacia otro lado.

«Por tu padre», finalizo la frase mentalmente. Entonces se me llena la boca de un sabor agrio y metálico que he llegado a identificar con la humillación. Mi vida puede dividirse en dos partes muy claras: antes de que mi padre saliera en las noticias de la noche y después de que eso ocurriera. Durante un instante me permito imaginar cómo se habría desarrollado esta conversación si mi padre no hubiera sido mi padre. Tengo claro que el señor Palmer no me habría hablado como si fuera un chucho callejero al que pilla hurgando en su cubo de la basura. Me gustaría pensar que habría tenido más tacto, porque ya nadie se molesta en tenerlo conmigo. Sin embargo, me asalta un pensamiento, una idea que intento quitarme de la cabeza con todas mis fuerzas. «Eso no cambiaría un ápice lo que sientes en tu interior.»

Hundo la barbilla en el pecho para dejar de pensar en eso.

—Lo siento, señor Palmer. Seguiré con las llamadas.

Mi supervisor no dice nada; se limita a levantar la vista hacia los tres carteles satinados que han colgado hace poco en la pared del fondo de la oficina. En cada uno de ellos se ve a Brian Jackson en diferentes poses: con los brazos cruzados sobre el pecho; con los brazos en alto por encima de la cabeza en señal de victoria; con los brazos pegados a los costados en plena carrera. Han retocado las fotos con Photoshop para dejarle la piel perfecta, aunque no ha sido necesario hacer ninguna modificación ni a su pelo rubio ceniza ni a sus ojos de color azul intenso. Y por las veces que me lo he cruzado en los pasillos del instituto sé que los músculos de sus pantorrillas son tan grandes como se ve en la imagen. Al pie de cada uno de esos carteles gigantescos se lee, en gruesas letras con sombreado rojo, NACIDO EN LANGSTON, KENTUCKY, Y DESTINADO A SER OLÍMPICO.

El cartel no hace mención alguna al primer chico de Langston que estuvo a punto de ser clasificado para ir a las Olimpiadas. Aunque no es necesario. Mientras observo cómo el señor Palmer mira con detenimiento el cartel, sé que está pensando en ese chico; en el primero. Casi todo el que ve la frente sudorosa y las pantorrillas musculosas de Brian Jackson no puede evitar pensar en Timothy Jackson, el hermano mayor de Brian. Y cualquiera que vea el cartel y luego me vea a mí pensará, sin duda, en Timothy Jackson.

Al final, el señor Palmer aparta la vista del póster con gesto brusco y se vuelve hacia mí. Sin embargo, le resulta imposible mirarme directamente a

los ojos. Mira por encima de mi cabeza y carraspea.

—Verás, Aysel, quizá lo mejor sea que no vengas mañana. ¿Por qué no te coges el día libre?

Hinco los codos en la mesa con todas mis fuerzas; deseo poder fundirme con el plástico gris, para convertirme en una mezcla sintética e insensible de polímeros. Siento que la piel empieza a amoratárseme por el peso de mi cuerpo y empiezo a tararear en silencio la *Tocata y Fuga en re menor* de Bach. Se me llena la cabeza de notas tétricas y graves de órgano, e imagino cómo se van colocando las teclas del instrumento hasta formar una escalera que conduce a un lugar vacío y tranquilo. Un lugar lejos de TCM, lejos del señor Palmer, lejos de todo y de todos.

Por lo visto, el señor Palmer ha malinterpretado mi silencio y lo ha tomado por confusión, no por la mortificación total y absoluta que en realidad siento. Alarga las manos por delante de él y las sacude como si acabara de lavárselas. Provoco esa reacción en casi todo el mundo: el deseo de tener que lavarse las manos.

—Como ya sabrás, mañana realizaremos llamadas en nombre de la ciudad de Langston para intentar captar más público para el desfile del sábado en apoyo a la candidatura olímpica de Brian Jackson. —Al señor Palmer le tiembla ligeramente la voz y vuelve a mirar de reojo y rápidamente el cartel, como si el rostro atlético y concentrado de Brian Jackson pudiera ayudarle a reunir el valor necesario para proseguir.

La magia de Brian debe de haber dado una palmadita de ánimo al señor Palmer porque encuentra fuerzas para volver a hablar.

—Brian regresa a casa este fin de semana desde el centro de entrenamiento, y la ciudad quiere que esté todo el mundo presente para darle una cálida bienvenida. Y, aunque sé lo mucho que te gustaría ayudar, me temo que algunos de nuestros clientes se sentirían incómodos si fueras tú quien los invitara al desfile, por lo de… Bueno, por lo de tu padre, y… —Sigue hablando en voz más baja y se le traba la lengua; en realidad no logro entender muy bien qué dice. Es una mezcla entre disculpa, explicación y acusación.

Intento que no se me escape la risa. En lugar de obsesionarme con la absurda idea de que pueda resultar demasiado desagradable incluso para trabajar como teleoperadora, decido reflexionar sobre la palabra escogida por el señor Palmer: «clientes». No creo que las personas a las que acosamos a diario se consideren clientes, sino más bien víctimas. Y, gracias

a mi padre, se me da bastante bien conseguir que todo el mundo tenga la sensación de ser una víctima en potencia.

Rojo como un tomate y aturullado, el señor Palmer se aleja de mi mesa y empieza a deambular entre las otras mesas de la oficina. Le pide a Marie que deje de comer chicle y le suplica a Tony que intente no pringar todo el teclado con la grasa que le chorrea de la hamburguesa.

En cuanto el señor Palmer se encuentra a una distancia prudencial de mi escritorio, vuelvo a abrir la página de *Camino hacia la paz*. Para explicarlo de la forma más sencilla: *Camino hacia la paz* es una web para personas que quieren morir. Hay miles y miles de sitios así en la red. Algunos son más elegantes que otros, algunos están más enfocados a personas que prefieren un método específico, como, por ejemplo, la asfixia, o son para un determinado tipo de usuarios, como los deportistas lesionados y deprimidos o alguna otra gilipollez por el estilo. Yo sigo sin encontrar el sitio dedicado a las hijas no deseadas de criminales psicóticos, así que, de momento, *Camino hacia la paz* es el sitio más indicado para mí.

La web *Camino hacia la paz* es sencilla, no es una de esas páginas de colores chillones y diseño cursi programadas en lenguaje HTML. Es en blanco y negro. Elegante. Es decir, si es que una web dedicada al suicidio puede ser elegante. Hay tablones de anuncios y foros, que es donde busco yo. Últimamente me interesa mucho una sección llamada «Compañeros de suicidio».

El problema del suicidio, del que la mayoría de las personas no es consciente, es que es muy difícil llegar hasta el final. Ya, ya lo sé… Todo el mundo dice eso de que «el suicidio es la solución de los cobardes». Supongo que sí lo es; es verdad, estoy tirando la toalla, rindiéndome. Escapando del agujero negro que me depara el futuro, evitando crecer para convertirme en la persona en que me aterroriza convertirme. Sin embargo, el hecho de que sea una solución cobarde no significa que vaya a ser fácil.

La cuestión es que me preocupa que me pueda el instinto de supervivencia. Es como si mi mente deprimida y mi cuerpo, que sigue muy vivo, estuvieran en lucha constante. Me preocupa que lo físico gane la batalla en el último momento por algún estúpido impulso y lo deje a medias.

Nada me da más miedo que un intento frustrado. Lo último que quiero es acabar en una silla de ruedas, comiendo solo papillas y bajo la vigilancia permanente de alguna enfermera entrometida, con una fijación descarada por los programas sensacionalistas de telerrealidad.

Y esa es la razón por la que últimamente visito a menudo la sección «Compañeros de suicidio». Supongo que funciona más o menos así: encuentras a otra persona patética que viva bastante cerca de tu casa y haces tus últimos planes con ella. Es como si se forzasen al suicidio entre ellas, y, por lo que deduzco, es bastante efectivo. Yo me apunto.

Echo un vistazo a los mensajes publicados. Ninguno de ellos se adapta a lo quiero. Algunos viven demasiado lejos (¿por qué hay tanta gente en California que quiere volarse la tapa de los sesos? ¿No se supone que vivir junto al mar te hace feliz?) o pertenecen a un grupo demográfico que no me conviene (no quiero tener nada que ver con adultos con crisis matrimoniales; tampoco me van las madres estresadas que están en todo).

Me he planteado publicar mi propio anuncio, aunque la verdad es que no sé muy bien qué quiero decir. Además, no hay nada que me parezca más patético que haber dado la cara, intentar encontrar a un compañero y luego ser ignorada. Me vuelvo para mirar y veo al señor Palmer un par de hileras por detrás de mí. Está masajeándole los hombros a Tina Bart. Siempre está masajeándole los hombros a Tina Bart. A lo mejor no es tan feliz con la señora Palmer como yo había imaginado.

El señor Palmer me pilla mirándolo y niega con la cabeza. Sigo mirándolo a los ojos con mi sonrisa más encantadora, levanto el teléfono y marco el siguiente número de mi agenda: Samuel Porter, residente en Galveston Lane.

Mientras suena el ya conocido tono del teléfono, oigo un bip emitido por mi ordenador. Maldita sea. Siempre olvido quitarle el volumen.

Laura, la mujer de mediana edad que trabaja a mi lado y que lleva un color de pintalabios demasiado intenso para su tono de piel amarillento, me mira con una ceja enarcada.

Me encojo de hombros.

—Me parece que está actualizándose el software —le digo en voz baja.

Ella me mira con cara de circunstancias. Por lo visto, Laura es un detector de trolas humano.

El señor Samuel Porter no contesta al teléfono. Supongo que no está muy interesado en la piña colada. Cuelgo y vuelvo a abrir la página de *Camino hacia la paz*. Parece que el pitido del ordenador se debe a que alguien ha publicado un nuevo mensaje en el foro «Compañeros de suicidio». Se titula «Siete de abril». Lo abro:

Admito que antes pensaba que esto era una idiotez. El suicidio es solitario, por eso nunca he entendido por qué habría que hacerlo con otra persona. Pero eso ha cambiado. Tengo miedo de rajarme en el último momento. Hay otros motivos, pero prefiero no comentarlos aquí.

Solo tengo un par de condiciones. Primero: no quiero hacerlo con nadie que tenga hijos. Esa mierda es demasiado fuerte para mí. Segundo: la persona a la que elija no puede vivir a más de una hora de mi casa. Sé que esto puede resultar difícil de cumplir porque vivo en medio de la nada, pero, de momento, es una condición inamovible. Y, tercero: tenemos que hacerlo el 7 de abril. La fecha no es negociable. Si quieres más información, envíame un mensaje.

ROBOT CONGELADO

Consulto el perfil de Robot Congelado e intento no juzgarlo por su nombre de usuario. Aunque… ¿«Robot Congelado»? ¿Va en serio? Entiendo que todos los que están en esta página tengan las emociones un tanto… bueno, muy a flor de piel, pero, aun así… ¡Un poco de dignidad, por favor!

Al parecer, Robot Congelado es un chico. Tiene diecisiete años; es solo un año mayor que yo. Eso está bien. Ah, y es de Willis, Kentucky, que está más o menos a un cuarto de hora de mi casa.

Siento un escalofrío repentino que me recorre el cuerpo y recuerdo, aunque no muy bien, que lo que siento es emoción. Robot Congelado ha aparecido en el momento justo. A lo mejor, por primera vez en mi vida, he tenido suerte. Debe de ser una señal del universo: si la única vez que uno tiene suerte es cuando planea su suicidio, es que, sin duda alguna, ha llegado la hora de largarse.

Vuelvo a leer el mensaje. El 7 de abril me va bien. Hoy es 12 de marzo. Puedo resistir un mes más, aunque a duras penas, porque últimamente los días se me hacen eternos.

—Aysel —vuelve a decir el señor Palmer.

—¿Qué? —le pregunto sin apenas prestarle atención.

Se acerca hasta situarse detrás de mí y da unos toquecitos con el dedo a la pantalla del ordenador. Intento minimizar la ventana.

—Mira, me da igual lo que hagas en tu tiempo libre, pero no lo hagas en el trabajo. ¿Lo pillas? —Su voz es como el gemido de un sofá viejo. Me sentiría mal por el señor Palmer si me quedara algo de lástima que sentir por alguien que no fuera yo.

Sé que puede sonar raro, pero voy a suponer que el señor Palmer desconoce *Camino hacia la paz*. Seguramente cree que estoy mirando alguna página de superfans del heavy metal o algo así. El señor Palmer no tiene ni idea de que la música que me gusta es delicada e instrumental. ¿Es

que sus padres no le enseñaron a no juzgar por las apariencias? Solo porque sea una chica de dieciséis años con el pelo greñudo y rizado, que lleva siempre camisetas de rayas de colores oscuros, no quiere decir que no sepa apreciar un bonito solo de violín o un delicado concierto de piano.

En cuanto el señor Palmer se aleja, oigo que Laura suelta una risita burlona.

—¿Qué? —digo.

—¿Es que no tienes internet en casa? —me pregunta Laura y me mira frunciendo el ceño. Está tomándose a sorbos el café de turno, y el borde de la taza de plástico está manchado con su espantoso pintalabios rosa chillón.

—¿Es que no tienes cafetera en casa?

Se encoge de hombros y, cuando yo ya daba la conversación por zanjada, me suelta:

—Mira, el trabajo no es el lugar más apropiado para estar buscando rollo. Hazlo en tu tiempo libre. Acabarás metiéndonos a todos en un buen lío.

—Vale. —Miro el teclado. Sería inútil explicarle a Laura que no estoy buscando rollo, o, al menos, no ese tipo de rollo.

Me quedo mirando las migas de galletas de queso que hay entre las teclas F y G, y tomo la decisión justo en ese instante: voy a responder el mensaje de Robot Congelado.

Él y yo tenemos una cita: el 7 de abril.

Miércoles, 13 de marzo

Quedan veinticinco días

La única asignatura que de verdad me gusta es física. No soy un genio de la ciencia, pero me parece que es la única asignatura que da algunas respuestas a mis preguntas. Desde que era pequeña me ha fascinado el funcionamiento de las cosas. Tenía la costumbre de desmontar los juguetes, de observar cómo encajaban todas las piececitas. Me quedaba mirando cada una de las partes por separado, y podía escoger el brazo de una muñeca (mi media hermana, Georgia, jamás me ha perdonado por la autopsia que le practiqué a su Barbie de fiesta de graduación) o las ruedas de un coche. Una vez desmonté el despertador de mi padre. Él llegó y me descubrió sentada sobre la alfombra color beis desvaído, con las pilas desparramadas alrededor de mis zapatillas de deporte.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Rompiéndolo para ver si puedo aprender a arreglarlo.

Me puso una mano en el hombro —recuerdo sus manos, grandes, con los dedos muy gruesos, de esas manos que dan miedo y seguridad al mismo tiempo— y me dijo:

—¿Sabes, Zellie?, ya hay bastantes cosas rotas en este mundo. No deberías ir por ahí rompiendo objetos por pura diversión. —El despertador permaneció años desmontado, hasta que acabé tirándolo.

A lo que iba, la física, al menos, me parece útil. A diferencia de las clases de lengua, en las que leemos poemas de poetas deprimidos. Eso no sirve de nada. Mi profesora, la señora Marks, se toma muy a pecho lo de descifrar lo que los poetas intentaban decir. En mi opinión, lo que intentaban decir está bastante claro: estoy deprimido y quiero morir. Resulta doloroso ver a mis compañeros de clase destripar cada verso en busca de su significado. No hay significado. Cualquiera que se haya sentido así de triste te dirá que la depresión no tiene nada de bello, ni de literario ni de misterioso.

La depresión es un peso del que no puedes liberarte. Te aplasta, hace que

incluso las acciones más insignificantes como atarte los cordones o masticar una tostada sean como el arduo ascenso a una alta cumbre. La depresión forma parte de ti; la llevas en los huesos y en la sangre. Si hay algo que tengo claro sobre la depresión es que no se puede escapar de ella.

Y estoy bastante segura de que sé mucho más sobre ella que cualquiera de mis compañeros. Escuchar cómo hablan de la depresión me pone los pelos de punta. Para mí, la clase de lengua es como estar observando un grupo de ardillas ciegas mientras intentan localizar unos frutos secos. La señora Mark dice: «Vamos a echar un vistazo a este verso. Aquí, el poeta John Berryman dice: “La vida, amigos, es aburrida”. ¿Qué creéis que ha querido expresar?». Mis compañeros de clase, todos a la vez, empiezan a gritar ridiculeces del estilo: «Que no tenía a nadie con quien salir el sábado por la noche» o «Que la temporada de fútbol ha terminado y que ya no hay nada que ver en la tele».

Me hace falta toda la fuerza de voluntad del mundo para contenerme, no levantarme y chillar: «¡Estaba triste, joder! Y punto. De eso trata el poema. Sabe que su vida jamás va a cambiar. Que no tiene forma de arreglarla. Que siempre va a ser la misma mierda depresiva y monótona. Aburrida, triste, aburrida, triste. Lo único que quiere es acabar con todo». Pero eso me obligaría a hablar en clase, lo que violaría una de mis normas personales: no participar. ¿Por qué? Porque estoy triste, ¡joder! A veces, la señora Marks me mira de una forma extraña, como si supiera que yo sé lo que quería decir John Berryman, pero no me obliga a hablar.

Al menos en clase de física, mis compañeros no intentan a toda costa que lo fácil se vuelva difícil. No señor, en física todos intentamos que las cosas difíciles sean fáciles.

El señor Scott escribe una ecuación en la pizarra. Estamos aprendiendo cómo se mueve un proyectil. Estudiamos las propiedades de un objeto en movimiento bajo la única influencia de la fuerza de gravedad. Existen muchas variables, como el ángulo desde el que se lanza el objeto y su velocidad inicial.

Se me nubla la vista. Demasiadas cifras. Empiezo a fantasear con la gravedad. Algunas veces me pregunto si la gravedad es el problema. Nos mantiene a todos con los pies en la tierra, nos da una falsa sensación de estabilidad aunque, en realidad, somos cuerpos en movimiento. La gravedad evita que salgamos flotando hacia el espacio, evita que impactemos los unos contra los otros. Libra a la especie humana de convertirse en un gigantesco

amasijo incandescente.

Ojalá la gravedad desapareciera y pudiéramos convertirnos en un gran amasijo.

Por desgracia esa no es la respuesta correcta a la pregunta que está haciendo el señor Scott.

—Aysel, ¿puedes decirme cuál es la altura máxima que alcanza el balón de fútbol?

Ni siquiera sabía que el objeto del problema fuera un balón de fútbol. Lo miro con expresión desconcertada.

—Aysel —insiste el señor Scott.

Pronuncia mi nombre con un acento que seguramente cultivó hace miles de millones de años cuando daba clases de español en el instituto. El problema es que mi nombre no es sudamericano. Es turco. Sería de esperar que, a estas alturas, el señor Scott ya hubiera caído en la cuenta.

—Hummm… —mascullo.

—¿Hummm? Señorita Seran, «Hummm» no es una respuesta numérica. —El señor Scott se apoya contra la pizarra blanca.

Eso hace reír a la clase. El señor Scott carraspea, pero no sirve de nada. Ya ha perdido el control de sus alumnos. Ya oigo como empiezan a insultarme entre susurros, aunque me suena más bien a enjambre de siseos. Además, da igual lo que digan, no puede ser peor de lo que yo imagino por la noche cuando estoy tumbada en la cama pensando en si es posible, desde un punto de vista físico, arrancarse la propia herencia genética.

Suena el timbre. El señor Scott empieza a dictar los deberes a toda prisa. La mayoría de los alumnos se va antes de poder tomar nota de las tareas. Yo me quedo sentada y lo apunto todo al detalle en mi cuaderno. El señor Scott me dedica una sonrisa triste y me pregunto si me echará de menos cuando ya no esté.

En cuanto el aula está vacía, me levanto y me voy. Camino por el pasillo, con la mirada clavada en el suelo de baldosas. Me obligo a apretar el paso. Lo único peor que ir a gimnasia es llegar tarde a gimnasia; no me apetece tener que correr más vueltas de la cuenta. El entrenador Summers siempre está diciendo que correr fortalece nuestro corazón y que así viviremos más. No más vueltas para mí, por favor.

Esta es la parte que menos me gusta del día. Y no es porque esté imaginando lo horrible que es hacer abdominales y tener que jugar a esquivar el balón. No, odio esta parte del día porque tengo que pasar junto a

la vitrina conmemorativa: el testamento gigantesco dedicado al crimen que cometió mi padre.

Siempre intento no mirar, me obligo a mantener la cabeza gacha hasta doblar la esquina. Pero no puedo evitarlo; levanto la vista y lo miro directamente. Siento que se me corta la respiración. Ahí está: la reluciente placa de plata dedicada a la memoria de Timothy Jackson, ex campeón estatal en los cuatrocientos metros lisos. La placa es del tamaño de un plato grande y está colgada justo a la entrada del gimnasio, para recordar a todo el mundo que Timothy Jackson iba a ser la primera persona de Langston que llegara a las Olimpiadas, pero que falleció de manera trágica a los dieciocho años.

Lo que no dice la placa, aunque, para el caso, es como si lo dijera, es que mi padre es la razón por la que Timothy Jackson está muerto. Sí señor, mi padre es la estrella indiscutible que acabó de golpe con los sueños olímpicos de todo el pueblo. Todos los años, el día del cumpleaños de Timothy, el telediario local emite un programa especial para asegurarse de que nadie lo olvide. Han pasado tres años desde que murió Timothy y os aseguro que nadie lo ha olvidado, ni por el forro. Sobre todo ahora que Brian Jackson está a punto de clasificarse para los cuatrocientos metros lisos. Sí, exactamente la misma categoría. Brian intenta hacer realidad el sueño que su hermano mayor no pudo realizar; los medios locales no se hartan de la historia, los pasillos de mi instituto no se hartan de la historia.

Me obligo a seguir caminando y dejar la placa atrás para entrar en el gimnasio, cierro los puños y los pego a ambos lados del cuerpo. Mientras el sol reluce sobre la pulida pista de parquet, me pregunto qué harán mis compañeros de clase con todo su odio, su rabia y su miedo cuando ya no me encuentre entre ellos.

Me muero de ganas de no encontrarme entre ellos.

Miércoles, 13 de marzo

Quedan veinticinco días

Cuando llego a casa después de clase, veo a mi madre sentada a la mesa de la cocina. Nuestra cocina es angosta y diminuta, si extendiera los brazos estando dentro de ella, podría tocar sus paredes de color verde menta con las palmas de las manos. Mi madre está revisando las facturas, con el cuello estirado y tenso por la concentración, pero, cuando oye la puerta, se vuelve para mirar. Entonces la veo. La misma expresión facial con la que me ha saludado durante los últimos tres años. Es una combinación entre mueca de dolor y ceño fruncido.

Hasta hace tres años, yo pasaba la semana con mi padre y los fines de semana con mi madre. Pero entonces, cuando encerraron a mi padre, mi madre no tuvo más opción que llevarme a vivir con Steve y con ella.

Antes del crimen de mi padre, mi madre me miraba con una mezcla de amor y nostalgia, como si fuera un espejo de su vida pasada, un recuerdo agridulce. Dirigía sus ojos marrón oscuro hacia mí, inclinaba la cabeza y su pelo liso y castaño claro caía sobre sus delgados hombros, y me apretaba las manos con fuerza, como si al apretarme con la intensidad suficiente lograra retroceder en el tiempo. Me sentía como un moratón permanente. No un moratón doloroso, sino un desvaído cardenal infligido por recuerdos melancólicos.

Eso no me importaba. En el fondo me encantaba ser el vehículo que la transportaba a su vida pasada, su conexión con Turquía, con mi padre y con su juventud.

Todo eso cambió hace tres años. Todo cambió. Ahora vivo con ella, Steve, Georgia y Mike. Ella nunca lo dice, pero yo soy la intrusa en su hogar feliz. Una infección. He pasado de ser un moratón a una herida abierta y purulenta. La evolución no siempre es algo positivo.

—Llegas pronto a casa —me dice por fin.

Cada día tiene menos acento turco y más acento sureño estadounidense.

En realidad «sureño» no es el adjetivo más apropiado. La gente de Kentucky no tiene acento sureño. Tienen acento paleto. Su acento es mucho menos encantador que el del resto de los lugares del sur de Estados Unidos. Recuerda menos a *Lo que el viento se llevó* y más al coronel Sanders, el del pollo frito. Me he esforzado mucho para no tener ese acento. Aunque ahora me pregunto —ya que no voy a cumplir los diecisiete—, qué sentido tiene haber conseguido hablar con normalidad.

—Hoy no tengo que ir a trabajar. —No comento que me han pedido que no vaya porque haría sentir «incómodos» a los clientes. El señor Palmer no es el rey del eufemismo, precisamente. Seguro que mi madre y él se llevarían de maravilla, teniendo en cuenta que ella se refiere a lo que ocurrió con mi padre usando la expresión «desgraciado incidente». O, por lo menos, antes lo hacía. Últimamente hace como si nunca hubiera ocurrido. Como si el simple hecho de no hablar de algo lo hiciera desaparecer. Últimas noticias: no desaparece.

Georgia entra con paso decidido en la cocina. Deja los pompones sobre la destartalada mesa de madera de la cocina. Lleva la melena, color miel, recogida en una tensa cola de caballo.

—Irás al partido esta noche, ¿no?

Se lo pregunta a mi madre, no a mí. Yo soy invisible.

Georgia es mi hermanastra. Tenemos la misma madre, pero nadie lo diría a juzgar por nuestro aspecto.

—Haré todo lo posible por ir —dice mi madre. Traducción: se congelará el infierno antes de que mi madre no vaya a un partido para ver a Georgia animando al equipo de baloncesto del instituto de Langston. Georgia acaba de empezar el instituto, pero está en el equipo universitario de animadoras. Al parecer, eso es algo muy importante. Aunque a mí me parece que, a diferencia de lo que ocurre en el deporte, donde el pertenecer a la categoría juvenil o semiprofesional depende de la talla del deportista, en lo relativo a las animadoras, depende de la talla de sujetador.

—Son las finales —le recuerda Georgia. Habla con tono calmado, como alguien acostumbrado a dominar la situación, acostumbrado a conseguir lo que quiere. Eso se le da bien a Georgia. Siempre ha sido muy maquinadora. Cuando ocurrió todo lo de mi padre, ella también se vio salpicada por los hechos, pero, de algún modo, consiguió sacarles partido.

Recuerdo un día —pocos meses después de que condenaran oficialmente a mi padre y lo encarcelaran— que vi a Georgia hablando con un chico en el

pasillo del instituto. Me oculté tras una esquina para poder espiarlos. Estaba dispuesta a intervenir por si ella necesitaba mi ayuda, aunque Georgia nunca la ha necesitado; así es ella.

—Sí —respondió Georgia a la pregunta del chico, que yo no había llegado a tiempo de escuchar. Ella jugueteaba, nerviosa, con el collar de conchas que yo le había regalado para su cumpleaños dos años antes—. Aysel es mi hermana, pero él no es mi padre.

—Pero ¿lo has visto? —le preguntó el chico a Georgia, ansioso.

Me fijé en su nuca, con esos mechones de pelo rubio pajizo; supuse que se trataba de Todd Robertson, un chico de mi curso que según todos se parecía al actor protagonista de esa película romántica de vampiros, que se había hecho muy famoso en verano. En esa época, Georgia estaba en sexto, pero, por la forma en que le brillaban los ojos cuando levantaba la vista para mirar a Todd, supuse que ella sabía exactamente quién era el chico en cuestión.

Vi que Georgia arrugaba la nariz mientras pensaba en la pregunta que Todd le había hecho.

—Sí, un par de veces.

—¿De verdad? —insistió el chico con la clara esperanza de que Georgia tuviera información confidencial.

—Si quieres, puedo contarte algunas anécdotas flipantes —añadió ella, y fue una promesa llena de coquetería.

Recuerdo que me enfureció que estuviera dispuesta a vender nuestros «secretos» de familia a cambio de popularidad, aunque aprendí a no darle importancia. Georgia es como es, ya sé qué esperar de ella. En cualquier caso, no se puede culpar a alguien de querer sobrevivir.

Lo mismo puede decirse de mis antiguas amigas, y no es que tuviera muchas. La mayoría de las que tenía se apartaron de mí en cuanto se propagó como la pólvora por los pasillos del instituto la noticia del crimen que mi padre había cometido. Sin embargo, en honor a la verdad, debo decir que algunas intentaron permanecer a mi lado. Sobre todo Anna Stevens, mi antigua mejor amiga. Cuando todo ocurrió, Anna intentó consolarme por todos los medios, pero yo la rechacé. Estaba convencida de que lo mejor para ella era no estar relacionada conmigo, aunque ella no lo supiera. Prefiero pensar que, al final, le hice un favor.

Georgia va de un lado a otro de la mesa de la cocina hasta que se sienta.

—Estoy convencida de que tenemos muchas posibilidades de ganar esta

noche. Podría ser una ocasión histórica. ¡Tienes que venir, mamá!

Se hace un largo silencio en la conversación. Mi madre inspira con fuerza y dice:

—¿Por qué no me acompañas?

Me vuelvo para mirar, segura de que, por detrás de mí, acaba de entrar Mike, mi hermanastro pequeño, pero ya se habría hecho notar. Siempre está botando la pelota de baloncesto dentro de casa, aunque mi madre no se cansa de repetirle que no lo haga. A mí no me molesta.

—¿Hablas conmigo? —le pregunto, muy seria.

Georgia no dice nada, pero veo que pone cara de pocos amigos. Jamás me ofendería delante de mi madre, pero está esforzándose al máximo por demostrar que no quiere que vaya. ¿Qué puedo decir? He batido todos los récords en la categoría de avergonzar a los demás.

—Sí, estoy hablando contigo —contesta mi madre, y percibo un ligero temblor en su voz. Algunas veces estoy convencida de que incluso ella me tiene miedo.

—Gracias por la invitación, pero tengo muchísimos deberes. —Me acerco a la alacena y cojo una barrita de cereales con pepitas de chocolate. Es raro, lo sé. Pero algunas veces me entra muchísima hambre. Como si quisiera comer hasta hartarme para llenar el vacío que siento en mi interior. Otros días apenas logro mordisquear un trozo de tostada.

Sin embargo, aunque hoy sí tengo hambre, he cogido la barrita de cereales para disimular. No quiero que mi madre tenga más motivos para preocuparse por mí. Sé que observa de cerca todos mis movimientos en busca de una señal, en busca de cualquier pista sobre mi precaria salud mental. Hago lo posible por ocultárselo. Cuando haya dejado este mundo, no quiero que ella se sienta culpable por pensar que podría haber hecho algo para evitarlo.

—Buena suerte esta noche. —Dedico un falso gesto de ánimo con la mano a Georgia y subo la escalera hacia mi cuarto. Mejor dicho, nuestro cuarto. Pero como ella estará en el partido, esta noche será solo mío.

En cuanto entro, me arrastro hasta la cama. Me echo la colcha color gris carbón por encima de la cabeza e imagino que estoy en mitad del mar; las olas rompen contra mi cuerpo, se me inundan los pulmones de agua y todo se vuelve negro. Intento imaginar mi energía potencial transformándose en energía cinética que se transforma en nada. Mientras tarareo el *Réquiem* de Mozart, me pregunto qué se sentirá cuando todas las luces se apaguen y

todo quede en silencio para siempre. No sé si será doloroso, si en esos últimos minutos estaré asustada, lo único que espero es que acabe rápido. Que sea algo tranquilo. Que sea para siempre.

«7 de abril», me digo. Queda poco.

Algunas veces creo que el hecho de que todavía me consuele la música clásica, cuando fue mi padre quien me introdujo en ella, es un indicativo de mi locura. A él le encantaba. Bach, Mozart… Le gustaban todos los compositores. Sus viejas cintas de casete fueron de las pocas cosas que trajo consigo al emigrar a Estados Unidos. Cuando era pequeña, mi padre ponía una de sus cintas en el viejo radiocasete que tenía en el mostrador de su tienda de comestibles y me contaba alguna historia de su infancia: que jugaba al ajedrez con su padre en un liso tablero fabricado de alabastro o que medía el número de pie a los clientes de la zapatería de su tío. Mientras hablaba, yo bailoteaba por toda la tienda y me movía como una tonta mientras el tempo de las notas crecía o decrecía.

Pero un día me obligó a sentarme.

—Escucha con atención, Aysel —me ordenó con sus ojos negros bien abiertos y mirada de concentración—. Todas las respuestas están en la música. ¿Las oyes?

Y escuché y escuché. Agucé el oído para memorizar cada nota. En realidad, jamás descubrí las respuestas, pero asentí con la cabeza como si lo hubiera hecho. No quería que mi padre se enfadara y quitara la música, ni que se encerrara en su cuarto durante horas, como hacía algunas veces. Con mi padre siempre había que andar de puntillas, como si caminaras sobre una fina capa de hielo; era muy divertido cuando se podía patinar, pero era muy fácil resbalar.

Cierro los ojos con fuerza y me obligo a descartar ese recuerdo. Doy vueltas en la cama, no paro de tararear el *Réquiem* de Mozart y solo encuentro una respuesta en las notas: 7 de abril.

Las paredes de nuestra vieja casa prefabricada son delgadas, y oigo a mi madre y a Georgia moviéndose por la cocina. Las imagino abrazándose. Georgia rodea a mi madre con los brazos por su delgada cintura y mi madre peina con los dedos su brillante cola de caballo. Ambas encajan, se compenetran, lo lógico entre madres e hijas. Encajan como yo nunca he encajado. Yo soy una pieza con contornos demasiado cortantes, con hendiduras demasiado profundas.

Eso debería decir en mi epitafio: «Aysel Leyla Seran, la chica que nunca

encajó».

Y como nunca he encajado, ni siquiera antes de que a mi padre se le fuera la olla y de ninguna manera después de que ocurriera, la vida de mi madre será mucho más fácil sin mí. Cuando ya no esté, no tendrá que acordarse de mi padre cada vez que vea mi nariz aguileña o mi pelo negro y rizado. O mis mejillas redondeadas con hoyuelos. Sé que mis hoyuelos son lo que más le afecta. Por suerte, solo aparecen cuando sonrío y últimamente no lo hago mucho.

Sin mí, mi madre no tendrá que permanecer despierta por las noches, angustiada por el gen criminal, por el gen asesino, que he heredado, imaginando que cualquier día hago volar el instituto por los aires o algo igual de horrible. Sé que no sobreviviría otra vez al mismo trance: la policía, los medios de comunicación, los chismorreos. Estoy segura de que no quiere planteárselo, pero, en el fondo, sé que está luchando contra sus miedos y sus dudas. Sus miradas de soslayo y sus interrogatorios mal disimulados son su manera de valorar cuál es mi grado de locura.

Me gustaría aclarar que sé que no soy como mi padre. Sé que mi corazón late a otro ritmo, que mis pulsaciones tienen otra velocidad. Aunque no estoy segura del todo. A lo mejor, la tristeza es lo que precede a la locura. A lo mejor, él y yo compartimos la misma energía potencial.

Lo único que sé con certeza es que no pienso quedarme por aquí para ver si me convierto en un monstruo como mi padre. No puedo hacerle eso a mi madre.

No puedo hacerle eso al mundo.

Miércoles, 13 de marzo

Quedan veinticinco días

Lo único bueno de que Georgia sea animadora en el partido de baloncesto es que tengo la casa para mí sola, lo que significa que puedo usar el ordenador. Por lo general, nunca puedo usarlo. Al menos no sin que estén vigilándome. En nuestra casa hay solo un ordenador y es de la Edad de Hielo. Va más lento que un perro de tres patas y el teclado está pegajoso por toda la papilla de frutas que Mike ha derramado encima.

Aunque mi madre crea que Steve es el hombre de sus sueños —un empresario rico, honesto y con éxito—, la verdad es que el hombre trabaja en una cadena de montaje en la fábrica de dentífricos Sparkle.

Sparkle, fabricante de segunda de pasta de dientes y enjuague bucal, es la empresa que, básicamente, sostiene la economía de Langston. No dudo que el trabajo de Steve sea una forma honrada de ganarse la vida; hasta ahora ha logrado que no lo metan en la cárcel, que es más de lo que puede decirse sobre mi padre. Sin embargo, eso no significa que Steve pueda permitirse pagarnos un portátil a cada uno, y tenemos que aguantarnos con este cacharro.

Pero esta noche el cacharro es solo para mí.

Entro en *Camino hacia la paz*. Solo para que se cargue la página de inicio debo esperar unos diez minutos; Steve tampoco cree necesario pagar por una conexión a internet de alta velocidad. En cuanto logro acceder a la página veo que tengo un mensaje de Robot Congelado:

> Si de verdad vas en serio con todo esto, deberíamos acordar hora y lugar para quedar. Pero tienes que ir en serio. Paso de rajados de última hora.
>
> ROMAN

No me puedo creer que alguien que se ha puesto Robot Congelado como nombre de usuario insista tanto en que debo ir en serio. Por lo visto, su

verdadero nombre es Roman. No estoy muy segura de si es mejor que Robot Congelado. Me contengo para no hacer un chiste con su nombre, algo de romanos, algo sobre Julio César.

Empiezo a responderle sin hacer jueguecitos de palabras con su nombre: «Voy tan en serio como un infarto. No, de verdad, no soy de las que se rajan a última hora. Como ya te he dicho, soy de Langston. ¿Dónde quieres que nos encontremos?».

Navego por la página un rato más. Según los tablones de anuncios, los compañeros de suicidio ElmoLluvioso y TBaker14155 han dado el paso. No sé cómo habrá obtenido VeranoSoviético231 esta información, pero es de esperar que Robot Congelado y yo tengamos el mismo éxito. Me estremezco y trago saliva para deshacer el enorme nudo que se me ha formado en la garganta. ¡Dios!, todo esto es muy retorcido. Levanto la vista y miro al techo del comedor. Me pregunto si tendría agallas para ahorcarme. Si tuviera el valor necesario, no estaría metida en *Camino hacia la paz*.

El cacharro hace un ruido similar al timbre de la puerta. Me abalanzo de golpe sobre la pantalla y veo que Robot Congelado ha respondido. Parece que él tampoco ha salido para ir a un partido de baloncesto. Abro el mensaje:

> ¿Qué te parece mañana por la tarde a las 17.30? Podemos encontrarnos en el puesto de cerveza casera de la carretera 136. ¿Sabes dónde está? En teoría debería estar bastante cerca de tu casa. Yo llevaré una gorra roja para que puedas reconocerme.
>
> ROMAN

Me sorprende un poco que Robot Congelado, alias Roman, quiera reunirse en un lugar tan público. Supongo que eso significa que no es un asesino en serie, ni un violador ni nada por el estilo. Aunque, en realidad, no estaría tan mal que fuera un asesino en serie. Al menos, todo acabaría rápido. A menos que sea uno de esos tipos a los que les va torturar a sus víctimas. Eso no estaría bien. No quiero sufrir una larga agonía; quiero una muerte fulminante. Así de cobarde soy yo.

Le digo que mañana por la tarde a las 17.30 en el puesto de cerveza casera me va bien. Mañana saldré a las cinco del trabajo; mentiré a mi madre y le diré que me quedo a trabajar hasta tarde. Será fácil. En realidad no me gusta el lugar que ha escogido Robot Congelado, pero no quiero empezar nuestra relación poniendo pegas. El puesto de cerveza casera es

muy popular entre los chavales de la edad de mi hermana. Se llena hasta los topes después de los partidos de fútbol y de baloncesto. Las animadoras comparten sus batidos helados y los jugadores de baloncesto engullen patatas fritas picantes con queso fundido por encima. En resumen, es un lugar nauseabundo.

Sobra decir que no es mi sitio favorito. Aunque ningún lugar lo es.

Apago el ordenador y subo a la habitación. Saco el libro de física de la mochila. Es raro, pero cuanto más cerca estoy de la muerte, más ganas tengo de aprender. Supongo que no quiero morir siendo una burra. Abro el cuaderno y copio los problemas del final del capítulo que el señor Scott nos ha puesto como deberes.

Hemos empezado una lección sobre la conservación de la energía. Según el señor Scott, la energía no se crea ni se destruye: solo se transforma. La energía potencial puede convertirse en energía cinética y luego volver a convertirse en energía potencial, pero no puede desaparecer así como así. Para mí no tiene mucho sentido. Vuelvo a leer el primer problema práctico: «Un paracaidista con una masa corporal de 65 kilos se encuentra en un avión a 600 metros del suelo. ¿Cuál es la energía potencial del paracaidista antes de saltar al vacío?».

Me tiembla el lápiz en la mano y tengo que reprimir las ganas de mordisquear la goma de la punta. El ejemplo del problema no es lo que me inquieta. Conozco la fórmula que debería aplicar y puedo hacer los cálculos con mi práctica calculadora. Lo que ocurre es que no logro imaginar adónde va toda esa energía cuando desaparecemos si no se destruye. Se me revuelve el estómago al pensarlo.

Redacto mi propio problema práctico: «Aysel Seran, 16 años, está colgando del techo a una altura de dos metros y medio del suelo. Pesa 52 kilos. ¿Cuánta energía potencial tiene? ¿Qué ocurre con esa energía cuando muere? ¿En qué se convierte?».

¿Un cuerpo muerto sigue teniendo energía potencial o esa energía se transforma en otra cosa? ¿Puede la energía potencial evaporarse y convertirse en nada?

Esa es la pregunta para la que no tengo respuesta. Esa es la pregunta que me obsesiona.

Jueves, 14 de marzo

Quedan veinticuatro días

No tengo coche propio, pero sí uno que me dejan usar para ir al trabajo. El viejo Ford Taurus huele a comida pasada y tiene la tapicería rota, pero el motor sigue resollando, y a mí me basta con eso. Steve se lo compró a un colega suyo hace un par de años. Será el coche de Georgia cuando cumpla los dieciséis. La buena noticia es que yo ya no estaré por aquí para tener que compartirlo con ella.

Salgo del aparcamiento de TMC, giro a la izquierda y me dirijo hacia la carretera 136. El asfalto está lleno de baches y boquetes. Aquí nadie quiere pagar impuestos para su reparación. Es una verdadera pena, porque podría ser un trayecto muy bonito, ya que recorre la orilla del río. No es que el río Ohio sea precisamente algo de lo que presumir. Es pantanoso y está contaminado y mancillado por una horrible historia. Sin embargo, no importa que los ríos tengan un aspecto asqueroso, contienen cierta magia porque están en movimiento. Los ríos nunca se detienen.

Cuando acababa de ocurrir lo de mi padre, me imaginaba flotando en las aguas del río Ohio. Fantaseaba con construir una barca y dejarme llevar a la deriva, corriente abajo, hasta la confluencia del Ohio con el Mississippi. Allí me acogía una agradable familia. Solía imaginarlos como una pareja sin hijos que estaría feliz de tener a una adolescente en casa. No sabrían quién era mi padre ni qué había hecho. Me querrían y me harían olvidar la sensación horrible que me oprimía.

Jamás construí la barca. Y ahora sé que nadie conseguirá hacerme olvidar esa sensación horrible.

Mientras voy conduciendo por la 136, pienso en que esta carretera conecta Langston con Willis. Me conecta con Robot Congelado, sea quien sea. Es imposible saber en qué punto Langston pasa a ser Willis; lo único que los separa es este tramo de carretera en mal estado, bordeada por el río pantanoso por un lado y por un prado de hierba silvestre por el otro. Tanto

Langston como Willis son puebluchos pequeños, llenos de viejas casas destartaladas, bancos de madera podrida y oxidados monumentos conmemorativos de la Guerra Civil estadounidense. Ambos tienen gasolinera, y el año pasado se armó un auténtico revuelo cuando abrieron un Wal-Mart en Langston. Ambos pueblos se publicitan como lugares encantadores con la intención de que los viajeros hagan parada allí y se tomen un refresco en la vieja cafetería de la calle principal o se saquen una foto junto a la enorme fuente de bronce construida delante del ayuntamiento. Sin embargo, nadie visita jamás ni Langston ni Willis de forma intencionada. Son lugares de paso, no localidades turísticas.

Cuando por fin localizo el puesto de cerveza casera, lo veo bastante abarrotado. El instituto de Langston no jugaba partido esta tarde, pero a lo mejor el de Willis sí. Dejo el coche en el aparcamiento de gravilla y me quedo sentada en el asiento delantero durante unos minutos. Inspiro con fuerza un par de veces y me tiro del cuello de la camiseta a rayas. Tengo el corazón desbocado; siento unos nervios más típicos de la primera cita. No es que haya ido nunca a una primera cita, a menos que cuente una reunión de primero en el centro comercial, en la que mi acompañante comió demasiados Cheetos y me dejó la camiseta nueva pringada de miguillas naranjas porque no paraba de frotarse en ella.

Aunque no debería estar nerviosa. Está claro que el chico con el que he quedado es un pringado, como yo. Ambos nos necesitamos. Me echo un vistazo rápido en el espejo y me siento como una imbécil por preocuparme de mi aspecto. No me presento al puesto de novia de Robot Congelado.

Alguien da un golpecito en la ventanilla, y me sobresalto. Doy un respingo y me quedo con el pecho pegado al volante. Veo a un chico más o menos de mi edad mirándome. Lleva una gorra roja. Se inclina y vuelve a dar unos golpecitos en la ventanilla.

La bajo.

—¿Eres ALS0109?

Es mi nombre de usuario en *Camino hacia la paz*. Debería decir algo, pero tengo la boca seca como un trapo. Me quedo mirándolo con expresión confusa.

Él carraspea y agacha la cabeza.

—Oh, lo siento. Me habré equivocado de persona.

—No —logro decir con vocecilla aflautada—. Soy Aysel.

Él frunce el ceño y le aparece una arruga con forma de estrella en medio

de la frente. Se quita la gorra y la sujeta a un lado de la cara.

—Quiero decir, ALS0109 —le aclaro.

Esboza una sonrisa de medio lado. Creo que hace tres años que no sonrío. Robot Congelado debería replantearse sus decisiones vitales. A lo mejor no está tan deprimido como cree.

—No estarás rajándote ya, ¿no? —me pregunta mientras echa un vistazo disimulado a mi coche.

Yo me pregunto si llega a ver los envases de comida rápida tirados en el suelo.

«¿Qué te ha hecho creer eso?», pienso, y me agarro al volante. Estoy medio tentada de pisar el acelerador y marcharme. No estaba preparada para esto. Este chico no es en absoluto como esperaba. No. En absoluto. No es el típico chaval esquelético y con la cara llena de granos que no ha visto el sol en su vida. Robot Congelado no parece tan congelado. Es alto, como un jugador de baloncesto, con el pelo alborotado y castaño, y los ojos de un marrón intenso. Delgado, pero no enclenque. Supongo que se le podría considerar desgarbado. Desgarbado y larguirucho, quizá. Definitivamente no es como me lo imaginaba.

—¡Eh! —dice—. Ya te he dicho que no quería rajados. —Sacude la cabeza—. Ya sabía que esta mierda ocurriría. Sobre todo cuando he visto que eras una chica.

Saco la llave del contacto y salgo del coche. Casi le doy un golpe al abrir la puerta. ¡Vaya!

—¿Qué narices significa eso?

—Bueno, ya sabes lo que dicen las estadísticas. Eso de que los chicos sí que lo hacen y las chicas solo hablan de hacerlo.

Me quedo mirándolo fijamente.

—Eso es una chorrada machista. Y si vas tan sobrado, ¿por qué has abierto una cuenta en *Camino hacia la paz*? Es más, ¿para qué quieres un compañero?

Él retrocede.

—Bueno… Yo no quería… —Se queda callado y contrae la cara como si estuviera pensando en lo que acaba de decir—. No soy machista. —Se queda mirando sus zapatillas de deporte, de color blanco—. Y no voy de sobrado para nada.

—Pues a mí me lo ha parecido.

—¿Que voy de sobrado? —Levanta la vista y sonríe de oreja a oreja. Sus

ojos marrones brillan más de lo que deberían teniendo en cuenta su situación. Aquí hay algo que no encaja.

—No, que eres un machista. —Y no correspondo la sonrisa.

—Mira —dice con parsimonia, con un tono suave y tranquilo—. No me importa que seas una chica. De verdad. Me gustan las chicas.

—¿Que te gustan las chicas? —repito poniendo cara de póquer.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No, creo que no.

Frunce el ceño y empieza a girar la gorra en la mano.

—Lo siento de veras. ¿Podemos volver a empezar?

—No —le respondo a toda prisa—. No podemos volver a empezar.

Él frunce más el ceño y empieza a mover los pies. Permanece algo encorvado en todo momento, pero ahora empieza a encogerse incluso más.

Me quedo observando cómo se amilana y digo:

—Pero me encantaría saber, si es que tienes una explicación, por qué necesitas a un compañero.

Suspira y vuelve a ponerse la gorra. Agarra la visera y se la cala, lo cual proyecta una sombra sobre su cara.

—Sí. Te lo explicaré todo. Pero se me había ocurrido que podíamos coger una mesa y hablar mientras comemos algo. —Hace una pausa y se queda mirándome durante un tiempo demasiado largo para mi gusto—. A menos que ya hayas decidido que soy un imbécil acabado y quieras largarte.

Me quedo pensándolo un instante y niego con la cabeza.

—No quiero largarme, no todavía. Además, no pienso marcharme sin comerme unas patatas fritas con queso. —Me alejo de él y me dirijo hacia el puesto de cerveza casera.

El chico emprende una carrerita para alcanzarme. Caminamos uno junto al otro en silencio hacia el mostrador donde se hacen los pedidos.

El puesto de cerveza casera —que en realidad se llama Tony’s, aunque nadie use ese nombre— está instalado en un camión. Se pide en el mostrador, preparan la comida dentro del camión y te la llevan al sitio que hayas escogido. Hay una carpa como las de las ferias de pueblo con varias mesas de picnic, pero las noches que está lleno es casi imposible encontrar sitio.

Yo pido primero. Tomaré unas patatas fritas con queso y un batido de fresa. Cojo mi número siete de plástico y encuentro un lugar en una mesa de las del fondo. Me quedo mirando a Robot Congelado mientras pide. Por lo

visto conoce a algunos de los clientes. Los saluda con un gesto de cabeza y les dice hola. Es raro. Si Robot Congelado tiene tantos amigos, ¿por qué quiere quitarse de en medio?

Debería empezar a llamarlo Roman, pero me parece demasiado personal. Me resulta más fácil llamarlo por su nombre de usuario. Además, no tiene pinta de ser alguien que se quiera suicidar; salta a la vista que todavía le importa su apariencia. Parece que acaba de cortarse el pelo, y sí, va vestido de forma desenfadada, casual, con una sudadera con capucha y pantalones de chándal, pero es ropa de marca. Básicamente, Roman parece el típico chico que saldría con Georgia o que saludaría desde una carroza en el desfile de antiguos alumnos del instituto. No alguien que fantasea con la idea de tirarse delante de un camión de dieciocho ruedas.

Empiezo a tener náuseas y me pregunto si no será todo una broma pesada preparada por mi hermana. Pero descarto la idea. A Georgia no le interesa tanto lo que hago para invertir la energía necesaria en un montaje así. Al menos que yo sepa.

Robot Congelado empieza a caminar hacia mí, pero dos chicos lo obligan a detenerse. Los dos son altos, aunque no tanto como él. Le dan palmaditas en la espalda y él asiente con la cabeza, como si estuviera de acuerdo con lo que dicen.

Lo miro y me pregunto si querría suicidarme si fuera como él. Es alguien con amigos, alguien cuya existencia hace feliz a la gente. Aunque, muy en el fondo, sé que esta decisión, al menos en mi caso, no tiene nada que ver con la popularidad.

Antes jugaba a un juego en el que negociaba conmigo misma: «Si se acaban los rumores sobre mi padre, si mi madre vuelve a mirarme como si fuera una hija normal, si puedes asegurar que no te volverás como papá…». Sin embargo, es esa última cuestión la que imposibilita cualquier negociación.

Eso es imposible de asegurar, sobre todo porque tengo la certeza de que hay algo en mí que no funciona. Hay algo que está roto. Lo que no entiende nadie es que la depresión no tiene nada que ver con el exterior; está relacionada con el interior. Hay algo en mi interior que no funciona. Claro, hay cosas en mi vida que me hacen sentir sola, pero no hay nada que me haga sentir más sola y aterrorizada que la voz que oigo en mi cabeza. La voz que me recuerda que hay muchas probabilidades de que acabe como mi padre.

Apuesto a que, si me abrieran en canal, la babosa negra de la depresión saldría reptando. A los psicólogos de instituto les encanta decir: «Tú piensa de forma positiva», pero eso es imposible cuando se tiene algo dentro, algo que acaba con toda la felicidad que pueda sentirse. Mi cuerpo es una máquina muy eficaz de aniquilar pensamientos positivos.

En mis peores días, me pongo a pensar en si mi padre tendrá la misma babosa negra en su interior. Si será la razón por la que hizo aquellas cosas tan horribles. A lo mejor, el suicidio y el homicidio solo están separados por una delgada línea. Esas son la clase de reflexiones que me aterrorizan. Son la clase de ideas que me hacen pensar que no seré capaz de aguantar hasta el 7 de abril. Tengo que librarme de esa babosa; tengo que librarme de mí misma.

—¡Eh! —dice Robot Congelado, y pone su número ocho de plástico junto al mío.

Ochenta y siete. Ojalá pudiera encontrarle algún significado a esa cifra. Últimamente intento encontrar un significado a todo. Como si albergase la esperanza de que el universo me haga una señal afirmativa, en plan: «Sí, tienes vía libre para marcharte. Adelante».

Robot Congelado recoloca los números para que permanezcan rectos. A lo mejor él también está buscándoles un significado. O a lo mejor tiene un trastorno obsesivo compulsivo.

—Aquí eres famoso, ¿no?

Se encoge.

—Antes lo era.

—Parece que todavía lo eres.

La camarera me trae las patatas y el batido. Sonríe a Robot Congelado y juraría que incluso le hace ojitos.

En cuanto se aleja, me doy cuenta de que él se ha ruborizado.

—¿Lo ves? Eres famoso.

—No soy yo. —Y me pasa el ketchup—. El famoso era el de antes.

Me pongo unas cuantas patatas en una servilleta y me meto una en la boca. Seguro que es de mala educación empezar a comer antes de que a él le traigan lo suyo, pero no creo que Robot Congelado vaya a escoger a su compañero de suicidio basándose en los buenos modales.

Muy poco tiempo después, la camarera regresa a nuestra mesa con su comida. Él ha pedido una hamburguesa con queso, patatas fritas, batido de chocolate y una ración de jalapeños. Antes de volver a marcharse, la chica le

dedica otra sonrisa coqueta y él se ruboriza de nuevo.

Le doy un sorbo al batido y hago una mueca. La fresa está más ácida de lo que imaginaba, pero me gusta la sensación de frescor en el fondo de la garganta.

—No digas nada —dice él, y me mira mientras la camarera se aleja.

—No iba a decir nada.

—No soy como esperabas, ¿verdad? —Se mete una patata en la boca. Aunque es un gesto forzado. Demasiado rápido. En realidad no le apetece comer. Conozco ese truco para disimular.

No respondo a su pregunta. Pero le hago una.

—¿Y yo soy como esperabas?

Se queda mirándome unos segundos.

—Sinceramente, no. Pero eso es bueno.

—Debo de ser al menos algo parecida a lo que esperabas, si no, no me habrías abordado en el aparcamiento.

Pone expresión de dolor y arruga toda la cara. Alarga una mano y coge un par de jalapeños. Se los come de golpe, los engulle de un solo bocado.

—¿Qué? —Enarco las cejas.

Sigue masticando los jalapeños. Debían de ir en un bote, porque le cae el líquido de la conserva por los dedos. Hace una pequeña mueca de dolor cuando unas gotas de jugo se le meten en un pequeño corte de la mano izquierda.

—Venga ya. Dímelo de una vez —insisto—. ¿Cómo has sabido que era yo?

Levanta la vista de los jalapeños para mirarme y dice:

—No quiero ofenderte.

—¿En serio? —digo con un tono más seco de lo que pretendía.

Sorbo ruidosamente el batido en un intento de quitarle hierro al asunto. No quiero que crea que me enfado con facilidad. Al menos, todavía no. Si lo cree, podría escoger a otra friki depresiva en lugar de quedarse conmigo.

Le quita las semillas a uno de los jalapeños y se las coloca en la lengua. Se las traga y, mientras le bajan por la garganta, permanece impávido, aunque debe de estar ardiéndole la boca. Al final dice:

—Es que tienes pinta de querer morir. Tienes pinta de estar muy jodida, de verdad.

Se queda mirándome mientras yo lo miro, anonadada. El pobre chico se encoge sentado en el banco de la mesa de picnic y se mira las zapatillas

blancas. Tiene la cabeza gacha y la barbilla hundida contra el pecho. Veo que empieza a resbalarle el sudor por el cogote y que se ha puesto rojo como un tomate.

Me cuesta un segundo procesar lo que ha dicho, pero cuando lo hago rompo a reír. Reír hace que se me irrite la garganta y le doy otro sorbo al batido.

Él me mira enarcando una ceja.

—Soy horrible, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—Eres sincero. Y eso me gusta. Además, ahora ya sabes que no soy de las que se rajan en el último momento.

Se encoge de hombros y juega con la cremallera de la sudadera.

—Eso no lo sé. Lo único que digo es que se ve que tienes ganas de morir, pero no estoy seguro al cien por cien de que seas capaz de apretar el gatillo.

Frunzo el entrecejo.

—Bueno, por algo me he metido en esto. Necesito un poco de… ánimo. —Me quedo mirándole la sudadera con capucha. Lleva escrito EQUIPO DE BALONCESTO DE LA UNIVERSIDAD DE KENTUCKY con grandes letras en negrita —. Trabajo en equipo. Apoyo moral. Es vocabulario deportivo, ¿verdad?

Se mira la sudadera.

—Ya no juego.

—No te he preguntado eso.

—Sí, ya lo sé —dice—. Pero ya te entiendo. Crees que será más fácil así que si lo haces sola.

Apoyo todo el peso del cuerpo en los codos y me inclino hacia él para que la camarera no nos oiga.

—¿Eres el hombre al que necesito para este trabajito? ¿Vamos a hacer esto juntos o qué pasa? —No es mi estilo ser tan agresiva, pero, por algún motivo, siento que debo obligar a Robot Congelado a que me escoja. Necesito ser asertiva. No recuerdo la última vez que lo fui.

Se remueve en su asiento y coge su hamburguesa con queso. Aparta el tomate. No lo he visto darle ni un solo mordisco.

—Todavía no estoy seguro.

—¿Qué necesitas saber?

—Para empezar, algo más sobre ti.

—¿Como qué? —pregunto.

—¿Qué nombre es ese de Aysel? —Lo pronuncia bien e intento no

parecer impresionada.

—Es un nombre turco.

—¿Tus padres son turcos? —me pregunta.

Asiento en silencio. No le cuento nada más sobre mis padres. También evito decirle mi apellido. Mi madre ha iniciado los trámites en el registro para cambiármelo y así lleve el mismo que ella tiene ahora: Underwood. Sin embargo, ese cambio no se ha producido todavía, y lo último que deseo es que Robot Congelado me busque en Google y descubra lo de mi padre. Da igual lo jodido que pueda estar Robot Congelado, dudo que quiera vincular su fantasía suicida a la mía si se entera de mi verdadera historia familiar.

—¿Sabes hablar turco?

Niego con la cabeza. Mi padre no me enseñó su idioma. Algunas veces, yo reunía el valor necesario para hacer preguntas sobre Turquía y, si él estaba de buen humor, me hablaba sobre las calles angostas de su viejo barrio, donde jugaba al fútbol con sus amigos por las noches. Pero, cuando tenía un mal día (y en los últimos tiempos los malos días eran cada vez más y más frecuentes), me respondía con brusquedad y me decía que dejara de preguntar. Me recordaba que yo tenía suerte de haber nacido en Estados Unidos, porque jamás me vería obligada a recorrer medio mundo para encontrar un trabajo.

En cuanto a mi madre… La verdad es que lo ha intentado todo para olvidar sus raíces. Mis padres se separaron cuando yo tenía menos de un año, y desde que mi madre está con Steve, ha intentado parecer una auténtica estadounidense blanca. Tiene la piel más clara que yo, así que, de no ser por el ligero acento turco que todavía se le nota, pasaría por nativa sin problemas. Sin duda alguna, yo tengo más pinta de extranjera que mi madre, porque he heredado el tono más oscuro de piel de mi padre.

—¿Esto te incomoda? —me pregunta Robot Congelado mientras mastica su hamburguesa con queso. No parece que esté disfrutando tanto comiéndola como con los jalapeños. Como si estuviera obligándose a masticar, y lo hace poco a poco, mordisqueándola cachito a cachito.

—No —respondo—. Pero no entiendo por qué te interesan tanto mis orígenes. Yo no estoy interrogándote.

Me dedica una sonrisa. No entiendo a este chico.

—Me pica la curiosidad, porque Aysel es un nombre que mola.

—Si quieres, puedes quedártelo.

—Qué gracia —dice, pero no se ríe.

—¿Por qué el 7 de abril? —Me ha llegado el turno de hacer una pregunta.

—Fue el día que ocurrió.

—¿Que ocurrió el qué?

—La razón por la que quiero morir. Ocurrió hace un año, el 7 de abril. —Aprieta la mandíbula y desvía la mirada.

—Y supongo que no vas a contarme qué ocurrió.

Antes de que pueda responder, los dos chicos de antes se acercan y se sientan junto a él.

—¿Cómo va? —le pregunta uno de ellos mientras el otro le da una palmada en la espalda.

—No sabía que salías con alguien, Roman —dice con tono burlón el que le ha dado la palmada—. ¿Qué piensa Kelly?

«¿Kelly? No me digas que Robot Congelado tiene novia.» Lo miro con cara de pasmo, como diciendo: «¿Qué narices pasa aquí?».

—Chicos, esta es Aysel. —Corresponde a mi mirada con gesto de súplica.

No soy la persona más agradable de la historia de la humanidad, pero no pienso delatar a Robot Congelado. Aunque resulta divertido ver cómo suda la gota gorda. Mantengo la expresión de frialdad. Estoy descongelando a Robot Congelado haciéndolo sudar.

—Y Aysel, estos son Travis y Lance. —Percibo un ligero temblor en la voz de Roman, y me doy cuenta de que tiene un montón de pecas en la nariz que han ido enrojeciéndose a medida que se acercaban sus amigos.

—¿Vas a Willis? —pregunta Lance. Me dedica un gesto interrogante enarcando sus cejas de color rubio pajizo.

—Si fuera a Willis, ya nos habríamos fijado en ella —dice Travis con falsedad.

El tono de su voz es suficiente para que yo pierda el interés en mi batido. Huelga decir que, si fuera a Willis, está claro que Travis no se habría fijado en mí. Los chicos de mi instituto que son como Travis y Lance no me miran. Al menos, no con buenos ojos.

—No asustes a la chica —dice Lance. Por lo visto, Lance tiene un estilo más delicado con las mujeres. Tiene más pinta de ligón que Travis, con ese corte de pelo desfilado, como de cantante pop, esos ojazos azules y las espaldas anchas.

Se produce un silencio incómodo de un par de segundos.

—Va a Langston —informa Roman a regañadientes.

—Un momento, entonces, si vas a Langston, tienes que conocer a Brian

Jackson, ¿a que sí? —pregunta Lance abriendo más sus ojos azules.

Contengo la respiración mientras lo miro e intento averiguar si ya ha atado cabos.

—¡Ah! ¿Así es como os habéis conocido? ¿A través de Brian? —dice Travis mientras se inclina en dirección a Roman para robarle un par de patatas fritas.

Roman y yo intercambiamos una mirada.

—¡Ah, no! —dice él—. Nos conocimos la semana pasada.

«Ah, ¿sí?»

—¿Dónde? —pregunta Travis. Vuelve a mirarme de soslayo.

Sé que sabe que aquí hay gato encerrado. Trago saliva y pido un pequeño deseo al universo: «Por favor, no me lo fastidies. Por favor, no permitas que averigüen quién soy».

—En el viejo parque. En la cancha —dice Roman; a este chico se le da de maravilla mentir. Habla con tranquilidad y firmeza.

Travis se tira un eructo y lanza los brazos al aire.

—¡Lo sabía, tío! Todavía tienes ganas de jugar. Ya te dije que el entrenador volvería a admitirte en el equipo. Tienes de que dejar de machacarte…

—¿Te importa no hablar de eso aquí? —pregunta Roman con un repentino tono cortante.

—En serio, tío —dice Lance mientras él también le coge una patata a Roman—. ¿Por qué has sacado el tema?

Travis se pone rojo como un tomate. No sabía que los chicos como él pudieran sentirse incómodos, aunque supongo que hay cosas que pueden avergonzar incluso a tipos como él. Hoy estoy aprendiendo mucho sobre el género masculino.

—Lo siento —masculla Travis, y aparta la mirada de la mesa. La sonrisa vuelve a aflorarle a la cara cuando le echa un vistazo a nuestra camarera—. Suzie tiene buena cara, ¿no?

—Parece que las cosas le van bien —dice Roman con despreocupación. Se vuelve hacia mí—. Suzie es nuestra camarera. Va a nuestro instituto.

Asiento con la cabeza como si entendiera lo que ocurre, pero estoy segura de que hay algo entre líneas que se me escapa.

Travis le da un codazo a Roman.

—De verdad, creo que a ella todavía le molas.

Lance me mira y luego mira a Roman antes de volver a dirigirse a Travis.

—Un poco de respeto, tío.

Estoy a punto de decirle que Roman y yo no somos lo que cree. La simple idea casi me hace reír de nuevo, y le doy otro sorbo al batido. Paladeo la fresa y me paso la lengua por los dientes. Me da igual que sea un gesto poco atractivo.

Lance vuelve a acudir al rescate y rompe el violento silencio.

—Entonces, espera… ¿Conoces a Brian Jackson?

Intento que no se me note que empiezo a sudar. Toqueteo las patatas y mantengo la vista clavada en el ketchup. Ahora mismo no me siento capaz de mirar a ninguno de los chicos.

—En realidad, no.

—Pero ¿no es bastante famoso en la actualidad? —pregunta Travis. Alarga una mano y vuelve a dar una palmada a Roman en la espalda—. Podrías haber sido tú, tío.

Roman masculla algo, y no puedo evitar preguntar:

—¿Qué quieres decir con eso?

Lance pone cara rara, mira de golpe a Roman, me mira a mí y mira otra vez a su amigo.

—¿Puedo decírselo?

Roman se pone una mano por detrás del cuello y se vuelve para mirar a lo lejos.

—Haz lo que te dé la gana.

Otro silencio incómodo.

—Roman jugaba al baloncesto semiprofesional con Brian. ¿Sabes lo que es el baloncesto semiprofesional? —pregunta Lance.

Tengo una idea muy básica, pero niego con la cabeza para poder averiguar más detalles sobre la relación de Robot Congelado con Brian Jackson. Tengo la sensación de que una alarma de coche acaba de dispararse dentro de mi cabeza, oigo pitidos y sirenas. Intento tranquilizarme canturreando mentalmente el principio de *La cabalgata de las valquirias*, de Wagner.

—¿Estás tarareando algo? —pregunta Travis antes de que Lance pueda seguir explicando exactamente de qué se conocen Brian y Roman. Rompe a reír, pero Roman le da un empujón.

—No seas imbécil —dice mirando a Travis. Sus ojos color avellana están vidriosos por la rabia, y eso hace que parezcan más dorados que verdes.

Siento cómo se me ruborizan las mejillas y bajo la vista en dirección a la

mesa de picnic. Veo que hay una mancha de ketchup junto a mis patatas. Me pregunto si Robot Congelado me defendería con tantas ganas si supiera lo de mi padre, y luego me pregunto por qué estará dando la cara por mí. Noto como todos me miran, aunque la mirada de Roman me produce una sensación distinta a la de Travis o a la de Lance. Los ojos de estos dos chicos me queman la piel, al igual que ocurre cuando me miran mis compañeros de clase; están ansiosos por descubrir mis secretos, por ver dentro de mí. Los ojos de Robot Congelado son de mirada amable y paciente. Sabe qué encontrará si ahonda más en mí. No tiene prisa por descubrir lo que hay en mi interior. Entiende que el vacío no tiene nada de especial, que la depresión no tiene nada de interesante.

Reúno valor para levantar la vista y volver a mirarlo. Me dedica una tímida sonrisa, y estoy bastante segura de que he encontrado compañero de suicidio.

Sus amigos permanecen callados, mirándolo. Aunque afirme que era famoso en una vida pasada, me parece que es bastante popular en la presente. Tamborilea con los dedos de ambas manos sobre la mesa.

—Brian y yo éramos amigos de pequeños. Jugábamos juntos al baloncesto, en un equipo al que se entraba tras superar una prueba. Un equipo que viajaba; jugamos partidos en Luisiana, Cincinnati y Lexington. Luego, a medida que fuimos haciéndonos mayores, Brian y yo entrenábamos juntos. Corríamos y hacíamos pesas. Nada del otro mundo. —Roman vuelve a rascarse por detrás del cuello, su mirada empieza a nublarse y me resulta difícil interpretarla—. Ahora él es un fuera de serie. Está preparándose para las Olimpiadas. No hablamos mucho. —Me mira directamente a los ojos—. No era tan interesante, ¿verdad?

Lance parece convencido de que hay algo entre Roman y yo, e intenta echarle un cable a su amigo añadiendo:

—La cuestión es que nuestro chico, aquí presente, es un loco del deporte.

—Sí, si Roman se hubiera presentado, seguramente habría ido a Inglaterra el año que viene con una cuantiosa beca para jugar al baloncesto —añade Travis. Rodea a Roman con un brazo, como un hermano orgulloso o algo así, pero Roman se lo quita de encima.

—Déjate de chorradas —dice Roman, y sacude la cabeza mirando al suelo—. A Aysel no le interesan estas cosas.

«Traducción: no tienes por qué impresionar a esta chica. No quiero acostarme con ella, quiero morir con ella.» No obstante, ni Travis ni Lance

parecen captar la indirecta. En lugar de entenderlo, ambos levantan las manos y empiezan a decir: «¡Perdón! ¡Perdón!». Al mirarlos, sé que debería pensar en lo imbéciles que son, porque hacen los mismos movimientos al mismo tiempo, pero, en cambio, solo puedo pensar en que nunca he experimentado ese grado de sincronización con nadie. Me pregunto si Robot Congelado tendría antes esa sincronía con ellos y si, por algún motivo, se desligó del grupo.

Me pregunto qué habrá ocurrido para que quedara marginado. Qué habrá sucedido para que pasara de ser Roman, la estrella del deporte y amigo de futuras promesas olímpicas, a ser Robot Congelado, el chico trágico obsesionado con las páginas sobre suicidios.

Lo miro con el rabillo del ojo. Tiene la cabeza gacha, los hombros caídos. Está mirando con detenimiento la única semilla de jalapeño que se ha dejado, la mueve con un dedo por el plato de papel. Poco a poco se la lleva hasta los labios y se la traga.

Todos estamos mirándolo, y al final masculla:

—Bueno, ha estado bien veros, chicos, pero ahora Aysel tiene que llevarme a casa en coche. Ya nos íbamos cuando habéis llegado.

—Está bien, tío. —Travis le da un apretón en los hombros a Roman—. Cuídate. Estamos contigo.

—¿Nos vemos pronto? —añade Lance—. Me gustaría jugar unas canastas contigo en la cancha. Como en los viejos tiempos.

—Vale —dice Roman con desinterés—. Como en los viejos tiempos. —Se levanta de la mesa y tira los restos de la comida en la papelera.

Me despido de Travis y de Lance con un gesto desganado de la mano y sigo a Roman. Tiro mis patatas fritas, de todas formas, ya casi me las había terminado, pero conservo el batido.

—Así que ¿voy a llevarte a casa en coche? —susurro con la esperanza de que Lance y Travis no me oigan.

—Sí. Yo no conduzco.

—¿No tenías diecisiete años?

Me dedica la misma sonrisa de medio lado que me ha deslumbrado al vernos por primera vez.

—Te has estudiado bien mi perfil.

—Solo quería asegurarme de que no eras la típica madre estresada o algo así —digo, y me dirijo hacia el coche. No añado que me habría gustado que en su perfil advirtiera sobre su conexión con Brian Jackson. De haberlo

sabido, jamás habría accedido a reunirme con él.

En cuanto abro el coche, tiro la basura que hay en el asiento del acompañante al asiento trasero. Dejo un par de bolsas grasientas de comida rápida a los pies del asiento de al lado. Roman puede limitarse a poner los pies encima. Me da igual. No es que vaya a rechazarme por ser desordenada.

Se sube y da unas palmadas sobre el polvoriento salpicadero.

—Buen cacharro. —Pisotea las bolsas tiradas con las zapatillas—. Además, parece que lo cuidas bien.

Ignoro sus comentarios y meto la llave en el contacto. El motor hace un ruido como de escupitajo. Giro el volante y nos ponemos en marcha. Salgo del aparcamiento y miro a Roman de reojo. Está mirando por el parabrisas, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Tiene los ojos marrones muy abiertos, pero la mirada perdida. Por primera vez lo veo de verdad. Robot Congelado no está de coña; Robot Congelado quiere morir.

La babosa negra también habita en el interior de Robot Congelado.

Jueves, 14 de marzo

Quedan veinticuatro días

Durante un rato viajamos en silencio. Me pone un poco nerviosa que Robot Congelado vaya a abrir la puerta y tirarse en marcha a la carretera. No estoy segura de si el impacto lo mataría, y eso me pondría en una situación peliaguda.

Cuando alarga una mano para sintonizar la radio en lugar de dirigirla hacia el seguro de la puerta, suelto un leve suspiro de alivio. Escoge la emisora favorita de Georgia; la que emite en bucle los cinco primeros temas de la lista de superéxitos. Me da la impresión de que todas las canciones hablan de emborracharse, llevar mini-vestidos de lentejuelas y bailar toda la noche. Hago un mohín.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—No te entiendo. Es que pareces tan…

Cruza los brazos en el aire con forma de X, gesto que yo interpreto como «Cállate», y así lo hago. Soy bastante buena obedeciendo órdenes. Bueno, no es del todo cierto. Nunca obedezco las órdenes del señor Palmer, aunque gran parte del tiempo finjo estar haciéndolo.

Roman apaga la radio.

—Lo siento. No sabía que eras tan esnob con la música.

—No soy esnob con nada —digo.

—No eres ni una esnob ni una madre estresada —contesta—. Tienes muchos puntos a tu favor.

—Sí, claro —repongo, y luego me la juego con una bromita cruel para ver cómo reacciona—. Cuánto potencial se malgastará el 7 de abril. —Energía potencial. Me pregunto si Robot Congelado piensa alguna vez en la física de la muerte.

—Brindo por eso —dice fingiendo que levanta una copa en el aire—. Salud. —Supongo que las canciones de la emisora de Georgia encajan con sus gustos.

Avanzamos durante un rato más en silencio dando tumbos por la carretera. Alargo la mano hacia el dial de la radio y sintonizo la emisora de música clásica. Roman no hace ningún comentario sobre mi elección musical. El paisaje empieza a tornarse montañoso. Llegamos a una curva cerrada del trayecto y nos alejamos del río para dirigirnos hacia la montaña rusa de colinas, con sus continuos cambios de rasante. La hierba todavía está marrón y seca a causa del frío invierno, y casi todos los árboles siguen pelados. Este año la primavera está retrasándose. Algunos días, el aire huele a bourbon, ese suave aroma a centeno procedente de una destilería que se encuentra a un par de kilómetros de la carretera. Pero hoy solo huelo a barro y a hierba húmeda. El viento me abofetea en las mejillas y reprimo las ganas de mirar a Roman, para ello, mantengo la mirada clavada en la carretera.

—Ya no me dejan conducir por algo que ocurrió el año pasado —me confiesa al final sin que yo lo obligue a hacerlo—. Por eso serás tú la que tendrá que conducir. Antes ha sido mi madre la que me ha llevado al puesto de cerveza casera. La ha emocionado mucho que saliera de casa para encontrarme con una amiga por primera vez en meses. —Me mira un instante—. Le he contado que acabamos de conocernos. Mi madre está desquiciada.

Así que sus padres están preocupados por él. La situación es grave. Y eso significa que lo vigilan de cerca. Aunque supongo que esa es la razón por la que me necesita: soy su leal compañera de suicidio.

—Ya lo pillo —le digo—. Bueno ¿crees que al menos podrías darme algunas indicaciones para saber adónde tengo que llevarte?

Se queda callado y frunce el labio inferior, como si estuviera pensándose si hablar o no.

—¿Qué? —insisto.

—¿Puedo pedirte un favor?

Mi primera misión como compañera. Hay algo dentro de mí que se balancea como una mecedora en una habitación vacía: es algo que me provoca sensación de soledad y bienestar.

—Claro, ¿de qué se trata?

—¿Podemos parar en la tienda de artículos de pesca de la calle principal?

Arrugo la nariz.

—¿La tienda de artículos de pesca?

—Sí. Necesito pasar a recoger unas lombrices.

Pestañeo y le lanzo una mirada rápida. Él está mirando hacia delante.

Tiene los músculos de la cara relajados; no parece que esté tomándome el pelo.

—Hummm… Vale —digo—. Tú indícame cómo llegar.

—Tú sigue recto por esta carretera hasta el desvío que hay junto al puente. Luego quédate a la izquierda y llegarás a la calle principal de Willis. La tienda de artículos de pesca está en la esquina derecha del cruce, entre la principal y Burns Street. —Robot Congelado habla con un tono relajado y firme mientras me da las indicaciones. Parece un cliente habitual de la tienda de artículos de pesca. Qué raro.

Me agarro con más fuerza al volante e intento concentrarme en la música. En la emisora han puesto la *Sinfonía n.º 40*, de Mozart, pero ni las vibrantes notas en clave menor del violín logran distraerme.

—¿Para qué necesitas las lombrices? ¿Eres un fanático de la pesca o qué pasa?

Emite un ruido que es una mezcla de gruñido y risa.

—No.

Está claro que Robot Congelado es un hombre de pocas palabras.

—¿No?

—No, no soy un fanático de la pesca. —Se encoge y se desplaza sobre el asiento para acercarse más a la puerta del acompañante. Las rodillas le golpean contra el salpicadero, y pienso en decirle que se siente atrás por si está incómodo, pero no lo hago.

—Vale. Entonces, no lo entiendo. ¿Qué me estoy perdiendo?

—¿Cómo?

Supongo que quiere que le haga la pregunta completa.

—¿Para qué necesitas las lombrices si no eres un fanático de la pesca?

—Para la tortuga que tengo como mascota —dice, como si yo tuviera que saber de antemano que tiene una tortuga. Como si fuera una suposición lógica. A lo mejor Willis, en Kentucky, es la capital de las tortugas domésticas estadounidenses.

Al principio, la noticia de que tiene una mascota me deja pasmada. Roman no parece el típico amante de los animales, y, de ser así, lo habría imaginado con un golden retriever o algún animal doméstico por el estilo. Es el estereotipo de tío estadounidense superpatriótico, jugador de baloncesto y comedor de hamburguesas, al que le gustan los perros. En cualquier caso, se me hace un nudo en la garganta cuando caigo en la cuenta de lo que eso implica. «Tienes una mascota.»

Lo digo en voz alta.

—Tienes una mascota.

—Tengo una mascota —repite, y luego, como si supiera qué estoy pensando, se vuelve hacia mí—. Pero no te preocupes. Eso no va a detenerme.

Inspiro con fuerza y me quedo mirando la sucia alfombrilla del suelo. Arrinconada al fondo, hay una lata aplastada de Coca-Cola. En su superficie metálica se refleja la luz del sol, y me da la sensación de que está guiñándome un ojo.

—Deberías mantenerte atenta a la carretera.

—¿Perdona?

—Que mires a la carretera.

—Ya te he oído —respondo, exasperada, con voz de pito—. Pero, si quieres morir, ¿por qué te preocupa tanto que me centre en la carretera?

Inspira hondo y, con el rabillo del ojo, veo que deja caer los hombros; parece un alce gigantesco al que un cazador acaba de disparar y malherir.

—Quiero morir, pero no quiero hacer daño a nadie más.

—Eso está muy bien. —Aprieto los dientes y miro hacia delante. No le cuento lo de la lata de Coca-Cola. Creería que he puesto en peligro nuestra seguridad.

Giro por el desvío que me ha dicho Robot Congelado y me quedo a la izquierda, como me ha indicado. Mi coche desciende por la calle principal de Willis. Está flanqueada por casas de estilo victoriano, con sus fachadas pintadas de colores y reconvertidas en tiendas con nombres cursis: Nata cremosa, una heladería; el Huevo frito, una cafetería especializada en desayunos; Burbujas y espuma, una lavandería.

—¿Cómo se llama tu tortuga?

—Capitán Nemo —dice, y añade—: Yo no le puse el nombre.

No insisto en el tema. La identidad anónima de quien bautizó a Capitán Nemo queda suspendida en el aire como un sobre sin abrir. Ambos sabemos que dentro hay una carta, una historia, pero ahora mismo ninguno de los dos tiene la valentía suficiente para romper el sello de lacre.

A medida que nos acercamos a una casa azul con pegatinas de pesca en la vitrina, voy reduciendo la velocidad. Hay un cartel clavado en el césped de la entrada que reza: ARTÍCULOS DE PESCA BOB & CO. Aparco en un sitio libre justo en la acera de enfrente.

—Ya entro yo —dice Roman.

Voy a quitar la llave del contacto, pero él niega con la cabeza.

—Tú puedes quedarte aquí.

Antes de poder decir nada, él ya ha salido del coche y va corriendo con paso ligero hacia la puerta de entrada de Artículos de Pesca Bob & Co. No lo he visto actuar más rápido en todo el día. En el puesto de cerveza casera estaba como aletargado, se movía a cámara lenta.

Debe de querer mucho a esa tortuga. Tengo el corazón en un puño, encogido por la emoción; poco a poco, esa sensación va desapareciendo. Me doy una palmadita en el estómago. «Buen trabajo, babosa negra.» Mientras espero a que él regrese, cierro los ojos y escucho la música. Han empezado a tocar una pieza del *Lago de los cisnes*, de Tchaikovski. No es mi parte favorita. Es demasiado delicada, demasiado hermosa. Es demasiado nostálgica.

No me gustan los temas que evocan la espera de algo. Me gustan las piezas que transmiten desapego, ganas de despedirse.

Antes de que pueda darme cuenta, Robot Congelado ha vuelto con un vaso de papel apretujado entre las manos. Mientras se arrellana de nuevo en su asiento, le digo:

—Más vale que eso no se te caiga.

—¿Por qué? ¿Porque te gusta mantener el coche muy limpio? —Frunce los labios, en los que empieza a aflorar una sonrisa despreocupada. Este chico tiene un problema serio con las sonrisas. Sobre todo, porque ha tenido el morro de insinuar que soy de las que se rajan en el último momento.

Frunzo el ceño.

—Porque sería asqueroso.

—Vale, vale. Intentaré que no se me caiga.

Desaparco y continúo por la calle principal.

—¿Dónde está tu casa?

Roman me da las indicaciones y al final dice:

—¿Cómo puedes escuchar esa cosa?

Hago un gesto señalando la radio.

—¿Esa cosa? Esa cosa es obra de un genio. —Ojalá estuviera sonando Mozart, así podría defender algo más potente, como una de las tocatas de Bach, pero da igual. *El lago de los cisnes* es muchísimo más profunda que cualquier balada de música pop de las que Roman preferiría escuchar.

—No tiene letra —dice.

—Esa es parte de la gracia. Es curioso que precisamente tú te quejes de

eso.

Noto cómo se remueve en el asiento una vez más. Se golpea las piernas contra la puerta del acompañante.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que no pareces muy fan de las palabras. Por eso creía que sabrías valorar la ausencia de letra.

Alarga el cuello para mirarme. Noto su mirada clavada en mi cara; sigue siendo delicada, no quema, aun así, la percibo.

—Me gustan las palabras de los otros. Me llenan.

—¿Como las palabras que hablan de emborracharse y meter mano a las chicas?

Suelta una risotada.

—No. Eso es solo ruido. Aunque eso también me gusta. Me ayuda a olvidar.

—¿A olvidar el qué?

—Pues eso. El motivo por el que quiero morir.

Nos adentramos en su barrio. Se parece al mío, las mismas casas viejas prefabricadas, salvo que los jardines parecen mejor cuidados. No hay hierba silvestre ni montones de dientes de león.

—No te entiendo. —Y es verdad. Debe de ser lo más sincero que le he dicho en todo el día. No entiendo por qué busca sentirse lleno, ni por qué busca respuestas en la música. Cuando yo escucho música, busco un lugar donde esconderme, un lugar donde huir del vacío que siento.

Lo veo hacer malabares con el vaso de lombrices. Los bichos van dando botes sobre su regazo, y él intenta que el vaso no se vuelque manteniéndolo lo más estable posible. Me pregunto por qué será tan cuidadoso con unos seres que están a punto de morir.

No dice nada, así que yo sigo insistiendo.

—No entiendo por qué quieres meterte en esto, por qué quieres hacerlo.

—¿Estás preguntándome por qué quiero suicidarme o por qué no quiero morir solo?

—Las dos cosas —respondo, y me muerdo el labio inferior—. Sinceramente, me da igual la razón por la que quieres suicidarte. —Eso es mentira, pero no quiero tener que contarle mis motivos; me parece justo no obligarlo a explicarme los suyos—. Solo necesito saber que no vas a rajarte en el último momento.

Suelta una risa desdeñosa.

—¡Ah!, así que ¿ahora te preocupan los rajados?

—He visto a tus amigos. Necesito asegurarme de que esto no es un retorcido montaje. —Lo que no digo es: «Necesito asegurarme de que esto no es una farsa teniendo en cuenta que conoces a Brian Jackson».

—¿«Amigos»? —Escupe la palabra con asco—. Esos tíos no son mis amigos.

—No soy una experta, pero me han parecido amigos tuyos.

—Mira, no tienes ni idea de qué estás hablando, así que será mejor que te calles —me suelta.

El sol empieza a estar bajo y penetra en el coche con su luz, lo que proyecta destellos dorados en los ojos avellana de Roman. Ojalá volvieran a vérsele más verdes. Cuando los tenía de esa tonalidad, no parecería tan malo, tan enfadado.

—Eso no ha sido muy agradable.

Levanta la barbilla, como indicando que no piensa disculparse.

—Gira a la izquierda por aquí. —Señala una pequeña calle que se desvía de Southwind, la vía principal del barrio—. Es la casa roja de la derecha.

Es una vieja vivienda destartalada, como la mía, pero la fachada de madera parece mejor conservada y está claro que alguien se ha encargado de desbrozar y podar el jardín. Hay un arriate de flores recién abonadas y, aunque todavía no han florecido, imagino que alrededor de junio la tierra se llenará de lirios y caléndulas. Hay un buzón de color crema al principio del camino de entrada y en el letrero que cuelga de él se lee FAMILIA FRANKLIN.

—Qué mono —digo.

—Cosas de mi madre —dice Roman, y se baja del coche sujetando en equilibrio con la mano izquierda el vaso con las lombrices.

Supongo que todas las madres tienen sus cosas.

—Un momento —digo—. ¿Vamos a hacerlo o no?

Da la vuelta para colocarse junto a la puerta del conductor. Bajo la ventanilla del todo.

—Sí. Yo pienso hacerlo si tú lo haces —contesta.

—Yo pienso hacerlo seguro —respondo—. Pero hay algo que no entiendo.

—¿El qué?

—¿Para qué me necesitas?

Como si la frase hubiera sido un pie teatral, la puerta de la vivienda se abre. Una mujer de mediana edad, bajita y regordeta desciende a saltitos los

escalones de la entrada. Tiene el pelo del mismo tono castaño que Roman, aunque peina canas. Lleva un delantal de cocina y zuecos de andar por casa con estampado de flores. Si tuviera que hacer un folleto sobre Willis, Kentucky —lo que, gracias a Dios, no tengo que hacer—, pondría a esta mujer en la portada. Es la personificación del pueblo.

—¡Roman! —exclama, y nos saluda a ambos con la mano. Es un saludo típico de reina de la belleza. La mayoría de las mujeres adultas de esta zona han perfeccionado ese movimiento con los años: muñeca tiesa, ligera torsión de la mano—. ¡Roman! —repite—. Preséntame a tu amiga.

Me pongo roja como un tomate, y el estómago se me contrae y se dilata como un puño que se abre y se cierra. No es que me sienta culpable, al fin y al cabo yo no tengo la culpa de que su hijo quiera suicidarse. Pero no me apetece mucho conocer a su familia. Es el encuentro con la típica madre estresada que me quería ahorrar. Dos puntos menos para Robot Congelado: una tortuga como mascota y una madre cariñosa. Si fuera más quisquillosa, diría que tiene demasiado lastre. Pero, siendo realistas, no estoy en situación de andarme con muchas exigencias.

—Hum… Mamá —dice Roman con voz temblorosa. Traga un par de bocanadas de aire, y se le ve la nuez en el cuello—, esta es Aysel.

«Se te ve muy tranquilo. Bien, Robot Congelado… Muy tranquilo.»

—Aysel —repite ella enarcando las cejas. Mete la mano por la ventanilla abierta.

Sé que no supero la prueba de «buenos modales sureños». Debería haber bajado del coche a saludar si aspiro a que la señora me dé su aprobación. Aunque no la necesito. No tengo intención de pedir la mano de Roman. Y, de todas formas, dentro de un mes ya no existiré, y nadie tendrá que darme su aprobación.

—Encantada de conocerla. —Correspondo su apretón de manos con debilidad.

—Aysel es un nombre precioso —dice.

Con el paso de los años he aprendido que la frase «Aysel es un nombre precioso» es un eufemismo para «¿Qué narices de nombre es Aysel?».

—Es un nombre turco. —Me quedo mirándola a la cara para ver cómo reacciona.

Lo que más me interesa es averiguar si las historias sobre mi padre han tenido el mismo impacto permanente en Willis que en Langston. Si existe alguna posibilidad de que Roman, sus amigos o su madre sepan quién es mi

padre y lo que hizo. Estoy bastante segura de que mi padre es el único turco que ha salido en los titulares por esta zona de Kentucky. Últimamente, como Brian Jackson no para de salir en las noticias, las referencias a mi padre han sido cada vez más frecuentes. Si la mujer ha atado cabos, no lo demuestra. Su rostro con forma de corazón conserva la misma sonrisa sincera.

—¿Tu familia vive en Willis? —pregunta.

—En Langston —respondo.

—Tengo algunos amigos que son parroquianos de la Casa de la Gracia Divina de Langston. ¿Tú también vas?

Quiere saber si voy a la iglesia. ¡Qué lista! Debo reconocer que me gusta el carácter de esta mujer.

—Mi madre va a Santa Columbia. —No es mentira. Todos, mi madre, Steve, Georgia y Mike van a misa los domingos. Yo iba algunas veces, aunque hace tiempo que no lo hago. Justo después de mudarme a su casa, mi madre me obligaba a ir, pero se ha rendido. Experta en rendiciones. Estoy segura de que todos los feligreses se han percatado de mi ausencia en la iglesia. Seguro que comentan entre susurros lo mucho que me parezco a mi malvado padre.

A la madre de Roman se le ilumina la mirada en cuanto oye pronunciar el nombre de Santa Columbia. Pone las manos en jarras sobre sus anchas caderas y se inclina sobre mí apoyándose en la ventanilla. El olor a laca inunda el coche.

—Me han dicho que es una iglesia preciosa. Hace unos años fui a su misa de Navidad. Tienen un director de coral que es espectacular, ¿verdad?

No sé nada sobre el director de la coral de Santa Columbia. No estoy segura de cuántas formas distintas existen de cantar «Jesús en el pesebre» o «Noche de paz», pero asiento con la cabeza como si estuviera de acuerdo con ella, como si yo fuera un ser humano normal y corriente que mantiene una agradable conversación sobre la iglesia a la que asiste; como si no fuera una bomba de relojería a punto de convertirse en un monstruo.

—Mi hermana canta en la coral.

Y eso la pone eufórica. Su sonrisa es amplia y firme, nada que ver con la sonrisa de medio lado, casi dubitativa, de Roman.

—¡Oh, qué maravilla! Siempre he intentado que Roman participe más en las actividades de la iglesia. Es bonito ver cómo los jóvenes veneran a nuestro Señor.

Reprimo las ganas de poner cara de circunstancias. Para ser sincera, no sé

nada sobre mi hermana. Hace dos años más o menos que no tenemos una auténtica conversación, aunque estoy bastante segura de que no venera a nuestro Señor. No tiene tiempo de venerar a nadie que no sea ella misma.

—Lo que de verdad le gusta es cantar en público. —No menciono que a Georgia también le encanta el sonido de su propia voz.

La sonrisa de la madre de Roman se ha ampliado tanto que tengo miedo de que la cara se le parta en dos. Se vuelve de golpe para mirar a su hijo.

—¡Oh, has ido a comprar comida para Capitán Nemo!

Él deja caer los hombros; se queda encorvado, como si intentara ocultarle las lombrices a su madre. Sea cual sea la coraza física que intenta ponerse, no está dándole resultado.

—Sí, hemos pasado a recogerla en el camino de vuelta del puesto de cerveza casera.

Ella me sonríe de oreja a oreja.

—¡Qué detalle tan bonito!

Le hago un gesto de asentimiento con la cabeza, aunque no sé muy bien qué decir. Me abstengo de preguntar quién le puso nombre a Capitán Nemo. A lo mejor fue ella. Parece la típica persona a la que le gustan las mascotas.

Permanecemos en silencio un instante, luego Roman carraspea y mueve los pies, inquieto, sin desplazarse.

—Oye, mamá —dice—, ¿nos dejas un segundo a solas?

Su madre parece extrañada, entonces una curiosa mirada febril aflora en su rostro, como la de un deportista que acaba de completar un triatlón o de coronar la cima de una montaña. Está sonriéndome, como si fuera un ángel católico aparecido para salvar a su desolado hijo. Ella cree que entiende la situación, pero está claro que no es así. No tiene ni la más remota idea. Pobrecilla.

—Claro, nos vemos dentro, cariño. —Ella le quita la gorra de baloncesto y le pasa la mano por el pelo corto y castaño. Le devuelve la gorra y, como si se tratase de un intercambio, él le pasa las lombrices.

—¿Puedes llevártelas dentro? Le daré de comer cuando entre —dice Roman.

—Claro. —Agarra el vaso con delicadeza, como si las lombrices fueran una especie de mercancía muy valiosa.

Antes de darse la vuelta para marcharse, me dedica una última sonrisa.

—Me ha encantado conocerte. Deberías venir a cenar a casa alguna vez.

—Vaya, eso sería genial —miento.

Al tiempo que se aleja dándonos la espalda, dice:

—Podría buscar alguna receta turca. Te prepararé algún plato típico. —Lleva el vaso de papel sujeto con ambas manos, lo protege, y se apresura hacia la puerta; los zuecos taconean sobre el asfalto del camino de entrada.

He probado la comida turca solo un par de veces, cuando venían a casa de visita amigos de mi padre que vivían en otra ciudad. Una de sus mujeres tomó posesión de la cocina; recuerdo que el olor a orégano, a aceite de oliva y a zumaque inundaban la casa.

—Bueno, pues esto es por lo que te necesito —dice Roman.

—¿Por tu madre? —pregunto—. Pues parece agradable.

Niega con la cabeza mientras aprieta los labios con fuerza.

—Exacto. Agradable, pero sobreprotectora. Necesitaré ayuda para librarme de ella, y que así podamos, bueno… ya sabes.

Esa es una de las pegas del suicidio adolescente. Debes escapar del ojo vigilante de tus guardianes el tiempo suficiente para asegurarte de que logras morir antes de que alguien te encuentre. No hay nada peor que te corten la cuerda antes de que te hayas asfixiado del todo o que te saquen a tirones del coche antes de que el monóxido de carbono haya hecho efecto. Por lo visto, Roman ha llegado a la conclusión de que no puede acabar con todo en su propia casa; su mami no le quita ojo.

—Además, no tienes medio de transporte —añado. Me necesita para llegar al lugar donde morirá. No estoy acostumbrada a que me necesiten. Y, en cierta forma, me gusta. Deseo que la babosa negra de mi interior engulla ese sentimiento. Que te guste algo es peligroso.

—Y eso también —reconoce.

—¿Por qué no se lo pides a Travis o a Lance? —Le guiño un ojo—. Ambos saben conducir, ¿verdad? Podrías pedirles que te dejaran en el puente que está cerca de la calle principal. Diles que te vas de viaje. Un viaje muy largo.

Se queda mirándome.

—No creo que nada de esto tenga gracia, Aysel. —Dibuja una raya en la hierba con una de sus zapatillas.

«Muy buena forma de hacerme sentir fatal, Robot Congelado.»

—Lo siento —digo.

—¿Puedes quedar el sábado?

—¿Quedar? —Creo que en toda mi vida no he «quedado» con nadie. Ni siquiera cuando era amiga de Anna Stevens, cuando nos veíamos siempre lo

hacíamos con un objetivo muy bien definido: recoger y catalogar hojas secas, construir la maqueta de un avión, ver un especial en la PBS sobre escarabajos africanos.

—Ya sabes a lo que me refiero. A que nos veamos para planificar todo esto —dice Roman. Balancea su gorra de béisbol adelante y atrás con las manos y al final vuelve a ponérsela.

Es curioso, pero durante un instante imagino que estamos planeando algo distinto a nuestro suicidio conjunto, como el atraco a un banco, una broma o incluso algo tan simple como una presentación para la clase de inglés. Imagino que somos dos adolescentes normales, que de verdad voy a volver a su casa y voy a dejar que su madre cocine algún plato turco para mí, que pasaremos la velada escuchando música y riendo, mientras vemos vídeos tontos en internet.

Inspiro y siento cómo se me abre la caja torácica. No, guapa, no. No somos adolescentes normales. Sí, la babosa negra sigue ahí, devorando cualquier pensamiento alegre que me permita tener.

—El sábado por la noche me va bien. Lo apuntaré en mi calendario como «Día de planificación de mi muerte».

Hace un mohín. Aunque no es su sonrisa de medio lado. Se saca el teléfono móvil del bolsillo.

—Deberíamos darnos los números.

Qué poético: el primer chico que me pide el número de teléfono es el mismo chico con el que voy a morir. Apuesto a que John Berryman le habría sacado mucha punta a ese hecho. En realidad, le habría parecido bastante aburrido.

Le doy a Roman mi número y luego añado el suyo como nuevo contacto. Lo anoto con el nombre de Robot Congelado. Mira la pantalla de mi teléfono con cara de circunstancias.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué me guardas con ese nombre?

—Me resulta más fácil pensar en ti de esa forma.

Vuelve a mirarme negando con la cabeza.

—Deja de intentar que esto nos resulte fácil. Nada de todo esto va a ser fácil.

«Ya lo sé, Robot Congelado. Ya lo sé.»

Viernes 15 de marzo

Quedan veintitrés días

El señor Scott da golpecitos en el suelo de linóleo con el pie como si estuviera en una prueba para representar *Esperando a Godot*. Suena la campana y lanza su discurso a toda prisa.

—Hoy es uno de mis días favoritos del año.

Compruebo la fecha. El Día del Número Pi fue ayer. Me pregunto qué otra cosa puede emocionar tanto al señor Scott.

Frunce el ceño mientras hace un barrido del aula con la mirada. Estamos todos tirados sobre los pupitres, la mayoría intentando fingir que no pasamos cada segundo mirando el reloj.

El señor Scott suspira.

—¿Nadie quiere saber por qué estoy tan emocionado?

—Yo sí, señor Scott —dice Stacy Jenkins. Se echa hacia atrás su brillante melena dorada y le dedica su sonrisa de niña lameculos.

—¿Alguien más? —insiste él, pero la clase suelta un gruñido al unísono —. Me alegra ver lo entusiastas que son las jóvenes mentes del futuro. —Su intento de sarcasmo no da resultado. Seguimos mirándolo con cara de no entender nada, con la boca ligeramente entreabierta. Apuesto a que si alguien hiciera un documental sobre las aulas del instituto de Langston y comparase las imágenes con otras de criaturas marinas, de esas que respiran por la boca, el parecido sería más que razonable.

—¿Qué ocurre, señor Scott? —insiste Stacy.

No es que admire muchas cosas de Stacy, pero debo reconocer que hace falta tener un buen par de ovarios para hablarle al profesor de física como si fuera un cachorrito. Aunque al señor Scott no parece importarle.

—Hoy voy a encargaros mi archiconocido proyecto de fotografía sobre física.

La clase vuelve a gemir a coro. Los proyectos son lo peor.

—A cada uno se le asignará un compañero.

Más quejidos. Tachad lo que he dicho antes. Los proyectos en grupo son lo peor.

—¡Oh, venga ya! —dice el señor Scott sonriendo—. A mis alumnos les encanta este proyecto.

—¿Y de qué hacemos las fotos? —pregunta Stacy mientras juguetea con un lápiz entre los dedos.

—Paciencia, Stacy. Estoy a punto de explicarlo —dice, y, por primera vez en todo este tiempo, percibo cierta irritación en su voz. Me pregunto si el señor Scott soñaba con ser profesor de física a nuestra edad. Lo dudo. Seguro que se imaginaba con un trabajo importante en la NASA o algo así. Pobrecillo. Se me ocurren pocos destinos peores que ser profesor de las jóvenes mentes de Langston, Kentucky.

El señor Scott prosigue:

—Tendréis que sacar cinco fotografías del mundo real que representen los principios de la teoría de la conservación de la energía. Las fotografías deben estar relacionadas con un tema que escogeréis vosotros.

—¿Un tema? —lo interrumpe Tyler Bowen.

—Sí, un tema —dice el señor Scott—. En ocasiones pasadas ha habido alumnos que han escogido el baloncesto como tema. Todas las fotos se sacaron durante un partido del instituto Langston. Otros temas anteriores han sido parques de atracciones, perros…

—¿Ir de compras podría ser un tema? —pregunta Tanya Lee, muy animada.

El señor Scott hace una mueca y rápidamente retoma su expresión neutral.

—En teoría sí. Podrías sacar las fotos en el centro comercial.

Tyler Bowen levanta la mano. ¡Menuda novedad!, levanta la mano en lugar de escupir lo que se le pasa por la cabeza en ese mismo instante.

—¿Sí? —El señor Scott lo señala.

—¿Tenemos que hacer las fotos nosotros mismos o podemos sacarlas de internet?

Otro mohín.

—Buena pregunta. Debéis hacer las fotos. Una gran parte de vuestra nota se basará en…

—Eso no es justo —protesta Stacy—. No estamos en clase de fotografía. —A Stacy no se le da tan bien como a Georgia lo de utilizar sus quejas como argumentaciones convincentes; pero su esfuerzo bien merece un

sobresaliente.

—No se os pondrá la nota por la calidad de las fotos en sí —responde enseguida el señor Scott—. Aunque sí espero que vosotros… —Se queda callado—. Un momento. Será mejor que reparta la hoja de trabajo donde se explica el proyecto antes que seguir divagando sobre el tema.

Se oye un murmullo, una mezcla de gruñidos y suspiros. El señor Scott se pone rojo como un tomate y trastea con los papeles.

—¿Alguien puede ayudarme a repartir?

Ningún voluntario.

—¿Aysel? —pregunta con tono suplicante.

—¡Ah, claro! —Me levanto del pupitre, aunque preferiría comerme un puñado de grapas antes que tener que relacionarme con mis compañeros de clase.

No establezco contacto visual con nadie mientras reparto las hojas. Tampoco hay nadie interesado en mirarme. En cuanto me acerco a un pupitre, noto que quien lo ocupa se pone en tensión, se yergue y contiene la respiración, deseando que me aleje. Una parte de mí quiere gritarles que no deben tenerme miedo, pero otra parte de mí, la más importante, reprime ese impulso, porque no estoy muy segura de que sea cierto.

En cuanto vuelvo a mi mesa, el señor Scott sigue explicando el proyecto. Nos dice que debemos pegar las fotografías sobre cartulina blanca y presentarlas en álbumes. Cada imagen debe ir acompañada de una explicación detallada al pie, donde se describa el principio que representa y las fórmulas que le corresponden. Se nos calificará por la claridad de nuestras fotografías, por nuestras descripciones y por las explicaciones de los principios físicos relacionados con la imagen. También obtendremos puntos por lo bien organizados que estén los álbumes y por la creatividad de la temática. Además, si no tenemos una cámara digital, podemos pedirla prestada a la biblioteca. El señor Scott no deja mucho lugar a que pongamos excusas.

—Así que ahora lo único que queda es escoger a vuestros compañeros —dice mientras junta las manos—. Creo que lo más justo es que escojáis pareja por sorteo sacando papelitos con vuestro nombre de una gorra.

Como era de esperar, la clase estalla en protestas.

—Eso no es nada justo —se queja Stacy.

—Sí —dice Tanya—. Deberíamos poder escoger a los compañeros que queramos. Sobre todo, porque nuestra nota depende de la pareja.

El señor Scott se rasca la nuca al tiempo que entrecierra los ojos.

—Los años que he permitido que los alumnos escogieran a su pareja me entregaron temas poco originales y fotos poco inspiradas. Los años en que las parejas se formaron por sorteo, los trabajos fueron mucho más creativos. Mi conclusión es que estos resultados se obtuvieron cuando obligué a los alumnos a abandonar su zona de confort.

La clase continúa protestando, aunque todos empezamos a escribir nuestros nombres en pedacitos de papel y se los pasamos al señor Scott. Él coge la gorra de los Cincinnati Reds que tiene encima de la mesa y mete todos los nombres dentro. Va anunciando las parejas en voz alta y los gruñidos y suspiros son cada vez más audibles.

Aprieto los dientes y me maldigo por no haber sido más lista y no haber incluido mi nombre en el sorteo. Quizá hubiera conseguido hacer el trabajo sola. Algo incluso mejor: no habría tenido que presenciar el ataque de pánico que tendrá mi pareja cuando sepa que está condenada a hacer el trabajo conmigo.

—Aysel Seran —el señor Scott pronuncia mi nombre mientras saca el papelito de la gorra.

La clase se queda callada.

—Tu pareja será Tyler Bowen —dice el señor Scott con absoluta normalidad; no tiene ni idea de que soy una leprosa social.

—¡Oh, Dios! —exclama Stacy. Alarga la mano para darle un golpecito en el hombro a Tyler—. Lo siento mucho, Ty.

El gesto de Tyler se ensombrece, como si alguien acabara de matar a su madre. Aunque, teniendo en cuenta mi historial familiar, no debería hacer ese tipo de bromas. Casi me siento mal por Tyler. Sé que cualquier vínculo conmigo dañará su vida social. Pero el proyecto hay que entregarlo el 10 de abril, así que, en realidad, da absolutamente igual.

Me habré ido antes de que lo hayamos entregado.

Sábado, 16 de marzo

Quedan veintidós días

Los últimos diez minutos de mi turno en TCM son los que siempre se me hacen más largos. Dudo si llamar al siguiente número de mi agenda, aunque eso significaría que me importa cumplir como buena trabajadora, y me da igual. En lugar de llamar, echo un vistazo rápido a *Camino hacia la paz*.

Leo nuevas publicaciones en la sección «Compañeros de suicidio». Es curioso, hay personas que publican el mismo comentario varias veces. Me pregunto si no les habrán gustado las respuestas recibidas, y luego me pregunto si alguna otra persona, aparte de mí, habrá respondido a Roman. «¿Me habrá escogido a mí antes que a otra?» La simple idea me produce un escalofrío al que no estoy acostumbrada. Sobre todo, porque jamás me han escogido a mí si existía otra alternativa. Sin embargo, pensándolo bien, Roman no debe de haber tenido donde elegir. Willis, Kentucky, está en medio de la nada. Por suerte para él, Langston está a solo quince minutos al oeste de la nada.

—Ya te he dicho que dejes de mirar páginas de citas cuando estés en el trabajo —masculla Laura.

—¿Y a ti qué te importa lo que yo mire? —Minimizo la ventana antes de que pueda ver con más detalle de qué página se trata.

Se quita el esmalte cuarteado de las uñas rosas.

—A mí me da igual. Pero sí te diré una cosa: ahí solo encontrarás a tíos raritos.

Ni se imagina cuánta razón tiene.

—Gracias por el consejo. —Hago todo lo posible por conservar la cara de póquer, pero no lo consigo.

Laura sacude la cabeza.

—A mí no me vengas a decir nada cuando te entre un virus en el ordenador. —Señala mi pantalla.

—Ya me aseguraré de avisar al señor Palmer de que la página web de tíos

raritos está abierta por mi culpa. —Le guiño un ojo antes de coger el teléfono intentando no reír, y marco el siguiente número de mi lista: Earl Gorges, residente en Rowan Hill Drive.

—¿Diga? —Una voz grave responde al teléfono.

—Por favor, ¿podría hablar con el señor Earl Gorges?

—Soy yo —dice la voz.

—Qué tal, señor Gorges, soy Aysel Seran, lo llamo de Tucker's Marketing Concepts en representación de Fit and Active Foods, empresa de alimentación saludable. Quisiera hacerle algunas preguntas.

—¡Vete a la mierda! —me espeta, y cuelga el teléfono.

Me vuelvo hacia Laura.

—Este hombre acaba de mandarme a la mierda.

Ahora es ella la que se ríe.

Decido tomar el camino más largo al ir a buscar a Roman. Empiezan a temblarme las manos cuando giro por Tanner Lane. Evito esta calle siempre que puedo desde lo de mi padre. Tanner Lane se encuentra en las afueras del pueblo, donde solo están el centro recreativo y un par de tienduchas de mala muerte. Mientras voy conduciendo, me permito mirar a la izquierda.

Entonces la veo: la tienda de comestibles de mi padre. La destartalada edificación de cemento gris que conserva el mismo aspecto que antes a pesar de estar abandonada: lo que dice más sobre su condición pasada que sobre la presente. La ciudad quiere derribarla. Por lo visto, algún constructor ha comprado el solar y hay un proyecto para poner una de esas elegantes gasolineras con una gran tienda, donde uno puede servirse un granizado de cualquier color, comprar una porción de pizza caliente y llenar el depósito. Lo único que podía comprarse en la vieja tiendecilla de mi padre era una barrita de caramelo, una taza de café y el periódico.

Sé que debería estar impaciente por que la derribaran, ansiosa por ver cómo su recuerdo queda hecho pedazos. Quizá, si la escena del crimen dejara de existir, la gente empezaría a olvidar. Pero sé que eso no es cierto. Y, aunque lo fuera, no quiero ver desaparecer el edificio.

Para bien o para mal, representa mi infancia.

Me quedo mirando la edificación y recuerdo estar sentada en su interior, detrás del mostrador, con mi padre. Compartíamos una barrita Snickers y escuchábamos a Bach. Él me contaba que, cuando era más joven, soñaba

con aprender a tocar el piano. Decía que, en cuanto ganara dinero suficiente en la tienda, iba a pagarme unas clases de piano. Me enviaría a uno de esos elegantes campamentos especializados en música. Supongo que las cosas no salieron exactamente como pensaba.

El aparcamiento está vacío. Aparco junto al edificio y apago el motor. Bajo del coche y paso las manos por los ya conocidos bloques de cemento. Doy la vuelta al edificio, doblo la esquina y busco el lugar de la acera donde imprimí la huella de una mano sobre el cemento fresco cuando tenía diez años.

Cuando mi padre se enteró de lo que había hecho, se le encendió la mirada de rabia y la vena de la frente se le hinchó, pero entonces vio la huella de mi mano diminuta, me miró y al final rompió a reír. Me levantó por encima de sus hombros y dijo: «Supongo que no hay problema, Zellie. Así todo el mundo sabrá que este lugar te pertenece».

Cierro los ojos con fuerza y pongo la mano sobre la antigua huella. Ahora es demasiado grande para encajar, pero todavía me da la sensación de encajar más aquí que en cualquier otro lugar del mundo. Levanto la cabeza hacia las nubes y, poco a poco, abro los ojos. El cielo está gris y sereno, como si contuviera la respiración. Yo también la contengo y espero a que la tensión que siento en la garganta empiece a desaparecer. Pero no desaparece.

—Te echo de menos, papá —susurro mientras vuelvo a mirar la hendidura en el cemento—. Sé que no debería, pero te echo de menos.

El móvil emite un ruidito y veo que es un mensaje de Roman. Le digo que voy de camino y vuelvo corriendo al coche. Al llegar a la casa de Robot Congelado, le envío un sms para que salga a la calle. No quiero volver a ver a su madre en persona. Pero, cuando la puerta se abre, veo que la señora Franklin está ahí de pie. Se acerca caminando al coche con paso ligero.

Inspiro con fuerza y bajo la ventanilla.

—Aysel —dice con tono tenso—, me alegro mucho de que hayas venido.

«Pues a mí no me lo parece.» Hago un gesto de asentimiento con la cabeza, porque no estoy muy segura de qué responder.

—Roman no quiso salir de la cama ayer y se niega a ir al instituto. Pero acaba de decirme que había quedado contigo hoy. ¿Es eso cierto? —Me mira con los ojos entrecerrados, como si intentara decidir cuál es mi encanto oculto. Pobrecilla. No tiene ni idea de que no soy yo la que atrae a su hijo; es la muerte.

Vuelvo a asentir con la cabeza.

—Sí. Hemos quedado. —Intento hablar con un tono neutro, temiendo que el más leve temblor de mi voz pueda delatar nuestras auténticas intenciones, la verdadera razón por la que hemos quedado.

—¿Adónde vais? —Pone los brazos en jarras.

Me hundo un poco más en el asiento del coche. No me había preparado para un interrogatorio.

Estoy devanándome los sesos en busca de una respuesta cuando Roman aparece por detrás de su madre.

—Vamos al parque.

La mirada de su madre pasa de golpe de mí a su hijo y luego vuelve a mí. Le aflora una mirada de preocupación en la cara y empieza a pellizcarse los labios. A continuación, sonríe, aunque es una sonrisa tímida.

—¿Vas a jugar al baloncesto?

Miro a Roman esperando a que responda. Tiene los hombros caídos, como si le costara sostenerse en pie, como si estuviera incómodo incluso con su propio peso. Pero es una de esas personas que no logran pasar desapercibidas, aunque así lo deseen.

—Sí, voy a enseñarle a Aysel a encestar. —Me señala con parsimonia, cierta torpeza y gesto de pesadez. Me pregunto si antes estaría acostumbrado a gesticular al hablar y si ahora se habrá desacostumbrado—. Te presento a la que va a ser la próxima superestrella del baloncesto.

Me obligo a sonreír, pero solo puedo pensar en lo terriblemente falso que ha quedado.

—Presumía de ser capaz de enseñar a un gato a lanzar canastas, así que le busqué un alumno más duro de pelar. Yo.

La señora Franklin se ríe, aunque sigo percibiendo cierto recelo.

—Está bien. Bueno, chicos, pasadlo bien. Pero, Roman… —Le pone una mano en el hombro y las uñas pintadas con esmalte rosa brillan a causa del haz de luz de los faros de mi coche—. ¿Me llamarás si vas a llegar tarde?

—Sí, mamá, no te preocupes. —La abraza a toda prisa, y yo desvío la mirada cuando ella le pasa la mano por el pelo corto y castaño.

Se despide de nosotros con la mano y regresa caminando hacia la casa. Roman se desliza en el asiento del acompañante y nos quedamos sentados en silencio durante un rato.

—Yo también me alegro de verte —le digo.

—Te dije que dejaras de hacer bromitas.

—No era una broma. —Le doy al contacto—. ¿De verdad hemos quedado para ir al parque? —Uso las mismas palabras del otro día. «Quedar» suena mucho menos tétrico que: «¿Adónde vamos a ir para planear nuestra muerte conjunta?».

—Claro. El viejo parque está bien. —Se queda mirando por la ventana y parece incluso más distante que la primera vez que lo vi.

Conduzco hasta el final de su calle y giro a la izquierda, en dirección a la calle principal.

—Has olvidado que no soy de Willis. No sé a qué lugar te refieres al hablar del viejo parque. —A lo mejor Roman es de esas personas que se creen sus propias mentiras. Como si por haberles dicho a sus amigos que nos conocimos en el viejo parque, el universo, de algún modo, lo hubiera convertido en realidad.

—Tú sigue por aquí y luego gira a la derecha en Possum Run.

Solo en Willis, Kentucky, podría haber una calle con semejante nombre.

—Me has matado con lo de Possum Run —digo.

Se queda mirándome.

—Vale, vale. Me pondré seria.

—Estás asustándome —dice.

—¿Por qué?

—Con tus bromas. Parece que vas en serio con todo esto, pero, cuando empiezas a hablar de ello, siempre te lo tomas a guasa.

Se me escapa la risa. La misma que se me escapa cuando hablo con Laura. Es aguda y ahogada.

—¿Lo ves?

—Lo siento. Es que cuando estoy nerviosa me río.

—¿Por qué estás nerviosa?

Giro en Possum Run.

—Porque estás preguntándome sobre mis motivos. Además, una vez leí que uno de los efectos derivados de la depresión es un deseo incontenible de hacer chistes malos.

Frunce el ceño.

—Hablo en serio.

—No creo que sea cierto.

—Anímate.

—Está bien, lo haré. —Cruza los brazos sobre el pecho y mira por la ventana—. Bueno ¿vas a contármelo o no?

—¿Contarte el qué? —El coche pega un bote al pasar por un bache de Possum Run.

—Por qué quieres hacerlo.

Veo el parque en el lado izquierdo de la calle. El «viejo parque» es un columpio oxidado, una cancha de baloncesto con el suelo cuarteado y una cesta de cadenas metálicas, y tres mesas de picnic con la madera carcomida. Parece que antes había un cajón de arena, pero, en algún momento, la arena fue sustituida por grava. La hierba enfangada está alfombrada de latas de refresco y bolsas de patatas. En ciertos aspectos, el parque recuerda más a un cementerio. Como si fuera el decrépito testamento de unos recuerdos olvidados, de tiempos mejores. A lo mejor es la razón por la que a Robot Congelado le gusta tanto.

Aparco el coche y me quedo mirándolo. Tiene las rodillas dobladas y se las golpea contra el salpicadero, pero no parece importarle. Con sus ojos avellana bien abiertos observa con detenimiento el parque.

—Tú no me has contado por qué quieres hacerlo. No sabía que habíamos planeado compartir nuestros motivos —digo. Siento una presión en el pecho, es una advertencia para que no dé ninguna información de la que me pudiera arrepentir por haberla compartido.

Él abre la puerta y sale del coche. Yo me quedo sentada unos segundos más y cierro los ojos con fuerza. Sé que no es lógico, porque necesito un compañero de suicidio, pero una grandísima parte de mí no quiere contar a Robot Congelado mi motivación. No quiero que empiece a verme como me ven los demás alumnos del instituto: como una bomba de relojería. Me gusta que Roman crea que él y yo somos parecidos. Me gusta que alguien quiera relacionarse conmigo. No pienso estropearlo.

Lo que es peor, teniendo en cuenta su conexión con Brian Jackson, no creo que pasara por alto lo que hizo mi padre. Quizá ya no sea íntimo de Brian, pero sería una situación muy incómoda, ya que mi padre fue el causante de la tragedia que ha destrozado a la familia de Brian; la razón por la que su hermano no llegó a las Olimpiadas. De ninguna manera voy a contarle a Roman cuáles son mis motivos. No pienso arriesgarme a que me deje tirada.

Solo hace falta que sepa que estoy dispuesta a morir. Con eso debería bastar.

Da un golpecito en mi ventana. Salgo del coche y me apoyo en la carrocería.

—Lo siento —dice—. A veces soy un imbécil. Desde que… —Se calla, se pone la mano a modo de visera y mira hacia el cielo.

El sol casi se ha puesto, por eso no entiendo por qué se molesta en protegerse los ojos. A lo mejor es la fuerza de la costumbre. Es curioso las cosas que hacemos por costumbre.

—¿Desde que…? —lo animo a seguir.

Camina hacia una de las mesas de picnic y se sienta sobre ella. Me siento junto a él e inspiro el olor a madera húmeda y carcomida. El cielo tiene un tono índigo desvaído. En marzo, las puestas de sol de Kentucky son siempre así. Es como si el cielo contuviera demasiada humedad para producir cualquier color que no sea alguna tonalidad del azul.

—Desde que ella murió.

—¿Quién murió? —No espero ni un segundo para preguntar. Seguramente no ha sido de buena educación, pero las normas sociales al uso no tienen cabida en la relación entre Robot Congelado y yo.

—Mi hermana. Mi hermana pequeña. Solo tenía nueve años.

Me muerdo las pielecillas del dedo pulgar mientras observo con detenimiento la silueta de Roman. Lleva las rodillas hasta la barbilla y se pliega como una silla de camping.

—Qué pequeña. —Durante unos segundos pienso en Mike. Él tiene nueve años, casi diez.

—Demasiado pequeña.

—Diecisiete también son pocos años —añado.

—¿Intentas disuadirme de que lo haga?

—No. Solo digo que no creo que tengas que morir porque ella haya muerto. Es como…

Él me interrumpe.

—Murió por mi culpa. —Su voz suena como un grave gruñido y me aparto de él.

—¿Qué quieres decir?

Le tiemblan los hombros mientras deja escapar una larga exhalación.

—Una noche estaba haciéndole de canguro. Pero en realidad no estaba cuidándola, ¿entiendes?

No lo entiendo, pero evidentemente no digo nada. Lo miro y asiento con la cabeza lentamente, invitándole a que prosiga.

—Había venido mi novia, y Madison, así se llamaba mi hermana… —Inspira un par de veces, y me aterroriza que empiece a llorar. Nunca sé qué

hacer cuando la gente llora. Yo no he llorado desde que tenía diez años. Creo que es porque la babosa negra succiona todas las posibles lágrimas.

Roman prosigue:

—Madison quería darse un baño y le dije que vale. Pero, verás, Maddie tenía ataques. Ataques muy fuertes. Así que no debía bañarse sola.

—Ajá —digo entre dientes, e imito una de las expresiones del variado repertorio de Laura.

—Pero yo quería… Bueno, ya sabes… Con Kelly.

—Espera —digo—. ¿Kelly no era nuestra camarera en el puesto de cerveza casera?

Él niega con la cabeza.

—No. Esa era Suzie.

—Pero Travis insinuó que habíais salido juntos.

—Es que salimos juntos, pero hace siglos.

—¿Has tenido muchas novias? —Intento no mirarlo boquiabierta.

—¿De verdad es la pregunta que quieres hacerme ahora mismo? —Levanta las manos—. Estoy contándote algo así, ¿y esa es tu pregunta?

Me encojo de hombros y vuelvo a morderme las pielecillas del pulgar. Le doy una patada a la pata de la mesa de picnic. Se menea y, por un segundo, parece que podría partirse en dos.

—Continúa.

—¿No vas a pedirme perdón?

—¿Tendría algún sentido? ¿Sobre todo si eres tú el que me lo exige?

Arruga las cejas como si de verdad estuviera planteándose si que le pida perdón tiene alguna importancia. Durante un instante, me siento un poco mal y digo:

—Tienes razón: perdona.

—Sí, vale. —Vuelve a adoptar su postura de silla plegable—. En cualquier caso, le dije a Maddie que podía bañarse, porque fui un imbécil y solo pensé en que, si ella se daba ese baño, tendría quince minutos con Kelly sin interrupciones. Fuimos a mi cuarto y yo puse la música a todo volumen para que Maddie no pudiera oírnos, ¿entiendes?

En realidad no lo entiendo. Me alucina hasta cierto punto que Robot Congelado pueda pensar que he tenido relaciones sexuales en algún momento de mi vida.

—Entonces, Kelly y yo… —Me dedica una mirada rara y balancea las manos a ambos lados del cuerpo, como si estuviera esquiando. Sé interpretar

su lenguaje corporal—. Después salí de mi cuarto para ver cómo estaba Maddie y… —Se le quiebra la voz, y percibo cómo contiene el llanto—. Encontré a mi hermana muerta en la bañera. Se había ahogado mientras sufría un ataque. Si me llamó a gritos, no la oí, porque estaba demasiado ocupado haciendo el imbécil con mi novia.

Su historia me hace sentir como si alguien me hubiera dado un palazo en el pecho. Inspiro con fuerza mientras intento asimilar lo que acaba de confesarme. Sé que debería decir algo empático, algo amable y que lo consuele. Pero la babosa negra que llevo dentro se ha comido cualquier comentario amable, de consuelo o comprensivo que haya podido ocurrírseme. Así que, en lugar de demostrar empatía, le suelto:

—Pero ¿qué tiene todo eso que ver con lo de conducir? Pensaba que habías estado implicado en algún terrible accidente de coche o algo por el estilo.

Levanta la cabeza de golpe y veo que tiene el contorno de los ojos rojo. Se levanta de la mesa de un salto.

—¿Sabes qué? Olvídalo. Creía que podría hacer esto contigo, por lo rara que eres y lo jodida que estás, pero me parece que no va a ser posible.

—Roman, por favor. —Me pongo de pie sobre el banco y agacho la cabeza para mirarlo—. Eso no es justo. No sé qué esperas de mí.

Se pasa la mano por el pelo alborotado y se niega a mirarme. Se queda con la mirada fija en el suelo embarrado.

—Espero que no estés burlándote de mí.

—¿Que me burlo de ti? ¿Cómo estoy burlándome de ti? Eres tú el que acaba de decir que estoy jodida.

—¿No crees que estás jodida?

—Ya sé que estoy jodida.

Aplaude lentamente.

—Señoras y caballeros, demos las gracias. Por fin hay algo en lo que coincidimos.

Bajo al suelo de un salto y me coloco a su lado. Reprimo las ganas de agarrarlo por el brazo.

—¡Venga ya! Todavía podemos hacerlo. Es que no sabía qué decir. No soy psicóloga.

—No hace falta que lo jures —dice, y me mira negando con la cabeza. Poco a poco, va aflorándole en los labios su sonrisa de medio lado.

—¿Quieres que sienta lástima por ti? —Me dirijo hacia el columpio.

Agarro las tersas cadenas y me coloco en el asiento de pintura desconchada. Empiezo a empujar con las piernas, estirándolas hasta llegar todo lo alto que puedo. A lo mejor, si empujo con la fuerza suficiente, saldré volando por los aires y mi energía cinética me proyectará más allá de la órbita del universo. Es poco probable, pero una chica tiene derecho a soñar, ¿no?

No me responde, así que digo:

—Yo no siento lástima por nadie.

—¿Por qué? ¿Porque no hay nadie que pueda tener una vida peor que la tuya? —Toma asiento en el columpio que está junto al mío, aunque no hace ningún esfuerzo por moverse. Su columpio se mece por el peso de su cuerpo, pero él no balancea las piernas.

—No —replico—. Solo he supuesto que el resto del mundo sí siente lástima por ti. Y es evidente que no buscas a otra persona que te compadezca.

Cada vez llego más y más alto, y oigo cómo cruje la estructura del columpio.

—Ten cuidado —dice.

—¿Por qué? —No estoy pensando en tener cuidado. Estoy pensando en un último empujón, en soltarme, en salir volando y caer.

—No puedes morirte sin mí —susurra.

Sábado, 16 de marzo

Quedan veintidós días

Roman me pide que vayamos a Crestville Pointe. Crestville Pointe es un parque natural situado entre unas montañas altísimas que se elevan sobre el río Ohio. El parque llega hasta unos acantilados rocosos, y Roman está obsesionado con que es el lugar perfecto para morir.

Yo no lo veo tan claro.

—¿Y si el impacto no nos mata? —pregunto—. Podríamos seguir vivos en el agua durante al menos una hora, gimoteando y agonizando, con un dolor insufrible. Podría pasar mucho tiempo antes de que muriésemos. No quiero tener una muerte lenta y dolorosa. No he pagado por eso.

—Estás muy mal de la cabeza, en serio. ¿Lo sabías? —me dice mientras avanza por el sendero.

Buscamos el camino de acceso más fácil a los acantilados. Los guardas forestales intentan ponerlo difícil. Sobre todo porque no quieren que los adolescentes se tiren desde los acantilados para divertirse, porque podrían matarse. Solo espero que morir allí sea algo más que una probabilidad.

—Llevo pensando en esto más de once meses —le digo—. Claro que estoy mal de la cabeza. Pero también tengo las cosas más claras.

—No me vengas con esa mierda de los once meses. Tengo tantas ganas de hacer esto como tú. Además, no tienes ni idea de lo que significa vivir con este sentimiento de culpa. —Roman habla con frialdad sin dejar de subir la montaña. Avanza casi corriendo, y yo me esfuerzo por seguir su ritmo.

—Tienes razón. No tengo ni idea. Pero tú tampoco sabes una mierda sobre mí. —Casi vomito la frase.

Me inclino hacia delante, me sujeto la cintura y resuello. Debería soltar más lastre. La hierba húmeda me hace cosquillas en el tobillo y se cuela por el espacio de piel desnuda que asoma entre la pernera de los vaqueros y las zapatillas. Los pantalones me quedan demasiado cortos, pero preferiría tragar cristal machacado a ir de compras con mi madre y con Georgia.

Supongo que puedo vivir un par de semanas más sin unos pantalones nuevos.

—No sé nada sobre ti porque tú no me cuentas nada —replica. A él no parece que le falte el aire. Maldito sea.

Camino hacia un claro que hay en la hierba.

—Apuesto a que si acortamos por aquí nos acercaremos al agua.

Él me sigue cruzando la hierba. Es difícil ver hacia dónde vamos, porque ya ha oscurecido, y me pregunto si, por un giro irónico del destino, acabaremos cayendo por el acantilado sin ni siquiera darnos cuenta. Como si fuera la broma definitiva del universo: no puedes planear tu muerte, ni aunque lo intentes.

El claro en la hierba va adentrándose en el bosque. Nos rodean oscuros y gruesos troncos de árboles, y nuestros zapatos producen crujidos al pisar las hojas y las ramitas del manto. Yo estoy a punto de tropezar con una raíz que sobresale de la tierra, y Roman impide que me caiga. Lo curioso es que el río Ohio no emite ningún rumor que facilite su localización. No se oye ni el murmullo delicado de la espuma ni el borboteo del agua. Aun así, sé que estamos acercándonos; puedo oler y casi saborear el agua fría con olor a humedad.

El suelo pasa de ser un manto mullido y húmedo a un camino de piedra suelta. Hemos llegado al borde del acantilado. Ambos miramos hacia el río; el único sonido que se oye es el gorjeo de unos cuantos pájaros.

—No entiendo por qué no quieres contarme nada —dice por fin.

—¿Por qué tienes tanta curiosidad? ¿Importa algo el motivo por el que quiero morir?

—Pues sí —contesta.

—¿Por qué?

—Porque si es un motivo estúpido, intentaría convencerte de que no lo hicieras.

Me río.

—No, no lo harías.

—Sí, sí lo haría.

—No lo harías porque entonces perderías a tu conductora, ¿recuerdas? No tienes otra forma de despegarte de tu mami querida. Por cierto, no has llegado a explicarme por qué no te dejan conducir.

Aunque el sol ya se ha puesto, vuelve a hacer el gesto de colocarse las manos a modo de visera sobre los ojos cuando mira hacia el cielo. Estamos

lo bastante juntos para ver los agujeros del cuello de su camiseta negra. Se le marca muchísimo la clavícula por debajo de la piel; está más delgado de lo que había creído.

Me pilla mirándolo y se aleja unos pasos de mí, lo que deja un espacio entre ambos.

—Cuando murió Maddie, me enviaron a terapia. A montones de terapias. Los médicos sugirieron a mis padres que me prohibieran conducir porque no estaban seguros de mi capacidad para permanecer en el momento presente. También les aconsejaron que jamás debían dejarme solo, sin vigilancia. Por lo visto, estar completamente solo te hace sentir más deprimido, aunque, por lo que a mí respecta, lo que siento por la muerte de Maddie no cambia dependiendo de si estoy solo o no.

La terapia. Justo después de que mi padre se marchara, el instituto me obligó a ir a la psicóloga tres veces a la semana. Sin embargo, las sesiones no servían para nada. Yo me limitaba a estar ahí sentada, tarareando alguna melodía clásica y observando con detenimiento su exagerada colección de macetas. Al final, consideró que era un caso perdido.

—¿Qué? —dice él. Debo de haber hecho alguna mueca.

—Nada. Una vez me enviaron a la psicóloga, por eso me ha parecido divertido que la terapia tampoco haya funcionado contigo.

—¿«Divertido»?

—Divertido, no. Irónico.

—No estoy muy seguro de si ese es el uso correcto del adjetivo «irónico», pero pareces más lista que yo, así que confiaré en ti.

—¿Confiarás en mí?

No responde. Se sienta al borde del acantilado y echa todo el cuerpo hacia atrás. Apoya la cabeza en las manos y separa los codos. Me siento a su lado. No me tumbo, pero me llevo las rodillas hasta la barbilla.

—¿Quieres morir en el agua porque ella murió así?

Cierra los ojos y asiente con parsimonia.

—Me parece lo más justo.

—Podemos hacerlo aquí, si quieres. Lo que pasa es que estoy un poco nerviosa. —Desdoblo las rodillas y estiro las manos para tocar el suelo. Noto la tosca superficie de las piedras en las palmas de las manos.

—Estoy seguro de que los nervios son una reacción bastante normal.

Lanzo un sonoro suspiro.

—No estoy nerviosa por lo que vamos a hacer.

—¿Tan dura eres que la idea de saltar por este acantilado no te pone ni un poquito nerviosa? —Roman se incorpora ligeramente de costado para poder mirarme directamente a la cara.

—Vale, puede que sí esté un poco asustada. Pero me da más miedo lo que vendrá después.

Vuelve a tumbarse completamente boca arriba.

—¿Te refieres a lo que ocurre tras la muerte?

Agarro un puñado de grava y la dejo caer entre los dedos.

—¿Nunca piensas en eso? ¿Y si esto no es el fin y vamos a un lugar que es incluso peor que este?

Se incorpora del todo y coge una piedra. La tira por el acantilado. Es como si desapareciera antes de llegar al agua; es demasiado pequeña para hacer ruido al impactar contra la superficie.

—Cualquier lugar tiene que ser mejor que esto.

—Pero ¿de verdad crees que es posible morir?

El gesto se le endurece, el músculo de la mandíbula se le tensa y los ojos le brillan como si estuvieran en llamas. Me pregunto si Robot Congelado tenía otra expresión antes de que Maddie muriera. Con su pelo castaño, su piel clara y su rostro de mandíbula angular, es la típica belleza clásica. Es decir, que es guapo por definición. Lo escogerían en cualquier casting para anuncios de la vuelta al cole. Cualquiera que lo viera, en cualquier situación, sabría, con solo mirarlo a la cara, que es un chico popular en el instituto. Sí, Roman es uno de esos.

Sin embargo, cuanto más lo miro, más me doy cuenta de que hay algo que lo diferencia de los Tyler Bowen y los Todd Robertson de mi mundo. Retiro lo que dije cuando lo vi por primera vez: Robot Congelado sí que tiene cierto punto de congelación. En todos sus movimientos y expresiones faciales se percibe tensión, como si lo hubieran tallado en piedra, lo hubieran metido en una cámara frigorífica y lo hubieran sacado hace poco para devolverlo a la vida. No sé cómo describirlo, pero, cuanto más lo miro, mejor aprecio la tristeza que lo atrapa como unos grilletes de los que no puede liberarse. Intento imaginármelo sin esa tristeza, sin esa pesadez, sin la congelación, aunque resulta difícil verlo de otra forma que no sea muerto de pena. Sí, tiene el aspecto de una persona creada para ser popular y famosa, aunque también parece nacido para soportar el peso de la tristeza sobre sus hombros.

Lo lleva bien.

—¿Cómo puedes preguntarlo siquiera? —Su voz me devuelve a la realidad—. Es evidente, claro que es posible morir. Maddie está muerta. Ha muerto. Ya no está aquí.

Me encojo de hombros y paso las palmas de las manos por la grava. Los cantos de las piedras me arañan la piel.

—He estado pensando mucho en la energía del universo. Y en que, si la energía no puede crearse o destruirse, si solo puede transformarse, ¿qué crees que ocurre con la energía de las personas cuando mueren?

Sacude la cabeza, se levanta y se aleja de mí caminando, en dirección al precipicio. Lo sigo. Al mirar hacia el río intento imaginar cómo será impactar contra el agua. El río Ohio fluye despacio, no se ven ni remolinos ni salpicaduras, solo una corriente más bien perezosa. A lo mejor, el agua me abraza con fuerza y me apretuja hasta sacarme todo el aire de los pulmones. A lo mejor es como si te acunaran hasta dormirte; a lo mejor, algo me arrastra hasta el fondo y todo se vuelve negro, y será como estar soñando. A lo mejor…

—Claro que es posible morir —repite el mismo argumento de antes—. Maddie está muerta. Y no veo su energía por ningún lado.

—Solo porque no puedas verla no significa que esa energía haya desaparecido.

Levanta las manos de golpe con gesto de exasperación. Coge otra piedra y la tira por el acantilado.

—Tienes que dejar de decirme esas cosas. Me rallan muchísimo.

—A mí también me rallan —respondo con calma.

—Necesito pensar que, cuando muramos, moriremos para siempre. No puedo pensar en otra cosa.

—Está bien. —Accedo a no hablar más de ello, pero no significa que pueda dejar de darle vueltas.

Ambos volvemos a mirar el río en silencio. Volvemos a imaginar nuestras muertes acuáticas.

Lunes, 18 de marzo

Quedan veinte días

En mi casa, el lunes por la mañana es, seguramente, el peor día de la semana. Nunca consigo robarle quince minutos más de sueño al despertador, porque Georgia siempre quiere levantarse supertemprano para rebuscar por todo el armario. No quiera Dios que escoja el modelito equivocado. Por lo visto el aspecto de los lunes es muy importante: según Georgia, lo que llevas puesto ese día condiciona cómo te irá el resto de la semana. Dicho de otra forma: si el vestido que llevas es bonito de verdad y recibes mogollón de cumplidos por él, aprobarás el examen de álgebra del martes. No creo que los polinomios tengan nada que ver ni con unas plataformas ni con unos vaqueros ajustados, pero Georgia está convencida de esa teoría. Lo bueno es que yo llevo variaciones del mismo modelito a diario —camiseta gris a rayas de manga larga, vaqueros negros y zapatillas de deporte grises—, así que jamás ha existido la posibilidad de que cambie mi suerte en el día a día.

—Aysel —me dice con voz susurrante—. Aysel, despierta.

—Georgia —mascullo, y me doy la vuelta hacia el otro lado. Hundo más la cara en la almohada con la esperanza de ahuyentarla—. Me da igual si llevas el vestido de punto lila o la falda de tubo roja. Sé que todo el mundo pensará que estás guapísima, te pongas lo que te pongas.

Oigo un crujido a los pies de mi cama. Empieza a darme golpes en los costados y yo me aparto de ella, tengo las piernas enredadas entre las sábanas.

—Pero ¿qué narices haces?

—¡Despierta! —Se levanta de un salto y empieza a dar vueltas por la habitación—. Mira por la ventana.

Me froto las sienes. Había pensado dormir por lo menos quince minutos más, veinte, si decidía no peinarme. Resoplo y salgo de la cama a regañadientes. Tropiezo y caigo en dirección a la ventana pequeña, que está justo en el centro de la pared del fondo. Esa ventana ha actuado como línea

fronteriza para ambas durante los últimos tres años; el lado izquierdo es para mí, el derecho, para Georgia. Su pared está empapelada con páginas de revistas de moda, fotos de sus amigos y de ella, y alberga su colección de saleros. Tiene una extraña fijación con los saleros peculiares: saleros en forma de búho, de camión, de lobo; los encuentra en las tiendas de regalos. Yo tengo la pared vacía.

—Mira —insiste señalando hacia la ventana.

Veo que la hierba está cubierta de nieve. Parpadeo, porque el sol ya ha salido y sus rayos hacen que el patio deslumbre. La nieve se apila junto a los troncos de los robles y, por lo que se ve, han caído al menos diez centímetros.

—¿Verdad que es alucinante? —exclama Georgia dando palmaditas a mi espalda—. ¡Se han anulado las clases!

—Nunca nieva en marzo —digo.

—Nevó una vez cuando éramos pequeñas, ¿recuerdas?

Lo recuerdo. Fue un buen día. No debía de tener más de nueve años, Georgia tendría unos siete, y Mike, dos. Mi padre me llevó a pasar el día a casa de mi madre porque, a pesar de la nieve, él quería trabajar en la tienda; esperaba tener más clientes de lo habitual, ya que los niños no iban a ir al colegio.

Esa mañana, mi madre nos preparó tortitas con pepitas de chocolate y pasamos todo el día haciendo muñecos de nieve en el patio y tirándonos con el trineo por la cuesta de Vine Street. Ese día actuamos como una auténtica familia; ya no me sentía como una intrusa que iba de visita los fines de semana.

Eso ocurrió hace mucho tiempo.

Permanecemos en silencio durante un rato. Yo estoy mirando por la ventana la nieve recién caída y Georgia observa cómo miro. Ninguna de las dos sabe ya cómo hablarle a la otra.

—Creo que voy a volver a dormir —digo. En la actualidad, eso es para mí un día de nevada: nada de tortitas ni de muñecos de nieve, sino más horas en la cama. Sola.

Georgia emite el equivalente sonoro a fruncir el ceño: un gruñido quejumbroso.

—¿Todavía estás cansada por lo del sábado por la noche?

—¿Cómo?

—Llegaste tarde —dice.

Vuelvo a meterme en la cama de un salto y me tapo la cara con la colcha. No pienso hablar de Roman con Georgia. Ni en un millón de años.

Ella vuelve a sentarse a los pies de mi cama.

—¿Con quién estabas? ¿Es que ahora tienes novio o qué?

No puedo evitar reír. Si tengo un novio, se llama Suicidio. Y estoy bastante segura de que Roman también está enamorado de él. Es como un triángulo amoroso frustrado. O quizá sea un triángulo amoroso con éxito: ambos quedaremos con el chico el 7 de abril.

Georgia resopla, y noto como vuelve a moverse la cama cuando se levanta.

—Está bien. Ríete de mí. Yo solo intentaba hablar con mi hermana mayor. Perdona por haber hecho ese esfuerzo.

«Ah, ¿así que ahora vas a hablarme?» Siento unas ganas irreprimibles de volver a reír. Lo irónico de la situación es que solo le interesa hablar conmigo cuando diez centímetros de nieve le impiden quedar con sus amigos.

—Media hermana —la corrijo, y, durante un segundo, me siento un poco culpable. Pero la babosa negra llega al rescate.

—Eres imposible —dice, y suspira. Si no la conociera mejor, diría que está triste. Se apoya en la pared y pone una mano sobre el pomo de la puerta —. Bueno, ¿sabes?, mamá ha preparado tortitas.

Oigo el portazo cuando sale. Al cabo de unos segundos, vuelve a abrirse la puerta.

—¡Ah!, ¿ y sabes otra cosa? Steve… —Dice «Steve» exactamente igual que yo, alargando las vocales como si fueran una goma elástica. Se produce un extraño silencio y luego prosigue—: Sí, Steve ha ido a trabajar. Sparkle no ha cerrado la fábrica.

—Querrás decir «mi padre» —vuelvo a corregirla—. Tu padre ha ido a trabajar.

—Sí, mi padre. Ese al que odias por alguna razón incomprensible. Gracias al que tienes un hogar.

¡Ya está bien! Me quito la colcha de encima y me incorporo de golpe.

—¡Qué generoso por su parte! Y no lo odio, Georgia.

—Ah, ¿no? Bueno, pues te comportas como si lo odiaras. Estoy harta de que te pases el día compadeciéndote de ti misma por lo que hizo tu padre. Pues entérate: no eres él. Y deberías dejar de culpar a todo el mundo por lo que él hizo. Tú incluida.

«Pues díselo a todos los demás», pienso. La miro con el gesto torcido, el ceño fruncido, con la esperanza de que me deje en paz, pero sigue ahí plantada. Se queda mirándome durante un rato, con los brazos en jarras sobre sus caderas huesudas. Yo le sostengo la mirada, y no me imagino cómo podemos ser siquiera medio hermanas. Con su piel clara, su pelo color miel y su naricilla diminuta, es la típica concursante de certamen de belleza de Kentucky. Ella es como el sol y yo soy como la luna: taciturna y llena de cráteres. En lo único que nos parecemos es en los ojos. Ambas los tenemos negros y almendrados, como mi madre.

Ahora mismo lleva el pelo recogido en una trenza, bóxers de chico y una camiseta de los Kentucky Wildcats que le va demasiado grande. Me pregunto si habrá renunciado a su norma de los lunes. Estoy a punto de hacer algún comentario al respecto, pero, antes de que pueda hablar, ella dice:

—Me gustaría que no estuvieras siempre tan triste, Aysel.

«A mí también, Georgia. A mí también.»

Inspiro con fuerza y salgo de la cama.

—Te veo abajo para comer tortitas. Me lavo los dientes y voy.

Me sonríe como si acabara de decirle que ha sacado un sobresaliente en el examen de álgebra y sale corriendo del cuarto. Yo no he salido corriendo de nuestra habitación desde la última nevada.

Camino por el pasillo hasta el baño y apretujo el tubo de dentífrico sobre el cepillo. Regreso al cuarto y me lavo los dientes mientras miro por la ventana. Oigo como mi madre, Georgia y Mike hablan en la cocina.

—Bajará pronto —dice Georgia.

—¡Qué bien! —exclama mi madre—. Me alegro mucho de que la hayas convencido para que salga de la cama.

El aroma a sirope de arce inunda la casa. Oigo a Mike aporrear la mesa de la cocina con sus puñitos.

—Y pon muchas pepitas de chocolate —dice—. A Aysel le encantan las pepitas de chocolate.

Se me llena el corazón de alegría y espero a que la babosa negra me arrebate ese sentimiento, pero no ocurre. Me permite conservarlo. Y esa alegría se convierte en un dolor fugaz aunque agudo; dejarlos va a ser más duro de lo que había imaginado.

Cuando me pongo las zapatillas de andar por casa y bajo los escalones con el paso amortiguado, me descubro deseando que todos los días sean

como este. Si todos los días fueran como este, no creo que tuviera tantas ganas de irme.

El problema es que los días nevados de marzo son un milagro. Y no se puede vivir esperando que ocurra un milagro.

Miércoles, 20 de marzo

Quedan dieciocho días

Tyler Bowen está esperándome en una mesa de la biblioteca del instituto. Había pensado que lo fastidiaría todo, pero, por lo visto, algunas veces me equivoco al juzgar a las personas.

La biblioteca del instituto es más una sala multimedia que un espacio de lectura. Está situada en la zona central del instituto, es como si hubieran abierto un pozo y lo hubieran llenado de ordenadores, mesas y endebles estanterías de plástico. Hace poco les ha dado por colgar carteles de Brian Jackson en la pared del fondo. Son los mismos que están colgados en TMC. No puedo escapar de ellos.

—Qué pasa, hermana de Georgia —dice Tyler cuando me siento a la mesa.

—Sabes que tengo un nombre, ¿verdad? —Abro la cremallera de mi mochila y saco el cuaderno de física.

Tyler se ruboriza, lo que hace que se le vean más las pecas.

—¿Qué? —Le quito el tapón al boli y tamborileo con él sobre la mesa.

—Es que no sé pronunciar tu nombre.

Suelto una risa, y se pone todavía más rojo.

—No tiene gracia —dice mirándose los zapatos—. Es que tienes un nombre… Un nombre raro. ¿Lo eligió tu padre?

Parpadeo, algo perpleja de que realmente tenga ganas de hablar de mi padre.

—Creo que lo eligió mi madre. Aunque no estoy segura.

—¿Y cómo se pronuncia?

—«Asel» —digo—. Rima como «láser».

Entrecierra los ojos, confuso, y por eso repito:

—A-sel.

—Ya lo tengo, «Aa-seel» —dice; aunque exagera al pronunciarlo, por algo se empieza.

—¿De verdad que no sabías cómo pronunciar mi nombre?

—Tenía una ligera idea, pero no estaba seguro. Ya sabes, es algo complicado.

—Tienes razón. —Me encojo de hombros y caigo en la cuenta de que me veo tal como me ve Tyler Bowen: como una variable desconocida—. Bueno, ¿empezamos ya?

—Sí, será lo mejor. —Se pasa una mano por la mata de pelo castaño rojizo. Me pregunto si cree que eso lo hace parecer más simpático.

—¿Tienes alguna idea para el proyecto? —Mordisqueo la punta del bolígrafo; no pretendo parecer simpática en absoluto.

Tyler no me responde. Se recuesta en el respaldo de la silla y saluda con la mano a uno de sus colegas de baloncesto, que acaba de entrar en la biblioteca. Su amigo le grita algo, pero la señorita Silver, la bibliotecaria del instituto, lo hace callar emitiendo un sonoro «chisss».

—Oye, ¿me das un minuto? —pregunta Tyler.

—Claro. —Cruza a toda prisa la biblioteca para reunirse con sus amigos. Veo que se susurran cosas entre ellos; Tyler gesticula en mi dirección, mueve los pies sin desplazarse del lugar con nerviosismo y se encoge de hombros. Imagino que está explicándoles que lo han obligado a hacer el trabajo conmigo.

—Nos vemos luego, tío —oigo que dice uno de sus amigos.

—Sí, buena suerte —añade otro.

En cuanto se ha despedido, Tyler regresa hasta donde estoy yo, pero con paso lento, como si estuviera haciendo todo lo posible para demostrar que esto es un castigo. No una elección voluntaria.

—Lo siento.

Me encojo de hombros.

—No hace falta que te disculpes. Volvamos al trabajo y ya está.

—Claro que sí, Aysel.

—No tienes que repetir mi nombre cada vez que te dirijas a mí. —Agarro mi mochila y saco el manual de física. Lo dejo caer de golpe sobre la mesa —. ¿Tienes alguna buena idea para el tema de nuestro proyecto?

—¿El tema?

Está claro que Tyler Bowen no presta mucha atención en clase.

—Sí, el tema. El señor Scott ha dicho que nuestro proyecto tiene que estar basado en uno.

—¡Ah, ese tema! —Estira sus largas piernas hacia delante—. ¿Por qué no

baloncesto?

Lo miro con cara de alucinada.

—¿En serio?

—¡Sí, en serio! —Tyler se inclina sobre la mesa, en mi dirección—. El señor Scott lo puso como ejemplo de tema, seguro que le encanta.

—O lo mencionó porque ya se ha utilizado cientos de veces. Deberíamos ser creativos. —Y entonces me doy cuenta de que no sé por qué me intereso tanto en este proyecto. Reunirme con Tyler es una pérdida de tiempo. Y me da igual la nota que me pongan. Habré desaparecido antes de que lo entreguemos.

Pero quiero hacer un buen trabajo para el señor Scott. Aunque no esté en este mundo para ver su reacción, quiero que sepa que me tomo su asignatura en serio. Paso las hojas de mi cuaderno hasta que llego a una en blanco. Tamborileo sobre el papel con el boli, con la esperanza de que se me ocurra alguna idea.

—¿A qué te refieres con «creativos»? —Tyler pronuncia la palabra como si fuera tan exótica para él como mi nombre.

—Pues eso: «creativos». ¿Por qué no vamos al zoo o algo así? —Le suelto mi idea.

Pone cara rara.

—¿El zoo? Pero si es un lugar para niños pequeños.

—¡Venga ya! Apuesto a que antes te encantaba ir.

—Cuando tenía once años, sí. —Vuelve a tocarse el pelo.

Debo reconocer que tiene un cabello brillante con aspecto terso. Y, evidentemente, él es consciente del atractivo que ejerce.

—El zoo es perfecto —prosigo—. Hay muchas cosas que se pueden fotografiar. Como los murciélagos colgando boca abajo; tienen energía potencial. Incluso podríamos fotografiar un león comiendo carne cruda y ponerle un pie de foto para indicar que es un ejemplo de transformación de energía.

—Pero es que el zoo está en Louisville, a un millón de horas de aquí. ¿Y si escogemos algo más fácil?

Sin embargo, no puedo contarle la verdad a Tyler: que quiero ir al zoo una última vez antes de morir. Que me encantaría ver a los leones tomando el sol o a los osos polares chapoteando en su piscina de aguas profundas. Robot Congelado seguramente me diría que voy de farol con lo nuestro y que por eso tengo ganas de ver a los animales, pero no puedo evitarlo.

—Sí. Es un viaje largo, pero, en cuanto lleguemos, el trabajo será coser y cantar. Hay tantas cosas distintas para fotografiar… —replico, y cruzo mentalmente los dedos.

—Está bien, Aysel como «láser». Apúntanos con el tema del zoo. —Me coge el boli y agarra mi cuaderno. Lo sacude en el aire. Yo intento quitárselo, pero no llego a tiempo.

Abre más los ojos cuando se fija en la página por la que se ha abierto.

—¡Vaya!

Agarro el cuaderno y miro la hoja. Suelto un suspiro de alivio por lo bajini. No es tan grave como había imaginado. Es solo un hombrecillo hecho de palotes con una soga al cuello. Creo que lo dibujé hace un par de semanas en clase, mientras el señor Scott estaba soltando un rollo sobre ángulos y velocidad, y yo no dejaba de pensar en la destrucción de la energía.

—¿A qué viene ese… ese tío ahorcado?

—Lo dibujé mientras me aburría en clase. ¿Tú no te aburres? El señor Scott no para de hablar de ángulos. —El corazón se me desboca, pero hago todo lo posible por hablar sin alterarme.

Frunce el ceño y se le arruga toda la cara.

—¿Estás segura de que no debo preocuparme por ti?

—¿Por jugar al ahorcado?

—No se parece a ningún juego del ahorcado que haya visto jamás —dice en voz baja.

Vuelvo a encogerme de hombros y sonrío con gesto forzado.

—Es que yo juego a una modalidad algo rara.

—Está bien… —Traga saliva, y me doy cuenta de que titubea antes de hablar. He dejado a Tyler Bowen sin palabras. Lo tacharé de mi lista de «Cosas que hacer antes de morir».

El chico corresponde a mi penoso intento de sonrisa.

—Una vez oí que los peces son los mejores animales que contemplar si estás deprimido o algo así. —Me da un ligero empujón en el hombro, como si fuéramos amigos íntimos—. En el zoológico hay un acuario genial.

Miro de soslayo el cartel de Brian Jackson. Tengo las palabras en la punta de la lengua; siento el impulso irrefrenable de contarle a Tyler la verdad, que el dibujo no es ninguna broma ni ningún juego. Espero a que se me pasen las ganas de confesarme, pero no se me pasan. Soy como una granada de mano hecha de cerámica: sólida, contundente y fría, pero frágil. Podría

estallar en cualquier momento. No quiero explotar delante de Tyler.

Con el tono de voz más firme con el que logro adoptar, digo:

—¿Cuándo quieres ir al zoológico? Tendría que ser pronto, para empezar cuanto antes con el trabajo. Sé que vas a creer que soy una empollona, pero tengo muchas ganas de presentar un buen proyecto.

—Podríamos ir el sábado —sugiere.

—¿Por la mañana?

En teoría estoy apuntada para trabajar el sábado, pero seguro que puedo cambiar el turno con alguien. O podría faltar y ya está; en este momento, el trabajo tiene menos sentido que nunca para mí.

Frunce los labios y pone cara de sorpresa.

—¿Por qué? ¿Tienes unos planes geniales para el sábado por la noche o algo así?

—No —respondo, y me preparo para su réplica chistosa.

Pero no hace ningún comentario jocoso.

—¿Te parece que te recoja a las diez?

—Me va bien. —No tengo que decirle dónde vivo; ha pasado a recoger a mi hermana un par de veces. Apuesto a que a Georgia va a darle un síncope cuando vea a Tyler Bowen en la entrada de nuestra casa, esperándome. La simple idea casi me hace sonreír.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada —digo, y junto las manos por delante de mí, apoyadas en la mesa —. Es que estoy emocionada por la visita al zoo.

Jueves, 21 de marzo

Quedan diecisiete días

Hoy es el décimo cumpleaños de Mike. Estamos todos reunidos en la sala de fiestas de la parte trasera de Pirate Jack's Laser Combat. Pirate Jack's Laser Combat es exactamente lo que parece: un local de temática pirata donde se combate con pistolas láser. Se encuentra situado en un edificio de cemento con pequeñas ventanas de cristales polvorientos y suelos de baldosas manchadas.

Los trabajadores del turno de Steve libran todos los jueves y mi madre ha utilizado un día de sus vacaciones. Georgia y yo hemos venido directamente al salir del instituto para ayudar a mi madre a decorar la sala con banderolas rojas y negras, parches de pirata y falsas monedas de oro. Si uno cierra los ojos, se tapa los oídos y gira sobre sí mismo un par de veces, casi creería que está en un barco pirata, y no atrapado en Langston, Kentucky. Casi.

Ahora mismo estoy sentada al fondo de la sala, jugueteando con el regalo de Mike sobre el regazo y un vaso de plástico con naranjada en la mano izquierda; intento fingir que no me siento ridícula con el gorro pirata de papel que llevo puesto. Steve está sentado en primera fila con sus amigotes, vaciando latas de cerveza barata y aplaudiendo cada vez que Mike abre un regalo y sale un guante de béisbol o una pelota de baloncesto. Georgia, mi madre y algunas amigas suyas están sentadas a la mesa situada junto a la de Steve, intercambiando chismorreos sobre el grupo de animadoras y lamentándose de que Christine Beth Thomas ganara a Sandra Dewitt en el concurso de belleza del mes pasado.

Cada cierto tiempo, mi madre se vuelve hacia mí. Como ya he dicho antes, ella, Georgia y yo tenemos los mismos ojos, pero mi madre tiene los párpados diferentes. Los suyos son negruzcos y su piel se ve reseca y ajada. Parecen tristes. Me pilla mirándola, y yo aparto la vista.

Mike ha arrasado con la pila de regalos. Supongo que ha llegado mi turno. Me acerco y dejo el vaso de refresco en la mesa con cuidado. Unas

gotas de pegajoso líquido naranja se salen del vaso y me caen por la mano. Me la limpio en la camiseta y agarro el regalo de Mike. No pesa nada, pero quiero que parezca algo contundente, importante. Me dirijo hacia él.

Mi hermano toma el regalo de mis manos.

—¡Qué pasa, Aysel! —dice con su luminosa mirada de ojos verdes grisáceos. Mike guarda un parecido espeluznante con Steve: es él en miniatura. Ambos tienen el pelo rubio, brillantes ojillos verde oscuro y barbilla puntiaguda.

—¡Qué pasa, Mikey! —contesto—. Feliz cumpleaños.

El resto de los presentes se quedan callados. Están mirándonos. Yo he envuelto mi regalo en un papel con la fórmula E = MC2. Pero Mike no se fija en ese detalle. Desgarra el papel con mucha prisa y abre los ojos como platos cuando descubre el contenido del paquete.

Suelta un gritito de alegría y agita el regalo en el aire: un cómic. Es una edición de *El increíble Spiderman* firmada por su guionista, Stan Lee. Se lo apoya contra el pecho y me mira sonriente.

—¿Spiderman? ¡Es superguay! —Se queda mirando la portada y pasa un dedo por encima del autógrafo como si estuviera hipnotizado. Luego coloca el cómic con mucha delicadeza sobre la mesa que tiene al lado y abre los brazos de par en par para darme un fuerte achuchón.

Se me queda la boca seca y me pesa el estómago como una bola de bolera. Correspondo al abrazo con debilidad y le paso los dedos por el pelo rizado.

—De nada, coleguita. Espero que disfrutes leyéndolo durante muchos años.

Me mira con los ojos entrecerrados, como si supiera que hay algo malo en lo que acabo de decir. El problema es que no puedo decir lo que realmente deseo. Debería contarle que me he gastado quince semanadas de mi sueldo para comprarle ese cómic, porque quería, a toda costa, que tuviera algo bonito con lo que recordarme. Que me recordara como una hermana guay, cariñosa y que lo quería. No como la descendiente de un psicópata que se quitó la vida cuando él tenía diez años.

Quiero ser algo más que eso para él. Aunque sé que es posible que no ocurra nunca, fantaseo con la idea de que, dentro de unos años, cuando yo ya no esté y Mike me eche de menos, coja el cómic y leerlo lo consuele. Se sentirá mejor, más seguro. Sabrá que puede espantar a los demonios, algo que yo no he podido hacer.

—Oye —oigo que me llama alguien con voz tosca.

Aparto los brazos de la cintura de Mike y me vuelvo. Es uno de los compañeros de Steve. Tiene una melena castaña con cuatro pelos escasos que le llega hasta los hombros y lleva una gorra de camionero con estampado de camuflaje.

—Oye —repite—. Esas cosas son caras. —Hace un gesto hacia el cómic con la cerveza que sujeta con la mano derecha—. Espero que lo hayas conseguido de forma legal. —Sonríe de oreja a oreja y se le ven los dientes, torcidos y amarillentos. Su mirada es muy elocuente, revela en quién está pensando: en mi padre.

—No te preocupes —digo—. Lo he obtenido de forma legal. Lo he comprado con dinero contante y sonante ganado con el sudor de mi frente.

El hombre vuelve la cabeza para mirar a mi madre.

—Por suerte ha salido a ti, Melda.

Mi madre asiente algo tensa y camina hacia donde está Mike. Posa una mano sobre la cintura de mi hermano y se vuelve para mirarme.

—Ha sido un regalo muy bonito, Aysel. Gracias.

Trago saliva para superar la rabia que me atenaza el estómago. «Quiero a mi hermano pequeño. Claro que le he comprado un regalo bonito. ¿Por qué te sorprende tanto, mamá?» Aprieto la mandíbula con fuerza por miedo a lo que pueda salir si abro la boca.

Mike es el único de todos ellos que jamás se comportó como si yo fuera una desconocida cuando me mudé a vivir con ellos. El día que llegué a la casa de Steve, Mike estaba esperándome en la escalera de la entrada con una sonrisa tan amplia que creí que se le rompería la cara. Su expresión de alegría me hizo sentir muy feliz, y recordarlo ahora me duele. Cuando me mudé, le leía por las noches antes de irse a dormir cuando mi madre se quedaba a trabajar hasta tarde. Y, algunas veces, me suplicaba que jugara con él en el patio trasero. No parábamos de correr mientras nos hacíamos pases con la pelota de fútbol manchada de barro. Sin embargo, últimamente, ya no tengo energía para nada de eso.

Mi madre pasa por delante de mí arrastrando los pies hasta situarse detrás de la mesita donde se encuentra la tarta de cumpleaños.

—Mike, ven aquí y ayúdame a cortar la tarta.

Mi hermano la mira y luego me mira a mí. Me da otro fuerte abrazo y sale corriendo hacia mamá. Es todo energía, sonrisas y amor. Mikey siempre ha sido así.

Se me hace un nudo en la garganta al regresar hacia mi asiento y observar cómo mi madre corta el pastel de chocolate. Tiene cobertura de chocolate, cremoso y suave. Mi madre anima a todo el mundo a comer deprisa, porque nos toca entrar en el campo de combate con pistolas láser dentro de veinte minutos.

Mientras devoran la tarta, los amigos de Mike se turnan para escudriñar los regalos. Cuando uno de ellos agarra el cómic con los dedos cubiertos de chocolate, Mike lo aparta para que no lo coja.

—¡No lo ensucies!

Se vuelve para mirarme y se me parte el corazón; me da la sensación de que, en cualquier momento, se me saldrá del pecho. A veces me pregunto si mi corazón es como un agujero negro: tan denso que no deja espacio para la luz, aunque eso no signifique que no pueda tragarme. A Mike es a quien voy a echar más de menos. Voy a echarlo tanto de menos que se me hace insoportable pensar en ello.

Clavo el tenedor en mi porción de tarta y suspiro. Me levanto y me dirijo hacia la puerta. Mi madre me sigue y me posa una mano en el hombro.

—¿Adónde vas? —Sus párpados cansados le cubren los ojos parcialmente, como si en cualquier momento fueran a cerrarse del todo y mi madre no tuviera que verme más.

—Solo voy al baño.

—Vale, pues vuelve pronto. No querrás perderte el supercombate de pistolas láser. —Habla con sencillez, con amabilidad. Pero sé que en realidad quiere decir que ahora no puedo comportarme como una patética depresiva. Es la fiesta de cumpleaños de Mike y debo guardar las formas. La verdad es que mi madre tiene razón. No sería justo que me metiera en el baño y me quedara ahí encerrada, enfurruñada durante horas.

Me entran ganas de gritarle. No se molesta jamás en preguntarme ni qué problema tengo o qué me pasa. No quiere saberlo. Aunque mi madre nunca entró en el grupo de las aspirantes a reina de la belleza de Kentucky, es muy buena fingiendo. Se le da de maravilla poner una sonrisa superradiante, aunque en realidad quiera echarse a llorar. O hablar con tono pausado y voz comedida, cuando sé que quiere gritar. A veces me gustaría que gritara. El hecho de que siempre actúe como si todo fuera bien solo me hace sentir más desquiciada de lo que en realidad estoy.

¿Esa fachada acabaría resquebrajándose si le contara lo que pienso hacer? ¿Si supiera lo que Robot Congelado y yo estamos planeando? Me obligo a

dejar de pensar en ello. Contárselo sería más perjudicial que otra cosa. Nada de lo que ella diga puede salvarme. Necesito recordarlo.

Camino por el pasillo mirando las manchas de suciedad desperdigadas por todo el suelo embaldosado. Empujo la puerta para abrirla y entro. Cierro los ojos cuando una corriente de aire frío me golpea la cara.

Pongo las manos sobre la nieve, que no se ha fundido del todo. Se me congelan las puntas de los dedos.

Quedan diecisiete días.

Viernes, 22 de marzo

Quedan dieciséis días

—No me puedo creer que vayas a darme plantón mañana —dice Roman.

Está sentado en el colchón, dando botes arriba y abajo. A pesar de su altura, a veces parece un niño pequeño. Creo que la ropa que lleva contribuye a despistarme. No viste su típica sudadera con capucha ni sus pantalones de chándal. Su madre debe de haberlo obligado a ponerse los pantalones negros de pinzas y la camisa abotonada hasta el cuello color crema para la ocasión. Parece algo incómodo con esa vestimenta, como si fuera disfrazado de persona elegante.

—¿Que voy a darte plantón? —Me paseo arriba y abajo por su habitación. Es sencilla, tal como la había imaginado; no es que haya pasado mucho tiempo imaginando su cuarto. Tiene las paredes de color beis, el típico póster del equipo de baloncesto universitario de los Kentucky Wildcats y las molduras granates. Podría haber sido la habitación de cualquier otro chico del instituto.

En su mesilla de noche veo la imagen de una niña que sonríe enseñando la dentadura y saca la lengua a quienquiera que estuviera haciéndole la foto. Tiene el mismo color de pelo que Roman, y sus mismos ojos de intenso color avellana. La pequeña debe de ser Madison.

La madre de Roman está abajo, preparando la cena, su intento de cocina turca. El resultado podría ser interesante. Su padre todavía está en el trabajo, pero se supone que llegará a tiempo para el gran acontecimiento. Me sorprende un poco que a la madre de Roman le parezca bien que estemos solos en su cuarto. Me había dado la impresión de que creía que entre él y yo había algo, aunque quizá sea más lista de lo que imagino. Sin embargo, le ha dicho a su hijo que deje la puerta abierta; no añadiré más.

—Oye. —Me doy la vuelta de golpe para mirarlo a la cara—. ¿Por qué has dejado que tu madre se complique con esto?

—¿«Con esto»?

Me encojo de hombros.

—Con esto de la falsa cena. ¿No te hace sentir mal que esté ahí abajo trabajando como una burra?

Deja de dar botes en el colchón y mira al suelo.

—Más o menos, supongo. Pero era necesario.

Arrugo el gesto, confusa.

—De verdad, necesito que crea que estamos intimando —me explica con parsimonia—. Para que me deje estar a solas contigo el siete de abril. Si no, no me dejaría salir a solas con una desconocida total el día del primer aniversario de la muerte de Maddie. Es demasiado lista para hacer algo así.

«Y yo soy un simple peón en tu juego.» Supongo que ya lo había imaginado. Al fin y al cabo, es el motivo por el que necesita un compañero de suicidio. A decir verdad, él también es un peón en mi juego. Un medio para llegar a un fin. Mejor dicho, para llegar al fin.

Sigo escudriñando el cuarto de Roman. Tiene una pelota de béisbol firmada que ha sido colocada estratégicamente dentro de una gorra roja de los Cincinnati Reds.

—Me la consiguió mi padre —me explica—. Fuimos a un partido cuando yo era pequeño.

Asiento con la cabeza y sigo señalando objetos con el dedo. Me pregunto si estaré molestándolo. Yo rebuscando entre sus secretos mientras él me observa. Lo miro sin que se dé cuenta y lo veo tirado en la cama, con la barbilla levantada hacia el techo. Si le importa, no lo demuestra. A lo mejor es un efecto secundario de saber que estás a punto de morir: ya no te importa ninguno de tus secretos. De todas formas, cuando hayas desaparecido, se van a desvelar todos. Serán descubiertos por otras personas.

No me gusta la idea de que otras personas descubran mis secretos. Ni siquiera sé si tengo secretos. Aparte del de Robot Congelado. Y el secreto que no le he contado: lo que hizo mi padre.

—¿Así que mañana vas al zoo?

—Sí —digo mientras hojeo un ejemplar de *Viaje al centro de la Tierra*. Me parece hasta tierno que tenga fijación con Julio Verne. Vuelvo a colocar el libro en la estantería y saco *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

—De pequeño me gustaban esas historias.

—Ajá. —Paso las páginas y me quedo mirando las ilustraciones en blanco y negro. Es una edición muy bonita, de esos libros por los que se

paga un poco más. Una edición de coleccionista o algo así. Una criatura marina espeluznante se queda mirándome con sus ojos grandes como pomelos. Cierro el libro de golpe. Al hacerlo, unas hojas sueltas salen volando del interior. Agarro una de ellas al vuelo. Es un dibujo a lápiz de una pequeña tortuga. Está tan bien dibujada que parece una imagen tridimensional. Aunque está hecha a carboncillo, transmite la sensación de que el cuello es realmente de pellejo, como cuero, y que el caparazón es terso. Sin embargo, tiene algo distinto de otros dibujos; es como mirar una tortuga a través de una lente borrosa. Es algo surrealista. Las marcas del caparazón son muy exageradas, y las patas delanteras, alargadas y delgadas.

Echo un vistazo a los demás dibujos; la mayoría de ellos son de la misma tortuga, aunque encuentro uno que parece un retrato de Madison. Tiene los ojos grandes y sombreados de forma muy artística, el autor ha captado esa amplia sonrisa que deja a la vista todos los dientes. No obstante, aunque Madison está sonriendo, su rostro transmite tristeza, como si el dibujante conociera su verdadero destino aunque ella lo ignore. No puedo dejar de mirar el dibujo. Es hipnótico.

Robot Congelado da un salto y se desplaza hasta los pies de la cama.

—Son una tontería. No los mires.

Paso las hojas con el pulgar hasta el primer dibujo de la tortuga y doy un paso en dirección al acuario donde vive la famosa Capitán Nemo. En este mismo instante, la tortuga asoma la cabeza por encima del agua poco profunda, la vuelve a sumergir y da golpecitos con sus patas pellejudas.

—No son ninguna tontería. En realidad son bastante buenos. —Comparo el dibujo con el Capitán Nemo real. Es casi clavado, salvo por los toques fantasiosos de la imagen a carboncillo. La tortuga que Roman ha dibujado parece triste, como si estuviera de luto. Sus ojos pequeños y brillantes son negros y las patas traseras son demasiado grandes y están demasiado hinchadas para ayudarla a nadar—. ¿Los has dibujado tú?

—Sí. —Habla con voz muy baja; oigo cómo se mueve sobre la cama, el colchón gime bajo el peso de su cuerpo—. ¿Puedes guardarlos? Me da vergüenza que los mires.

—¿Por qué te avergüenzas de ellos? Está bien: has hecho que el Capitán Nemo parezca algo más emo de lo que realmente es, pero, aparte de eso, lo has clavado. —Sostengo el dibujo en alto con el acuario de fondo—. El parecido es alucinante.

Roman no dice nada, aunque lo oigo emitir un pequeño resoplido de

protesta. Me vuelvo hacia él. Se ha llevado las rodillas al pecho y está rodeándoselas con los brazos.

—No sabía que te gustaba dibujar. Yo dibujo algunas veces, pero solo sé hacer monigotes con cuatro rayas. —Me quedo mirando el dibujo y paso los dedos por el caparazón de aspecto terso con la esperanza de que la textura sea real—. Estos dibujos son impresionantes.

—Lo que tú digas. No soy un artista ni nada de eso. —Se encoge de hombros—. Es algo que hago cuando estoy aquí solo. Para matar el tiempo.

Asiento con la cabeza y vuelvo a meter las hojas dentro de la edición de coleccionista de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. A Roman se le relaja visiblemente el cuerpo cuando los dibujos desaparecen de su vista.

—Supongo que el Capitán Nemo se llama así por el personaje de Julio Verne.

—Ya te lo he dicho antes, yo no le puse el nombre. —De pronto, Roman habla con frialdad.

Lo obligo a librarse de su coraza emocional.

—¿Se lo puso Maddie?

—Sí.

Dejo el tema y me quedo mirando la tortuga de carne y hueso un rato más. No sé mucho sobre estos animales, pero este ejemplar parece muy bien cuidado. Tiene un cuenco de fruta fresca, pelotitas rojas de ping-pong para jugar y una tersa piedra de pizarra para tomar el sol. Me pregunto cómo puede soportar Roman la idea de dejar a Capitán Nemo, y si sabe qué le ocurrirá a la pobrecilla cuando él ya no esté para cuidarla. Me muerdo el labio; no tengo el valor suficiente para preguntárselo. O quizá no quiera conocer la respuesta.

—¿Y ese tío y tú salís juntos o qué? ¿El tío con el que vas a ir al zoo? —me pregunta Roman sin venir a cuento.

Intento no reírme y decido ignorar su estúpida pregunta. Resulta evidente que a Roman no le preocupa demasiado el destino de Capitán Nemo. Y, si le preocupa, no se concede el espacio para pensar en ello. Me inclino para poder mirar de cerca la estantería de los trofeos. Leo las placas, hay montones de premios normales y corrientes obtenidos en partidos de liguillas, pero una placa grande de plata sobresale entre las demás. La inscripción dice: MEJOR JUGADOR DE BALONCESTO SEMIPROFESIONAL DEL INSTITUTO WILLIS. Lo cojo para mirarlo más de cerca. Pesa bastante.

—Así que tus amigos tenían razón. Eras realmente bueno en baloncesto.

¿Por qué reaccionaste con tanta modestia?

Se encoge de hombros.

—Porque…

—¿Por qué?

—No es que fuera bueno. Es que soy bueno. Y es raro presumir de cosas en las que todavía eres bueno.

—Pero ¿ya no juegas?

—No. —Vuelve a tumbarse sobre la cama—. Ya no hago nada.

—Salvo meterte conmigo por ir al zoo. Tú y yo no teníamos ningún plan, Robot Congelado.

—No me llames así.

—Vale, vale.

Me tira una almohada y me da en un lado de la cara.

—¡Oye! —le digo, y me froto la mejilla derecha como si la almohada tuviera de verdad la capacidad de dejarme marca.

—Lo siento, solo quería captar tu atención, porque he tenido una idea.

—¿Y qué idea es esa?

Se desliza por la cama y se sienta a los pies. Da una palmadita en el sitio que queda junto a él. Me siento a su lado. Supongo que se ha hartado de que ande metiendo las narices en sus secretos. Apoyo la cabeza al borde del colchón.

—Me he dado cuenta de que voy a morir contigo y ni siquiera sé cuál es tu color favorito.

Me llevo una mano a la boca y sacudo la cabeza. «Ya estás haciendo que todo esto sea muy raro otra vez, Robot Congelado.» Mientras pienso en su pregunta, me quito la mano de la boca y observo la moqueta. Está más limpia que la del cuarto que comparto con Georgia. No hay patatas fritas pisoteadas ni montones de pelusas ocultas entre las fibras.

—¿Qué? —dice.

—Mi color favorito no va a aportarte ningún dato sobre mí.

Se acerca más a mí, hasta que su hombro queda pegado al mío.

—Vale. Entonces cuéntame algo sobre ti. Quiero saber algo. No me parece bien que seas una completa desconocida.

—¿«Una completa desconocida»? Ya sabes cosas sobre mí. ¡Venga ya!, tu madre me está preparando la cena. —Se me queda mirando atónito, así que añado—: Comida turca. Está preparando comida turca para mí. Porque soy…

Sacude una mano en el aire y me interrumpe.

—Ya sabes a qué me refiero. No esas cosas falsas. —Abre los ojos de par en par y me mira como si fuera un cachorro. Un cachorro triste—. Quiero saber algo real. Algo que no sepa todo el mundo sobre ti. —Su expresión de cachorro se intensifica, y empiezan a temblarle las comisuras de los labios.

—No me puedo dormir con los calcetines puestos, pero siempre tengo los pies fríos, así que es un problema.

Veo que empieza a dibujársele una sonrisa de medio lado. Se queda mirando mis Converse de color gris.

—Maddie odiaba llevar calcetines.

—¿De verdad?

—Sí. Siempre me decía que llevar calcetines le daba la sensación de que se le ahogaban los pies.

—¡Qué lista!

—Sí que lo era —dice. Y entonces apoya la cabeza en mi hombro, y yo no sé qué se supone que debo hacer. Creo que busca consuelo, pero yo no sé cómo dárselo. Muy cortada, me pongo las manos a los lados y empiezo a tararear la *Sinfonía n.º 24*, de Mozart.

Aunque a él no parece importarle. No se aparta, y noto cómo sus hombros se elevan y se hunden al ritmo de su respiración. Últimamente soy mucho más consciente de todo lo que hacemos para seguir vivos: cómo inhalamos, cómo exhalamos, cómo nos late el corazón.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te cabrees?

—Cualquier cosa.

—Sé que te culpas por la muerte de Maddie, pero ¿tus padres también te culpan?

Se le tensa el cuerpo, aunque no despega la cabeza de mi hombro. Todo lo contrario, deja caer más peso sobre mí, como un pedazo de madera apoyado contra una pared.

—Están en fase de negación. Pero oigo a mi madre llorar todas las noches. Intenta poner siempre buena cara, pero sé que está destrozada por dentro. Y yo soy la razón de que esté hecha polvo. Supongo que no me culpan. Al menos no a juzgar por las apariencias. Aunque creo que es solo porque les aterroriza perderme a mí también.

Se me encoge el corazón. Cierro los ojos con fuerza e intento olvidar lo que acaba de decir Roman, pero me vienen a la cabeza imágenes de su madre como flashes. La veo de pie junto al cuerpo de su hijo: él tiene la

ropa empapada por el agua del río, la cara azul y fría, la boca abierta, la lengua hinchada por la falta de oxígeno. Empiezo a sentir un sabor amargo que me sube por la garganta y me aparto de él de golpe.

Roman se sobresalta y se incorpora. Se lleva las rodillas al pecho y adopta su postura de silla plegable. Qué curiosa es la gente. Cuanto más estás con alguien, más consciente eres de que todo el mundo realiza los mismos movimientos una y otra vez. Todos queremos creer que cada día es distinto, que cada día cambiamos, pero, en realidad, parece que algunas cosas están programadas en nuestro interior desde que nacemos.

No estoy segura de si Roman siempre ha sonreído de medio lado ni de si siempre se ha sentado como si fuera una silla plegable. A lo mejor eso empezó tras la muerte de Maddie. Pero sí estoy segura de algo: su cuerpo siempre está alerta, como si caminara sobre un trapecio a muchos metros del suelo. Creo que su energía potencial está advirtiéndole sobre el dolor en este mundo, diciéndole: «Sonríe, pronto se acabará» y «Protégete y así no sentirás tanto». A lo mejor, cuando esté muerto, su energía seguirá viva y hará todos esos gestos. Me pregunto si esas serán las cosas que su madre recuerde de él. O si se lo imaginará en la cancha de baloncesto, driblando. O a lo mejor lo recuerda repantingado en el sofá, dibujando, o con la nariz enterrada entre las páginas de algún libro de Julio Verne.

Me pregunto qué hará mi energía cuando me muera. Me pregunto si nuestra energía realmente nos sobrevivirá.

Él alarga una mano para tocarme el brazo.

—¿Aysel?

—¿Sí?

—Pareces muy ausente.

—Lo siento.

—Bueno, vale, he estado pensando… —dice.

—¿Sí?

—Que quiero ir al zoo contigo. Podrías llevarme cuando hayas ido con ese otro tío.

Antes de que pueda responder, nos llama la madre de Roman.

—¡Chicos, la cena está lista! Bajad.

Él se incorpora poco a poco y me tiende la mano. Se la cojo y me levanta. Sé que está esperando que le diga algo sobre el zoo, pero finjo no haberlo oído. Él hace una reverencia en plan broma, para indicarme que le siga por la escalera para bajar.

La madre de Roman está esperándonos en el distribuidor. Me agarra la cara entre la manos y me acerca hacia sí.

—Me alegro tanto de que al final hayamos podido vernos. De verdad espero que te guste la comida.

Seguramente debería decirle que no soy ninguna experta en comida turca, que en realidad no sé nada de nada, que podría haberme preparado una hamburguesa con queso y yo habría creído que era un plato típico. Pero, en cierto modo, me gusta ser el centro de atención. Empiezo a entender por qué Georgia lucha por conseguirlo con tanto ahínco. Es bonito que la gente esté pendiente de todos tus movimientos. Pliego esa sensación como si fuera un papel y me la guardo. Me alegro de haber podido experimentarla antes del 7 de abril.

—Aysel —dice ella y pronuncia mi nombre a la perfección—, te presento al señor Franklin.

El padre de Roman es tan alto como él, está calvo casi por completo y tiene el rostro alargado y fino. Me tiende una mano de golpe y yo se la estrecho.

—Encantado de conocerte —dice, y yo hago todo lo posible por parecer simpática.

—Aysel y Roman se conocieron en el viejo parque —le indica su madre al señor Franklin mientras se agarra de su brazo.

El señor Franklin se vuelve para mirar a Roman a la cara.

—¿Has vuelto a tocar la pelota?

Percibo cierta sorpresa en su tono de voz. Miro de golpe a Roman, luego a la señora Franklin y otra vez al señor Franklin. El señor Franklin podría pillarnos.

—Estoy muerta de hambre —digo con la esperanza de evitar más preguntas sobre cómo nos conocimos Roman y yo.

—Yo también —reconoce el señor Franklin—. Vamos a comer.

En cuanto estamos sentados a la mesa, la madre de Roman inicia la oración. No cierro los ojos, pero advierto que Roman sí lo hace. El ambiente huele a orégano y a comino, y solo veo imágenes de la mujer del amigo de mi padre, que nos preparó la cena una vez que vino a casa. Ella me sujetó la cara entre las manos, más o menos como lo ha hecho la señora Franklin hace un rato, y me susurró algo en turco. Yo no entendí nada, pero supuse que estaba diciendo: «Todo saldrá bien, Aysel. Todo va a salir bien».

Sé que seguramente no estaba diciendo eso. Y, aunque lo hubiera dicho,

estaba equivocada.

La señora Franklin me pasa un plato humeante de guiso.

—Esto es *kuzu güveç*. —Me mira como si esperase que le dijera que lo ha pronunciado bien. No tengo ni idea de cómo se pronuncia, así que asiento lentamente con la cabeza—. Es una especie de estofado de cordero.

La mesa está llena de diversos platos: hojas de parra rellenas, kebabs de cordero y de pollo, y pilaf de arroz y salsa de yogurt. También hay un plato pequeño de jalapeños para Roman. Debe de haber pasado un montón de horas metida en la cocina, y todo tiene una pinta estupenda, pero cuando clavo el tenedor en el cordero, dispuesta a darle un bocado, noto cómo se me quita el hambre. Miro a la señora Franklin con esa expresión sonriente, tan deseosa de complacer a todo el mundo, y sé que Roman y yo estamos a punto de partirle el corazón.

Esta cena tan copiosa, sus esfuerzos por acercarse a mí… Es más de lo que mi propia madre ha hecho jamás por mí. La señora Franklin no deja de sonreírme y quiere conocer mi opinión sobre todo. Tiene la mirada encendida y reconozco su brillo: es el brillo de la esperanza. Cree que Roman está mejorando, que ha hecho una nueva amiga, que está mostrando interés por una chica.

Remuevo la comida con el tenedor y aparto el cordero para mezclarlo con el arroz. Hago todo lo posible por tragarme el sentimiento de culpa.

—Está realmente delicioso, cariño —dice el señor Franklin mientras se limpia la boca con la servilleta—. Debo reconocer que al principio estaba algo nervioso. —Me mira—. No es que creyera que no fuera a estar rico, pero es que nunca había probado esta comida.

Lo miro y asiento con la cabeza para darle a entender que no me he sentido ofendida. No sé lo suficiente sobre cocina turca para decidir de forma tajante si al señor Franklin debe gustarle o no. Me pregunto cómo sería saber algo de Turquía, el país del que proceden mis padres.

La señora Franklin asiente con la cabeza, emocionada por el comentario de su marido.

—¿Y a ti también te gusta, Aysel?

—Está delicioso —digo, como si fuera una experta en la materia.

—¡Oh, qué bien! —Entrelaza las manos con fuerza y sonríe de oreja a oreja.

No quiero partirle el corazón. En serio.

Sábado, 23 de marzo

Quedan quince días

Georgia y yo estamos sentadas a la mesa de la cocina, y ella está mirando por la ventana. Creo que espera ver a Tyler de refilón antes de que nos vayamos.

—¿Quién es ese bomboncito? —Pega la cara al cristal.

Le doy un sorbo a mi café solo. Sigo intentando pillarle el gusto, pero no importa lo mucho que lo intente, no soporto su amargor.

—Creía que conocías a Tyler.

—¡No te quedes conmigo! —dice—. Ese chico no es Tyler. Es más alto y tiene el pelo más corto.

Miro por la ventana y veo el Jeep rojo de la señora Franklin alejándose del camino de entrada de nuestra casa. Suena el timbre y me levanto para ir a abrir, pero Georgia se me adelanta. Abre la puerta de golpe, se pone los brazos en jarras y con su voz más melosa dice:

—Hola, encantada de conocerte.

—Ah, hola —dice Roman, y entra en nuestra casa.

Jamás me ha avergonzado nada relacionado con la casa de Steve, sobre todo porque me paso el tiempo avergonzándome de mí misma, pero, en cuanto Roman entra, empiezo a darme cuenta de que todo está mal. Nuestra moqueta está manchada y hay una pila de platos sucios en el fregadero. No se parece en absoluto a su casa, limpia como una patena.

Sé que no debería importarme lo que él piense. No es que vaya a decidir que no se tirará por el acantilado de Crestville Pointe conmigo porque mi casa es una zona catastrófica, pero no me gusta pensar que le doy lástima. Me gustaría que la babosa negra cumpliera su cometido y se comiera no solo mi felicidad, sino también esta sensación de ser tan consciente de todo.

Alarga una mano para saludar a Georgia como si fuera un político. Imagino que son sus modales conservadores sureños.

—Me llamo Roman —dice—. Soy amigo de tu hermana.

Me sorprende que haya sido capaz de deducir que Georgia es mi hermana, teniendo en cuenta que no nos parecemos en nada.

—Medio hermana —suelto antes de que Georgia pueda decir nada.

Un mohín fugaz aflora en el rostro de Georgia, pero me ignora y vuelve a volcar su atención en Roman. Se acerca más a él y juguetea con la punta de su brillante cola de caballo.

—Bueno, ¿y cómo es que conoces a Aysel?

Roman baja la vista al suelo y mueve los pies.

—Nos conocimos hace unas semanas en la cancha de baloncesto de Willis.

Georgia se vuelve para mirarme.

—¿Qué hacías tú en Willis?

—¿Y a ti qué te importa lo que yo haga? —Hago un gesto a Roman para que vaya a sentarse a la cocina—. ¿Te apetece algo de beber?

Cuando me fijo en cómo observa el espacio, me entran ganas de taparle los ojos y sacarlo de la casa antes de que pueda ver nada más.

—Mi madre trabaja —digo como excusa para explicar tanto desorden.

—Sí, trabaja en Swift Mart —añade Georgia, y se cuela en la cocina—. Seis días a la semana, pobrecilla.

«¿Pobrecilla?» En la vida de nuestra madre hay cosas peores que el hecho de que trabaje en Swift Mart. Por ejemplo: su primer marido está cumpliendo condena por asesinato. Otro ejemplo: su hija primogénita es una friki depresiva.

—¿No tienes que irte a algún sitio? ¿A tu entrenamiento con las animadoras o algo así? —le pregunto mientras abro la nevera.

Roman no me ha dicho nada a mi ofrecimiento de una bebida, pero, de todas formas, voy a servirle un zumo de naranja. Se lo sirvo y le pongo el vaso delante.

—Gracias —dice, como ausente. Mentalmente está en otro lugar. Me doy cuenta de que el vaso está cubierto de polvo. ¡Qué asco! Algunas veces basta con fijarte en cómo otro observa tu vida para percatarte de cómo vives exactamente.

Georgia se sienta a su lado.

—Hoy no tengo entrenamiento con las animadoras. Se me ha ocurrido que podía salir con vosotros, chicos.

Intento no mirarla boquiabierta. «¿Estás de coña o qué te pasa?»

—Pero es que hemos quedado para un proyecto de física.

Se vuelve hacia Roman.

—¿Tú participas en el proyecto de física?

Él me sonríe de medio lado antes de decir:

—No. Es que me gusta el zoo. Esa sensación de vivir una aventura, los animales…

Ella hinca los codos sobre la mesa y me sonríe.

—A mí también me gusta el zoo. Y me encantan las aventuras.

El timbre vuelve a sonar, y me dirijo hacia la entrada para abrir la puerta. Tyler Bowen está de pie en la escalera, con las manos metidas en los bolsillos, lleva una gorra blanca de béisbol que hace sombra a sus ojos azules.

—Hola, Aysel.

—¿Quieres entrar un rato?

Él se encoge de hombros.

—Claro. —Me sigue hasta la cocina.

—¡Tyler! —Georgia se levanta corriendo. Va a toda prisa hacia él y le da un abrazo.

Él le corresponde, la aprieta con fuerza y la levanta del suelo. Ella suelta una risilla nerviosa, y Roman y yo intercambiamos una mirada como diciendo: «¿A qué narices ha venido eso?».

—¿Qué pasa? —dice Tyler, y no estoy segura de si se lo pregunta a todo el grupo; solo responde Georgia.

—Acabo de preguntar si puedo ir al zoo con vosotros, chicos. —Le pone a Tyler mirada de súplica, como si él pudiera tomar la decisión final entre mi no rotundo y la indiferencia de Roman.

—No tenía ni idea de que hicierais cosas juntas —dice Tyler a Georgia con un tono totalmente serio. Ahora soy yo la que desea abrazar a Tyler.

—Creo que Georgia debería venir —interviene Roman. Y ahora me entran ganas de darle un puñetazo en la cara. Al parecer ha cambiado su voto indiferente por un sí.

—Me llamo Tyler, por cierto —dice Tyler, y alarga una mano para saludar a Roman—. ¿Y tú eres…?

—Roman. —Estrecha la mano de Tyler. Con firmeza. «Muy bien hecho, Robot Congelado.»—. Soy amigo de Aysel.

Tyler intenta ocultar su sorpresa, pero resulta evidente para todos lo que está pensando. Es lo mismo que cualquiera de mis compañeros de clase pensaría si nos viera a Roman y a mí fuera de contexto: un jugador de

baloncesto guapo y la chica siniestra del instituto con el padre asesino. Aunque supongo que todo el mundo nos ve fuera de contexto.

—Se conocieron en un parque de Willis —interviene Georgia sonriendo a Roman.

—Entiendo —contesta Tyler—. ¿Nos vamos ya? Si se hace más tarde, puede entrarles sueño a los animales. Necesitamos fotos de ellos moviéndose, ¿verdad?

—¿Conduces tú? —pregunta Georgia.

—Sí —responde Tyler, y agita las llaves en el aire—. Cabemos todos en mi coche.

—¡Me pido ir delante! —dice Georgia, y se levanta de un salto.

Subo corriendo la escalera hasta nuestro cuarto y rebusco en la mochila para sacar la cámara que he pedido prestada en la biblioteca del instituto. La encuentro y la meto en un bolso más pequeño que he cogido prestado del armario de Georgia. Es azul celeste, tiene forma de concha y es de piel sintética. Yo no me lo compraría ni en un millón de años, pero me va perfecto para llevar la cámara, y a quién le importa su estúpido color. La moda es lo que menos me preocupa en este momento.

Me siento en el suelo del cuarto, inspiro con fuerza un par de veces y tarareo el *Réquiem* de Mozart; me preparo mentalmente para lo que está a punto de ocurrir. Justo cuando decido regresar a la escalera, oigo que alguien arrastra el paso detrás de mí.

—Lo de hoy va a ser interesante —dice Roman. «Bravo por seguirme hasta mi cuarto sin que te haya invitado, Robot Congelado.»

—Me lo dices o me lo cuentas. Para empezar, no sé para qué has querido venir —le contesto.

Alarga la mano y me ayuda a levantarme del suelo.

—No mientas. Ahora estás muy contenta de que al final haya decidido ir; si no, tendrías que soportar tú sola el numerito entre Tyler y Georgia.

—Eres tú el que le ha dicho que podía venir —murmuro entre dientes mientras bajamos los escalones.

—Así es mejor. —Me abre la puerta.

Agarro mi chaqueta del perchero, saco las llaves de casa del bolsillo y cierro la puerta.

—Lo dudo.

—Lo es —dice—. Confía en mí.

El aire del exterior es fresco y el cielo está despejado; huele al perfume

húmedo y floral de primavera. Mientras caminamos hacia el coche, levanto la vista para mirar a Roman. No sé si lo que siento por él es confianza. Supongo que debo confiar en que va a saltar cuando yo lo haga. En realidad, mientras yo consiga hacerlo, me da igual. Sé que es un pensamiento horrible, pero es lo único en lo que los troles de internet no se equivocan: el suicidio es un acto egoísta. Solo importas tú. Por eso resulta tan raro, lo del compañero de suicidio.

Necesitas un compañero para dejar de necesitarlo.

Sábado, 23 de marzo

Quedan quince días

Llegamos al zoo después de unas dos horas de coche. El viaje no ha ido tan mal como había pensado: todo el mundo iba bastante callado y hemos pasado gran parte del tiempo oyendo tararear a Georgia con la radio de fondo. De vez en cuando, Tyler le hacía alguna pregunta y ella le contestaba de esa forma suya tan animada.

Ella ha interrogado a Roman y él ha salido bastante bien del paso. Georgia insistía en preguntarle si salíamos juntos, y él se las ha arreglado para que ella siguiera con la duda. Conociendo a su madre, apuesto a que tiene mucha práctica a la hora de responder a esas preguntas hechas a bocajarro.

Tyler aparca el coche y los cuatro nos abrimos paso hasta la entrada del zoo. Esperamos en la cola para comprar las entradas. Se produce un momento algo violento en el que yo sé que Tyler está planteándose invitar a Georgia, pero entonces se sentirá obligado a invitarme a mí también, y, no nos engañemos, Tyler Bowen no quiere gastarse su dinero en mí.

Roman pasa por delante de mí y le entrega a la mujer de la taquilla un montón de dinero en efectivo.

—Cuatro entradas de estudiante, por favor.

—Roman —dice Georgia fingiendo asombro—, no tienes por qué hacer eso.

—En serio, tío —añade Tyler—. Puedo pagarme la entrada. No hay problema.

—No os preocupéis. —Roman me dedica una sonrisa.

La mujer de la taquilla comprueba el cambio y se lo entrega. Me doy cuenta de que sus manos parecen mucho más viejas que su cara. Me miro las manos y no sé si alegrarme o entristecerme al pensar que nunca las veré arrugadas.

En cuanto entramos en el zoo, le susurro a Roman:

—¿A qué ha venido eso?

Se encoge de hombros.

—Uno no puede llevarse el dinero cuando se va.

Tyler enarca las cejas cuando me ve acercarme a Roman para susurrarle al oído.

—No sabía que ibas a convertir nuestro proyecto de ciencias en una cita con tu pareja.

Georgia se cuelga del brazo de Tyler.

—Es la razón por la que he venido, Ty. Ahora no te sentirás tan marginado.

Él se agarra del brazo de Georgia mientras se dirige a mí.

—Lo del zoo fue idea tuya, Aysel. ¿Adónde vamos?

—¿Por qué no vamos primero al habitáculo de animales noctámbulos? Podemos fotografiar a los murciélagos. Están colgados boca abajo. Eso es energía potencial.

—Vale. Los murciélagos son como ahorcados vivientes —dice Tyler con retintín.

Roman y Georgia miran a Tyler con expresión de curiosidad, y yo hago todo lo posible por parecer confusa. Lo que resulta bastante fácil, porque los murciélagos no parecen para nada ahorcados vivientes, aunque no es el momento más indicado para discutir sobre el tema con Tyler.

—Es por aquí —digo, y salgo disparada con intención de guiar al grupo.

Podría decirse que conozco el zoológico de Louisville como la palma de mi mano. Cuando era pequeña, mi madre me traía muchos fines de semana. Pensaba que me convenía pasar tiempo con ella. Dejó de hacerlo cuando yo tenía unos ocho años, porque Georgia se hacía mayor y Mike ya empezaba a caminar. Jamás lo reconocería, pero estaba ocupada construyendo su nueva familia y feliz de dejarme en manos de mi padre. Hizo falta que él la cagara para que ella recordara mi existencia. Pero nadie quiere que lo recuerden por algo así; es como ser una especie invasora en la que nadie repara hasta que ha asfixiado y acabado con las especies de la flora autóctona.

El habitáculo de los animales noctámbulos sigue tal como lo recordaba. Está oscuro y huele a una mezcla de fruta y verdura podrida. Oigo a Georgia soltando risitas nerviosas a mis espaldas, supongo que el grupo ha conseguido seguirme el ritmo. Paso corriendo junto a las jaulas de las zarigüeyas y mapaches, y localizo a los murciélagos vampiro. Cuando llego a su espacio, veo a los vampiros colgando del techo boca abajo, envueltos

con sus alas negras y curtidas.

Roman se acerca por detrás de mí y me pone una mano en el hombro. Me sobresalto.

—Soy yo —dice.

—Ya lo sé. —«Y por eso me he asustado.» Saco la cámara del bolso.

—Gracias por preguntarme si podías usar mi bolso —me dice Georgia.

—De verdad, tenéis que hablar en voz baja —replico—. Podríamos asustar a los animales.

Georgia se queda mirándome y frunce el labio superior; sus dientes blancos relucen en la habitación a oscuras.

—Qué gracioso. Tú diciéndoles a los demás que no asusten a nadie.

—¡Georgia! —le espeta Tyler con tono agudo.

—¿Qué? —dice ella, y echa la cabeza hacia atrás. Su comentario cruel queda suspendido en el aire como el humo de una hoguera.

—Esto… —dice Roman al tiempo que pasa el peso de su cuerpo del pie derecho al izquierdo—. ¿Y si dejamos que Aysel haga la foto?

—Vale —contesta Georgia—. Vamos a dejar que la haga. ¿Quieres ir a ver los armadillos? ¡Son tan monos!

—Claro. Lo que tú quieras —dice Roman, y se alejan por el pasillo.

Enciendo la cámara y miro por el visor. Disparo un par de fotos rápidas y luego reviso las imágenes en la pantalla.

—Mira. —Le enseño la cámara a Tyler—. Creo que esta es buena.

—Sí, creo que al señor Scott le gustará —responde.

«Qué lástima que yo no esté para ver su reacción.» Vuelvo a meter la cámara en el bolso.

—¿Vamos a donde están ellos con los armadillos?

—Georgia solo quiere ser tu amiga, ¿sabes? —dice Tyler.

Cierro el bolso con tanta fuerza que casi me cargo la cremallera.

—Esto… No lo creo.

—Sí, sí que quiere serlo. Por eso ha venido hoy.

—Sí, claro.

—Resulta bastante evidente. —Me quedo mirándolo con cara de circunstancias, y él sigue hablando—: Siempre intenta captar tu atención, intenta hacerte reír. No es mala, ¿sabes?

Mientras avanzamos por el pasillo a oscuras en busca de los armadillos, voy pensando en eso que ha dicho Tyler de que Georgia quiere ser mi amiga. Me juego el cuello a que es una gilipollez. Georgia ha venido para

intentar ligarse a Tyler. Salir con Tyler Bowen la catapultaría a lo más alto de la escala social: animadora de primer curso que sale con jugador de baloncesto preuniversitario. Es como una de esas espantosas películas para adolescentes.

—Creo que te equivocas con la razón de por qué ha venido hoy —respondo—. No es por mí, es por ti.

A medida que nos acercamos a los armadillos, veo a Roman y a Georgia de pie, uno junto al otro, pegados al cristal. Están mirando los animales y riendo como si fueran amigos de toda la vida.

—No estoy seguro de que sea yo quien le interesa. —Tyler me da un empujón en el hombro.

Yo vuelvo a mirarlo con cara de circunstancias.

—Puede quedarse con Roman. —No digo «Pero la compadezco, porque estará muerto dentro de un par de semanas».

Roman sonríe de oreja a oreja cuando nos ve.

—¿Adónde vamos ahora?

—¿A ver a los leones? —sugiero—. Creo que los alimentan hacia el mediodía. Si nos damos prisa, podemos hacerles una foto comiendo.

—Tengo mucha sed —dice Georgia. Se vuelve hacia Roman—. ¿Me acompañas a comprar una limonada?

Roman me mira y yo me encojo de hombros.

—Nos encontraremos junto al espacio de los leones.

—En realidad, yo también tengo sed —dice Tyler—. Iré con vosotros.

Georgia frunce el ceño ligeramente.

—Ah, vale.

—Entonces, yo voy con Aysel —dice Roman, se dirige hacia mí y se coloca a mi lado—. Nos vemos dentro de nada.

En cuanto Georgia y Tyler se marchan, exclamo:

—¡Oh! ¡Has perdido tu oportunidad de montártelo con Georgia en el puesto de la limonada!

—Creía que me habías prometido no hacer más bromitas pesadas.

Le pongo mi cara de «Me has pillado». Dejamos el habitáculo de los animales noctámbulos y nos dirigimos hacia el espacio de los leones. Al salir, me doy cuenta de que el cielo se ha nublado y de que el sol está ocultándose detrás de unas nubes de tormenta de aspecto amenazante. Me meto las manos en los bolsillos de la chaqueta y paso los dedos por el forro de lana.

—No era una broma. Estoy bastante segura de que quiere enrollarse contigo.

—No os parecéis en nada. ¿Cómo es posible?

Me quedo mirando hacia delante, evitando su cara.

—Somos de diferentes padres.

—Sí, ya me has contado que era tu medio hermana, pero, aun así, sois muy distintas. Ella es como un león y tú… como un armadillo.

—¿«Un armadillo»?

Me toca un hombro.

—Ya sabes lo que intento decir.

—Mi padre es la diferencia. —Le lanzo una mirada implacable con la esperanza de que deje de preguntar sobre el tema—. No espero que lo entiendas, pero ese detalle marca toda la diferencia.

Llegamos al espacio de los leones. Solo se ven tres, y no parece que estén comiendo. Maldita sea. Debemos de habernos perdido la hora de la comida. El macho está descansando sobre una piedra enorme y las dos hembras están acurrucadas, una junto a la otra, en el rincón que queda enfrente de la cerca. El macho abre la boca para bostezar y un niño que tenemos al lado empieza a dar botes de contento. Otro niño, que por lo visto no es tan valiente, esconde la cabeza bajo el ala de su madre. Cojo la cámara y desearía haber tenido el tiempo de captar la escena.

—¿Dónde está tu padre ahora? —pregunta Roman.

La respuesta a la pregunta de Roman es «en la prisión estatal». Por lo que yo sé, mi padre está encerrado en el centro penitenciario de alguna ciudad cochambrosa, a kilómetros y kilómetros de mí.

—No está. Se fue —digo, y saco un par de fotos de los leones. Quizá alguna de ellas sirva—. Déjalo ya, ¿quieres?

Roman alarga una mano y me da un empujoncito en la parte interna de la muñeca.

—No entiendo cómo alguien que ya no está en tu vida puede marcar la diferencia.

Me aparto de él para que no me toque, me alejo del espacio de los leones y voy a sentarme a un banco. Roman me sigue.

—Oye, lo siento. Lo dejo ya.

Apoyo los codos sobre las rodillas y me encorvo.

—Ya sé que es difícil de entender, pero es cierto. Mi padre… —Inspiro con fuerza—. Mi padre me ha arruinado la vida.

No le cuento a Roman que mi padre no solo ha arruinado mi vida por lo que hizo, sino porque me ha hecho sentir miedo de lo que soy, de lo que estoy hecha.

Al pensarlo, algo se mueve en mi interior. No sé si es la babosa negra reptando en círculos en la boca de mi estómago o algo nuevo; algo que ni siquiera sabía que estaba ahí, pero siento que crepita y estalla como un cohete diminuto en mi interior.

—Debería ir a visitarlo —suelto de pronto antes de recordar que no debo hablar de mi padre con Roman. Que Roman conoce a Brian Jackson. Que Roman me odiaría si supiera la verdad.

Se aclara la voz.

—¿Qué?

Me levanto del banco de un salto.

—He decidido que quiero ver a mi padre una vez más antes de morir.

Roman no se levanta. Cuando reúno el valor suficiente para mirarlo, está frunciendo el ceño.

—No estás muriéndote de cáncer —dice levantando la voz—. No tienes una enfermedad terminal.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—No estamos haciendo una lista de deseos. Todo esto no va de realizar tu lista de cosas que hacer antes de morir. Esto solo va de morir. —Mueve los pies con inquietud y empieza a girar las muñecas—. ¿Estás rajándote?

Me pongo colorada.

—No estoy rajándome. Pero necesito verlo una última vez. Quiero mirarlo a la cara y…

Roman se levanta del banco. Me rodea con un brazo y esta vez no me sobresalto cuando me toca. Me inclino hacia su cuerpo.

—¿Y qué? ¿Qué esperas encontrar? A mí me parece que buscas razones para vivir.

Noto la garganta en tensión, y las palabras se alinean, listas para salir, pero la babosa negra las devora, una a una.

—No es por eso —consigo soltar con voz de pito.

—Entonces ¿por qué es?

—Solo necesito verlo, Roman. Creo que, si lo veo, seré capaz de saltar desde ese acantilado. Nada me retendrá.

Levanta la cabeza hacia el cielo.

—¿Ahora mismo hay algo que te retenga?

No sé cómo decirle que no estoy segura de poder destruir mi energía potencial hasta que entienda el origen de todo. Y, tal como se me ha ocurrido hace solo unos minutos, estoy convencida de que la única forma de conseguirlo es ver a mi padre una última vez.

Roman inclina la barbilla para volver a mirarme.

—Podemos ir a ver a tu padre. Si es lo que necesitas, te ayudaré a hacerlo.

Una parte de mí desea abrazarlo por el cuello y apretujarlo contra mi cuerpo, pegar la cara a su torso y darle las gracias, pero estoy segura de que eso no es lo que pretendemos con esta relación, ni él ni yo. Ojalá alguien sometiera mi corazón a la prueba del polígrafo; no para de mentir, dar vuelcos y cambiar de idea. No puedo decidir qué me importa más: que Roman esté conmigo para enfrentarme a mi padre o que Roman no descubra la verdad.

Mientras observo cómo me mira, con sus ojos avellana bien abiertos y expectantes, empiezo a pensar que Roman lo entendería. Que no me culparía de lo que hizo mi padre. A lo mejor debo darle la oportunidad de demostrar que es distinto del resto del mundo.

Observo su cara con detenimiento en busca de alguna señal de que ya lo intuye. Mi nombre no aparece en los artículos que pululan por internet sobre mi padre (en serio, ya lo he comprobado), pero sé que una sencilla búsqueda en Google le daría alguna pista. No hay muchas personas turcas en Langston, ni que decir tiene en Kentucky. Sin embargo, mientras contemplo sus ojos de color intenso, sus labios carnosos y sus mejillas ligeramente tostadas por el sol, no percibo ninguna señal de que sepa nada. Lo único que veo es a alguien a quien parezco importarle, y eso me inquieta tanto como el hecho de que pueda descubrir todo sobre mi padre en cualquier momento.

Quizá sería mejor que se lo contara: que se entere por mí y no por cualquier otra persona. Las palabras empiezan a formarse en el fondo de mi garganta y estoy a punto de confesarle todo cuando alarga una mano y me coge la mía. La aprieta y me toquetea los dedos.

—De verdad que no pasa nada, Aysel. Siento haber gritado antes. Iremos juntos a ver a tu padre, ¿vale?

—Vale —es la única palabra que soy capaz de articular. Pego la lengua al paladar y me hago la breve promesa de que le contaré la verdad sobre mi padre. Hoy no, pero pronto.

Vuelve a apretarme la mano.

—¿Y ahora qué?

—¿Quieres ir a ver los osos polares? Debería hacerles fotos mientras nadan.

—Claro. —Me mira con su sonrisa de medio lado—. Será bonito ver osos polares por última vez. Los osos polares eran los animales favoritos de Maddie.

Entonces me pregunto si Robot Congelado no tendrá también una lista de deseos que cumplir antes de morir, pero simplemente la desconoce.

Yo quiero conocerla.

Martes, 26 de marzo

Quedan doce días

Salgo del trabajo antes de tiempo y conduzco todo lo rápido que puedo. Planeo llegar a casa la primera y antes de cenar para registrar el despacho. Si mi madre ha guardado algo relacionado con mi padre, lo encontraré allí.

Abro la puerta y me quedo en el recibidor un instante, aguantando la respiración, con la esperanza de ser la única que está en casa.

—¿Hola? —Oigo decir a Mike.

—Mike, soy yo —respondo en voz baja, porque no quiero que nadie más sepa que he llegado, si es que hay alguien con él.

—¡¿Qué hay para cenar?! —Habla tan alto que casi se estremece la casa. El pequeño ha heredado las cuerdas vocales de Steve. Si no lo quisiera tanto, me molestaría. Pero no logro sentirme molesta con Mike.

—No lo sé, Mikey. Mamá llegará pronto a casa. Se lo preguntas a ella, ¿vale?

—Vale —responde—. ¿Quieres venir a jugar una partida de FIFA conmigo?

Tuerzo la boca para reprimir las ganas de sonreír.

—Quizá más tarde. Tengo muchos deberes.

—Vale. —Percibo la decepción en su voz.

Hago todo lo posible por no obsesionarme con eso y centrarme en la misión que tengo entre manos: fisgar entre las cosas de mamá. Recorro el angosto pasillo y doblo la esquina para entrar en el estudio. Está lleno hasta los topes, es poco más grande que un armario. Salto por encima de un par de cajas para situarme detrás del destartalado escritorio de plástico.

Alargo el cuello para mirar bien dentro de las cajas que están en las baldas más altas de la estantería. Si conozco a mi madre, lo que es realmente cuestionable, habrá guardado los trapos sucios de la familia en el lugar más inaccesible.

De pie, subida a la silla del ordenador, llego a una de las cajas de cartón

llena de carpetas de cartulina marrón. El asiento empieza a girar. Al estirar los dedos para poder alcanzar lo que quiero, pierdo el equilibrio y se me caen dos cajas y algunos libros al suelo.

Me caigo de la silla, doy un golpe seco contra el suelo y pongo las palmas de las manos sobre la vieja carpeta para amortiguar la caída. Me arden las muñecas y veo papeles desparramados por la moqueta. «¡Joder!»

—¿Aysel?

Levanto la vista y veo a Mike de pie frente a mí. «¡Joder y más joder!»

Lleva el mando del videojuego en la mano, pegado al pecho y está boquiabierto.

—¿Estás bien?

—Sí, siento lo del ruido. —Agito las manos en dirección a los papeles desparramados—. He perdido el equilibrio.

Entrecierra los ojos.

—¿Qué estás buscando?

Me pongo de rodillas como puedo y empiezo a recoger los papeles y a meterlos desordenadamente en las cajas. «Adiós al despacho organizado de mamá.» Me llama la atención uno de los documentos. Es un viejo informe mío, de cuando iba a cuarto. Lo cojo y paso los dedos por el fino papel. Me sorprende que mi madre lo haya conservado.

—Aysel —dice Mike con un volumen cada vez más alto—, ¿por qué estás rebuscando entre las cosas de mamá?

Levanto el viejo informe.

—Ah, lo siento. Yo…, esto… Estaba buscando algunas cosas viejas mías, cosas del colegio. Ya sabes, notas del cole y cosas así.

—¿Por qué no paras de decir «lo siento»? —Se pasa el mando del videojuego a la mano izquierda y se pasa la mano derecha por el pelo rubio ondulado. Siempre se toca el pelo cuando está nervioso o incómodo.

Hago todo lo posible por poner expresión de alegría.

—Porque te he asustado.

Me sonríe enseñando los dientes.

—No me has asustado.

Me obligo a sonreír.

—Oye, ¿por qué no vuelves arriba?

Frunce el ceño.

—¿No puedo ayudarte a buscar?

—Creo que mamá se enfadará si te dejo jugar aquí.

Hace pucheros.

—No estaré jugando, estaré ayudándote.

—Ya lo sé, pero no le gusta que estés aquí dentro.

Suelta un suspiro.

—Está bien.

Mientras se aleja, le digo:

—Oye, Mike, ¿puedes hacerme un favor?

—Depende. ¿Qué quieres?

—No le digas a mamá que estaba aquí.

—¿Es una especie de secreto? —pregunta, emocionado.

—Sí, nuestro secreto.

—¡Guay! ¿Subirás a jugar conmigo luego?

Digo que sí con la cabeza y mucho entusiasmo. Me hago daño en el cuello. No estoy acostumbrada a moverla tan deprisa.

—Desde luego.

En cuanto se marcha, vuelvo a rebuscar entre los papeles. Encuentro toda clase de cosas. Viejas felicitaciones de cumpleaños, facturas, resguardos del banco. Podría pensar que es un verdadero caos de papeles, pero seguramente me he cargado el sistema en el que estaban organizados al tirar las cajas sin querer.

Estoy a punto de desistir en mi búsqueda cuando me topo con un sobre. Está vacío, pero la dirección del remite llama mi atención: Institución Penitenciaria McGreavy. Tiene que estar relacionado con mi padre. «Institución Penitenciaria McGreavy, ahí está.» Estoy a cuatro patas, mirando por todas partes, buscando la correspondiente carta, cuando oigo que se abre la puerta.

—¡¿Hola?! —oigo que brama Mike.

—Soy yo, cariño —oigo que responde mamá.

Rápidamente termino de meter todos los papeles sueltos en las cajas. Estoy a punto de intentar recolocarlas en su sitio cuando oigo unos pasos a mi espalda.

—Aysel, ¿qué haces aquí?

Me vuelvo y me encuentro a mi madre de frente. Lleva el uniforme del trabajo: un polo rojo y pantalones de pinzas caquis. O deberían ser de pinzas. Los suyos están arrugados y empiezan a deshilacharse. Me fijo en que sus zapatos son viejos, con la piel llena de rasguños. A lo mejor cuando yo haya muerto y haya una hija menos de la que preocuparse, podrá reducir

su jornada. O como mínimo podrá permitirse unos zapatos nuevos.

—Busco algo que necesito para las solicitudes de plaza en las universidades.

La cara de mi madre me revuelve el estómago. Tiene una expresión cálida, llena de sorpresa y esperanza.

—¿De veras?

—Sí, debo comprobar si saqué un sobresaliente o un notable en biología de primero. —Aprieta los labios como si dudara, por eso sigo hablando—: Ya sabes, según lo que sea, según mis notas, decidirán en qué universidades debo presentar la solicitud.

Me mira con mucha intensidad y se lleva los dedos a la boca.

—¿No hay nadie en el instituto que te pueda ayudar con eso?

—Sí, pero soy demasiado impaciente para esperar. —La mentira hace que note la lengua como hinchada cuando veo que el rostro de mi madre vuelve a iluminarse.

—Bueno, ¿has encontrado lo que buscabas? —Echa un vistazo a las cajas como si supiera que su contenido está revuelto.

—Sí. —Me coloco delante de ellas para que no las vea y me balanceo sobre los talones—. Siento haberlas tirado. Volveré a ponerlas en la estantería.

Ella niega con la cabeza.

—No. Podrías hacerte daño. Ya le diré a Steve que las suba cuando llegue a casa.

Se queda en el umbral de la puerta y sé que está esperando a que salga con ella. Voy con ella al pasillo y apaga la luz del despacho. Caminamos en silencio hasta la cocina, y luego me disculpo y digo que voy a subir.

En cuanto estoy en mi cuarto, me tiro sobre la cama e intento borrar de mi mente la imagen de mi madre con esa expresión animada y esperanzada. Me tapo la cara con la colcha y me hundo en el colchón. Me coloco las manos sobre el vientre y obligo a la babosa negra a que me recuerde que mi madre estará mejor cuando yo me haya ido; que se sentirá más segura; que, al fin y al cabo, lo que ocurra el 7 de abril será lo mejor para ella.

Que será lo mejor para todo el mundo. Sobre todo para mí.

Miércoles, 27 de marzo

Quedan once días

Hoy, en el trabajo, estamos realizando un maratón telefónico en nombre de la ciudad de Langston. Todos los años, a finales de marzo, Langston organiza una feria en el patio trasero del colegio para recaudar fondos. (Gran parte de la recaudación se destina al programa de baloncesto, aunque los responsables hacen el paripé de que la destinan a mejorar los programas de ciencias y matemáticas.) Siempre traen atracciones de las más sencillas —una noria y las tazas giratorias—, instalan un par de puestos que venden algodón de azúcar y refrescos empalagosos, y el equipo de animadoras interpreta un par de coreografías con piruetas arriesgadas. A los viejos verdes de Langston les encanta la feria de primavera.

Levanto el teléfono y marco el siguiente número de mi agenda: John Gordon, residente en Mound Street, número 415. A lo mejor el tal John pertenece a ese grupo de población que ya está en la feria de primavera y ni siquiera necesita que se lo recuerden. El teléfono suena dos veces antes de que John lo coja. No ha habido suerte.

—¿Diga? —tiene acento de Kentucky.

—Hola, señor Gordon —digo—. Mi nombre es Aysel y llamo de Tucker’s Marketing Concepts en nombre de la ciudad de Langston.

—¿Sí? —Parece algo impaciente, aunque no me habla con la irritación a la que me tienen acostumbrada algunos interlocutores.

—Como quizá ya sepa, la ciudad celebra su feria anual de primavera. —Le suelto mi discurso sobre cómo los fondos que se recaudan en el evento proporcionan valiosos recursos a los colegios de Langston. Hablo con entusiasmo sobre las próximas actuaciones de las animadoras y lo divertida (y segura, claro) que es la noria. Acabo con la frase de cierre obligatoria: «Es una ocasión estupenda para personas de todas las edades. Un acontecimiento muy recomendable para familias». Por supuesto, no menciono el detalle de que las animadoras suelen llevar sujetador con

estampado de leopardo y que bailan a la intemperie, aunque la temperatura no supere los diez grados.

Se hace un silencio al otro lado de la línea.

—¿Señor Gordon?

—Sí, ya conozco la feria de primavera —dice—. Mi familia ha pensado en ir mañana por la tarde.

—Genial. Gracias, señor Gordon. —Hay algo que honra a la gente de Langston: siempre da la cara por su ciudad.

Hoy estoy más concentrada de lo normal en el trabajo. Quiero hacer todas las llamadas de la agenda. De verdad, quiero que se acabe mi turno. Hace poco me he dado cuenta de que, si realmente trabajo mientras estoy aquí, se me pasa el tiempo más deprisa. Tras hacer unas seis llamadas seguidas, miro a Laura. Tiene la frente arrugada y no para de parpadear.

—¿Qué? —le pregunto, y levanto el teléfono para marcar el siguiente número.

—Hoy estás rara. —Se levanta y se dirige hacia la máquina de café—. Casi parece que estuvieras contenta. ¿Al final has conocido a alguien?

Me río, y la risa me suena a cascajo. «¿Contenta?» Lo triste es que no se equivoca tanto: sí que he conocido a alguien, pero no como ella cree.

—¿Te parece raro que esté trabajando?

Asiente con la cabeza.

—Muy raro.

—Solo intento que te sientas orgullosa, Laura. —La saludo con la mano en la frente al estilo militar, y ella niega con la cabeza.

Dos minutos antes de que termine mi turno, abro el buscador de internet. Llevo todo el día sin distraerme, por eso creo que me he ganado un rato de ocio. Busco en la red el teléfono de la Institución Penitenciaria McGreavy. Tardo un minuto en encontrar el número que busco. Lo escribo rápidamente en la libreta de oficina con hojas amarillas que tengo en la mesa, arranco la hoja, la doblo y me la meto en el bolsillo.

Me levanto y me pongo la mochila a la espalda. Al salir, me despido del señor Palmer con la mano. Me mira como si fuera a darle un infarto.

—Adiós, Aysel —dice con un hilillo de voz.

Como ha comentado Laura, sí que parezco de mejor humor, aunque no sé si es de verdad o es solo un engaño de mi imaginación. Como sé que esto acabará pronto, ya no hace falta que vuelva a angustiarme por nada. Lo tengo todo planeado. Sé exactamente cómo quiero pasar mis últimos días, y

esa seguridad me reconforta.

Antes me mortificaba pensar lo largos que eran los días, el tiempo parecía prolongarse hasta la eternidad, sin piedad ni cambio alguno. Y como decía John Berryman: tan aburrido… Me pregunto si los corredores de un maratón se sienten así cuando llegan al último kilómetro. Ya saben que son capaces de recorrer el tramo final; llegados a ese punto, no tiene sentido fatigarse.

Tiro la mochila al asiento del acompañante y me siento al volante. Bajo la cremallera del bolsillo delantero de la mochila y cojo el móvil. Saco el trozo de papel doblado donde he apuntado el teléfono. Inspiro con fuerza y marco el número.

Gracias a mi trabajo, me paso el día llamando a desconocidos, esto no debería ponerme nerviosa, pero tengo el corazón desbocado y pongo la emisora de música clásica a un volumen muy bajo. La *Misa en si menor* de Bach sale flotando de los altavoces; al escuchar la música, siento como si alguien me cubriera los hombros con una manta. Modulo el volumen para que no esté demasiado alto por si alguien se decide a contestar la llamada en la Institución Penitenciaria McGreavy.

Pongo las piernas en alto sobre el salpicadero y echo el asiento del conductor hacia atrás para poder tumbarme del todo. Tarareo la música y tamborileo con los dedos sobre la tapicería vieja del asiento cuando me sobresalta el sonido de una voz al otro lado de la línea.

—Soy Tom. ¿En qué puedo ayudarle?

Echo el asiento hacia delante de golpe.

—¿Es la Institución Penitenciaria McGreavy?

—Sí —responde, y suelta un resoplido, como si estuviera molesto.

—Llamo porque quiero informarme de qué tengo que hacer para visitar a mi padre.

—¿Qué?

—Mi padre. Es un… —Busco la palabra—. Es un interno.

—Ah —dice Tom. Supongo que es hombre de palabras monosílabas—. Te paso con los de Visitas.

Antes de que pueda decir nada, la línea del teléfono comunica y la música cursi de ascensor vuelve a empezar. Subo el volumen de la radio del coche.

Transcurren unos segundos y me saluda una nueva voz.

—Soy Bob. —Los empleados de la Institución Penitenciaria de McGreavy no solo son hombres de palabras monosílabas, también son hombres de nombres monosílabos.

—Hola, Bob —digo en un intento de parecer simpática para que me ayude—. Llamaba para informarme sobre qué tengo que hacer para visitar a mi padre.

—¿Tu padre está encerrado aquí?

—Sí —contesto, intentando fingir que no me parece grave, como si estuviera acostumbrada al sistema penitenciario o algo así.

—¿Y estás en la lista?

—¿Cómo?

—En la lista de visitas. Si eres su hija, deberías estar en la lista.

Trago saliva.

—No sé si estoy en la lista. —Mi madre nunca me ha dejado ir a visitar a mi padre. Ni una sola vez.

—Pues si no estás en la lista, no puedo hacer nada para ayudarte. Pero yo supongo que sí estás. Cuando llega un nuevo interno suelen poner a su familia más próxima en la lista por defecto. Por si alguno de ellos quiere visitarlos.

—Está bien —digo con parsimonia—. Entonces ¿me presento allí y ya está?

Emite un sonido que es una combinación de risa y gruñido.

—Sí. Te presentas aquí durante las horas de visita. Los que llegan antes, entran primero. Si todas las cabinas de comunicación están llenas cuando llegues, tendrás que apuntarte a la lista de espera. Y no puedo darte ninguna garantía sobre la lista de espera.

Cuántas listas.

—¿Cuáles son las horas de visita?

—¡Chica! —dice Bob, y casi puedo oír cómo sacude la cabeza—. Toda esa información está en nuestra página web. Pero, como me has caído bien, te lo diré.

Parece que hacerme la simpática ha valido la pena.

—Muchas gracias, Bob.

—Las horas de visita son de martes a sábado. Tenemos un turno de mañana que va de las diez a las doce. Y un turno de tarde que va de la una a las cuatro. ¿Quieres un consejo?

—Me encantaría, Bob.

—Intenta llegar lo más temprano posible. Así tendrás más suerte. El sistema de asignación de visitas llega a colapsarse a última hora del día.

—Te lo agradezco de verdad. Nos vemos el sábado.

—Sí, vale. —Bob cuelga antes que yo.

Reajusto el asiento para enderezarlo del todo, pero no me marcho de TMC. Tengo la cabeza abotagada por la cantidad de ideas que se me amontonan. Me la sujeto con ambas manos, la balanceo e inspiro con fuerza varias veces. Transcurridos unos minutos, vuelvo a coger el móvil y llamo a Robot Congelado. Sé que es una tontería, pero no puedo evitarlo. Quiero compartir mis pensamientos con alguien, y él es la única persona con la que podría hablar ahora. Supongo que es otra de las razones por las que la gente tiene compañeros de suicidio. Se vuelven útiles.

—Hola —dice Roman.

—Hola, ¿qué estás haciendo?

No hay respuesta.

—¿Estás en tu cuarto? —insisto.

—¿Y dónde quieres que esté si no?

—No lo sé. Jugando al baloncesto.

Me lo imagino mirándome. Tumbado boca arriba con las piernas dobladas sobre la colcha de algodón, con sus ojos marrones con tonos dorados entrecerrados y un lápiz en la mano, sosteniendo un cuaderno de dibujo sobre las rodillas. Me imagino a Capitán Nemo diciéndole que se anime y que eso lo enfada todavía más. Supongo que me río porque Roman dice:

—Por favor, no sigas con tus bromitas.

—Vale, ya no las haré más, lo prometo —contesto enseguida.

—Siempre lo dices, pero nunca lo cumples. Empieza a fastidiarme mucho.

Clavo las uñas en la tapicería del asiento. No quiero ser un fastidio para Robot Congelado. Sé que no debería importarme lo que soy para él. Aunque a una pequeña parte de mí sí que le importa.

—Lo siento —añade Roman en voz baja—. No debería haber dicho eso.

—No, no pasa nada. Me lo merezco.

—No, no te lo merecías.

Se hace un breve silencio. No se oye nada, solo oigo su respiración. Quiero preguntarle si está dibujando, pero no lo hago.

—¿Puedo pasar a recogerte?

—¿Y para qué?

Inspiro con fuerza e intento inventarme alguna excusa para verlo. La cabeza me da vueltas y recuerdo todas las llamadas que he hecho hoy.

—Se me ha ocurrido que podíamos ir a la feria de primavera de Langston.

—¿Te has vuelto loca de remate?

—¿Eso es un sí? —bromeo, pero enseguida cambio de tono—. Quiero decir, fuiste tú quien dijo que te iba a ser más fácil escaparte el 7 de abril si tu madre creía que éramos amigos íntimos.

—Es verdad, pero todavía no entiendo por qué quieres ir a la feria.

—Llegaré dentro de quince minutos —digo, y cuelgo el teléfono.

Y tiene razón. Según mis propias normas, lo más normal sería que yo evitara ir a la feria. Pero cuanto más se acerca el 7 de abril, más descolocada me siento.

La verdad es que la feria de primavera es uno de los últimos lugares donde recuerdo haber sido realmente feliz. No sé a qué edad me di cuenta de que la babosa negra de mi interior devoraría, de forma inevitable, cualquier pensamiento positivo que tuviera. Pero sí sé que la última vez que estuve en la feria, con mi manita entrelazada con la de mi padre, la felicidad que sentí no desapareció.

Permaneció en mi interior.

Miércoles, 27 de marzo

Quedan once días

Envío un mensaje al móvil de Robot Congelado para decirle que estoy enfrente de su casa y, pasados unos segundos, se acerca caminando hacia mi coche. Lleva la capucha de la sudadera azul calada hasta las orejas y está encorvado, como si intentara esconderse de algún enemigo invisible.

En cuanto está dentro del coche y lo he puesto en marcha, dice:

—Entonces ¿vamos a la feria?

—Creía que estaba haciéndote un favor. Tu madre estará encantada de que tengas una agenda repleta de actividades sociales.

Deja caer la cabeza de golpe contra el asiento.

—Sí, ya lo has dicho por teléfono. Te pregunto por qué quieres ir tú a la feria.

Le echo una mirada. Tiene la mandíbula muy apretada y está cabizbajo. No parece de humor para tonterías. «No hace falta que te enfades tanto, Robot Congelado.»

—Está bien, vale. Te debo una explicación. He llamado a la Institución Penitenciaria McGreavy. —Hago una pausa—. Es donde está mi padre, por cierto. Está encarcelado. En cualquier caso, quería contarte que puedo ir a visitarlo.

Levanta la barbilla y se queda mirando directamente por la luna del coche. No manifiesta reacción alguna ante mi confesión de que mi padre está en la cárcel. Es como si le acabara de contar que mi viejo prepara tortitas en la cafetería del pueblo o algo así.

—¿Me has oído? Mi padre es un preso de la Institución Penitenciaria McGreavy.

Roman no me mira. Sigue con la vista clavada en la luna del coche.

—¿No me lo podrías haber contado por teléfono y ya está?

Me encojo de hombros, aunque sé que no está mirándome. Es curioso las cosas que hacemos a veces aunque sepamos que nadie nos mira.

—Bueno, sí. Pero se me ha ocurrido que sería divertido ir a la feria y poder contártelo en persona.

—¿«Divertido»? —escupe la palabra de la misma forma que escupió la palabra «amigos» el día que lo conocí. Al final se vuelve para mirarme—. ¿Tú quién eres?

Piso el acelerador y miro hacia delante, haciendo todo lo posible por no demostrar lo mal que me ha sentado su tono de voz. No respondo a su pregunta, porque no estoy segura de seguir conociendo la respuesta.

En cuanto llegamos al recinto ferial, estaciono en el aparcamiento embarrado que hay enfrente del colegio de Langston. Caminamos uno junto al otro hasta la entrada y compro los tíquets para ambos. Es lo menos que puedo hacer teniendo en cuenta que lo he obligado a venir conmigo y que me pagó la entrada del zoo.

En la zona de entrada a la feria han colgado cinco pósters grandes, todos con la imagen de Brian Jackson. Observo con el rabillo del ojo a Roman y lo veo mirando con detenimiento las fotografías. Tengo la boca seca, pero me obligo a hablar.

—¿Cuándo hablasteis por última vez?

Se encoge de hombros.

—Hace un tiempo. En realidad, ya no tengo relación con él. —Tal vez esté paranoica (en realidad, sé que lo estoy), pero percibo algo raro en la voz de Roman. Como si supiera alguna cosa y no quisiera que yo sepa que la sabe.

—¿De verdad eras tan rápido como él? —Recuerdo el día en que conocí a Roman, cuando sus amigos Lance y Travis presumían de sus dotes como deportista.

Roman suelta una risotada cínica.

—No. Bri siempre fue más rápido. —Le da la espalda al póster y me mira con una sonrisa maliciosa en la cara—. Pero yo era capaz de driblarlo.

Me siento aliviada de pronto. A lo mejor, lo que he percibido en la voz de Roman en realidad no era que estuviera juzgando a mi padre. A lo mejor, todavía no lo sabe. A lo mejor, ha sido solo producto del resquemor, un recordatorio de lo mucho que ha cambiado su vida desde que Maddie murió. Estoy a punto de hacerle unas preguntas, pero Roman hace un gesto con la cabeza en dirección a la feria.

—¿Vamos a entrar o qué?

Le paso su entrada.

—Sí. Vamos.

El recinto ya está hasta los topes. Los niños más pequeños nos adelantan corriendo como el rayo, se persiguen entre ellos, tienen las manos pringosas por el algodón de azúcar y los labios teñidos de azul por haber bebido demasiados granizados. El corazón me da un vuelco. Echo de menos tener esa edad. Añoro esa época previa a saber que había algo muy malo en mi padre. Que había algo muy malo en mí.

Roman me pone la mano en la cintura. No consigo entender a Robot Congelado. Para alguien que puede ser tan frío, es bastante tocón.

—¿Estás bien?

—He recordado algo —digo. Noto que el suelo está blando y se me hunden las zapatillas de deporte en el barro. Todo el lugar huele a palomitas, a fritanga y a polvo.

Asiente en silencio y me quita la mano de la cintura.

—A Maddie le encantaba esta feria.

No sé qué decir y hago una sugerencia estúpida.

—¿Quieres montar en la noria?

Se encoge de hombros.

—Claro, ¿por qué no?

Hacemos cola. Localizo a otros chicos de mi clase. Me pregunto si estarán aquí para ver la actuación de mi hermana. Yo tendría que ir a verla. Pero mi presencia resultaría más dañina que positiva. Siempre lo es.

Veo que Stacy Jenkins se acerca a Nate Connors y le susurra algo al oído. Me imagino que está diciéndole algo sobre mí. Me muerdo la parte interna de la mejilla y hago todo lo posible por ignorarlos.

Roman me mira y parece intuir que estoy poniéndome en tensión.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes algún problema con…?

Lo interrumpo.

—No te preocupes.

Se vuelve y mira a Stacy y a Nate con malicia. Si no estaban chismorreando ya sobre mí, esto sí les hace fijarse en nosotros. Odio la sensación de tener sus ojos clavados en la nuca como si fuera una diana a la que quieren disparar a toda costa. Me protejo cruzando los brazos e intento olvidarlo todo tarareando una melodía. Tarareo el *Réquiem* de Mozart y me balanceo lentamente adelante y atrás sobre los talones. No quiero que Roman se ponga a hablar con mis compañeros de clase sobre mí. Si lo hace, acabará averiguando quién es mi padre. No se me ocurre una forma peor de

que lo haga.

Llegamos al frente de la fila, y un hombre al que solo le queda la mitad de la dentadura nos hace un gesto para que subamos a la siguiente cabina. Montamos de un salto y, poco a poco, empezamos a elevarnos.

—¿De verdad crees que visitar a tu padre va a ayudarte? —me pregunta Roman.

Me mira a mí en lugar de al suelo que tenemos a nuestros pies, y se pierde toda la diversión de subir a la noria.

—No sé si me ayudará. Pero necesito aclarar algunas cosas.

Observo los distintos puestos de la feria y advierto que se vuelven cada vez más y más pequeños. Me pregunto si morir es así. Todo lo que pienso irá volviéndose cada vez más pequeño hasta que desaparezca.

—¿Qué cosas? —insiste Roman—. Has dicho que volver a verlo no te haría cambiar de opinión con respecto a… Ya sabes. —Se pone las manos en el regazo de golpe.

Pienso en decirle que, a estas alturas, ya debería hablar del tema de la muerte con naturalidad, pero no lo hago. Lo último que necesito es iniciar otra discusión con él.

—Mira —digo levantando la voz—. Mi padre era un tipo horrible, ¿vale? Hizo algo inimaginable y horroroso. Solo quiero saber por qué lo hizo.

—Pero ¿para qué quieres verlo? Si en realidad no te importa, ¿por qué necesitas saber más? —Habla con un tono sosegado y tranquilo. Sin presionarme. Sin juzgarme.

Me sobrecogen las ganas que siento de abrazar a Robot Congelado. Me encanta que no me haya preguntado qué hizo mi padre. No está interesado en los detalles morbosos. Me quedo mirándole las espaldas anchas e imagino mi cara apoyada en su torso. No puedo permitirme pensar así; desvío la vista hacia el suelo y me centro en el puesto de pretzels. A mi padre le encantaban. Solía bromear diciendo que eran de las mejores cosas de vivir en Estados Unidos. A mí me compraba uno con azúcar y canela, y, para él, uno de queso cheddar y cebolla. Paseábamos por la feria, con el pretzel en la mano, señalando las distintas atracciones y comentando en cuáles queríamos montar. En esos momentos tan poco frecuentes, me sentía como en casa.

—Oye, despierta. —Roman me da un golpecito en el hombro y agita una mano delante de mi cara.

—Lo siento. Se me ha ido la olla. Me gusta mirar hacia abajo. Me gusta

verlo todo más pequeño.

—Vale, pero todavía no has respondido a mi pregunta. Quiero entenderlo, Aysel. De verdad que sí. Pero no lo entiendo. Si vas a saltar conmigo el siete de abril, ¿por qué importa que tu padre hiciera lo que hizo?

Me muerdo la uña del dedo pulgar y me obligo a pensar en las semanas anteriores al crimen de mi padre. Estaba al borde del abismo, más de lo normal. Estaba convencido de que perdía dinero porque los niños le robaban. Recuerdo que un día me pasé por la tienda después del colegio y lo encontré sentado detrás del mostrador, revolviendo unos papeles como loco. Levantó la vista y me miró con los ojos inyectados en sangre. «Lo intento y lo intento, Zellie. Pero es que no sé si va a ser suficiente.» Una parte de mí quería salir corriendo para huir de aquella mirada, pero me tragué el miedo y me situé a su lado, detrás del mostrador. Lo rodeé con los brazos y pegué la nariz a la tela de su camisa, que siempre olía a ajo. Pasados unos instantes, empezó a tararear una pieza del *Concierto n.º 1 de Brandemburgo*, de Bach.

Cierro los ojos con fuerza. Algunas veces todavía oigo la voz grave y amortiguada de mi padre.

—No lo sé, Roman. —Suspiro y abro los ojos—. Pero él me crió, ¿sabes? Necesito zanjar algunos asuntos.

Nuestra cabina se detiene al llegar al suelo y bajamos de un salto. Roman me rodea con un brazo por el hombro y me atrae hacia sí.

—Mientras no estés rajándote…

—Ya te he dicho que no soy de las que se rajan.

—Esa es mi chica.

El corazón me da un pequeño vuelco cuando lo dice y recuerdo que debo contenerme. De todas formas, Roman se equivoca: no estoy rajándome ni buscando motivos para vivir. Pretendo confirmar mis razones para morir. Pero cuando lo miro a la cara y veo sus ojeras, no estoy segura de a quién quiero convencer de ello, si a mí o a él. «No estoy rajándome —me repito mentalmente—. No estoy rajándome. Esto es lo que quiero.»

—¿Qué está pasándote? —Roman frunce el ceño.

—Nada —digo, y deseo que fuera cierto—. ¿Puedes acompañarme el sábado?

—¿A visitar a tu padre?

—Sí.

—Claro, supongo que sí —dice—. Tendré que inventarme alguna excusa para librarme de mi madre.

—Vale. Iré a buscarte el sábado por la mañana. Seguramente será bastante temprano. ¿Te va bien?

Se encoge de hombros.

—Envíame un mensaje de texto.

—Vale.

Nos quedamos ahí plantados unos minutos. Se hace un silencio incómodo.

—Bueno, me has arrastrado hasta aquí. Podríamos intentar divertirnos. —Cuando dice «divertirnos» me suena a chino; como si estuviera tomándome el pelo.

Me lleva hacia el puesto de encestar canastas. Le entrega a la mujer de la taquilla un par de billetes maltrechos y ella le da una pelota de baloncesto. No la reconozco, pero seguramente es la madre de algún compañero de clase. Me lanza una mirada como si supiera quién soy y quién es mi padre, pero no dice nada.

Roman coge la pelota con las manos y mira hacia la canasta. Yo redacto mentalmente el problema práctico de física e intento calcular la energía potencial de la pelota. Roman la coloca al borde del mostrador y me mira.

—Ya estás haciéndolo otra vez, ¿no?

—¿El qué? —Cruzo los brazos sobre el pecho.

La mujer que trabaja en el puesto me mira con las cejas enarcadas. Se nota que es una de esas madres a las que les encantan los dramas adolescentes. Genial.

—Lo de ponerte en plan empollona de ciencias. Siempre estás pensando en la física.

Me ruborizo.

—¿Cómo lo has sabido?

Se le ilumina el rostro cuando esboza su ya conocida sonrisa de medio lado.

—Has puesto la misma cara de cuando estabas haciendo las fotos en el zoo. Como si estuvieras realmente concentrada en algo. —Se vuelve hacia la canasta y tira. Encesta. La pelota entra por la red sin ningún problema. Robot Congelado tiene tablas.

La mujer que lleva el puesto levanta un dedo huesudo para indicar que tiene un punto. «Gracias. Sabemos contar hasta uno. Somos suicidas, no analfabetos.» Le hago un gesto de asentimiento con la cabeza para indicarle que lo hemos entendido.

Roman hace girar la pelota en sus manos.

—Me gusta cuando pones esa mirada de estar pensando. Estás muy mona.

No puedo evitar reírme. No creo que nadie en toda mi vida me haya dicho que soy «mona». Ni siquiera cuando era pequeña; siempre he sido «especial» —eufemismo para decir que era un bicho raro—, o «dulce» —eufemismo para decir que era callada y difícil de tratar—, pero nunca me han llamado «mona».

—¿Qué?

Flexiona un poco las rodillas y lanza la pelota al aire una vez más. Rebota contra el aro, pero acaba entrando en la red. Levanto dos dedos mirando a la mujer, y ella me dedica una sonrisa desganada.

—Sí —dice. Tiene un acento sureño muy marcado—. Ha metido dos y le quedan otros dos tiros.

Roman mira con detenimiento los distintos animales de peluche. Hay hileras y más hileras de pandas de color rosa y tigres de naranja fluorescente. Incluso veo un par de elefantes azules.

—¿Qué puedo ganar? —pregunta.

La mujer se endereza de golpe para sentarse más erguida y realiza su mejor imitación de azafata de concurso alargando los brazos por delante de ella y haciendo un movimiento de barrido en dirección a los elefantes, los pandas y los tigres de peluche.

—Si encestas cuatro canastas, puedes escoger el muñeco que quieras.

—¿Incluso ese león gigantesco? —pregunta Roman, y alarga el cuello para poder ver mejor el león gigante colocado en lo más alto. Tiene una melena con mucha pinta de picar si posas la cara en ella, pero, de todas formas, es impresionante.

La mujer me dedica una sonrisa de oreja a oreja.

—Incluido el león. ¿Ese es el que quieres?

—¿Yo? —La miro parpadeando.

—Sí. Él quiere ganar el premio para ti, corazón. ¿A que sí? —Suelta una risotada como un cacareo. Nunca he entendido por qué a las mujeres de Langston les encanta hacer eso. Supongo que sienten una especie de extraña afinidad con la población aviar.

—No lo creo. —Me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros negros y paso el peso del pie derecho al izquierdo.

Roman finge que no ha oído el comentario de la mujer. Se prepara para el siguiente lanzamiento. Mientras lo miro —con el gesto muy concentrado,

sus profundos ojos marrones bien abiertos, su mirada ansiosa y los músculos de los brazos en tensión—, me pregunto si ve algo parecido a esa actitud cuando advierte que estoy pensando en la física. No deja de tener ese aire triste, tan típico de Robot Congelado. Sin embargo, hay algo más, algo similar a las sombras que a veces se cuelan en el encuadre de una foto. Una parte de mí desea alargar una mano y atrapar esas sombras, conseguir que se vean enfocadas.

De pronto me percato de lo que es ese algo borroso. Es alegría. A Robot Congelado le encanta el baloncesto. Le encanta jugar al baloncesto. No importa lo mucho que intente ocultar la alegría; está ahí. Me pregunto si la alegría tiene energía potencial. O si es la energía potencial la que nos lleva hasta la alegría. Una especie de suero de la felicidad que está en el estómago y que, poco a poco, va liberándose para generar una sensación que identificamos con la felicidad.

Si eso es cierto, mi babosa negra lo absorbe todo. Hasta la última gota. Casi todo. Ver a Robot Congelado jugando al baloncesto casi me hace sonreír. Insisto: casi.

Clava el tercer lanzamiento y el cuarto. No me he fijado en los lanzamientos propiamente dichos. Me gusta su proceso de preparación más que el lanzamiento en sí. El acto de lanzar la pelota pasa demasiado deprisa; es casi imposible captarlo.

—¿Qué va a ser? —pregunta la mujer. Me doy cuenta de que tiene una mancha de pintalabios color mora en las paletas.

—Lo que la señorita quiera —dice Roman, y me pilla totalmente desprevenida.

La mujer con los dientes manchados de pintalabios se vuelve para mirarme.

—¿El león, entonces?

Tengo las palabras atascadas en la garganta. Robot Congelado no debería estar ganando premios para mí en la feria. Lo último que necesito son más cosas que dejar cuando me vaya. Lo último que necesito es sentirme más confusa. Sacudo la cabeza mirando a la mujer.

—No quiero nada.

Ella frunce el ceño, y Roman me da un codazo.

—¡Venga ya, Aysel! Tienes que escoger uno. He ganado.

—¡Ya lo sé! —suelto—. Es que quiero otra cosa.

La mujer frunce más el ceño.

—Estos son los únicos premios que tenemos, corazón.

Vuelvo a negar con la cabeza, esta vez más deprisa.

—No. No. No es que quiera otro premio, es que quiero dárselo a otra persona.

La mujer enarca las cejas, desconcertada.

Hago todo lo posible por explicarme.

—Por si otro chico viene a jugar y no encesta ninguna. ¿Podría concederle el premio de todas formas? —Me muerdo el labio inferior.

La mujer pone los brazos en jarras.

—Pero ¿cómo sabré a qué niño dárselo?

Me encojo de hombros.

—Déselo al que tenga más cara de necesitarlo, el que parezca que se siente más solo de todos.

Arruga la nariz mientras se lo piensa y luego me dedica una tímida sonrisa.

—Está bien, corazón. Lo que tú quieras. Vas a alegrarle el día a algún pequeñín.

—Ese león gigante va a alegrarle el día a alguien —digo, y mascullo entre dientes—: Al menos, eso espero.

Cuando nos alejamos caminando del puesto de tiro a la canasta, Roman me ofrece la mano. Yo se la cojo y él entrelaza sus dedos con los míos. No digo nada. No es lo que parece. Solo es otra forma de caminar cogidos de la mano. Es la forma en que seguramente nos cogeremos de la mano el 7 de abril.

Sin embargo, pese a ser consciente de ello, siento calor en la piel. Espero que él no se dé cuenta. A lo mejor cree que siempre me sudan las manos.

—Eso ha sido muy guay —dice, y va balanceando nuestras manos en el aire, arriba y abajo. Me dejo llevar por el movimiento, como si fuéramos un solo ser—. ¿Tú de pequeña eras una niña solitaria?

Lo pienso durante un instante.

—No siempre.

Inclina la barbilla para poder mirarme a los ojos. No dice nada, aunque no hace falta que lo haga. Sé que está pidiéndome que se lo explique.

—Después de lo que ocurrió con mi padre, perdí a todos mis amigos. Algunos de ellos se alejaron enseguida, pero a otros los alejé yo. Me daba demasiado miedo que alguien estuviera cerca de mí. —Suspiro—. No sé cómo explicarlo.

Roman asiente con la cabeza. Bajo la luz del sol, sus ojos se ven verdes con tonos dorados, como la hierba salpicada por los rayos estivales.

—Lo entiendo. Como si tu tristeza fuera tan profunda y abrumadora que pudiera arrastrar a todas las personas de tu vida si dejas que se acerquen demasiado a ella.

«Él sí lo entiende.»

—Exacto.

Alarga la otra mano y me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Yo hice lo mismo, ¿sabes? Aparté a mis amigos. Pero creo que es necesario. Es lo único que puedes hacer.

Todavía me sujeta de la mano, con sus dedos entrelazados con los míos; pienso en lo rápido que me soltaría la mano si supiera lo que mi padre le hizo a Timothy Jackson.

—Háblame más de eso, de tu tristeza —insiste.

—¿Por qué?

—Quiero entenderte. Me gusta entenderte. Hacía mucho tiempo que no me relacionaba con nadie, pero creo que te entiendo.

El agujero negro que tengo por corazón deja de latir y succiona todo el aire que me queda en los pulmones. No puedo albergar este sentimiento. Hará que el 7 de abril sea más difícil. Una multitud de niños del colegio pasa corriendo por nuestro lado, y todos hacen ruiditos en plan: «Uuuhhh», «aaahhh». Roman se pone colorado, pero no me suelta de la mano. Yo también noto que me ruborizo.

Nos quedamos quietos durante unos instantes, y él me aprieta la mano con suavidad para animarme a seguir caminando. Continuamos paseando por la feria en silencio, y hacemos crujir con nuestras pisadas la paja esparcida por el suelo, destinada a absorber la humedad del fango.

Justo cuando nos acercamos a la atracción de las tazas giratorias, Roman retoma la conversación:

—A veces me da la sensación de que mi tristeza está devorándome vivo. Siempre había pensado que lo peor sería recordar cosas sobre Maddie, pero no ha sido así. Lo peor será echarla de menos en el futuro. Sí, claro que las vacaciones son duras, pero me refiero a cosas pequeñas: cuando estoy en el súper, paso por la sección de congelados e imagino a Madison suplicando a mi madre que compre una caja grande de polos. —Deja de hablar un segundo y suelta una risotada—. Sí, durante seis meses, mi madre no me perdía de vista ni un segundo. Por eso me obligaba a ir al supermercado con

ella. —Deja la cabeza colgando y se mira los zapatos manchados de barro —. La peor parte es que sé que soy el motivo de que ella ya no esté aquí para suplicar que le compren polos. Daría lo que fuera por verla una vez más, por ser yo el que hubiera muerto y no ella.

Le aprieto la mano con más fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer, que su pena lo devorase en este mismo instante, aquí y ahora.

—Por eso dibujo —confiesa—. Antes de que Madison muriera, ya dibujaba, pero no se lo enseñaba a nadie. No me lo tomaba en serio. Además, seamos realistas, a mis colegas de baloncesto les importaba un rábano que dibujara. Pero ahora dibujo porque a veces me resulta imposible hablar. Es como si estuviera atrapado en un agujero negro del que no puedo salir. Dibujo para intentar escapar de él, aunque sé que jamás lo lograré.

Me trago el enorme nudo que se me ha formado en la garganta y asimilo todo lo que acaba de confesarme; no estoy segura de haber oído a Robot Congelado decir tantas palabras seguidas antes. Me duele el cuerpo por él y deseo poder hacer algo, aunque sé mejor que nadie que es imposible. No hay forma de sacarlo de su profundo agujero. No hay forma de salvarme a mí de mi babosa negra.

—Pero tienes todo el derecho de echar de menos a Madison —digo en voz baja.

Debe de entender lo que intento decir, porque me pregunta:

—¿Lo echas de menos? ¿A tu padre?

Deja de moverse y se vuelve para mirarme, con lo que acorta la distancia que separa nuestros cuerpos. Mi pecho está pegado a su torso, o, mejor dicho, mi barbilla está apoyada en su torso. No me suelta la mano y me pone la otra en la nuca. Tiene la palma caliente y sudorosa. A lo mejor, solo a lo mejor, también está un poco nervioso y confuso.

—Yo no creo que estés loca —susurra—. Pero entiendo por qué estás hecha un lío. Me gustaría que no te sintieras así. Que nada de todo eso hubiera ocurrido.

—A mí también —inspiro, hablo apenas con un hilillo de voz.

Me pone la mano derecha en el hombro para apartarme un poco y así poder mirarme.

—¿Puedo pedirte algo?

—Claro.

—Como empollona de ciencias, ¿crees en la existencia de otros universos? ¿Crees que existe otra dimensión donde somos felices? ¿Donde

tú todavía tienes a tu padre y yo todavía tengo a Maddie? ¿Donde somos un chico y una chica normales que están en la feria?

Le suelto la mano y me aparto de él.

—No puedo pensar en eso.

Arruga la cara y se rasca la nuca.

—¿Y eso?

—Me descoloca.

—¿Y todas esas gilipolleces tuyas sobre la energía potencial no te descolocan?

Me arde la cara.

—No lo sé. Eso me parece distinto. Menos hipotético, supongo.

Intento pensar en algún comentario ocurrente. Algo que lo haga entender por qué toda mi palabrería sobre la energía potencial está más relacionada con la ciencia pura y dura que con la ciencia ficción. Sin embargo, él se me adelanta:

—¿Sabes lo que me descoloca a mí?

Asiento con la cabeza para indicarle que puede seguir hablando.

—Ver lo feliz que pareces cuando piensas en la ciencia. Me hace sentir… feliz. —Deja caer los hombros y arrastra los pies—. Y eso me descoloca.

Siento un nudo en la garganta y sé que debería decir algo sobre lo que he visto cuando estaba tirando a la canasta, pero me callo. Pienso en mi babosa negra, reptando en mi interior, relamiéndose con mi energía destinada a sentir felicidad. Me llevo la mano al vientre y deseo con todas mis fuerzas que la babosa no existiera, que hubiera una forma de arreglar lo mío, de arreglar lo de Roman. Me clavo las uñas en la piel del vientre y esbozo una mueca de dolor.

Roman alarga una mano y la pone encima de la mía.

—Pero lo que más me descoloca es que esa sensación al verte feliz no cambia nada. —Baja el volumen de su voz para que solo yo pueda oírlo—. Todavía quiero morir el siete de abril. Y todavía necesito que lo hagas conmigo.

De pronto la feria me parece demasiado ruidosa. Oigo el traqueteo metálico de la noria, el movimiento de las tazas giratorias y los chillidos de los niños eufóricos. Me llevo la mano a la cabeza, pero él me la sujeta, entrelaza sus dedos con los míos y la coloca junto a su cuerpo.

—Lo entiendo —digo con un susurro tenso—. No pienso rajarme y dejarte en la estacada.

Me apretuja la mano con tanta fuerza que ya no la siento. Ojalá alguien pudiera hacer eso con mi corazón.

Viernes, 29 de marzo

Quedan nueve días

Me dejo caer en la silla de clase justo cuando suena el timbre y tiro la mochila debajo del pupitre. Tyler me hace un gesto de asentimiento con la cabeza. Últimamente siempre lo hace, como si creyera que, desde que fuimos al zoológico, somos amigos íntimos o algo así. Imagino los chismorreos que esto generará entre mis compañeros de clase.

El señor Scott ha escrito «Einstein» a toda prisa con un rotulador azul en la pizarra blanca. Va dando golpecitos con su borrador sobre ella a la espera de que nos callemos.

—Buenos días, buenos días.

Algunas personas mascullan una respuesta. Yo permanezco en silencio.

—Hoy quiero que descansemos de las matemáticas y las ecuaciones y nos tomemos un tiempo para hablar sobre la teoría. Será nuestro viernes de relax.

La clase protesta, el señor Scott se vuelve hacia la pizarra y garabatea: «La teoría especial de la relatividad».

—Levantad la mano si ya habéis oído hablar de esta teoría. —Vuelve a tamborilear sobre la pizarra mientras algunos compañeros levantan la mano.

Evidentemente ya he oído hablar de la teoría. Todo el mundo sabe quién es Einstein. Apuesto a que incluso Mike reconocería a Einstein en una rueda de identificación. Me suena su contenido, pero no pienso presentarme voluntaria; odio hablar en clase.

El señor Scott señala a Melanie Taylor. Creo que ella ni siquiera ha levantado la mano.

—¿Quieres explicársela a todo el mundo?

Sus mejillas redondeadas se ruborizan.

—Bueno… No sé mucho sobre eso… —Juguetea con uno de los chabacanos botones de latón de su rebeca—. Pero sí que he oído hablar de Einstein. Como todo el mundo, ¿no? Era un genio con el pelo alborotado.

¿Lo veis? Todo el mundo conoce a Einstein. Incluso Melanie Taylor.

—Bien —contesta el señor Scott con parsimonia—. ¿Alguien más? —Pasea la mirada por el aula y me señala. Yo no estoy levantando la mano. No sé qué pretende—. Aysel —dice—, ¿sabes algo de la teoría?

Me encojo de hombros y niego con la cabeza. Es una combinación de movimientos que me da un ligero aspecto de estar bailando; es el baile de «No lo sé y, por favor, por favor, no me obligue a responder».

—Venga, vamos. Estoy seguro de que sabes algo. Teniendo en cuenta la nota que sacaste en el último examen, la física parece una asignatura de tu interés.

Algunos compañeros empiezan a silbar y hacer estúpidos ruiditos de abucheo.

Jamás he comprendido por qué los profesores creen que decir en voz alta que alguien ha sacado buena nota en un examen contribuye a mejorar su vida social. Además, la nota que saqué en la última prueba solo demuestra que he sido capaz de aprender lo que me ha enseñado el señor Scott, no que sepa otras cosas.

—Vamos, Aysel —insiste—. No te cortes.

«Lo que quiero es cortarle el cuello a usted», pienso con resentimiento y tamborileo con los dedos sobre el pupitre. Menos mal que no lo he dicho en voz alta. Stacy Jenkins y su cuadrilla se habrían vuelto locas. El simple hecho de haberlo pensado me asusta y deseo poder retirarlo, borrarlo.

—Aysel —insiste, y percibo desesperación en su voz.

Casi siento lástima por el señor Scott. Su vida debe de ser un asco si yo soy la estudiante de la que depende para sentirse realizado. Me gustaría decirle que debe depositar sus esperanzas en otra persona, que yo soy un caballo perdedor. Me pregunto qué término tiene la física para definir algo así. Ya sé, son las estrellas muertas. Sin embargo, esos cuerpos fueron estrellas antes de morir.

Y su extinción generó una supernova; su muerte atrajo la atención. Mi muerte no será considerada una supernova. Nadie estará presente para ver cómo la energía abandona mi cuerpo. Salvo Roman, aunque dudo que él se fije mucho en mí.

—Aysel —insiste el profesor. Es como si creyera que alguna palabra mágica va a salir de mi boca y a convertirme en la chica que conoce la respuesta.

El señor Scott y yo competimos en un concurso de miradas. Él no

parpadea. Al final claudico.

—¿Tiene algo que ver con que no siempre podemos fiarnos de cómo percibimos las cosas? ¿Con que la mente humana es demasiado lenta para asimilar bien las cosas rápidas?

—¿Las cosas rápidas? —El profesor hace girar la muñeca en el aire para indicarme que siga hablando.

—Como la velocidad de la luz. ¿No tiene algo que ver con la velocidad de la luz? Creo que la teoría especial de la relatividad tiene que ver con la luz. Luego está esa otra teoría que se le ocurrió a Einstein…

—La teoría general de la relatividad —añade el señor Scott.

—Sí. Y esa es la que incluye la gravedad en la ecuación.

—Perfecto. —El señor Scott me dedica un gesto supercursi de felicitación levantando el pulgar, y yo solo quiero que me trague la tierra.

En momentos así siempre me da la sensación de tener la piel translúcida, como si todo el mundo pudiera ver a través de ella, pudiera ver mi interior, vacío y oscuro.

—Has dado en el clavo, Aysel. Bravo. —Sonríe de oreja a oreja como si ignorase por completo lo incómoda que me resulta esta situación.

Tiro de la manga de mi camiseta a rayas y miro hacia la pizarra. El señor Scott sigue explicando que Einstein revolucionó la física con su teoría. Nos da una explicación básica de la teoría especial de la relatividad. Explica que nada viaja más rápido que la luz y que la luz siempre se mide a la misma velocidad, sin importar lo rápido que uno se mueva ni en qué dirección lo haga. Es decir: la velocidad de la luz es constante. Nunca podemos viajar más rápido que la luz y no tenemos forma de reducir la velocidad a la que ella viaja.

El tiempo no es constante. Al menos no según nuestro concepto humano del tiempo. Einstein estableció la teoría de que, cuanto más deprisa nos movemos, más lenta es nuestra percepción del paso del tiempo. De todas formas, los relojes siguen marcando la hora a la misma velocidad; sin embargo, todo depende de la percepción del observador.

Supongo que casi todo en esta vida depende de la percepción del observador.

El señor Scott dice:

—¿Y sabéis que Einstein tiene una frase bastante conocida sobre la relatividad? ¿Alguien la conoce?

La clase se queda muda.

El señor Scott levanta el rotulador y empieza a escribir en la pizarra. En cuanto ha terminado, lee en voz alta lo que ha garabateado.

—Pon la mano sobre una estufa caliente durante un minuto y te parecerá una hora. Siéntate junto a una chica guapa durante una hora y te parecerá un minuto. Eso es la relatividad.

Presiono el lápiz contra una hoja del cuaderno y hago borrones de grafito por todos lados. Me pregunto si la teoría de la relatividad de Einstein es cierta. Desde que he conocido a Roman y hemos planeado lo de saltar al vacío en Crestville Pointe, el tiempo ha pasado volando.

Quiero pensar que ese cambio no tiene nada que ver con Roman. Que quizá el tiempo pasa más deprisa cuando llegas al final. Parece lógico. Como sé que queda menos para que mi vida se acabe, tengo menos prisa.

Últimamente lo hago todo más despacio, como masticar bien las barritas de cereales para poder saborear de verdad las pepitas de chocolate. Y dejo reposar el zumo de naranja en el fondo de la garganta para asegurarme de disfrutar del sabor agridulce del cítrico. A lo mejor Einstein tenía razón. A lo mejor, como ahora me muevo más despacio, el tiempo pasa más deprisa. A lo mejor, esa es la forma en que funciona el universo y no tiene nada que ver, nada, ni con Roman ni con el hecho de que conocerlo haya cambiado mi punto de vista.

Aunque, para ser sincera…, no lo sé, no lo sé. Es que no lo sé.

El timbre suena mientras el señor Scott está diciendo que no nos dará deberes para el fin de semana. La clase rompe a aplaudir y yo intento ocultar mi decepción. Disfruto con los problemas prácticos. Son mi excusa para hacer algo a las dos de la madrugada, cuando la casa se encuentra en silencio y a oscuras, y Georgia está frita y roncando ligeramente. Los problemas prácticos me hacen sentirme menos sola. Es curioso que calcular la atracción gravitacional de un objeto aleatorio pueda hacer que te sientas con los pies en la tierra.

Me levanto del pupitre y guardo el cuaderno de física en la mochila. Estoy a punto de salir pitando de clase cuando veo que el señor Scott se acerca.

—Aysel —dice—, espera.

Vuelvo a sentarme en la silla y levanto la vista para mirarlo.

Me planta un folleto de papel satinado en las narices.

—La Universidad de Kentucky patrocina un programa de verano de dos semanas para los estudiantes interesados en ciencias. —Coge la silla del

pupitre que está delante del mío y la coloca para sentarse frente a mí. Abre el folleto y señala el texto de la tercera página—. Habrá un programa especial de física. Creo que te encantaría.

Inspiro con fuerza. No puedo decirle al señor Scott que no podré ir a ese curso de verano porque no estaré viva.

—Tengo que trabajar en verano.

Frunce los labios con una simpática sonrisa. Jamás me había fijado en lo negros y bondadosos que son sus ojos; me recuerdan a los de un caballo. A lo mejor me he equivocado con el señor Scott. A lo mejor es profesor por vocación. A lo mejor es una de esas personas nacidas para atender a los demás.

—Si te admiten, no tendrás que preocuparte por el dinero. Te conceden una beca que cubre la matrícula, y el alojamiento y la comida durante las dos semanas. —Me acerca más el folleto—. Creo que sería una experiencia maravillosa para ti, Aysel.

Cojo el folleto y lo oculto en las profundidades de mi mochila. Le digo que me plantearé presentar la solicitud y le doy las gracias por haber pensado en mí. Más tarde, en clase de matemáticas, saco el folleto y paso los dedos por las tersas fotografías. Pienso en todas las experiencias supuestamente maravillosas que voy a perderme; pienso en la relatividad a la hora de definir qué es maravilloso.

Sábado, 30 de marzo

Quedan ocho días

Llego a casa de Roman poco después de las siete y media de la mañana. Estoy a punto de enviarle un mensaje de texto para que salga cuando se abre la puerta. La señora Franklin aparece en el porche de la entrada con su albornoz color crema y unas mullidas zapatillas rosas de felpa. Me saluda con la mano, y yo le correspondo el gesto.

Ella se dirige hacia mí, y bajo del coche.

—Buenos días.

—¡Buenos días, Aysel! —Se acerca para abrazarme, y yo retrocedo de un salto; no estoy acostumbrada a que la gente quiera tocarme; la mayoría de las personas intenta mantener las distancias conmigo, como si pudiera contagiarles la locura de mi padre.

Sin embargo, la señora Franklin no sabe nada sobre mi padre y me apretuja todo lo humanamente posible. Llego a oler su dentífrico de menta y oigo lo rápido que le late el corazón. Me libera de su fuerte abrazo, pero deja las manos apoyadas en mis hombros.

—¿Estás emocionada con la acampada?

«¿Acampada?» Roman le habrá contado que nos vamos de acampada para justificar una ausencia tan larga. Había olvidado que a su madre sí le importa saber adónde va su hijo y qué hace con su tiempo. Yo le he dicho a mi madre que este fin de semana iba a trabajar hasta tarde y que no me esperase despierta; Georgia suele pasar la noche del sábado en casa de alguna amiga. Aunque podría irme una semana de viaje a la Antártida y ningún miembro de mi familia se preocuparía en absoluto por mi ausencia.

—¡Oh, sí! Hace siglos que no voy de acampada —le digo a la señora Franklin.

Ella me suelta de los hombros y rodea mi coche para echar un vistazo al asiento trasero. En este caso, cuando he dicho «siglos» quería decir «nunca».

Debe de suponer que no tengo ni idea de acampadas porque me pregunta:

—¿Has traído saco de dormir?

—Sí, está en el maletero —miento.

Roman y yo hemos pensado pasar la noche cerca de la Institución Penitenciaria McGreavy para que no tenga que hacer el trayecto de ida y vuelta el mismo día. Además, quién sabe cuánto tiempo tendré que esperar para ver a mi padre. El plan inicial era dormir en alguna habitación de motel cutre; él dormiría en la cama, y yo, en el suelo. Aunque Roman se las ha apañado para convertirlo en una acampada. O al menos ha fingido su planificación para que su madre se lo trague.

—Bien, bien. Con este tiempo necesitaréis saco de dormir —dice—. En cualquier caso, Roman está retrasándose un poco. Siempre se le pegan las sábanas. Casi tengo que sacarlo a rastras de la cama. Ahora está en la ducha, debe de faltarle poco. ¿Quieres entrar y desayunar algo?

—Ya he desayunado —vuelvo a mentir, y maldigo a Roman por no estar listo. Esto es exactamente lo que intentaba evitar. No quiero intimar más con su madre.

—Bueno, está bien. Al menos entra y tómate un café. —Hago una mueca; se ha notado que no me gusta mucho el café—. ¿O una taza de chocolate caliente? No esperes aquí fuera. —Regresa hacia la casa y me hace un gesto con la mano para animarme a seguirla.

Suelto un ligero gruñido y la sigo con la vista clavada en el camino de piedra. En cuanto entramos, me hace tomar asiento a la mesa de la cocina. Llena la tetera de agua y la coloca sobre uno de los dos fogones frontales.

—El agua estará lista dentro de unos segundos.

Asiento con la cabeza como si no hubiera nada en el mundo que me importara más que una taza de chocolate caliente. Echo un vistazo a la cocina de los Franklin. Las paredes están pintadas de amarillo chillón, y los armarios son de madera de cerezo. Sobre la encimera de color marfil, hay una foto enmarcada de Roman y Madison. Madison está abrazando a su hermano por el cuello, y Roman tiene los ojos arrugados, como si estuviera esbozando su sonrisa de medio lado. Agacho la cabeza hacia el suelo embaldosado; no puedo seguir mirando la foto.

No sé cómo pueden soportar el señor y la señora Franklin verla a diario.

La señora Franklin me coloca una taza delante y se sienta a la mesa.

—Bueno, cuéntame adónde vais. Me encanta ir de acampada. Antes íbamos mucho en plan familiar. Siempre estoy intentando que organicemos

una salida con Jim y Roman para el verano. Ya sabes, a Roman le gustaba mucho salir. Le encantaba experimentar cualquier clase de aventura.

Tomo un sorbo de chocolate caliente. Me quema la punta de la lengua y hago un mohín.

—¡Oh, ten cuidado! Todavía quema.

—No sé adónde vamos —digo—. Fue Roman quien sugirió lo de la acampada.

A la señora Franklin se le nubla la mirada.

—Ah, ¿sí? Como ya te he dicho, siempre le ha encantado salir. Le sentará bien. —Me mira directamente a los ojos—. Me alegro mucho de que te haya conocido, Aysel. —Mira hacia el fondo, hacia la escalera y luego me mira a mí. En voz baja, añade—: Esto es nuevo para mí. Dejarlo salir solo, sin vigilancia. Pero no podría decírselo. ¡Parece tan feliz cuando habla de ti! Esto le sentará bien, ¿verdad?

Se le ponen los ojos vidriosos, como si evocase una serie de recuerdos.

—Cuidarás de él, ¿verdad?

Algo me constriñe la boca del estómago, y me imagino la culpabilidad como una soga que va tensándose alrededor de mi cuello poco a poco. Tengo las palmas sudorosas y las presiono contra la taza. El vapor del chocolate caliente asciende y me hace cosquillas en la cara.

—¡Qué pasa! —oigo decir a Roman, y entra en la cocina. Lleva el pelo castaño mojado y una mochila colgada al hombro—. Lo siento. No he oído la alarma del despertador.

Lo miro encogiendo los hombros, aunque pienso cantarle las cuarenta en cuanto estemos a solas en el coche. No existe ningún manual de normas de etiqueta para los compañeros de suicidio, pero debería haberlo. Si no fuera a morir dentro de ocho días, lo escribiría yo misma. La primera norma sería: no quedarse dormido el día en que hayas hecho planes con tu compañero. La segunda: no invitar a desayunar a tu compañero con tu madre, porque acabará comiendo ración doble de culpa y remordimiento.

—Voy a buscar la tienda de campaña al garaje —dice—. ¿Puedes dejarme las llaves? La meteré en el maletero.

—Oye, Roman —dice la señora Franklin.

—¿Sí, mamá?

—He metido un par de refrescos en la nevera y te la he dejado en el garaje. Se me ha ocurrido que podíais llevárosla. También he metido un par de salchichas. Debería resultaros fácil cocinarlas a la brasa. He llenado una

cesta con cosas para picar y la he dejado junto a la nevera. Podríais parar en el supermercado y comprar un par de panecillos para los perritos calientes. Me parece que se han acabado. —Vuelve las palmas hacia arriba y me mira sonriendo, como disculpándose—. No quedaban en la alacena. Roman no me dijo que os ibais de acampada hasta anoche. De haberlo sabido, habría estado mejor preparada. —Se pasa las manos por la tersa superficie del albornoz.

—Así está genial, mamá. No te preocupes. Pararemos en el supermercado y compraremos todo lo que necesitemos.

—No olvidéis comprar los ingredientes para los bocaditos de malvavisco fundido con crema de chocolate. —Se lleva las manos al pecho y lanza un suspiro—. Esos bocaditos son lo mejor de las acampadas.

—Vale, mamá. Ya me encargo yo. No te preocupes.

—Sí —digo con tono animado—. Gracias por todo. —Le tiro a Roman las llaves y él sale hacia el garaje independiente de la casa.

La señora Franklin se levanta de la mesa y abre la alacena.

—Voy a prepararle un bocadillo de mantequilla de cacahuete y mermelada para el camino, así no os retrasaréis más.

—¡Ah! —digo—. Puede desayunar aquí si quiere.

Ella se vuelve para mirarme con una sonrisa radiante. Es la primera vez que veo a la señora Franklin sin maquillar. Aunque parece contenta, sus profundas ojeras la delatan. A lo mejor lo que dijo Robot Congelado es cierto. A lo mejor se pasa las noches gimoteando. Debe de resultarle raro; ser una llorona de incógnito por las noches y un ama de casa llena de vitalidad durante el día. Yo no podría hacerlo. Partir mi vida en dos. A lo mejor eso es lo que haces por las personas a las que quieres.

Frunzo el ceño al pensar lo mucho que debe de querer a Roman. Ella repara en mi gesto y dice:

—Oh, cariño. No os retrasaré mucho más, chicos.

—No, no… —Hablo de forma atropellada—. No es eso lo que me preocupa…

Ella agita un paño de cocina en el aire y lo sacude contra la repisa.

—Bueno, pues quita esa cara de tristeza. Chicos, vais a pasarlo de maravilla en esta salida.

Si ella supiera que el viaje no tiene nada que ver con divertirse ni con acampar… Que no tiene nada que ver con bocaditos de malvavisco fundido, ni con perritos calientes ni con sacos de dormir… Sino que tiene como

objetivo enfrentarme a mi pasado para poder confirmar lo que sé de forma casi segura sobre mi (inexistente) futuro. Y eso no tiene nada de divertido.

—En cualquier caso, debéis ir poniéndoos en marcha. Roman puede desayunar por el camino. —Retoma la preparación del bocadillo y yo me quedo mirando mi taza de chocolate caliente. No veo mi reflejo en el líquido, pero finjo que sí. No me gusta la chica que veo. La chica que le haría esto a la señora Franklin, la chica que no le advertiría de lo que ocurre en realidad.

Me pregunto si hay más de una forma de matar a alguien. Quizá mi padre no solo mató a Timothy Jackson; también mató a la madre de Timothy porque le partió el corazón. Destrozó a toda su familia. Supongo que es la razón por la que Brian Jackson se siente tan motivado para ir a las Olimpiadas: necesita reparar el daño infligido por mi padre.

Sea cierto o no, yo no quiero hacérselo a la señora Franklin; no quiero destrozarle la vida. Empiezo a girar la taza con las manos. El calor hace que me suden las palmas. Al final doy otro sorbo. Luego un largo trago. Me bebo mi reflejo de chocolate. Hago desaparecer a la chica.

En cuanto Roman regresa, su madre le entrega el bocadillo y le da un achuchón.

—¿Lo has encontrado todo?

—Sí, mamá. Lo he metido todo en el coche. Gracias de nuevo.

Ella le sonríe de oreja a oreja y lo abraza con más fuerza.

—¡Ah, mamá!, una cosa.

—¿Sí?

—¿Te acordarás de dar de comer a Capitán Nemo?

La señora Franklin le pone las manos sobre los hombros, se inclina para acercarse a su cara y mirarlo a los ojos.

—Claro que sí, cariñito. No le quitaré ojo. Y te llamaré para ir contándote cómo está.

Roman se zafa de su madre encogiéndose de hombros. Se ruboriza, y el rubor hace que se le vean más las pecas de la nariz.

—Tú no te olvides de darle de comer, ¿vale?

La señora Franklin no se amilana ante su actitud. Vuelve a abrazarlo por última vez.

—Lo que tú digas, cariño. —Mira por encima de él para cruzar una mirada conmigo—. Chicos, será mejor que os pongáis en marcha. Conducid con cuidado y llamadme en cuanto hayáis llegado a la zona de acampada.

Empiezo a sentir un hormigueo en la piel y sé que no puedo seguir viendo cómo se abrazan. No puedo seguir escuchando cómo se preocupa por la seguridad de Roman. Me despido a toda prisa con la mano y salgo corriendo por la puerta.

—¡Ha sido un placer verla, señora Franklin!

—¡Divertíos! —grita—. Y, Roman, ¡no te olvides de llamar!

Subo al coche y dejo caer las manos de golpe sobre el volante a la espera de Roman. Miro por la luna. Parece que la helada ha dañado seriamente el arriate de flores de la señora Franklin. La tierra está anegada por la nieve fundida. Uno de los arbustos está marrón y las ramas siguen sin hojas. No sé si el efecto de la última helada hará que las flores tarden más en salir. Espero, por el bien de la madre de Roman, que no tarden en florecer. Las necesitará.

Al final, él sale y recorre sin prisas el camino de piedra. Todavía tiene el pelo mojado, lo cual oscurece su color y acentúa la palidez de su rostro. Roman parece más congelado. Camina más erguido que nunca. Y avanza con ligereza en lugar de hacerlo con desgana, como es habitual. Quizá la señora Franklin tenga razón; a lo mejor es cierto que le encanta salir de acampada.

Rodea el coche hasta el lado del conductor y da unos golpes en mi ventanilla.

—¿Qué?

—Me he dejado el móvil en el garaje. Tardo un segundo.

—Date prisa —le digo, molesta, y miro cómo se va corriendo hacia el edificio situado detrás de su casa. Se parece más a un cobertizo que a un garaje, con su techo metálico oxidado y la pintura desconchada de color azul arándano.

Roman regresa a toda prisa y agita el móvil en el aire para que vea que ya lo ha encontrado.

—Pero ¿qué narices…? —digo en cuanto entra en el coche. El vehículo apesta a desodorante con olor a pino. Me llevo una mano a la boca y estoy a punto de vomitar.

—¿Qué?

—Has cometido dos delitos. —Me pongo en marcha.

—¿Cómo? —Se frota los ojos. Robot Congelado, por lo visto, no está muy espabilado a primera hora de la mañana. No sé muy bien a qué hora iremos a Crestville Pointe el día 7, pero espero que no sea temprano.

—Delito número uno: llevas demasiado desodorante. —Se hunde en el asiento y golpea la cabeza contra el reposacabezas. Deja la mochila en el suelo y pone los pies encima.

—No llevo desodorante.

—Bueno, pues, sea lo que sea, hueles a árbol de Navidad.

Se olisquea el hombro y tira de la tela de su camiseta negra.

—¿Y cuál es el segundo delito?

Me agarro con más fuerza al volante.

—El segundo. El delito más grave.

—¿Por eso nos dirigimos hacia la cárcel? ¿Cuántos años de condena me han caído? Siento chafarte los planes, pero no creo que esté por aquí para cumplirla entera.

Paso por alto su broma.

—Me has obligado a vivir un momento de intimidad con tu madre. ¡Toma ya! ¡Otro momento más! Deberías pasar mucho tiempo a la sombra por ese motivo.

—¿«Momento íntimo»? —Roman se coloca de lado para poder mirarme.

No estoy acostumbrada a llevar a nadie en el coche. Olvido lo pequeño que es, lo pequeño que puede parecer cuando alguien se inclina hacia el asiento del conductor. Si ladeara la cabeza, mi mejilla tocaría la de Roman. Me alejo de él y estiro el cuello hacia el lado contrario.

—Sí, íntimo. —Reprimo las ganas de hacer alguna bromita con las palabras «íntimo» y «timo». Recupero la posición normal para conducir. No pienso recorrer todo el trayecto hasta McGreavy retorciendo la cabeza hacia la izquierda—. Y no finjas que no sabes qué quiero decir. Me parte el corazón estar con ella. Es tan simpática… Es tan agradable…

Suelta un bufido y sacude la cabeza.

—Tú no conoces de verdad a mi madre.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Saca el bocadillo de la bolsa de plástico. Arranca la corteza del pan y le pega un mordisco—. Pero, por favor, ¿podemos dejar de hablar de ella? Lo que le pase no es de tu incumbencia.

—Está bien. Pero no me obligues a relacionarme con ella. —Sigo alejándome de su barrio y me dirijo hacia la autopista descendiendo por la colina llena de curvas. Las montañas empiezan a dejar paso a la cuenca plana y pantanosa del río. Evito mirar hacia el río Ohio. Ahora mirarlo me resulta incómodo; es como si conociera mis secretos. Algunas veces me da

la sensación de que el río está juzgándome, que está decepcionado conmigo. Sé que son todo imaginaciones mías, pero hay sensaciones que son más difíciles de ignorar que otras.

Centro de nuevo la atención en Roman. He dejado el tema de su madre durante cinco segundos, nada más y nada menos.

—Todavía no me puedo creer que nos haya permitido hacer este viaje solos. No es muy típico de ella.

En los labios de Roman aflora una sonrisa maliciosa. Es premeditada, elocuente. No es como la sonrisa de medio lado a la que estoy acostumbrada.

—Antes de lo que ocurrió con Maddie, jamás me lo hubiera permitido. Pero, teniendo en cuenta que me he pasado un año encerrado en mi cuarto, le encanta ver que demuestro interés por hacer cosas fuera de casa.

Antes de que yo pueda hacer algún comentario al respecto, abre la cremallera de la mochila y saca un mapa arrugado.

—Toma, he marcado el camino más fácil para llegar a McGreavy. —Me da las indicaciones en el momento en que me incorporo a la autopista.

Enciendo la radio, sintonizada en la emisora de música clásica, y él emite un gemido de protesta.

—¿Qué?

—¿Por qué te gusta esta música tan aburrida?

—Ya me lo has preguntado antes.

—Ya lo sé. Pero es que no me has dado una buena respuesta.

Me encojo de hombros.

—Como ya te he dicho, me ayuda a pensar. —«Y alguien me dijo una vez que podría encontrar las respuestas en ella si la escuchaba con atención.»

—No tiene personalidad.

—No es verdad. Tiene personalidad, pero no es tan llamativa como el resto de la música. Es más profunda. Exige más del oyente. Por eso me gusta. No es fácil.

—Vale. Lo que tú digas. —Apoya la cabeza contra la ventanilla—. Bueno, ¿estás preparada para esto?

Tamborileo con los dedos sobre el volante y tarareo la música de la radio. No sé si estoy preparada. Anoche me costó dormirme. Estuve despierta toda la noche imaginando situaciones posibles: todas las veces me veía sentada frente a una mampara de cristal, con el teléfono naranja en la mano, y no podía distinguir quién estaba del otro lado. Lo veía todo borroso y, por más

que miraba, no veía a mi padre.

Cuando por fin me quedé dormida, tuve una pesadilla en la que yo estaba de pie en Crestville Pointe, esperando a Roman, pero él no llegaba nunca. Yo esperaba y esperaba y esperaba, y tenía las rodillas sangrando porque me había caído al suelo de grava. Y al final Roman aparecía, pero llegaba con Brian Jackson. Se reían de mí, y sus risas frías y persistentes me rodeaban como una manada de lobos. Roman y Brian gritaban y me decían que saltara, y yo iba acercándome cada vez más y más al precipicio, pero me quedaba paralizada.

—¿Aysel? —insiste Roman.

No puedo contarle el sueño. No puedo decirle que no estoy lista para este viaje; que tengo miedo de que este viaje estropee lo que hay entre él y yo. Que este viaje vaya a demostrarle que no le he contado toda la verdad, la única verdad.

Apaga la radio.

—Aysel, mírame.

—Creía que me habías dicho que no quitase ojo a la carretera.

—Sí, claro… Bueno, da igual.

Lo miro.

—¿Qué?

—¿Estás preparada para esto?

—Sí, estoy preparada —miento—. Quiero decir, supongo que estoy preparada.

—No basta con suponer que estás segura. Debes estar segura del todo.

El problema es que no estoy segura del todo. De nada, ya no.

Coge la mochila y saca un cuaderno de dibujo.

—¿Te importa si dibujo?

Lo observo y veo que está mirándome fijamente.

—¿Dibujarme a mí?

Se encoge de hombros.

—Sí. Si no quieres que te…

—No. No pasa nada —respondo en voz baja y vuelvo a encender la radio. Me obligo a mirar al frente, hacia la carretera despejada, y a olvidar que, a unos centímetros de mí, Roman está estudiándome con detalle.

—Relájate. Si te pones tensa, me resulta más difícil dibujarte.

—Vale —respondo, más para mí misma que para él. Al cabo de unos minutos, lo miro. Está apoyado contra la puerta del copiloto, con el cuello

doblado hacia delante, el carboncillo en la mano y mirando con intensidad la hoja de papel. Parece más relajado, más cómodo de lo que jamás lo he visto.

Me pilla mirándolo.

—Para —dice.

—¿Qué?

—Si estás pensando en cómo te dibujo, no conseguiré un retrato natural. Quiero dibujarte tal como te veo, no como tú intentas que te vea.

Arrugo la nariz.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Tú confía en mí.

—Lo que tú digas. —No me molesto en preguntarle por qué se lo toma tan en serio. Noto un ligero cosquilleo en el estómago, una sensación de ligereza que hacía mucho que no sentía, si es que la he sentido alguna vez, y me da miedo su significado. Me aterroriza que su respuesta pudiera estropear todo lo que hemos conseguido, y no digo ni mu.

Subo el volumen de la radio y vuelvo a concentrarme en la carretera. Finjo que no oigo el roce del lápiz sobre el papel ni su sonora y pausada forma de respirar. Para conseguirlo empiezo a contar los kilómetros que quedan para llegar a la Institución Penitenciaria McGreavy, los kilómetros que quedan para volver a ver a mi padre.

Sábado, 30 de marzo

Quedan ocho días

Llegamos a la Institución Penitenciaria McGreavy pasado el mediodía. Noto el calor del sol en la cara mientras nos dirigimos hacia la entrada. El lugar es menos tétrico de lo que había imaginado. Es un edificio grande de ladrillo vista y una sola planta. Como era de esperar, está rodeado por dos espacios exteriores de aspecto gris, cercados por altas verjas. Sin embargo, de no haber sido por los rollos de alambrada dispuestos sobre el cerco, no habría sabido que se trataba del patio de una cárcel.

Roman me coge de la mano.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Le aprieto la mano con fuerza y luego se la suelto, porque intento demostrarle que estoy bien. Sin embargo, se me seca la boca; la respuesta sincera es que no sé si quiero hacerlo, si puedo hacerlo. Estaba convencida de ello —de que necesitaba ver a mi padre una última vez antes de desaparecer—, pero ahora no sé en qué estaría pensando cuando se me ocurrió. No sé qué esperaba encontrar en McGreavy, pero cuanto más miro el edificio que tengo delante, menos convencida estoy de que aquí esté lo que ando buscando. Si es que estoy buscando algo. A lo mejor Roman tenía razón. A lo mejor solo busco motivos para vivir.

La Institución Penitenciaria McGreavy no es el lugar adecuado para encontrar esos motivos.

Me fallan las rodillas y tengo la agobiante sensación de que el hombre al que estoy a punto de visitar no tendrá nada que ver con el padre al que recuerdo. El padre que me enseñó a amar la música de Mozart y que compartía barritas de caramelo conmigo las tardes que estaba ocioso. Aunque supongo que ese padre jamás existió, porque ese hombre jamás habría cometido un asesinato a sangre fría.

A lo mejor ese es el objetivo de esta visita. Enfrentarme por fin a esa realidad; enfrentarme a él. A lo mejor…

Roman me abre la puerta y entramos. Nos dan la bienvenida un arco detector de metales y cuatro guardias de seguridad. Pasamos por el primer control de seguridad sin ningún problema. Me dirijo hacia el mostrador de recepción.

—Me parece que te has equivocado de sitio —dice el hombre del mostrador.

Lleva uniforme de agente, pero ha añadido algunos complementos a su atuendo y lo ha personalizado con una gorra de béisbol de los Kentucky Wildcats. En la placa de su uniforme dice: JACOB WILSON.

Jacob Wilson es terriblemente impertinente.

—Busco a mi padre —respondo, y meto la mano en el bolso en busca de la cartera. Saco el carnet de conducir, lo coloco sobre el mostrador y lo deslizo para pasárselo—. Su nombre es Omar Seran. Llamé hace un par de días y me dijeron que las horas de visita se daban para el sábado hasta las cuatro de la tarde. Debo de estar en su lista de visitantes autorizados. Soy su hija.

No tengo ni idea de cómo funciona la lista, pero me parece el comentario apropiado. Vuelvo a mirar el móvil para comprobar la hora: las 14.17. Todavía no han terminado las visitas.

Jacob Wilson teclea algo en el ordenador. Es un trasto aparatoso, como los que usamos en TMC. Jacob pulsa un par de teclas más y frunce el ceño. Hace clic con el ratón y luego suelta un suspiro a modo de silbido.

Me preparo para que me diga que no estoy en la legendaria lista de visitantes autorizados. ¡Genial! Mi padre ni siquiera va a darme la oportunidad de enfrentarme a él, cara a cara, de poder exigirle respuestas sobre por qué perdió la cabeza. Antes de poder decir nada, Roman interviene.

—¿Qué ocurre?

—Tu padre ya no está aquí —me dice Jacob.

—¿Cómo? —No asimilo lo que ha dicho.

—Lo han trasladado.

Parpadeo un par de veces más y pego las manos a ambos lados del cuerpo. «Tranquilízate.» El objetivo de este viaje no era quedarme en blanco.

—¿Cómo es posible?

El funcionario alarga las manos, pone las palmas hacia arriba y se encoge de hombros.

—No conozco los detalles, cariño. Yo solo sé lo que dice el ordenador. Y el ordenador dice que lo han trasladado.

Roman se acerca más al mostrador. Apoya las manos de golpe sobre la superficie y se inclina en dirección a Jacob.

—¿No deben informar a la familia antes de trasladar a alguien?

—Tranquilito, ¿eh? —dice Jacob, y suelta una risotada—. Relájate un poquito, ¿vale?

—Lo siento. —Roman retrocede.

—Aunque tienes razón, hijo. Sí que informamos a la familia. —Mira la pantalla con los ojos entrecerrados y se echa hacia delante. Luego vuelve a mirarme—. Aquí dice que la llamada se realizó a la señora Melda Underwood. También se le envió una carta. —Frunce el ceño y vuelve a mirar la pantalla—. ¿«Underwood»?

—Es mi madre.

El guarda enarca una ceja, me mira, y yo añado:

—Está casada en segundas nupcias.

Frunce el lado derecho del labio superior y se le ven los dientes, hace algo parecido a una mueca.

—Suele ocurrir cuando encierran a estos tipos. Mala suerte.

Jamás calificaría nada relacionado con la vida de mi padre como fruto de la «mala suerte». Desde mi punto de vista, su vida fue más una «mala suerte» para otras personas que para él.

—¿Y dónde está ahora?

—Según el ordenador está en el Hospital Psiquiátrico Saint Anne.

«Hospital Psiquiátrico.»

—¿Dónde está eso?

—No estoy seguro —dice Jacob—. Supongo que en este estado, porque no veo que lo hayan sacado de Kentucky, pero nunca se sabe.

—¿Se le ocurre alguna forma de que ella pudiera contactar con él? —vuelve a intervenir Roman.

No sé por qué cree que debe llevar la voz cantante, aunque me siento muy agradecida. En otras circunstancias me molestaría, pero ahora mismo soy incapaz de ver las cosas con claridad. Solo puedo pensar en una cosa: «Mi padre está encerrado en un psiquiátrico».

Jacob nos dedica una sonrisa lastimosa.

—Como ya os he dicho, está en el Hospital Psiquiátrico Saint Anne. Si quieres, llamaré en tu nombre para ver si alguien puede darte alguna

información sobre cómo contactar con tu padre.

—Vale —respondo con un hilillo de voz—. ¿Puede hacerlo, por favor?

Mira hacia atrás como si estuviera buscando a su supervisor o algo así.

—No puedo hacerlo justo ahora, pero lo haré más tarde. Tú también puedes llamar, aunque tardarías más en conseguir la información que necesitas. Ya sabes, las cosas de palacio van despacio. —Me dedica un rápido guiño—. Se supone que no debo hacer estas cosas, pequeña, pero quiero ayudarte.

Arranca una hoja de una libreta amarilla con rayas rojas y me la pasa arrastrándola por la superficie del mostrador. Me entrega un boli.

—Toma. Apúntame tu número. Veré si puedo encontrar a alguien que sepa cómo contactar con tu padre. Si lo consigo, te llamaré.

Garabateo mi número a toda prisa. El papel es amarillo chillón. Parece un color inapropiado para una ocasión así. La persona encargada del material de oficina para la cárcel debería tener en cuenta este tipo de detalles.

Le paso mi número.

—Muchas gracias.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Siento no poder ayudarte más. Sé lo frustrante que puede ser que tus padres te oculten cosas. —Se ajusta la gorra de béisbol—. De verdad, tendrías que hablar con tu madre sobre eso.

Asiento en silencio. «Lo haría si hablara con ella sobre cualquier otra cosa.»

—Sí, seguramente debería hacerlo. Gracias por su ayuda.

—No hay problema. Espero que acabes encontrando lo que buscas. —Por la forma en que me mira creo que entiende mi situación, por algo que no cuenta.

Lo miro durante un instante, luego tiro a Roman de la camiseta y nos saco a ambos, la pareja lamentable, de la Institución Penitenciaria McGreavy.

En cuanto estamos fuera, Roman se pone una mano a modo de visera sobre los ojos y mira a lo lejos, como si estuviera contemplando el Gran Cañón o algo parecido, en lugar de estar mirando el patio vacío de una cárcel.

—Creía que habías llamado.

—Y lo hice. Pregunté por las horas de visita.

—¿No se te ocurrió preguntar si tu padre seguía aquí?

Me muerdo el interior de la mejilla.

—No tenía motivos para pensar que no estaría. —Hago una pausa y lo

miro. Él no se vuelve hacia mí, sigue mirando a lo lejos—. Un momento, ¿estás acusándome de algo?

Arrastra la zapatilla de deporte por el asfalto. El sol se refleja en su pelo y lo hace parecer mucho menos castaño y más rubio. El aire se nota más bochornoso que antes, como si estuviera cargado del vapor que mana tras una ducha de agua caliente. No parece aire de marzo. A lo mejor ya ha llegado la primavera. A lo mejor las flores de la señora Franklin sí saldrán antes de tiempo.

—No lo sé, Aysel. —Se rasca la nuca—. Es que parece que no paras de buscar razones para retrasarlo.

—¿Retrasar el qué?

—Da igual.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—No. Dilo.

Se vuelve y me mira directamente a la cara, con los ojos bien abiertos, pero inexpresivos.

—Aunque no hables con tu padre antes del 7 de abril, saltarás conmigo, ¿verdad?

Digo que sí, pero no lo miro a los ojos. No puedo.

Sábado, 30 de marzo

Quedan ocho días

Aparco delante de la zona de acampada. Si es que se le puede llamar así. A mí me parece más bien un aparcamiento cubierto de barro. No soy una experta en campamentos, pero diría que esto es lo más básico que hay. Los únicos servicios disponibles son una zona de hogueras —llenas de ceniza y con troncos a medio quemar—, un gran roble y un cubo de basura metálico oxidado.

Roman baja del coche y rodea el vehículo para ir al maletero y sacar la tienda. En la distancia distingo una orilla rocosa; el agua del río lame los cantos rodados. A lo mejor esto no está tan mal. A lo mejor nos da tiempo de hablar. A lo mejor encuentro las palabras para explicar qué me está pasando.

Saco la mochila del asiento trasero y sigo a Roman hacia el sitio donde vamos a montar la tienda. Cuando Roman baja la cremallera de la bolsa de la tienda, veo que ha escondido dentro dos botellas de vino.

—Qué elegante —digo.

—El vino tinto puede beberse caliente. La cerveza caliente es asquerosa. He tomado una decisión ejecutiva.

—Podrías haber metido la cerveza en la nevera. —Paso por alto que está hablándome como si fuera una pringada que no ha bebido nunca alcohol. Aunque, para ser sincera: soy una pringada que nunca ha bebido alcohol. A menos que cuente el par de sorbos que me dio Steve de su cerveza cuando tenía unos once años, y mi madre y él celebraban una barbacoa en el patio trasero de casa con unos amigos.

—Sí, claro, pero ha sido mi madre la que ha llenado la nevera. Se habría dado cuenta.

—Las podrías haber metido luego.

—Dios, ¿de verdad te gusta tanto la cerveza? Puedo ir al pueblo a por unas latas.

Me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros negros y me alejo caminando en dirección al río.

—No. Así está bien. Era para fastidiarte un poco.

Saca la tienda de la bolsa y la manosea. Un par de veces pienso en ofrecerle ayuda, pero no sé nada sobre tiendas de campaña. Oigo que blasfema entre dientes y decido acercarme hasta el agua dando un paseo.

—¡Vuelvo enseguida! —le digo gritando, y él no responde.

Desciendo por el otro lado de la colina. Me resbalan las zapatillas sobre la hierba húmeda. A medida que me acerco al río, diviso un muelle vacío. No hay nadie por aquí. Se ven sedales rotos flotando en el agua, e intento imaginar el lugar lleno de gente, familias que ríen y ávidos pescadores. No parece un espacio que suela estar abarrotado. Parece un rincón pensado para estar solo. Oigo trinar a algunos pájaros y el rugido de un motor fuera borda en la distancia, pero un tintineo me retumba en la cabeza. Me tapo los oídos con las manos y tarareo en voz baja. La *Misa en si menor* de Bach es lo único que oigo con claridad.

Me apoyo en la barandilla de madera astillada y una ráfaga de viento agita la superficie del agua y unas gotas me salpican la cara. Algunas veces pienso que el viento tiene manos, que tiene dedos. Otras veces me pregunto si podría alargar una mano y atraparlo. Si el viento me atrapara… Si llenara el espacio que me queda entre los dedos, si me llevara consigo… Me pregunto si Roman piensa cosas así, si alguien más piensa cosas así.

Me vuelvo para mirar atrás y no distingo la zona de acampada. Retomo la observación del agua. El fondo rocoso de la orilla del río está cubierto de algas limosas y anzuelos oxidados. Sé que, si saltara, solo acabaría mojada y sucia. No acabaría muerta.

Esto no es Crestville Pointe. Ese salto me matará y matará a Roman.

Regreso al campamento. Camino con pesadez, arrastrando los pies. No tengo prisa por volver hasta donde están Roman y su nevera sin cervezas, y sus preguntas sobre si voy a rajarme y a darle plantón. Lo veo antes de que él me vea. Parece que ha conseguido montar la tienda; una estructura azul endeble que se balancea con el viento. Está de espaldas a mí y encorvado sobre la hoguera, encendiendo una cerilla.

Cuando me coloco detrás de él, observo cómo arden los dos viejos troncos. El fuego crepita y me siento en el suelo, a su lado.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—¿Eh?

—Creía que te habías ido de paseo para encontrar algo.

—No. —Cruzo las piernas para sentarme como un indio sobre la hierba —. Todo sigue igual.

—Me alegra saberlo. —Se frota las manos antes de levantarse—. ¿Tienes hambre?

Me encojo de hombros y él lo interpreta como un sí. Se acerca a la nevera y saca los perritos calientes que su madre ha metido dentro para nosotros. Están envueltos en una bolsa de plástico: son dos salchichas con aspecto mustio y baboso. Me pasa la bolsa y saca un par de pinchos metálicos de la mochila.

Ensarto una de las salchichas en el pincho y observo la punta metálica atravesar la carne. Pongo mi perrito sobre las llamas y Roman hace lo mismo. Voy dándole vueltas sin parar, aunque no tengo ni idea de cocinar a la brasa. Mi familia no sale de acampada.

—Creo que ya está hecha —dice Roman, y hace un gesto de asentimiento con la cabeza señalando mi salchicha.

—Ah. —La retiro del fuego.

—Me he olvidado de comprar los panecillos. Mi madre estaría horrorizada. —Me mira con cara de cordero degollado mientras vuelve a sentarse en el suelo. Dobla las piernas, las pega contra el pecho y saca la salchicha del pincho, sin dejar de soplarla.

Me esfuerzo por imitarlo, pero parezco una niña de cinco años que no logra apagar sus velas de cumpleaños. Corto un pedazo de salchicha con la mano y me quemo las yemas de los dedos. Me lo meto en la boca y lo mastico. Por fuera está chamuscada, pero por dentro está fría. Consigo tragármela.

Roman pone su salchicha en una hoja de periódico, se levanta y trae dos vasos de plástico. Descorcha una de las botellas de vino. La botella se desliza en su mano mientras él dice:

—Tienes razón. Nos hemos puesto finos: perritos calientes con vino.

Sé que está de coña, pero es la primera vez que bebo vino y no puedo evitar estar emocionada. Hace un mes habría asegurado que no quedaba nada en el mundo que me emocionara. ¿Quién iba a decir que algo tan tonto como el vino lo conseguiría? Intento conservar una expresión facial neutra para no delatarme. Sirve dos vasos y me pasa el mío.

—Gracias. —Dejo el vaso en el suelo, a mi lado, y apenas consigo evitar que se me caiga la salchicha semicruda. Supongo que lo único peor que una

salchicha semicruda sería una salchicha semicruda con una capa de tierra.

—Seguramente tendríamos que haber traído servilletas —dice mientras mastica.

—Seguramente.

Se acaba la salchicha muy deprisa. A lo mejor la suya tampoco estaba bien hecha. Me obligo a tragar lo que queda de la mía y tomo un sorbo de vino. Es amargo y hago una mueca.

Él se ríe.

—¿No bebes mucho?

—No mucho.

Levanta su vaso para acercarlo al mío.

—Por Aysel, mi compañera de suicidio.

Hago chocar mi vaso contra el suyo.

—Por no ser de las que se rajan.

Eso lo hace sonreír y se bebe de un trago lo que le queda de vino. A continuación se sirve otro vaso.

El sol empieza a ponerse y no tengo ni idea de qué hora es. Pienso en sacarme el móvil del bolsillo y mirarlo, pero me doy cuenta de que me da igual. Lo único que me importa es que este día parece mucho más corto que los demás. Los días con Roman siempre parecen más cortos.

Me tumbo boca abajo y me estiro. Roman se tumba a mi lado boca arriba, con la mirada clavada en el cielo.

—Siento que no hayamos podido encontrar a tu padre.

Me paso la lengua por los dientes y saboreo el regusto agrio que deja el vino.

—A lo mejor el tipo ese, Jacob, me llama.

—A lo mejor. —Roman me pone la mano en la cintura—. Pero a lo mejor no llama. Sabrás encajarlo, ¿verdad?

No sé cómo responder a su pregunta. Si Jacob no llama para darme información, supongo que intentaré llamar yo a la institución. Aunque, como ya he dicho, no lo sé. Unos cuantos pájaros se comunican piando y salen volando de un árbol que tenemos cerca. El aleteo me sobresalta y me incorporo. Había imaginado que, cuanto más me acercase a la muerte, menos nerviosa estaría, menos asustada. Pues está resultando ser todo lo contrario.

—Lo siento —dice, me quita la mano de la cintura y se la mete en el bolsillo del pantalón.

—No —repongo—. No ha sido por ti.

Enarca una ceja.

—¿Te han asustado los pájaros?

Quiero contarle que ahora todo me asusta. Pero me quedo callada y dejo que empiece a hablar sobre el hecho de que los pájaros son inofensivos. Va bebiendo cada vez más y más vino, y yo intento seguirle el ritmo, pero me da vueltas la cabeza y empiezan a pesarme los párpados.

Ruedo sobre el suelo para darme la vuelta y mirarlo a la cara. El fuego todavía arde con fuerza y las volutas de humo proyectan sombras sobre sus mejillas chupadas. Ha estado bebiendo a sorbos el vino en silencio y sé que debería decir algo que le hiciera entender cómo me siento, pero ya estoy moviéndome en terreno pantanoso y no quiero empeorar las cosas.

—Yo también estoy asustado —dice por fin. Huelo su aliento a vino cuando levanta la cara y la acerca a la mía—. Aunque también estoy emocionado.

Cierro los ojos con fuerza. La cabeza me da vueltas.

—¿Has oído hablar de la teoría de la relatividad de Einstein?

Toma otro largo trago.

—Ya estás otra vez con tus rollos científicos. Eres una auténtica empollona, ¿verdad?

—Creo que para ser una empollona tienes que ser lista.

Frunce el ceño.

—Tú pareces bastante lista.

Le guiño un ojo.

—Es que soy buena actriz. —Me incorporo y me sirvo un poco más de vino.

—Bueno, pues cuéntamelo.

—¿Lo de la teoría? —El vino empieza a parecerme menos agrio. No sé si significa que estoy acostumbrándome a su sabor o que mis papilas gustativas están alcoholizadas. Ni siquiera sé si las papilas gustativas pueden alcoholizarse.

—Sí, la teoría de Einstein. Tu teoría de empollona. —Se le traba la lengua y habla con voz pastosa. Parecería mono si no fuera porque da un poco de miedo.

—Sabes que tiene dos teorías, ¿verdad? La teoría especial de la relatividad y la teoría general de la relatividad.

Roman niega con la cabeza.

—No sé una mierda sobre Einstein. Y, sinceramente, si no fuera por ti, el tío ese me importaría un carajo.

—¿Yo he hecho que te interese Einstein? —Muerdo el borde de mi vaso de plástico.

Me mira con su sonrisa de medio lado, tan maliciosa y seductora.

—No puedo evitar que me interesen las cosas que te interesan. Siento como si ahora estuviéramos conectados de esa forma.

Sonrío sin poder evitarlo. Noto distintos los músculos de las mejillas: son como una habitación que no ha visto la luz durante años, en la que de pronto se abren las persianas y el sol entra en ella y brilla con intensidad. Es superior a mí: sonrío cada vez con más ganas. Es lo más bonito que Roman me ha dicho jamás. Jolín, es lo más bonito que me ha dicho nadie en los últimos tres años.

—Te he hecho feliz —dice. Y lo dice con pesadez y parsimonia.

—Sí, me has hecho feliz.

Hace un movimiento de serpiente con la cabeza y cierra los ojos. Se balancea adelante y atrás como una de esas bailarinas hawaianas con resorte que se ponen sobre el salpicadero del coche.

—¿Qué? —digo, y alargo una mano para darle un golpecito en el hombro.

—No puedo hacerte feliz. No podemos permitir que el otro nos haga feliz.

Me quedo en silencio para descifrar sus palabras, pastosas y confusas. Me inclino hacia él.

—¿Y eso sería tan malo?

Abre los ojos de golpe. Tiene la mirada vidriosa y brillante, y, al mismo tiempo, despreocupada y empañada.

—Eso lo estropearía todo.

Me cuesta un segundo recuperar la compostura. Cojo una ramita y empiezo a arrastrarla por la hierba.

—Pero en la feria me dijiste que cuando hablaba sobre ciencia te hacía feliz. A lo mejor…

Levanta una mano en el aire para indicarme que me calle.

—Eso da igual. —Me señala y luego se señala a sí mismo—. Esto no puede cambiar nada. Esto es temporal. —Abre bien los ojos y veo que empiezan a enrojecérsele. Demasiado vino para Robot Congelado.

—Mira, Aysel. —Alarga una mano y coge las mías—. Sé que esto es un lío. Estamos en una situación extraña y jodida, y no podemos dejar que esto

nos confunda.

Intento zafarme de su mano, pero él no me suelta. Me clava los dedos en los nudillos.

—¿Qué situación?

—El hecho de que seamos compañeros de suicidio. Hemos intimado mucho y sí, claro, hay química entre nosotros.

—¿Química? —No puedo evitar reírme.

—Vale. Te dejo lo relacionado con la ciencia a ti.

Se inclina para acercarse a mí, su nariz choca contra la mía, y siento el roce de sus pestañas sobre mi piel. Levanto la barbilla y nuestros labios se encuentran. Es algo torpe, pero es perfecto. No puedo dejar de pensar: «Estamos besándonos, estoy besando a Robot Congelado, estamos besándonos». El pensamiento me retumba en los oídos como uno de esos mantras pegadizos.

No paro de besarlo e intento no pensar en si estoy haciéndolo bien o mal. Tengo el corazón desbocado, lo que creo que significa que me gusta; espero que su corazón también esté desbocado. Sé que los humanos se besan desde el principio de los tiempos, pero ahora mismo, en este instante, el beso es un secreto que solo Roman y yo conocemos.

Después de un instante que parece un segundo, pero también un siglo, él se aparta con lentitud y me retira un mechón de pelo de la cara.

—Sí que tenemos química —dice.

Le dedico otra sonrisa. Ya van dos. No puedo engancharme a las sonrisas. Ni siquiera me reconocería a mí misma si sonriera de forma voluntaria.

—Supongo que sí. —Inspiro y me doy cuenta de que el sabor del aire ha cambiado, ya no sabe a humo de hoguera, sino a dulce vainilla, y oigo un delicado sonido en la cabeza y no logro reconocerlo, pero me recuerda al chapoteo de las monedas lanzadas a una fuente. Al murmullo de los deseos, de los deseos pedidos con desesperación.

Recuesta la cabeza en mi cuello e intento relajar el cuerpo, y finjo que es un gesto totalmente cotidiano. Luego me rodea por la cintura con los brazos y me recuesta en el suelo junto a él. Nos quedamos ahí, tumbados en la oscuridad, en silencio, a unos metros de la tienda, con mi espalda apoyada sobre su vientre, sus manos en mi costado. Jamás he sido más consciente de que estoy hecha de huesos y piel, y noto que los huesos se me pegan más a la piel luchando por acercarse más a la suya.

Sin venir a cuento, susurra:

—Pero esto no puede cambiar nada.

Me muevo para poder pegarme más a su cuerpo. Puedo sentir cómo le late el corazón; está lleno de vida. Hay una hoguera encendida en mi vientre y no tiene nada que ver con la babosa negra intentando devorar a bocados mi felicidad. Siento un ligero burbujeo donde antes había una pesadez insoportable, y me pregunto si mi energía potencial está transformándose. Me imagino dibujando el gráfico de todo el proceso como una científica trabajando en un experimento de laboratorio. Mi vida entera empieza a parecer un experimento.

—Aysel —dice mientras me abraza con fuerza, y sus labios rozan mi pelo —, ya sabes que esto no puede cambiar nada, ¿verdad? Esta clase de felicidad es falsa, pasajera. Debemos recordar que queremos morir. Yo necesito recordar a Maddie. Y tú debes recordar tus motivos.

«Mis motivos.» Eso me suena tan ambiguo… Aunque no he llegado a contarle mis verdaderos motivos, puesto que me aterroriza su reacción si supiera quién es mi padre. A lo mejor por eso no se los he contado. No porque me asuste que ya no quiera morir conmigo, sino porque me da pánico que siga deseando que yo muera. Que crea que es justo que yo muera.

Supongo que tiene razón: soy una rajada. Sin embargo, conocer a Roman me ha ayudado a entenderme mejor a mí misma. Sí, estoy muy jodida. Y sí, él también lo está. Pero cuanto más lo hablamos, cuanto más compartimos nuestra tristeza, más convencida estoy de que hay una posibilidad de mejorar, la posibilidad de salvarnos el uno al otro.

Antes todo parecía tan terminal, inevitable, predestinado… Pero ahora empiezo a creer que la vida puede tener más sorpresas guardadas en la manga de lo que jamás había imaginado. A lo mejor todo es relativo, no solo la luz y el tiempo, como teorizó Einstein, sino todo. Como si la vida pudiera parecer horrible e irreparable hasta que el universo cambia ligeramente y el punto de observación queda alterado. Entonces, de forma repentina, todo parece más llevadero.

—¿Sabes? —insiste—. Que nosotros estemos haciendo esto, convirtiéndonos en vete a saber qué, no cambia nada. No puede cambiarlo. —Sin embargo, sus actos no concuerdan con sus palabras, porque, a medida que habla, va acercándome más a su cuerpo.

—Ya lo sé —murmullo.

No obstante, en lo más hondo de mí sé que todo ha cambiado.

Domingo, 31 de marzo

Quedan siete días

Me despiertan los rayos del alba. Los brazos de Roman todavía me rodean, y me vuelvo hacia un lado para separarme de él. Nos hemos quedado dormidos a unos metros de la tienda, y tengo la camisa y los vaqueros manchados por la hierba enfangada.

Me saco el móvil del bolsillo y veo que tengo una llamada perdida y un mensaje en el buzón de voz de un número desconocido. Empiezo a caminar para alejarme del lugar en el que duerme Roman, pero me detengo cuando lo oigo mascullar algo con voz de dormido.

—¿Adónde vas? —Se incorpora y se frota los ojos, perezoso—. ¿Qué hora es?

—Son casi las ocho.

—Ah. —Vuelve a dejarse caer boca arriba y cierra los ojos con fuerza—. Es demasiado temprano y hay demasiada luz.

—Alguien ha bebido demasiado vino —digo con tono indiferente. Él dijo que lo de anoche no cambiaba nada, pero no sé cómo actuar para fingir que todo sigue igual. Ya no es Robot Congelado, mi compañero de suicidio de internet. Ahora es Roman, el chico que me ha besado junto al río y me ha abrazado toda la noche. Para mí, sí que hay diferencia. Una gran diferencia.

Ya no es la persona con la que quiero morir, es la persona con la que quiero seguir viva.

—Vuelvo ahora mismo —digo, y me voy caminando hacia el río. Recorro el mismo camino que ayer. Vuelvo a mirar la pantalla de mi móvil. No oí la llamada de ayer a las siete de la tarde. A lo mejor ya había bebido demasiado vino para darme cuenta de que estaba vibrándome el teléfono.

Pego la oreja al móvil y escucho el mensaje. Es de Jacob, el funcionario de la cárcel; tiene información sobre mi padre. Respiro con dificultad mientras oigo el mensaje. Jacob ha localizado a alguien que trabaja en el Hospital Psiquiátrico Saint Anne y sabe algo de mi padre. Jacob me ha dado

el nombre de esa persona, Tara Woodfin, y su número de teléfono. Vuelvo a reproducir el mensaje y me quedo mirando fijamente el móvil. Debe de ser demasiado temprano para llamar a Tara, sobre todo porque es domingo. Tendré que esperar un rato.

En cuanto vuelvo a la zona de acampada, me encuentro a Roman en la misma postura que lo he dejado. Está tumbado boca arriba, con los ojos bien cerrados y la expresión paralizada en una mueca de dolor. Me arrodillo a su lado y lo sacudo agarrándolo por los hombros.

—Venga ya, tenemos que irnos. Vamos a desmontar la tienda.

—¿Por qué tenemos que irnos tan temprano? —Todavía habla con voz pastosa y se vuelve para ponerse de costado.

Me acerco caminando hasta la tienda e intento imaginar cómo desmontar esta cosa sin romperla. Sacudo las varillas hasta que se me ocurre que pueden sacarse de la tela y, en cuanto están fuera, doblarse por la mitad. Seguro que hay una forma más fácil y práctica de desmontarla, pero Roman está demasiado aturdido para juzgarme, y si las cosas salen como él quiere, no tendrá que volver a usarla nunca.

La idea resulta casi insoportable, intento olvidar esa sensación demoledora y me trago el nudo que está formándoseme en la garganta. «Permanece ocupada. No sigas por ahí.» En cuanto la tienda está desmontada, meto como puedo todas las partes en la bolsa donde la traía Roman. Lo guardo todo sin ningún orden, pero sé que la señora Franklin lo reorganizará en cuanto volvamos.

Cuando me dirijo hacia la nevera para coger una botella de agua para Roman, me fijo en que su mochila está tirada junto a él. Lo miro con disimulo para asegurarme de que sigue dormido y bajo la cremallera. Saco su cuaderno de dibujo. Sé que no está bien, pero no puedo evitarlo.

Me siento con las piernas cruzadas en el suelo y voy pasando las hojas. Se me corta la respiración cuando llego a la última, donde está mi retrato. La chica a la que miro no soy yo, pero sí soy yo. Sus grandes ojos están centrados en un punto alejado del espectador, pero hay algo en ellos que me cuesta reconocer: esperanza. La chica del retrato tiene una actitud menos patética que la mía, como si fuera más fuerte, más resistente.

—Gracias, Robot Congelado —susurro para mí misma.

Arranco el dibujo de la libreta. Me da igual que pueda enfadarse cuando descubra que no está. Lo necesito. Necesito recordar que puedo ser esa chica, que ella está dentro de mí. Esa persona esperanzada, fuerte. Doblo el

dibujo hasta convertirlo en un cuadrado pequeño y me lo meto en el bolsillo. A continuación vuelvo a guardar con cuidado el cuaderno en la mochila.

Mientras saco una botella de agua de la nevera, pienso en lo que debo hacer. Debo hacer por Roman lo que él ha hecho por mí: tengo que mostrarle a la persona que todavía habita en su interior, la persona que él cree que ha desaparecido y que está derrotada. Un chico que adora la aventura y rebosa talento, con una sonrisa picarona y una risa contagiosa. Un chico con los ojos del color de la hierba y los rayos de sol en verano, que ve cosas que la mayoría de las personas no ve, y con unas manos capaces de realizar unos dibujos increíbles. Cierro los ojos y recuerdo cómo iba cogida de su mano en la feria, la firmeza y la fuerza con que me agarraba.

Debo ayudarlo a salvarse. Debo hacerlo.

Inspiro con fuerza y reúno el valor para caminar de nuevo hacia donde está. Me acuclillo a su lado y le pongo la botella de agua fría sobre la frente.

—Despierta.

—¡Eh! —grita, sobresaltado.

—He supuesto que te sentaría bien.

—Pues sí que me ha sentado bien, gracias. Aunque me ha asustado un poco.

Coge la botella de agua y se pone de lado para poder tomar un par de sorbos antes de volver a llevársela a la frente.

—Voy a meterlo todo en el coche y luego podemos irnos. ¿Te parece?

Estoy a punto de levantarme, pero él me agarra de la mano y tira de mí para que vuelva al suelo junto a él.

—No estaba tan borracho para no acordarme de lo que ocurrió anoche, Aysel.

Lo miro inexpresiva. No puedo decir lo que deseo, y supongo que el silencio es mejor que todas las palabras que no quiere escuchar. Además, no quiero hablar hasta que haya encontrado las palabras justas. Las palabras mágicas. Las palabras que lo convencerán de seguir viviendo.

Sacude la cabeza y toma otro sorbo de agua.

—No finjas que no sabes a qué me refiero.

Me quedo callada y me paso la lengua por los dientes mientras pienso qué decir.

—Aysel —dice mientras vuelve a cogerme de la mano.

Se la tomo con fuerza y me quedo mirándola. La mano que dibujó mi retrato. La mano que ha contribuido a mi salvación.

—Me ha llamado Jacob —digo.

Me masajea los dedos con suavidad.

—¿Y?

—Me ha dado el nombre de una mujer a la que puedo llamar para conseguir información sobre mi padre.

Roman mira al suelo, pero no me suelta la mano.

—A lo mejor no tenemos tiempo de visitarlo antes de…

—Ya lo sé, pero… —Hago una pausa para inspirar, y dejo que el aire frío de la primavera me llene los pulmones—. Sobre lo de anoche… Ya sé que querías que no cambiara nada, y a lo mejor así es, pero empiezo a creer que podríamos darnos un tiempo y replantearnos en serio… todo. —Me quedo cabizbaja, mirándome las manos.

Me suelta y se arrastra para apartarse de mí. Inspiro con fuerza.

—Mira, sé que ha sido una mala idea. Pero es que tú eres… eres… eres… —Tartamudea como un coche que se ha calado.

—¿Que soy qué?

—Tú eres tú. Tú lo entiendes. Tú lo entiendes todo. Y estás triste como yo, y a pesar de lo jodido que es esto, es bastante bonito. —Se acerca a mí, me acaricia la cara y me toca el pelo—. Eres como un cielo gris. Eres preciosa, aunque no quieras serlo.

Sin embargo, se equivoca. No es que yo no quiera serlo. Es que nunca he querido ser guapa porque estaba triste. Robot Congelado, mejor que nadie, debería saber que la tristeza no tiene nada de bonito, ni de atractivo ni de glamuroso. La tristeza solo es fea, y cualquiera que no piense así no lo entiende. Creo que lo que quiere decir es que él y yo somos feos de la misma forma, y que eso nos produce sensación de empatía, de comodidad. «Comodidad» no es lo mismo que «belleza».

Pienso en el retrato que me hizo. La chica que dibujó sí que era guapa. Esa chica no era un cielo gris. Tenía esperanza. La esperanza es bonita. Por eso no quiero que nosotros sigamos siendo feos de la misma forma. No quiero ser un cielo nublado. Quiero que encontremos la esperanza. Juntos. Aparto la vista de él para ocultar que empiezan a empañárseme los ojos. Después de unos instantes de silencio, me levanto y me sacudo la ropa.

—Deberíamos ponernos en marcha.

—Aysel —dice con tono pausado—, deberíamos hablarlo.

—Sí, pero no sé qué decir.

Me aprieta la mano, y lo único que puedo hacer es apretujársela yo

también porque estoy demasiado asustada para soltársela. Me da miedo perderlo.

Domingo, 31 de marzo

Quedan siete días

Llevamos más o menos una hora de trayecto en coche cuando salgo de la autopista y paro en una pequeña cafetería que aparecía anunciada en el cartel próximo a la salida. Roman ha dormido durante todo el viaje y se despierta poco a poco mientras estoy aparcando.

Se frota los ojos.

—¿Dónde estamos?

—Se me ha ocurrido que te sentaría bien comer algo antes de llevarte a casa.

Me dedica su sonrisa de medio lado, y siento como si alguien me estrujase el corazón. Soy incapaz de volver a contemplar esa sonrisa. Miro por la luna del coche. Están cayendo chuzos de punta y, a lo lejos, rugen los truenos.

—Me gusta tu idea. Tienes razón, mi madre va a alucinar si me llevas a casa en este estado —dice mientras sale del coche—. Perderías tu título de Santa Aysel.

«Estoy segura de que lo perderé en el momento en que saltes a los brazos de la muerte desde Crestville Pointe.» Me muerdo el labio inferior. Roman no manifiesta reacción alguna bajo la lluvia. El agua nos empapa el pelo, la cara, la ropa.

Entramos con paso tranquilo en la cafetería y nos sentamos en un cubículo situado al fondo del local. Roman lee el menú y yo no puedo evitar mirarlo a él. Él me pilla, y agacho la cabeza; para disimular, me pongo a leer todos los tipos de tortilla que ofrece la cafetería. Finjo estar muy interesada en la diferencia entre la preparada al estilo del suroeste y la florentina.

Cuando estoy segura de que ha dejado de observarme, vuelvo a mirarlo de reojo. Tiene la camiseta empapada, el pelo húmedo y gotas de lluvia en la frente. El agua caída del cielo lo hace parecer más joven, más vivo. Le ha ruborizado más las mejillas, tiene la piel más reluciente. Intento

imaginármelo empapado en una dimensión más dramática: qué aspecto tendrá después de tirarse desde Crestville Pointe, qué aspecto tendrá después de haberse ahogado. Sus labios pasarán del rosa claro al frío azul, su piel, ahora cubierta de gotas de lluvia, adquirirá una palidez imposible. Me pregunto si sentiremos cómo se producen esas transformaciones, si sentiremos nuestra energía cinética saliendo de nosotros, chisporroteando hasta quedar en nada. Me pregunto si podremos oírla, si suena como una sinfonía o si suena como un grito. No conozco la respuesta a ninguna de mis preguntas. Y ya no quiero conocerlas; tampoco quiero que Roman las conozca.

Vuelvo a mirar en silencio el menú que tengo entre manos. Ahora soy incapaz de pensar en nada de eso. Nuestra camarera se acerca a la mesa y nos toma nota: dos huevos, beicon, tortitas de patata rallada, una guarnición de jalapeños para él y una tortilla florentina para mí. La camarera debe de tener más o menos la misma edad que mi madre, pero sus manos están más arrugadas y su cara es mucho más rechoncha. Se nota que es rubia de bote; se le ven las raíces negras y tiene el pelo grasiento.

—Buenas elecciones —dice con una sonrisa, y garabatea nuestra comanda. Levanta la vista de su libreta y nos mira, y su sonrisa se agranda aún más—. Sois una parejita muy mona, ¿sabéis? Apuesto a que os lo dicen mucho. Bueno, vuelvo dentro de nada con vuestra comida.

Antes de poder aclararle las cosas, la mujer se esfuma. Pellizco el cojín del asiento del cubículo, que está rajado justo en el centro y se le sale el relleno.

—Puedes sonreír, Aysel —suelta Roman—. Cree que somos una pareja muy mona.

—Exacto. Una pareja muy mona. —Lo miro directamente a los ojos y él agacha la cabeza hacia la mesa.

Nuestra camarera vuelve antes de lo que yo esperaba, y eso siempre me pone nerviosa, pues me hace cuestionar la calidad de la comida. Bueno, en cualquier caso, estamos desayunando en medio de la nada en Kentucky, en un bar de carretera, supongo que la calidad de la comida es algo bastante previsible.

No tengo hambre y empiezo a juguetear con la tortilla de mi plato, dibujo pequeños surcos en la mortecina superficie blanca. Roman, por su parte, engulle el beicon y mastica de forma ruidosa. Es curioso, cuando te gusta alguien, incluso sus acciones menos atractivas te parecen encantadoras de

una u otra forma.

Odio esa sensación. Además, no entiendo cómo puede tener hambre en un momento así. ¿Es que ha olvidado por completo nuestra discusión en el campamento? ¿Ha olvidado que solo queda una semana para el 7 de abril?

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Roman entre mordisco y mordisco. Ha empezado por los huevos. Los ha cubierto con los jalapeños. Va metiéndose los jalapeños en la boca y sorbiendo las pepitas.

—Claro. —Doy un trago al agua del grifo que nos ha servido la camarera.

—¿Cuándo piensas contarme qué hizo exactamente tu padre para acabar entre rejas? Lo único que me has contado es que está en la cárcel… —Deja la frase inacabada.

Hago una pausa y me quedo mirándolo a la cara durante un breve instante. Sus ojos avellana intenso han adquirido brillo desde que está comiendo y su curiosidad parece auténtica. Agacho la cabeza para clavar la vista en la superficie metálica de la mesa en lugar de en su cara. Me debato entre aprovecharme de su curiosidad y verme obligada a contarle la verdad. A pesar de lo aterrorizada que estoy, me gusta imaginar que lo entenderá. El autor del retrato que encontré me parece el tipo de persona que lo entendería.

—¿Esto quiere decir que no vas a contármelo?

No lo miro. No puedo. Cierro los ojos durante un segundo y tarareo una melodía familiar por lo bajini. Mientras la música empieza a oírse a un volumen cada vez más alto en mi cabeza —esa parte en que las notas cobran fuerza y empiezan a sonar como si estuvieran ascendiendo para alcanzar algo—, se me ocurre una idea. Levanto la barbilla y lo miro a los ojos.

—Te contaré exactamente lo que hizo mi padre si puedo preguntarte algo a cambio. ¿Trato hecho?

—Depende de lo que sea.

—Está bien. Esta es la pregunta: si no fueras a morir dentro de siete días, ¿qué te gustaría hacer con tu vida?

Suelta el tenedor y se queda mirándome. Sus ojos pasan de irradiar auténtico brillo a ensombrecerse en cuestión de tres segundos.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Pues una hecha por curiosidad. Aunque supongo que todas las preguntas se hacen por curiosidad.

Frunce los labios como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—¿Por qué hablas como el Sombrerero Loco?

—Ya me conoces, siempre estoy haciendo chistes malos.

Vuelve a coger el tenedor y engulle otro bocado de huevos.

—No era exactamente un chiste.

—Bueno, pues, entonces ¿hay trato?

Me dedica un falso saludo en plan militar.

—Las condiciones me parecen aceptables.

Clavo los codos en la mesa y me inclino hacia él.

—¿Cuál es tu respuesta?

Se señala el pecho con el tenedor.

—¿Tengo que ser yo el primero? ¿Eso es justo?

—¿Y tú te atreves a hablar de lo que es justo?

Sacude la cabeza; vuelve a esbozar esa sonrisa, que ya es como su firma. Aparto la mirada.

—Vale, vale. Hablaré yo primero. Aunque es una tontería —dice.

—¿Mi pregunta?

—No. Mi respuesta.

—Pues vamos a escucharla. —Contengo la respiración. Quiero escuchar tantas cosas… Aunque no sé exactamente cuáles. A lo mejor me confiesa alguna tontería, como que siempre ha imaginado que tendría una tienda de deportes para poder pasarse la vida vendiendo balones de baloncesto; o a lo mejor me cuenta algo superconmovedor, como que siempre ha querido ser pediatra para ayudar a los niños enfermos.

Sin embargo, en realidad no importa lo que Roman quiera hacer. Empiezo a entender que eso es lo hilarante, desconcertante y sinceramente desesperante del amor. Las cosas que le importan al otro empiezan a parecerte interesantes, aunque sean ideas de lo más trilladas si lo piensas bien.

Una vez leí en mi libro de física que el universo suplica que lo observen, que la energía viaja y se transforma cuando las personas le prestamos atención. A lo mejor a eso se reduce el amor: a que alguien al que le intereses lo suficiente para prestarte atención te anime a viajar y a transformarte, para que tu energía potencial se convierta en energía cinética. A lo mejor lo que todos necesitamos es que alguien se fije en nosotros, que nos observe.

Y yo me fijo en Roman. Lo que más deseo en el fondo de mi ser es que él tenga la respuesta a mi pregunta. Me bastaría con saber algo sobre él que me ayudara a creer en la posibilidad, por muy pequeña que sea, de que sus

partículas anhelan seguir avanzando en una dirección concreta y que solo necesitan un empujoncito para hacerlo.

—Me gustaría ir a la universidad —dice.

No puedo evitarlo: el corazón me da un vuelco y siento una fugaz punzada de esperanza. «Por algo se empieza.» Le hago un gesto con la mano para indicarle que siga hablando.

—Y allí jugaría al baloncesto.

Asiento con la cabeza.

—¿Aunque ya no juegues?

Me mira con sonrisa maliciosa.

—Bueno, todo esto ocurre en un universo hipotético, ¿verdad? Puedo ser quien quiera.

Se esfuma de un plumazo la sensación fugaz de esperanza que he sentido hace un instante. Se me cae el alma a los pies y me hundo en el cojín rajado del asiento. «No tiene que ser hipotético.» Me obligo a no dejarme llevar por la desilusión y contesto:

—Tienes razón. Continúa.

—¿Qué más puedo decir?

—No lo sé. ¿Qué te gustaría estudiar?

Se pone rojo como un tomate y se remueve en el asiento.

—¡Ah!, si esa es la parte más tonta.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa.

—Entonces es la parte buena.

—Eso lo dirás tú. —Le echo una mirada, y él se lleva las manos a la cabeza—. Vale, vale. Me gustaría estudiar biología marina. Sé que es una tontería, pero me encantaría explorar el océano.

Sonrío de oreja a oreja y sé que se me ha puesto cara de idiota, pero me da igual.

—Como en *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Como el capitán Nemo.

Vuelve a esbozar su famosa sonrisa.

—Exacto. Siempre me ha fascinado la idea de vivir una aventura submarina. Pero es una estupidez, porque nunca he visto el mar. —Deja de hablar y se le nubla la mirada, parece distante—. Y supongo que nunca lo veré.

Me muerdo la lengua. «A lo mejor no, Robot Congelado. A lo mejor no.» Nos imagino por un instante disfrutando de un viaje en coche a la costa. Podríamos ir a algún lugar de Carolina del Norte; no está muy lejos de aquí.

Lo veo caminando por la playa con su sudadera de la Universidad de Kentucky, las olas le lamen los tobillos. Él inspeccionaría el agua y yo me mantendría en segundo plano, sentada en la arena, leyendo un libro sobre las bases filosóficas de la física o algo así. Podríamos ser felices. Y no tiene por qué ser en un universo hipotético o alternativo.

Debo encontrar una forma de demostrárselo. A lo mejor, si le regalo un libro sobre biología marina… Descartado: no sería un gesto muy sutil. Lo tiraría. ¿Y si le propongo un viaje improvisado en coche a la playa?

Me pregunto si habrá alguien en *Camino hacia la paz* que pueda aconsejarme; la simple idea hace que me muerda la cara interior de la mejilla. Todos los que participan en la web se pondrían como locos si supieran que he cambiado de opinión. Lo que es peor, se escandalizarían al saber que estoy intentando convencer a mi compañero de que cambie de opinión. Precisamente eso es lo que se supone que no debe ocurrir.

Y es la razón por la que Roman no quería planear su suicidio con alguien que se rajara. Sin embargo, al final, ha escogido a una rajada. A una rajada de primera. Pero todo es culpa suya. Él me ha convertido en una rajada.

Lo único que necesito es convertirlo yo a él en un rajado. A lo mejor esto de rajarse es contagioso.

Mientras estaba desconectada, pensando en lo mío, él ha vuelto a devorar su comida. Cuando vuelvo a la realidad y lo miro, está mirándome de frente.

—¡Ah, vaya, si has vuelto! ¿Has recordado algún problema de física que debías resolver urgentemente o algo así?

Lo miro encogiéndome de hombros. No me parece un buen momento para sugerir lo del viaje en coche hasta el mar.

—Algo así.

—Bueno, te toca a ti.

—¿Eh?

—Contarme lo de tu padre —dice.

Me llevo la mano a la cara y me muerdo las pielecillas de la cutícula del pulgar.

—Es una larga historia, y en realidad no conozco bien todos los detalles…

El gesto de Roman se endurece.

—No juegues conmigo. Yo he respondido a tu pregunta. Ahora tú tienes que responder a la mía. Con toda sinceridad. —Baja la voz hasta hablar casi entre susurros—. Los compañeros de suicidio siempre cumplen sus

promesas con el otro.

Y sé que tiene razón, pero desearía que cumplir mi promesa no supusiera sentir el corazón en un puño. Literalmente.

Domingo, 31 de marzo

Quedan siete días

Convenzo a Roman para que me conceda tiempo antes de contarle la historia de por qué está encerrado mi padre. Lo haré cuando lleguemos al viejo parque. En realidad no me apetece airear los trapos sucios de mi familia a la luz de los fluorescentes de una cafetería cochambrosa. Aunque, para ser sincera, ha sido una excusa para ganar tiempo. Me da la sensación de que ahora me dedico exclusivamente a sacar más tiempo de donde sea.

Está hablando por teléfono con su madre cuando llego al aparcamiento del parque. Ella lo ha llamado unas cincuenta y siete veces desde que empezamos el viaje.

—Todo va bien. —Hace una pausa y asiente como si estuviera de acuerdo con cualquier cosa que diga su madre—. Sí, ha sido un viaje divertido. —Ella debe de haber dicho alguna ridiculez, porque él sonríe con suficiencia —. Aysel está de maravilla. Pero, oye, mamá, te llamaba porque voy a llegar un poco más tarde de lo que había pensado. —Vuelve a asentir con la cabeza—. Aysel y yo hemos pensado en pasarnos por la vieja cancha y jugar un partido. —Se ríe—. Sí, seré bueno con ella. Te lo prometo. Hasta luego.

Cuelga y se vuelve hacia mí.

—Por cierto, estás haciendo tu trabajo de maravilla.

Lo miro parpadeando, perpleja.

—¿A qué te refieres?

—Mi madre cree que vuelvo a ser completamente normal. Antes jamás me habría dejado volver a casa más tarde de la hora prevista. —Cuando sonríe, no lo hace con su tradicional sonrisa de medio lado. Es una sonrisa calculada. Me revuelve el estómago—. ¿Y te he contado que la semana pasada no entró en mi cuarto para ver si estaba bien por la noche? Gracias a ti, creo que ya no está tan preocupada por mí.

Abro la puerta del coche y salgo. La presión que siento en el pecho aumenta y arrastro las Converse de color gris por el suelo enfangado del

viejo parque. Ha dejado de llover, pero el aire sigue cargado de humedad y de frío. Me protejo cruzando los brazos y camino hacia la mesa de picnic sobre la que me senté la última vez que estuvimos aquí. Me siento encima y pego las palmas de las manos a la madera mojada, me echo hacia atrás y miro al cielo. Roman sube de un salto a la mesa y se sienta a mi lado. Lo miro y veo que se coloca la mano a modo de visera sobre los ojos.

—Siempre haces eso —digo.

—¿Qué?

—Eso de hacer visera con una mano sobre los ojos. Me he fijado en que siempre lo haces. Aunque no haga sol.

Reaparece su sonrisa de medio lado.

—Eres muy observadora. En otro universo, serías una científica genial.

—A lo mejor también en este universo —susurro.

El cuerpo se le pone en tensión. Antes de que pueda decir nada, ha bajado de un salto de la mesa de picnic y está de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, y me mira.

—Llévame a casa. —Habla con tono neutro. Preferiría oírlo enfadado. Al menos así sabría que siente algo.

—¡Venga ya, Roman! —contesto, e intento quitarle hierro al asunto. Me doy una bofetada imaginaria por haber dicho una tontería tan grande. Debería haber supuesto que iba a disgustarle que lo sorprendiera diciendo algo así. Necesito enfocar el tema con más sutileza. Tendrá que llegar a la conclusión él solo; no puedo obligarlo a pensar como yo quiero.

Intento recular.

—Solo lo he dicho por decir. No soy tan idiota.

Enarca las cejas y hace una mueca de tensión que convierte sus labios en una fina línea recta.

—Solo pretendía decir que, si las cosas fueran distintas, podría ser una gran científica. —Hago una pausa dramática para enfatizar mis palabras—. En este mundo.

—Sí. Si las cosas fueran distintas. Pero ¿de qué cosas estamos hablando? —No descruza los brazos. El sol ha asomado por detrás de las nubes y los rayos del astro hacen que sus ojos parezcan más dorados de lo normal. Prácticamente parece que estén en llamas.

—De mi padre —suelto sin pensarlo. Tres años intentando escapar de la sombra de mi padre, y ahora caigo tan bajo que voy a airear sus trapos sucios para utilizarlos como estrambótico cebo. Es patético, la verdad. He

pasado mucho tiempo intentando ocultarle la verdad a Roman por miedo a su reacción, pero ahora ya no me preocupa eso, solo sé que necesito que siga en este mundo. Que siga conmigo. Y haré cualquier cosa, lo que sea, que lo haga seguir aquí, aunque sea durante un tiempo más.

—De tu padre. —Roman niega con la cabeza mirando al suelo—. No te entiendo, Aysel. Tu padre es el motivo de que quieras morir. Pero, al mismo tiempo, estás desesperada por volver a verlo una última vez, aunque se supone que lo odias. Y ni siquiera me has contado lo que hizo. ¿De verdad confías en mí?

Aprieto los dientes y contengo el impulso de confesarle que ya no quiero morir. Que todo ha cambiado. Sin embargo, no creo que sea el momento idóneo para una confidencia así, no cuando está tan enfadado conmigo. Doy un manotazo en la mesa, justo a mi lado, para animarlo a volver a sentarse conmigo.

—Te prometo que dejaré de andarme por las ramas. Te contaré lo que ocurrió de verdad con mi padre. Lo que yo sé, en cualquier caso.

Roman aprieta los labios y sé que está pensando en qué debe hacer. Al final, le puede la curiosidad. Sube de un salto y se sienta a mi lado. Su decisión me llena de esperanza, aunque resulte algo perverso por mi parte. Al fin y al cabo, ser curioso, por definición, significa que deseas averiguar qué ocurre a continuación. Y ese deseo es un sentimiento. A lo mejor puedo aprovecharlo.

Lo miro con el rabillo del ojo. Tiene la cabeza gacha y está mirándose las manos.

—¿Roman?

—¿Qué?

—¿Me prometes que no me juzgarás si te cuento la verdad sobre mi padre?

Me toca la muñeca con amabilidad, y me la toma entre sus dedos.

—¿Por qué iba a juzgarte?

Aparto la mirada. Siento como si tuviera la garganta dilatada, como suelta, como un columpio fabricado con la llanta de un neumático que cuelga de una cuerda deshilachada. Como si en cualquier momento fuera a desplomarse y a romperse, a caer hasta el fondo de mis entrañas, y dejarme sin voz.

Me apoya una mano en el hombro.

—¿Qué quieres decir?

—Brian Jackson. —Esas son las únicas dos palabras que logro pronunciar.

Roman deja caer la mano y se la lleva a la espalda. Se vuelve para poder mirarme a la cara. Me obligo a mirarlo a los ojos, abiertos como platos. En esos ojos reencuentro la distancia que necesito y la luz; se abren paso hasta mi agujero negro. Dejo escapar un resoplido ahogado, inspiro con fuerza para tomar aire. Tengo tanto miedo de ver cómo esos ojos pasan del verano al invierno, del calor a la congelación…

Me pone la mano en la cintura.

—Aysel, tranquila. Lo entiendo.

Vuelvo a resoplar para no asfixiarme.

—No, no lo entiendes. No sabes nada.

Me recorre la columna con los dedos.

—Sí, lo sé. Sé lo de tu padre.

Me alejo de él de un salto y me sitúo justo al borde de la mesa. Me llevo las rodillas al pecho y empiezo a balancearme adelante y atrás. Intento tararear el *Réquiem* de Mozart, pero solo oigo mis latidos. Y se me acelera el pulso.

Él se acerca a mí y me rodea los hombros con un brazo.

—Tranquila… No pasa nada.

Se me nubla la vista y se me forma un enorme nudo en la garganta. En realidad hace años que no lloro en serio. No pienso hacerlo ahora. Me tiemblan los hombros y me muerdo con fuerza el labio inferior. Se me llena la boca del sabor a sangre.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no me has contado que lo sabías?

Me coge la barbilla y me vuelve la cara con delicadeza, así que me veo obligada a mirarlo. Sus ojos dorados todavía parecen en llamas.

—Porque no sabía cómo sacar el tema. Y no estaba seguro del todo. —Me suelta la barbilla y retira las manos de mi cuerpo. Se las coloca sobre las rodillas e inspira con fuerza—. Lo deduje todo a partir de tu nombre y de lo que me habías contado sobre tu familia. Resulta algo difícil no llegar a enterarse de la historia. Está por todas partes. Y pensé que sería tu padre, pero no quería creerlo. No hasta que lo oyera de tus labios.

—No hace falta que me digas que la historia está por todas partes. —Me presiono los ojos con los pulpejos de las manos. Empiezo a hipar para que

no se me salten las lágrimas. El bochorno que siento me ha tensado el cuerpo. Y ni siquiera es por mi padre, y lo que hizo es para avergonzarse, lo que pasa es que no sé cómo he sido tan idiota de creer que se podía ocultárselo a Roman.

Me sorbo los mocos y me sube por la garganta un regusto salado.

—Y si lo sabías, ¿por qué querías que te lo contara? ¿Por qué seguías preguntándome sobre mi padre?

Me coge de la mano y me la aprieta.

—Porque quería saber si confiabas en mí. Deseaba que te sintieras lo bastante cómoda conmigo para saber que yo no te juzgaría. Y quería que tú me contaras toda la historia. —Me tira de la mano para suplicarme que lo mire. Inclino la cabeza para poder mirarlo de perfil, pero me niego a mirarlo a los ojos—. Creía que te iría bien hablar de ello. ¡Maldita sea, todavía creo que te iría bien!

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—A veces hablar ayuda. A mí me ayudó hablarte de Maddie.

Me da un vuelco el corazón; vuelvo a tener esperanzas.

—¿Te ayudó?

—Me diste algo que nadie más me ha dado.

—¿El qué?

—Me mirabas de la misma forma antes y después de contarte la historia. Yo quería hacer lo mismo por ti.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Te contaré lo que sé.

Me suelta la mano y se desplaza para rodearme con un brazo. Recuesto la cabeza en su hombro.

—No te enfades conmigo —me susurra.

—No estoy enfadada.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Tiene las espaldas anchas, pero los hombros huesudos, y noto su musculatura tensándose bajo el peso de mi cabeza.

—¿De verdad que no me odias? ¿Incluso ahora que sabes con seguridad que mi padre fue el tío loco que ha salido en todas las noticias? De verdad que creía que estarías muy molesto porque… —Enfoco la mirada en una

lata de refresco de color desvaído que alguien ha tirado debajo de la mesa —. Bueno, porque tú eras amigo íntimo de Brian Jackson.

Me acaricia la nuca y me pasa los dedos por el pelo rizado y enredado.

—Te prometo que no te odio, Aysel. No podría odiarte jamás. Y está claro que no voy a odiarte por esto. Tú no le hiciste nada al hermano de Brian. Tú no lo mataste.

Su frase se repite sin cesar en mi mente: «Tú no le hiciste nada al hermano de Brian. Tú no lo mataste». A medida que digiero esas palabras, la vista se me nubla cada vez más. Una lágrima me resbala por la mejilla y se abren las compuertas de la presa. Me tiembla todo el cuerpo y tengo arcadas. No entiendo por qué me derrumbo ahora, por qué ahora precisamente, por qué ahora que ya no quiero morir.

Me abraza y me presiona la cara sobre el suave algodón de su camiseta. Huele a una mezcla de suavizante y humo de hoguera. Sigue acariciándome el pelo, y me concentro en su energía cinética. No quiero que pare. Quiero que siga moviéndose.

Pega los labios a mi oreja y susurra:

—Cuéntame, Aysel.

Inspiro el aire húmedo y se me llenan los pulmones. Tengo la sensación de que va a explotarme el corazón y me separo de Roman. Me seco los ojos y me aclaro la voz.

—Lo siento.

Él sonríe con delicadeza.

—No tienes por qué sentirlo. Deja de decir eso. No seas loca.

Frunzo el ceño.

—¿Lo ves? Sí que crees que estoy loca. Por lo de mi padre.

Sacude la cabeza, su sonrisa se amplía y se torna más pícara.

—No. Creo que estás loca, pero de una forma muy distinta. De una forma hermosa.

Se me paraliza el corazón. Quiero preguntarle cómo puede decir cosas así siete días antes de la fecha en que se supone que vamos a morir. No es justo. No puede hacer que lo ame cuando va a dejarme. Cuando él quiere dejarme. Cuando sabe que este es el final.

No dejan de caerme las lágrimas y él me da un empujón con el hombro.

—Cuéntame la historia.

Me limpio los mocos. Le miro la camiseta, ahora empapada por mis lágrimas.

—Te he estropeado la camiseta.

—La camiseta no me importa. Tú sí que me importas.

Noto un clic en mi interior. Es como si hubiera pasado toda la vida poniendo a prueba una compleja combinación solo para descubrir que estaba intentando desbloquear el cerrojo equivocado. Y ahora la caja fuerte que albergo en mi interior, la que contiene todos mis secretos, empieza a abrirse, y siento una oleada de sangre inundándome el pecho.

—Está bien, te contaré lo que sé.

No lo miro, pero percibo de algún modo cómo asiente con la cabeza. No cabe duda, también percibo en mi cara sus ojos, de expresión delicada y amable, como la primera nevada del año. Permanecemos en silencio durante un rato, sentados uno junto al otro, hombro con hombro. Presiono mi zapatilla gris contra su zapatilla blanca, ya sucia, y deseo que pudiéramos quedarnos así para siempre. Sin embargo, muy en el fondo, sé que es imposible, así que me decido a contarle la historia, toda la historia, la historia completa.

—Mis padres emigraron de Turquía a Estados Unidos antes de que yo naciera. Al principio vivieron en algún lugar de Michigan, pero un pariente de mi padre, o a lo mejor fue un pariente de mi madre…

Dejo de hablar un segundo y tomo aire.

Roman tiene razón, nunca he contado esta historia, no desde que encerraron a mi padre. La han susurrado a mis espaldas, o mi madre y Steven han hablado de ella entre murmullos a última hora de la noche, cuando creían que Georgia, Mike y yo estábamos profundamente dormidos. Ha sido deformada, manipulada y transformada. Jamás ha sido mi historia.

—En cualquier caso —prosigo—, ese pariente tenía una tienda de comestibles en Langston, y cuando falleció, mis padres se trasladaron a esta localidad para encargarse del negocio.

Roman resopla.

—Ya, ya lo sé: precisamente Langston, con todos los lugares que existen. Pero, sí, se trasladaron a esta ciudad, y un par de meses después, mi madre se quedó embarazada de mí. Supongo que empezaron a distanciarse con mi nacimiento. Antes de que cumpliera un año, se separaron. Al parecer, mi padre tenía cambios de humor muy violentos. Algunas mañanas se levantaba y le preparaba a mi madre unos huevos revueltos y una tostada. Pero otros días, ella se levantaba y descubría que él había agujereado la pared de un puñetazo en pleno ataque de furia, que se había encerrado con

llave en el pequeño estudio situado en el sótano de la casa y se negaba a salir. También se comportaba así cuando yo vivía con él. Pero sentía demasiado miedo para contárselo a mi madre.

Reúno el valor necesario para mirar a Roman. Él me pone su mano sobre la mía y entrelaza nuestros dedos.

—Sigue —me dice.

—Mi padre se quedó en Langston y se encargó de la tienda porque quería seguir teniéndome en su vida. Yo lo era todo para él… —Se me quiebra la voz cuando lo digo—. Y entonces mi madre conoció a Steve, y se casaron y tuvieron a Georgia y a Mike, y yo los visitaba los fines de semana, pero vivía con mi padre. Y él odiaba no estar conmigo esos fines de semana.

Me quedo mirando a lo lejos, hacia el columpio. Movido por el viento, el columpio se balancea adelante y atrás, como si estuviera empujándolo un fantasma. Me pregunto si Roman y Maddie vendrían a este parque a columpiarse. Me trago la saliva, salada por las lágrimas. Sé que Roman está esperando a que diga algo más, pero esta es la parte que me asusta, la parte a la que nunca he logrado encontrar sentido ni yo misma.

Tras un largo y tenso silencio, digo:

—Un día fui a casa de mi madre después del colegio. Normalmente, al salir de clase me reunía con mi padre en la tienda, pero ese día era especial porque Mike jugaba su primer partido de la liga de alevines y le había prometido que iría a verlo. Recuerdo la mirada de mi padre cuando le dije que llegaría tarde a casa. Las cosas iban mal en la tienda y él contaba conmigo para hacerle compañía y echarle una mano. Ese mes tenía el convencimiento de que alguien estaba robándonos los productos. Estaba obsesionado con el tema.

Hago una pausa y me muerdo el interior de la mejilla izquierda. No suelto la mano Roman. Se la aprieto con más fuerza cada vez; cada apretón contiene un pequeño deseo.

—Por eso yo no estaba allí cuando ocurrió. Cuando Timothy y sus amigos entraron en la tienda, yo estaba viendo cómo Mike iba corriendo de la primera a la segunda base. —Sacudo la cabeza y me quedo mirando al suelo—. Timothy y sus amigos entraron en la tienda y empezaron a hacer el tonto. Correteaban por los pasillos y uno de ellos tiró una estantería, y mi padre, mi padre, él… —Me atraganto y no puedo hablar—. Mi padre se enfadó. Se enfadó mucho. Empezó a gritarles, y Timothy y sus amigos creyeron, por algún motivo, que era muy divertido y decidieron tirar otra

estantería. Otro de los chicos agarró unas barritas de caramelo y las lanzó por los aires y provocó a mi padre para que tuviera alguna reacción.

»Y mi padre agarró el bate de béisbol que tenía detrás del mostrador y fue a por ellos. Supongo que Timothy se puso por delante para intentar razonar con él, pero mi padre lo golpeó. Nadie logró detenerlo. Cuando llegó la policía, Timothy estaba inconsciente, y mi padre se encontraba sentado junto a él, todavía con el bate de béisbol en la mano, como un pirado. Timothy no despertó del coma y murió en el hospital tres días después. —Inspiro tres veces, temblorosa—. No creo que mi padre supiera siquiera quién era Timothy Jackson.

No puedo mirar a Roman a la cara, por eso presiono la cabeza contra su pecho.

—Mi madre no me permitió volver a verlo. Ni siquiera pude asistir al juicio como oyente. Jamás pude despedirme.

Me acaricia la nuca y me pasa los dedos por los rizos del pelo.

—Seguramente pensó que sería lo mejor para ti. Tu padre estaba… —No acaba la frase—. Bueno, ya sabes.

Me aparto para poder mirarlo a la cara. Le cojo la mano.

—¿Sabes? Antes, cuando has dicho que mi padre era el motivo por el que quería morir, te equivocabas. No es por él. El motivo es que me aterroriza que, sea cual sea la locura que habita en su interior, también esté dentro de mí. Me asusta que, en lo más hondo de mi ser, sea capaz de hacer algo igual de horrible. Me asusta mucho perder la razón como le pasó a él.

Se hace un largo silencio, y Roman no dice nada. Me suelta la mano, y se me cae el alma a los pies. «Me odia. Le doy miedo.» Aparto la vista y estoy a punto de bajar de un salto de la mesa cuando él me tira del brazo.

—Aysel, mírame.

Yo no dejo de concentrarme en los columpios. Las cadenas están oxidadas. Alguien las tendría que cambiar. Alguien debería limpiar bien este lugar.

—Aysel —me insiste—, por favor.

Cuando me vuelvo para mirarlo, veo su cara a pocos centímetros de la mía. Tiene la mandíbula apretada y expresión sombría en los ojos. Aguanto la respiración mientras espero que diga algo. Que diga cualquier cosa.

Me aparta un mechón de pelo de la cara y luego agacha la cabeza para poder besarme en la frente. Me estremezco de pies a cabeza.

—Quiero que sepas que no te pareces en nada a tu padre. ¿Me oyes? Yo

lo sé, Aysel. Tú jamás harías algo así. —Me sujeta la cara por las mejillas y mece mi cabeza entre sus manos.

—Pero, entonces, ¿por qué lo echo tanto de menos? —Tengo la nariz a unos milímetros de la suya y deseo apartar la mirada, pero no puedo.

Él me acerca más hacia sí y me envuelve entre sus brazos.

—Porque eres humana. Ninguna persona es exclusivamente buena o mala. Estoy seguro de que has pasado buenos momentos con tu padre. Es lógico que lo eches de menos.

—Por eso quería verlo una última vez, ¿sabes? No solo para intentar averiguar si soy como él, sino para que él supiera que lo echo de menos. Que siento haberlo dejado solo. A pesar de que todo sea una mierda, quiero que me perdone.

Roman me masajea la espalda con una mano y va ascendiendo hasta posármela entre los hombros.

—Estoy convencido de que él no te culpa de nada, Aysel. Estoy seguro de que todavía te quiere. Siempre te querrá.

Oírlo decir eso hace que mis lágrimas se conviertan en sollozos. Me abraza con más fuerza, y yo lloro desconsolada y hundida en su camiseta. Estamos ahí sentados, yo lloro, él me masajea la espalda, y pasa un tiempo que a mí me parecen horas. En cuanto me recompongo, me aparto un poco de su cuerpo, me muevo sobre la mesa para recolocarme y me seco las lágrimas.

—Lo siento.

Alarga las manos y agarra las mías.

—Ni se te ocurra pedir perdón.

Trago saliva un par de veces y levanto la vista para mirar al cielo. Ha adquirido un nostálgico azul añil, y el sol está empezando a ponerse. No quiero que este día termine; no quiero que pase el tiempo. Cierro los ojos y permanezco tan quieta como puedo durante un instante. Cuando abro los ojos, veo que Roman está mirando al suelo.

—Gracias —digo.

—¿Por qué?

—Por entenderlo.

Se encoge de hombros rápidamente, como si no tuviera importancia, pero está claro que sí la tiene.

—Encontré el retrato que me habías hecho —digo con tono más calmado.

Se le ilumina la mirada de sorpresa.

—No está acabado.

Me lo saco del bolsillo y lo despliego.

—A mí me parece bastante terminado.

Desplaza el peso del cuerpo del pie izquierdo al derecho, con inquietud.

—Puedes quedártelo.

Sé que el gesto debería haberme alegrado, pero no es así. Lo dice de tal forma que suena a último deseo.

—Ojalá supiera dibujar.

Se queda mirando a lo lejos y se frota la nuca.

—Estoy seguro de que sí sabes.

—Así no —susurro—. Me gustaría saber dibujarte tal como te veo. —Dibujaría a un chico con la sonrisa más atractiva del mundo y con las manos más amables, y con unos ojos de mirada nostálgica aunque a veces irradien cierto brillo. Dibujaría a un chico que se merece ver el mar.

Pero es como si Roman tuviera un sexto sentido para captar mis divagaciones sobre cómo evitar su suicidio y hace crujir el cuello al moverlo en dirección al coche.

—Deberíamos ponernos en marcha.

Me golpea una ráfaga de aire frío en la cara, que sigue húmeda por las lágrimas, y cuando lo veo ahí de pie, con la mano en la nuca, el viento agitándole la camiseta holgada, la expresión de dolor que le paraliza el rostro, sé que está pensando en Maddie. Sé que está pensando en tirarse de cabeza al río Ohio. Sé que está pensando en morir.

Siento ganas de romper a llorar otra vez.

Durante el camino de vuelta a casa, consigo que acceda a quedar conmigo en algún momento de la semana que viene. El motivo es bastante retorcido: admite que debemos hablar sobre qué vamos a hacer con las notas de suicidio. Apenas puedo hablar de ello, además, estoy segura de que sabe que estoy mintiendo y que yo sé que lo sabe. No obstante, ninguno de los dos dice nada.

Después de quedar para vernos de forma desganada, el resto del camino lo hacemos en silencio. No me molesto en encender la radio. Ni siquiera el *Réquiem* de Mozart podría consolarme en este momento. Mientras estoy estacionando en la entrada de su casa, Roman dice:

—Anoche dormiste con los calcetines puestos.

—¿Qué? —Aparco el coche y apago el motor para volverme hacia él.

Él está mirando por la ventanilla del acompañante, pegado a la puerta,

como si necesitara separarse tanto de mí como sea posible.

—Dijiste que no podías dormir con los calcetines puestos. ¿Recuerdas que me lo contaste? Me dijiste que era un problema para ti. Pero anoche dormiste con los calcetines puestos.

No logro saber si está hablando en serio o si está bromeando.

—Hummm… ¿Y adónde quieres ir a parar?

Poco a poco se vuelve para mirarme. Tiene los ojos abiertos como platos y humedecidos. Intuyo que le ha llegado el turno de llorar, aunque pestañea para que no se le salten las lágrimas.

—Lo que quiero decir es que tú sí puedes cambiar. Eres flexible. Recuérdalo, Aysel, eres flexible.

—Son solo un par de calcetines —respondo en voz baja.

Él se encoge de hombros.

—Pero sigue siendo un cambio.

Estoy a punto de decirle que él también puede ser flexible. Que yo sé que puede. Pero me muerdo la lengua con fuerza. Bajo del coche para ayudarle a descargar el maletero. No suelo rezar mucho, pero ruego al cielo por que la señora Franklin no salga de la casa. Deseo que estén dando algún drama romántico fascinante en la tele y que resulte más atractivo que el que está teniendo lugar en la escalera de entrada de su casa.

—¿Qué intentas decirme, Roman?

En sus labios aflora la sonrisa pícara.

—Nada. Solo estaba haciendo una observación. —Su mirada ya no parece tan triste. En realidad ya no expresa nada, está vacía, y eso hace que el corazón se me encoja incluso más. Abre los brazos de par en par y me da un achuchón—. Hasta luego.

—Espera, ¿hemos quedado para el jueves o para el viernes? ¿Cuál de los dos días te iba mejor, me lo recuerdas?

No responde. Baja los brazos para soltarme, da media vuelta y empieza a caminar hacia su casa, con la mochila, la tienda, la nevera y la cesta de picnic. Me planteo ayudarlo, porque se pelea con los trastos para poder llevarlos todos a la vez, pero no creo que acepte mi ayuda. Ojalá aceptase mi ayuda.

—¡Ya te contaré si sé algo más sobre mi padre! —le digo a gritos.

A estas alturas, ni siquiera me importa si su madre lo oye. Por primera vez en mi vida, mi padre es la menor de mis preocupaciones. Veo que Roman tira los trastos de la acampada en la puerta. Se despide de mí con un

rápido gesto de la mano, pero no se vuelve para mirarme.

Tengo que pensar en una forma de obligarlo a volver. De que dé media vuelta.

Lunes, 1 de abril

Quedan seis días

Cuando acaban las clases, llamo al número que me dejó Jacob en el buzón de voz. Llamé el domingo una vez, después de llevar a Roman a su casa, pero no me contestaron y no logré reunir el valor necesario para dejar un mensaje.

Me quedo hecha un ovillo en el asiento del conductor y me pego el teléfono a la oreja. Suena un par de veces y una voz mecánica contesta:

—Hospital Psiquiátrico Saint Anne, le atiende Tara. ¿En qué puedo ayudarle?

Trago saliva.

—Sí, esto… Hola, Tara. Me llamo Aysel Seran. Soy la hija de Omar Seran. Me han dicho que lo habían trasladado desde la Institución Penitenciaria McGreavy hasta Saint Anne y…

Hablo más rápido de lo que puedo pensar, pero me asusta no decirlo todo antes de que Tara me cuelgue y perder la única oportunidad que tengo de encontrar a mi padre.

—Entiendo. —Habla con voz entrecortada—. ¿Eres menor de edad?

—¿Cómo?

—¿Tienes menos de dieciocho años?

Me planteo mentir.

—¿Y eso qué importa?

—No estoy autorizada a dar ninguna información relativa a los pacientes a menores de edad. Tampoco estoy autorizada a dar información comprometida por teléfono.

—Pero… —Me muerdo el labio inferior—. ¿Qué se supone que debo hacer? Tengo muchas ganas de ver a mi padre.

La oigo suspirar.

—Si tu padre es paciente de este lugar, lo que no te puedo confirmar oficialmente, tendrás que pedirle a tu tutor que nos llame para concertar una

visita. Dependiendo del estado del paciente, tal vez la visita no sea posible.

—¿No puede darme más información que esa? ¿Ni siquiera una pista de si mi padre está ahí o no?

—Creo que sería buena idea hablar con tu madre sobre el tema de concertar una visita. —Otro suspiro—. Dile que llame a este número.

Esbozo una tímida sonrisa.

—Gracias.

—De nada. Que tengas un buen día. —Y oigo como cuelga el teléfono.

Vuelvo a meterme el móvil en el bolsillo y echo el asiento hacia atrás para poder tumbarme del todo. El sol asoma por detrás de las nubes y se proyecta sobre mi cara. «Necesito hablar con mi madre sobre mi padre.»

Me imagino visitándolo. Me pregunto si llevará un camisón blanco. O, peor aún, si estará encadenado. Entrecierro los ojos e intento imaginar su cara, pero solo logro ver al hombre al que recuerdo. El hombre que jamás habría matado a golpes a un chico con un bate de béisbol. A lo mejor todos tenemos un lado oscuro, solo que a algunos de nosotros se nos da mejor gestionarlo que a otros.

Lo que hizo mi padre estuvo mal, fue horrible, inexcusable, aunque tal vez le quede alguna esperanza. A lo mejor, si logra recibir la ayuda que necesita, reaparecería el hombre que me enseñó a escuchar la *Tocata* de Bach y que pasaba la noche en una silla de mi habitación cuando yo tenía miedo a la oscuridad.

Además, si todavía existe alguna esperanza para mi padre, también hay esperanza para mí. A lo mejor es verdad que él y yo tenemos la misma babosa negra dentro, pero yo soy la encargada de aniquilarla. Se lo debo a mi padre. Me lo debo a mí misma.

Recoloco el asiento del coche en la posición habitual y meto la llave en el contacto. «Necesito hablar con mamá.» Mientras salgo del aparcamiento del instituto, me hago una promesa: «Seré más fuerte que la tristeza que siento».

Haré todo lo posible por convertirme en la chica que ha retratado Roman. La chica de la mirada brillante. La chica con esperanza.

Lunes, 1 de abril

Quedan seis días

Cuando llego a mi casa, mi madre está delante del fregadero, pelando patatas. Me acerco a la alacena y rebusco entre todo lo que hay dentro; intento dar con una barrita de cereales y pepitas de chocolate.

—Aysel —dice, y me hace un rápido gesto con la mano.

Me vuelvo para mirarla con la caja de barritas en la mano.

—Mike siempre se come la última y nunca tira la caja. Es un fastidio.

Mi madre sonríe sin ganas. Lleva el pelo castaño claro recogido en una trenza floja. Cuando se hace ese peinado, que deja a la vista su amplia frente y sus pómulos marcados, se parece mucho más a Georgia. Suelta el pelador de patatas y se seca las manos.

—¿Podemos hablar?

Parece que no va a responder al comentario sobre las barritas de cereales. Dejo la caja en la mesa de la cocina.

—Claro.

—Han llamado de TCM. El señor Palmer me ha preguntado si sabía dónde te habías metido. Has faltado al turno del sábado, y se suponía que hoy también trabajabas, ¿no? —Parece insegura, como si tuviera miedo de reprenderme.

Pero tiene razón. He faltado al trabajo. Supongo que imaginé que, si voy a morir, no era tan importante conservar el trabajo. El dinero no le sirve para nada a una persona muerta. Sin embargo, la cuestión es que, aunque no me tire desde Crestville Pointe, estoy segura de que no quiero volver a trabajar en TCM nunca más.

—Voy a dejar el trabajo —digo.

—¡¿Qué?! —me pregunta, como si no me hubiera oído bien.

Sin embargo, sigue hablando con tranquilidad y con tono comedido. Ojalá, aunque fuera por una vez, pudiera hablarme como a una chica normal.

—Puedes gritarme —contesto—. Yo no soy él, ¿sabes? A lo mejor sí soy como él, pero no tengo por qué acabar igual. —Siento que los ojos me arden cada vez más. Hago todo lo posible por parpadear a toda prisa y que no me broten las lágrimas.

Mi madre retrocede como si acabara de abofetearla. Se lleva una mano a la mejilla.

—¡Oh, Aysel! ¡Oh, mi niña! —Se acerca a mí.

Dejo que me abrace, pero no correspondo el abrazo. Me dejo caer sobre ella y noto cómo se le tensa el cuerpo mientras sostiene el peso del mío.

Me coge de la mano y me lleva hasta su habitación. No he estado aquí desde que vine a vivir a esta casa, aunque no me he perdido gran cosa. No es mucho más grande que la habitación que comparto con Georgia. Veo un par de camisas sucias de Steve en el suelo, tiradas en un rincón, pero, a parte de ese detalle, da la sensación de que mi madre se esfuerza mucho por mantener limpio este espacio. Es su santuario, apartado del tremendo caos del resto de la casa.

Nos sentamos en su cama. Apoyo las palmas de las manos en la colcha de estampado floral. Inclino la cabeza para contemplarla. Está deshilachada, por eso las rosas parecen borrosas y sangrantes. Tiro de uno de los hilos sueltos.

Se aparta un poco de mí para poder mirarme directamente a los ojos.

—Aysel —me dice—, no te pareces en nada a él.

Siento como me late el corazón con fuerza, me presiona el pecho porque está muy dilatado, y me pregunto si es lo único que me ha dejado la babosa negra. Como si el resto de mis órganos hubiera desaparecido y lo único que me quedara fuera este corazón solitario y palpitante.

—Pero sí que me parezco a él.

Mi madre me roza la mano con delicadeza.

—¿A qué te refieres?

Respiro y me estremezco; trago saliva un par de veces para intentar tranquilizarme.

—Estoy triste, mamá. Estoy triste a todas horas. Y creo que él también lo estaba siempre.

—¡Oh, mi niña! —dice con abatimiento. Por fin levanto la vista para mirarla y tiene los ojos vidriosos e inyectados en sangre—. Tendrías que habérmelo dicho. ¿Por qué no has acudido antes a mí?

Me quedo cabizbaja y hundo la barbilla en el pecho.

—Tenía miedo… —Se me quiebra la voz y noto el sabor salado de las lágrimas que empiezan a formarme un nudo en la garganta—. Me aterrorizaba que me echaras de casa. O, peor aún, que pudiera causarte más problemas todavía. No te mereces más problemas.

Mi madre vuelve a abrazarme con fuerza. Me mece hacia atrás y hacia delante en silencio. Me suelta y se enjuga las lágrimas.

—No sé cómo explicártelo, Aysel, pero creo que nunca he intentado hablar contigo sobre todo esto porque me aterrorizaba acabar metiendo la pata. —Hace una pausa durante un instante y frunce los labios, como si estuviera a punto de decir algo, aunque no lo hace.

—¿Mamá?

Lanza un suspiro.

—Supongo que todavía no sé lo que quiero decir. O qué debería decir. Ya sabes, cuando eras más pequeña solía verte bajo el árbol del jardín delantero del colegio, con el cortavientos azul que tu padre te había comprado. Ese con el estampado de patitos amarillos. ¿Lo recuerdas?

Sí que lo recuerdo. Ella sigue hablando:

—Yo estaba allí porque había ido a buscar a Georgia y sabía que tu padre iría a buscarte, pero jamás pude olvidar la sensación de que debía hacer algo por ti. Incluso entonces parecías tan sola… Quería salir del coche y abrazarte, hablarte, pero nunca lo hice. Y luego, cuando ocurrió todo lo de tu padre, me dejé llevar por el miedo todavía más. Lo siento. Lo siento mucho. Debería haber sido más fuerte por ti.

Alarga las manos en dirección a las mías, pero yo me alejo para que no me las coja. Me caen las lágrimas y me humedecen las mejillas; me las seco con la manga de la camiseta. Me aclaro la voz.

—Quiero ir a visitar a papá.

Ella no dice nada. Se queda mirando al suelo.

—Mamá, quiero verlo. Creo que eso podría ayudarme.

—Ya no está en la cárcel —me responde con tono pausado y alarga una mano para cogerme la mía. Esta vez dejo que me la coja. Me da un apretón —. Lo han trasladado a un hospital psiquiátrico.

—Ya lo sé.

Echa la cabeza hacia atrás de golpe.

—¿Qué?

—He intentado visitarlo en McGreavy y me han dicho que lo habían trasladado. Y necesito que vayas conmigo a Saint Anne para poder verlo.

Se lleva la mano a los labios, la cierra en un puño y se muerde un poco los nudillos.

—¿Me llevarás? —insisto.

Inspira con fuerza y se acerca, poco a poco, y me pasa la mano por el pelo, por la nuca, como he visto que le hace a Georgia y como creía que no volvería a hacérmelo jamás.

—No estoy segura de que sea muy buena idea, pero haré averiguaciones y veré cómo podemos concertar una visita.

—¿Me lo prometes?

Me sujeta las manos.

—Te lo prometo. Aunque también voy a necesitar que hagas algo por mí.

—¿El qué?

Nuestros dedos están entrelazados con fuerza y me da un buen apretón.

—Háblame sobre tu tristeza, Aysel. ¿Necesitas ir al psicólogo?

Aparto la vista de ella.

—No lo sé.

Desde que tengo memoria, me ha aterrorizado hablarle a alguien sobre mi tristeza, porque estaba segura de que lo considerarían una prueba de que había heredado la locura de mi padre. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que jamás seré capaz de cambiar lo que mi padre hizo ni el hecho de que yo no estuviera allí aquella tarde para intentar detenerlo. Me despertaré todos los días, y él seguirá siendo el culpable de la muerte de Timothy Jackson.

Y, a lo mejor, la babosa negra siempre vivirá en mi interior. A lo mejor siempre tendré días malos en los que esa pesadez parezca insoportable. Pero, aunque suene a cursilería, quizá los días buenos hacen que valga la pena vivir los malos.

Llevo demasiado tiempo imaginando que mi futuro es mi pasado, con pánico de imaginar cualquier otra cosa. Y he vivido así, paralizada, por miedo a mi propia energía cinética. A lo mejor ha llegado la hora de que empiece a imaginar; a lo mejor ha llegado la hora de que me ponga en movimiento. A lo mejor ha llegado la hora de que luche contra la tristeza que reside en mi interior.

Me pregunto si es posible conseguir que Roman lo entienda. Hacerle ver que mi cambio de sentimientos no tiene nada que ver con que me haya rajado, sino que está relacionado con las ganas de luchar. Tendré que encontrar el valor para sincerarme con él por completo.

—¿Puedo pensármelo? —pregunto por fin.

—Claro —responde ella—. Pero, aunque todavía no quieras acudir a la consulta de un psicólogo, tienes que prometerme que seguirás hablando conmigo. No puedes seguir guardándotelo todo y no compartirlo, Aysel. Ya no más.

—Ya lo sé —digo, y me recuesto sobre ella. Inspiro su perfume a flores y me recuerda a cuando era pequeña, antes de que la pesadez que siento en mi interior se volviera tan abrumadora, tan insoportable… Me pregunto si es así como acaba ganando el lado oscuro: convenciéndonos de que lo conservemos encerrado en nuestro interior, en lugar de abrirnos para dejarlo salir.

No quiero que gane el lado oscuro.

Miércoles, 3 de abril

Quedan cuatro días

En clase de inglés hemos pasado de hablar sobre poetas estadounidenses deprimidos al tema dedicado a la obra *El paraíso perdido*. Hemos cruzado el charco de un salto: hemos pasado de los poetas deprimidos estadounidenses a los autores deprimidos británicos.

La señora Marks está enamorada de John Milton. Tiene el libro todo el rato pegado al pecho, como si el ejemplar fuera un bebé y uno de nosotros fuera a arrancárselo de las manos y salir corriendo con él. Por lo visto, tuvo que luchar durante años para que le permitieran incluirlo en el temario, y todavía actúa como si el director del instituto fuera a entrar en cualquier momento para prohibirlo.

Camina de un lado para otro del aula. Ella es así. Nos obliga a estar sentados y quietos como estatuas, y ella se pasa la hora entera revoloteando a nuestro alrededor.

—Como ya sabréis a estas alturas del año, soy una yonqui de las grandes citas. De las frases ocurrentes.

Algunos compañeros de clase sueltan una risilla cuando la oyen decir «yonqui». Yo me froto los ojos, porque hago todo lo posible para mantenerme despierta. La atmósfera en el aula es sofocante; ya me cuesta prestar atención a la señora Marks cuando la clase está a una temperatura normal. Miro el reloj. Trece minutos más hasta que suene el timbre y pueda marcharme a clase de física.

—Y a pesar de lo mucho que me gustan algunos poemas de John Berryman, Sylvia Plath y Allen Ginsberg, no soy objetiva con la poesía británica —dice cuando oye más quejas. El tema de la poesía estadounidense no fue muy popular. Menuda sorpresa—. John Milton podría gozar del peculiar honor de haber engendrado con su pluma la que es mi cita favorita.

Deja de dar vueltas y se dirige hacia la pizarra blanca. Coge un rotulador

azul y garabatea.

—«La mente es su propia morada y, en sí misma, puede convertir el cielo en infierno, el infierno en cielo.» —Lee la cita, y luego añade—: ¿Alguien puede decirme qué quiso decir Milton con esto?

La clase se queda totalmente callada. No se oyen más quejas. Yo releo la cita, y las palabras me retumban en la cabeza. Por primera vez en todo el año, abro el cuaderno de inglés en plena clase. Está casi vacío, salvo las hojas en las que apunto los deberes que nos ponen. En el encabezamiento de una hoja en blanco copio la cita.

—¿Aysel? —dice la señora Marks.

No puedo creer que esté dirigiéndose a mí. Jamás me pregunta nada. Creía que era una especie de acuerdo tácito. Una especie de pacto entre ambas.

—No lo sé —musito, encogiéndome de hombros.

—Venga. —Tamborilea en la pizarra con el rotulador—. He visto que estabas escribiendo algo. Seguro que la cita te ha hecho pensar. Haz un esfuerzo por compartir esa reflexión con los demás.

Inspiro con fuerza y leo la cita por tercera vez. La cita me hace sentir como si alguien hubiera enchufado mi cerebro a la corriente eléctrica y le hubiera dado una descarga de energía.

—Me recuerda a Einstein.

Después de decirlo, la clase vuelve a soltar risitas y gruñidos.

—Silencio. —La señora Marks hace callar a mis compañeros—. Continúa, Aysel.

Sé que me conviene dejar de hablar. Hace una semana lo habría hecho. Pero, en este momento, siento que tengo algo que decir y no puedo silenciarlo más.

—Lo que intentaba explicar es que me recuerda a la teoría de la relatividad de Einstein. Aunque, evidentemente, Milton no está hablando de la velocidad de la luz; está hablando sobre cómo ve la vida la mente humana.

La señora Marks asiente con la cabeza y me anima a proseguir, y lo hago.

—Sin embargo, en realidad, Milton y Einstein decían más o menos lo mismo. Que todo es subjetivo para la mente humana. Nuestras emociones, nuestras opiniones, todo es relativo. Todo depende de la perspectiva.

—Excelente, Aysel —dice—. Deberías participar más.

Y, para mi sorpresa, no oigo ningún susurro. Nadie me insulta por lo

bajini. El aula está en silencio, y la señora Marks sigue con su cháchara interminable sobre *El paraíso perdido*. Nos manda como deberes leer las páginas correspondientes del libro, y suena el timbre. Justo cuando estoy saliendo de clase, la señora Marks me hace una rápida señal de aprobación levantando el pulgar. Asiento con la cabeza y le sonrío con la mirada. Camino deprisa por el pasillo para poder llegar a clase de física antes de que entre todo el mundo. Estoy prácticamente sin aliento cuando llego al aula del señor Scott.

—¡Vaya, Aysel! —dice con las manos puestas sobre la cabeza—. No hace falta que corras tanto.

—Lo siento —digo jadeando. Intento respirar con normalidad—. Es que quería preguntarle si todavía estaba a tiempo de presentar la solicitud para aquel programa de verano.

Le aflora una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí. El plazo termina el primero de mayo. Todavía hay tiempo para que envíes tu solicitud. —Se dirige hacia su mesa y abre uno de los cajones. Saca otra copia del folleto y me la pasa—. Solo por si has perdido el otro. —Me guiña un ojo.

Pienso en decirle que todavía conservo el que me dio. Que las fotos en papel satinado ya están arrugadas porque he pasado horas y horas manoseándolo, intentando imaginarme a mí misma como uno de esos chavales sonrientes, con gafotas de laboratorio demasiado grandes para mi cara, mirando por un microscopio o construyendo un puente con palillos.

Todavía no logro verme a mí misma de esa forma, pero sí puedo imaginármelo como una posibilidad. ¡Toma ya! Puedo sentirlo como una posibilidad en lo más profundo de mi ser.

Pero no le digo nada de todo eso al señor Scott. Cojo el segundo folleto y le sonrío.

—Gracias.

Estoy dirigiéndome a mi mesa cuando él me dice:

—Ah, oye, Aysel.

—¿Sí? —me vuelvo.

—¿Cómo va vuestro proyecto? Estoy impaciente por ver qué se os ha ocurrido a Tyler y a ti.

Recuerdo nuestra visita al zoológico. Me da la sensación de que fuimos hace siglos.

—Lo tendremos para el día diez.

El señor Scott sonríe.
—Bien, lo espero con impaciencia.

Jueves, 4 de abril

Quedan tres días

Voy en coche hasta la casa de Roman. Le he enviado un mensaje de texto para avisarle de que estaba de camino. No ha respondido, aunque a veces tarda un poco en contestar.

Me lo imagino en su habitación. Tirado sobre la cama, boca arriba, mirando a Capitán Nemo, dibujando de forma distraída, trazando rayas sobre el papel sin hacer mucha presión con el lápiz. Me pregunto si está con Capitán Nemo todo el día en silencio o si le hablará. Me pregunto si Roman le hablará alguna vez sobre mí. Me gustaría conseguir que Capitán Nemo me confiara todos los secretos de su dueño.

Me sujeto al volante del coche y me recuerdo que no es necesario que nadie me desvele los secretos de Roman. Que voy a conseguir que hable conmigo. Porque voy a ser sincera del todo. Aparto los ojos de la carretera durante un segundo y miro hacia el asiento del acompañante, donde he tirado un libro que compré titulado *Explorar las playas de Carolina del Norte*. Supongo que empezaré intentando convencerlo de que hagamos el viaje en coche hasta el mar, y espero que lo demás vaya saliendo con naturalidad.

Roman sigue sin responder mi mensaje de texto cuando aparco en el camino de entrada a su casa. Me quedo sentada en el coche unos minutos, mirando el ya familiar buzón de color amarillo crema. Vuelvo a enviarle un mensaje y, como sigue sin contestar, lo intento con una llamada. No hay respuesta.

Me sobresalto porque, mientras sigo sentada en el asiento del conductor, oigo que se abre la puerta de entrada de su casa, pero me relajo enseguida cuando veo que se trata de su madre. Salgo del vehículo y la saludo con la mano.

—Aysel —dice mientras se dirige hacia mí. Lleva un jersey rosa y sus zuecos de andar por casa con dibujitos de margaritas—. ¿Qué haces por

aquí? —Lleva la melena castaña recogida en un moño alto. La hace parecer más joven de lo habitual.

Le sonrío como disculpándome.

—¡Ah!, es que estaba por el barrio y quería ver si Roman estaba en casa. La semana pasada hablamos de quedar hoy.

La señora Franklin frunce el ceño y se le juntan las cejas.

—Roman no está en casa.

—¿De veras? —Intento no parecer del todo sorprendida. Creía que nunca salía de casa a no ser que fuera en mi compañía.

—Sí. Me ha dicho que iba a tu casa.

Noto cómo me quedo boquiabierta sin poder evitarlo.

—¿Cómo?

La madre de Roman se tapa con los brazos, como si de pronto sintiera mucho frío.

—Me ha pedido permiso para coger mi coche e ir a tu casa. No estoy muy segura de si lo sabes, pero Roman ha tenido prohibido conducir durante mucho tiempo. Sin embargo, parece que está mucho mejor desde que sale contigo, y por eso pensé que… —Deja la frase inacabada.

Un terrible pensamiento me golpea con la fuerza de un tsunami. Tengo la sensación de haberme ahogado y haber conseguido escupir el agua.

—¿Puedo subir a su habitación?

Hace una pausa y me mira; su expresión es de confusión total. Pero entonces abre los ojos de par en par y corre hacia la casa. Yo la sigo.

Ella cruza la cocina a toda prisa y empuja una silla para apartarla del camino. El mueble choca contra la repisa y hace caer una taza situada en el borde, que se rompe en mil pedazos. Salto sobre los fragmentos de porcelana y voy a la zaga de la señora Franklin mientras ella sube disparada la escalera.

Subimos a todo correr y me da un vuelco el corazón cuando veo la puerta de la habitación de Roman abierta. A lo mejor está dentro. A lo mejor lo único que ocurre es que lleva los auriculares puestos y que está escuchando su espantosa música, para desconectar y olvidarse del mundo.

La señora Franklin se queda paralizada en la puerta. Se lleva una mano al corazón y lanza un profundo suspiro. Noto como si tuviera los pies anclados al suelo, su peso tira de mí hacia abajo, pero me obligo a moverme y a entrar en la habitación de Roman.

Se me eriza el vello de los brazos y me invade una sensación repentina de

abatimiento al entrar en el cuarto vacío. Me vuelvo hacia la señora Franklin, y tiene expresión neutral, casi de alivio. Echo un vistazo a la habitación, en busca de algún rastro de Roman.

La cama está deshecha, la colcha beis está arrugada y hecha un gurruño a los pies del colchón. Hay una hendidura en la almohada. Me acerco a ella y la presiono con la mano.

—Aysel —dice la señora Franklin con la voz temblorosa—, ¿hay algo que debería saber? —Vuelve a protegerse con los brazos—. ¿Debería preocuparme?

No le respondo. Miro la mesilla de noche y no veo ninguna carta; no hay nota de suicidio.

—No estoy segura.

Me agacho y meto la cabeza por debajo de la cama. No encuentro nada. Me levanto y camino hacia el acuario de Capitán Nemo. Se me para el corazón cuando lo veo. Hay un platito más de comida. Antes había solo uno, pero ahora hay dos.

Me muerdo con fuerza el interior de la mejilla. Podría ser un despiste. Quizá Capitán Nemo tenía más hambre de lo habitual esta mañana. La cabeza me va a mil por hora en busca de explicaciones, pero ninguna de ellas me convence tanto como el nudo en la boca del estómago, que cada vez es más grande y más angustiante, mientras contemplo como la tortuga asoma la cabeza y vuelve a sumergirla en el agua.

—¡Tenemos que localizarlo! —grito, pero suena más bien a susurro ahogado.

Salgo corriendo de la habitación y bajo los escalones de dos en dos. La señora Franklin me sigue, me agarra con fuerza de la mano y me atrae hacia sí.

—¿Qué está pasando? —pregunta. Habla entre jadeos y tiene la cara roja.

—Me preocupa que Roman… —No puedo ni mirarla. Jugueteo con las llaves del coche.

—Te acompaño.

No es una sugerencia, es una afirmación rotunda. No quiero que me acompañe, pero no sé cómo decírselo. ¿Cómo voy a decirle nada cuando todo esto es culpa mía? Cuando debería haberle contado hace días lo de nuestro plan, lo de nuestro pacto suicida.

El coche derrapa mientras doy marcha atrás para salir del camino lo más rápido posible. La señora Franklin apoya con fuerza las palmas de las manos

en el salpicadero para mantener el equilibrio, pero no me reprende por conducir demasiado rápido. Salgo disparada hacia Crestville Pointe.

La madre de Roman empieza a sollozar. Empieza a llorar. Se le estremecen los hombros. Apoya el puño cerrado en la ventanilla del copiloto.

—Todo esto es culpa mía.

«¡No es culpa suya. Es culpa mía!», grito mentalmente. Se me tensa la mandíbula y mantengo la vista clavada en la carretera. Roman siempre quiere que me mantenga atenta a la carretera. Que me mantenga concentrada.

—Se culpa de la muerte de su hermana —dice.

«Lo sé. Lo sé todo.» Permanezco callada.

—Pero es culpa mía. Se lo he dicho mil veces. Soy yo la que lo dejó a solas con ella. Era una responsabilidad demasiado grande para un chico de solo dieciséis años. Jamás debería haberlo dejado… Haberlo dejado a solas con ella… —Se derrumba y entierra la cabeza entre las manos—. Cuando Roman iba al psicólogo, yo lo acompañaba. Y hablábamos siempre de que los responsables habíamos sido su padre y yo, no él, pero mi hijo no acababa de creérselo.

Ni siquiera asiento en silencio. No puedo decir nada. Aparco el coche en la entrada del bosque. Echo un vistazo a la zona en busca del todoterreno rojo de los Franklin. No veo ni rastro del vehículo. A lo mejor se ha adentrado en el bosque con el coche. No debía importarle mucho que fuera algo ilegal o peligroso.

—Ahora vuelvo —digo.

—Quiero ir contigo.

Le miro los zuecos.

—Pero…

Sale del coche y tira los zapatos a un lado.

—Es mi hijo, Aysel. Voy contigo.

Se acerca a mí y me coge de la mano. Corremos por el bosque y ella no deja de apretujarme la mano, sin parar. Me aprieta con tanta fuerza que tengo la sensación de que se me van a caer los dedos en cualquier momento por la falta de circulación sanguínea. Sus pies descalzos hacen crujir las ramitas, pero ella no hace ni siquiera un mohín. Me sigue el ritmo y llegamos a toda prisa al claro.

El acantilado se extiende ante nosotras. Quiero encontrar a Roman aquí,

en el claro, y no encontrarlo allí, más allá del precipicio. Deseo rodearlo con los brazos por el cuello y atraerlo hacia mí, inspirar su olor a pino y besarle las pecas que tiene bajo la nuca. Y quiero darle un puñetazo en la boca del estómago y abofetearlo por traicionarme de esta forma. Por mentir. Por intentar morir sin mí. Sin embargo, es posible que no logre hacer lo que deseo si no lo encontramos a tiempo. Me tiemblan las rodillas.

—¿No creerás que él…? —me pregunta la señora Franklin, con la voz ahogada en lágrimas.

Observo cómo mira al vacío, asomada al acantilado. El río Ohio discurre a nuestros pies, y dudo que pudiéramos verlo aunque estuviera ahí abajo. En el agua. Con la cabeza golpeando contra las piedras, con la columna rota y el cuerpo laxo. Debo dejar de pensar en ello.

«No está muerto. No puede estarlo.» Me pregunto si es posible que yo perciba si está muerto. Si lo sentiría en mi sistema celular. Si mi cuerpo sería capaz de captar cómo la energía de Roman abandona su cuerpo y se desvanece. Por primera vez en todo el día, respondo al apretón de la mano de la señora Franklin y la apretujo con fuerza.

—Tenemos que encontrarlo. Vamos a encontrarlo.

No sé por qué lo he dicho. Es más un deseo que una promesa. Me suelta la mano y se acerca para darme un fuerte abrazo. Huele a magdalena de mantequilla y a vainilla.

—Eres un ángel.

Me derrumbo cuando lo dice. No soy un ángel. Soy todo lo contrario. Podría haber impedido esto. Debería haberlo impedido. Estoy a punto de decírselo cuando se me ocurre una cosa.

—¿Ha dicho que le había dado las llaves del todoterreno a Roman?

Ella asiente en silencio.

Vuelvo corriendo a mi coche y la señora Franklin me sigue. Ni siquiera me pongo el cinturón de seguridad y piso a fondo el acelerador. Nos alejamos a toda pastilla de Crestville Pointe. El recorrido de ocho minutos se nos hace eterno. Cuando llegamos a la casa de Roman, pongo el freno de mano y bajo del coche de un salto.

Corro a toda prisa hacia el garaje de detrás de la casa. Puedo oler el combustible que sale por el tubo de escape y se cuela por la rendija de debajo de la puerta; oigo el rumor sordo del motor del coche. Tiro de la puerta, pero no consigo abrirla. Le doy una patada.

Detrás de mí oigo a la señora Franklin gritar y salir corriendo hacia la

casa. Sigo aporreando la puerta del garaje, pero es inútil. La madre de Roman regresa y apunta con el mando de apertura del garaje por encima de su cabeza. Aprieta el botón una y otra vez: la puerta se abre y vemos lo que ocurre.

El todoterreno rojo está en marcha. El garaje está lleno de monóxido de carbono. A través del humo, veo que Roman se encuentra en el asiento del conductor. Está tendido sobre el volante y sus ojos enormes y hermosos están cerrados. No se mueve.

Me flaquean las piernas y algo en mi interior estalla. Mi corazón.

Viernes, 5 de abril

Quedan dos días

Llevo horas sentada en la sala de espera del hospital. Miro hacia el techo, en dirección al fluorescente parpadeante e intento dejar de obsesionarme con la imagen del cuerpo laxo e inconsciente de Roman. La sala de espera huele a café, a desinfectante y a lágrimas saladas. Uno jamás piensa que el miedo o la tristeza tengan olor hasta que pasa largas horas en un hospital

Me pregunto si la culpa tiene olor: un olor cargante y nauseabundo que los padres de Roman saben detectar. Estoy sentada entre ellos dos, y no me han dicho nada, salvo cuando van preguntándome cada cierto tiempo si estoy bien. ¿Cómo pueden seguir preocupados por mí? ¿Es que no saben que soy parte del problema, que yo formaba parte del plan? Sé que he cambiado de opinión, pero estoy segura de que me odiarían si conocieran la verdad.

Ambos acaban de visitar a Roman. Por suerte sigue estable. Se duerme y se despierta continuamente. Supongo que no ha tenido la oportunidad de contarles que he sido una traidora, con él y con sus propios padres.

Me revuelvo en la silla. El asiento de plástico está húmedo por mi sudor y se me pega a los muslos. Debería haberme puesto vaqueros en lugar de pantalones cortos. Mientras me muerdo las pielecillas de los dedos, me doy cuenta de que cada vez estoy más enfadada con Roman. A lo mejor soy una traidora, pero él también lo es. Ha seguido adelante con el plan y ha intentado morir sin mí.

La madre de Roman me pone una mano en el hombro y me obliga a volver a la realidad.

—Cariño, la enfermera ha dicho que Roman debería despertar pronto. Le he contado quién eras, y me ha dicho que puedes entrar a verlo dentro de unos minutos, si quieres. —Habla con dulzura, como si estuviera cantando una nana—. Le he dicho que eras la persona que le ha salvado la vida a Roman. Si no llega a ser por ti… —Tira de mí y me da un abrazo que sofoca

el sonido de sus sollozos—. ¡Te estamos tan agradecidos!

Me suelta y me dedica una sonrisa tímida y triste.

—¿Cómo podremos pagártelo?

Me quedo sin respiración. No encuentro palabras; es como si tuviera la boca llena de arenas movedizas y todas las palabras que quiero decir son succionadas hacia el agujero que noto en el estómago.

—Tranquila, cariño. —Me da una palmadita en la nuca con sus uñas de impecable manicura—. No tienes que decir nada. Sé que estás aguantando mucho. —Inclina la cabeza para poder mirarme directamente a los ojos—. Tú quieres ver a Roman, ¿verdad?

Me obligo a asentir con la cabeza. Quiero ver a Roman. Sí que quiero verlo. Es lo único que quiero.

Sin embargo, al mismo tiempo, no sé cómo enfrentarme a él.

Me quedo sentada con la señora Franklin durante unos minutos más. El señor Franklin regresa de la cafetería del hospital con un café para ella y una galleta para mí. Coloco la galleta en la mesita que tengo al lado. No vuelvo a tocarla.

Al final, una enfermera con el pelo de color canela se acerca a nosotros. La señora Franklin hace un gesto para señalarme, y la enfermera asiente con la cabeza. Cuando me levanto, se me pegan las piernas al asiento. Es como si la silla me suplicara que no fuera, como si intentara disuadirme.

La enfermera me guía por el pasillo embaldosado hacia la habitación de Roman. Miro las tarjetas y mensajes de ánimo que los visitantes han colgado en las demás puertas. En la entrada de una habitación alguien ha colocado un montón de globos amarillos. Me pregunto si debería haber comprado globos. Seguramente es una idea estúpida. No parece una ocasión muy apropiada para los globos.

Al final llegamos a la habitación de Roman. La enfermera hace girar el pomo metálico y entra. Yo permanezco en el pasillo unos minutos, apretando las manos con fuerza, inspirando hondamente, tarareando el *Concierto n.º 15 para piano*, de Mozart.

—Por aquí, cariño —me invita la enfermera.

Me pregunto si está acostumbrada a gestionar este tipo de situaciones. Con los visitantes que no saben cómo comportarse, que no quieren enfrentarse a la realidad.

La visión de Roman tendido en la cama del hospital me hiela el corazón. Su cuerpo alto y delgado es demasiado grande para el colchón; los dedos de

los pies le asoman por debajo de la sábana. Las luces del hospital hacen que su piel parezca casi translúcida, y tiene unas ojeras enormes bajo los ojos. No parecen en absoluto dorados. Son de un verde apagado y fangoso.

—Aysel —dice. Tiene la voz ronca y rota.

La enfermera me dedica una sonrisa esperanzada y alarga una mano para tocarme el hombro.

—Estaré ahí fuera por si necesitáis algo, chicos.

Echo un vistazo a la habitación, porque no puedo soportar seguir mirándolo. Veo que su madre le ha traído su colección de libros de Julio Verne y su cuaderno de dibujo, y han colocado un jarrón de caléndulas junto a la cama. No está Capitán Nemo. Supongo que es lógico. Está claro que el hospital no autoriza la presencia de tortugas en las habitaciones, aunque sean tu mascota.

Sin embargo, aparte de las flores, los libros y el cuaderno de dibujo, la habitación es anodina y aséptica. No tiene nada que ver con Crestville Pointe. No es como el lugar en el que él había imaginado morir. No puede morir en este lugar. No puede morir en ningún caso.

—Aysel —repite. Esta vez habla en voz más alta, aunque todavía suena muy dolorida.

Parpadeo para intentar contener las lágrimas, que ya noto anegándome los ojos.

—¿Cómo has podido…?

—Tú no querías hacerlo —dice—. Sé que no querías. Y yo no quería que lo hicieras. Me gustas demasiado para verte morir. Quiero que vivas, Aysel. Por eso lo hice solo, porque quería salvarte.

Adelanto la barbilla de golpe y me quedo mirándolo a los ojos. Tiene la cara muy blanca. Le veo las venas. Parece muy frágil, como si en cualquier momento su cuerpo fuera a ceder.

—¿Salvarme? Si te preocupara tanto, no habrías hecho esto.

Me acerco más al lado de la cama, pero sigo de pie. Percibo cómo intenta negar con la cabeza. Apenas puede mover el cuello. Cuando me aproximo más a él, veo que tiene el cuello amoratado. Violáceo e hinchado.

—Tuve que hacerlo, Aysel. No soy como tú. No merezco vivir. —Deja escapar un profundo suspiro—. No me soporto. No, porque sé que soy el causante de la muerte de Maddie.

—Pero ¿qué pasa con lo del siete de abril? ¿Y lo de morir en el agua?

Esta vez es él quien se niega a mirarme a los ojos.

—No quería saltar desde Crestville Pointe sin ti. Me parecía mal. Y cuanto más lo pensaba, más incorrecto me parecía hacerlo el mismo día que murió Maddie. O de la misma forma. Habría sido como robarle algo. —Vuelve a intentar negar con la cabeza—. No sé por qué escogí el coche. Pero tuve el presentimiento de que si no lo hacía enseguida, no lo haría jamás.

Agacho la cabeza para que no pueda verme los ojos y aprieto la barbilla contra el pecho. Ahogo el sonido de mis sollozos, pero las lágrimas siguen cayéndome por las mejillas mientras permanezco en silencio.

—No llores —dice—. Ven aquí.

No me muevo.

—Aysel, ven aquí.

Inspiro con fuerza y me siento en la silla que hay junto a su cama.

Alarga una mano y se la cojo. Me aprieta con debilidad los dedos laxos, de un modo muy distinto a como me tomaba de la mano en la feria. Y esta vez sí que siento mi mano. Lo siento todo. Y quiero seguir sintiéndolo todo. Incluso lo doloroso y lo horrible. Porque sentir las cosas es lo que nos hace saber que estamos vivos.

Y yo quiero estar viva.

—No puedo perderte —consigo decir al final.

—No digas eso —susurra.

—No, es verdad. No puedo perderte. Roman, tienes que decidir vivir. Sé que nada puede borrar lo que le ocurrió a Maddie, pero no puedes tirar la toalla.

Mueve la cara para poder fruncir el ceño. Parece dolorido. Prácticamente percibo como le duelen los músculos por debajo de la piel. Sus ojeras son tan oscuras y azuladas que parece como si le hubieran dado varios puñetazos en la cara.

—No estoy pidiéndote que vivas por mí. Aunque sería bonito, porque estoy enamorada de ti. Y me da igual que ahora digas que me equivoco de verbo; así es como lo siento. Sin embargo, esto no tiene nada que ver conmigo, ni con lo que siento por ti. Quiero que vivas por ti mismo, porque sé que te esperan grandes cosas. ¡Te queda tanto por descubrir y experimentar! Y te lo mereces, a lo mejor crees que no, pero sí que te lo mereces. Estoy aquí para decirte que te lo mereces. Y sé que puede parecerte muy cursi. Pero créeme, hace seis semanas me habría abofeteado por decir estas cosas, pero el hecho de conocerte… —Dejo la frase inacabada—. Conocerte me ha ayudado a verlo todo de otra manera. A verme a mí misma

de otra manera. Y lo único que quiero es que tú te veas como yo te veo.

Después de haber soltado este discurso, me siento agotada, desinflada. Sé que la mayoría de las personas usa la expresión «desinflada» en sentido negativo, pero hoy esa sensación me parece positiva. Porque he mantenido ocultos en mi interior todos estos secretos durante mucho tiempo y ahora los he liberado de golpe. Me siento más ligera. Me siento libre. Le he dicho a Roman que le quiero; he emitido esa carga positiva al universo. Y ahora estoy esperando a ver si saltan chispas, si esa descarga nos pone en movimiento.

Roman emite un sonido como de arcada, como si estuviera a punto de decir algo, pero entonces cierra los ojos y se le estabiliza la respiración. Se ha dormido. Me quedo sentada allí durante un rato, y sigo cogiéndole la mano derecha con la izquierda. Me da un poco de repelús mirarlo mientras duerme, pero es superior a mí. Me aterroriza la idea de que, si le quito ojo, pueda desaparecer.

El pecho se eleva y se hunde al ritmo de la respiración. Parece muy frágil, pero sigue vivo. Y eso es lo que importa. Mientras lo observo, me doy cuenta de que estoy deseando poder ver a través de su piel, ver su interior. Ver si hay solo vacío, oscuridad o si hay algo más.

Domingo, 7 de abril

Ya no quedan días

Hoy es el día: el aniversario de la muerte de Madison. Me ha costado un mundo reunir el valor necesario para venir al hospital, pero sabía que, si no venía, jamás me lo perdonaría.

Por primera vez en tres años, me he puesto algo distinto a una camiseta de rayas grises y vaqueros. Le he cogido prestado a Georgia un sencillo vestido negro, me he lavado el pelo, me lo he peinado hacia atrás y me he hecho una trenza francesa. No es que crea que a Roman le vaya a importar mi aspecto a estas alturas, pero a mí sí me importa. Y lo que quiero es que él se dé cuenta de eso.

Las bailarinas color plata que también le he pedido a Georgia hacen un ruidillo como de pisadas de lluvia sobre las baldosas a medida que avanzo por el pasillo del hospital. En cuanto llego a la habitación de Roman, echo un vistazo al interior y veo que sus padres están juntos a los pies de la cama.

—¡Oh, Aysel! —dice ella. Me dedica una alegre sonrisa. Empiezo a creer que la calidez de la madre de Roman no es solo fachada, como dice él; de verdad que alberga todo ese amor en su interior.

El señor Franklin la rodea con un brazo y, cuando me ve, atrae más hacia sí a la señora Franklin.

—Entra —me dice. Habla con menos efusividad que su mujer, aunque su tono tampoco resulta frío.

Roman me mira. No dice nada. A lo mejor son solo imaginaciones mías, pero juraría que su mirada se ilumina un poco. Las ojeras todavía están azuladas, aunque resultan menos impactantes que el viernes.

—Tengo hambre, ¿y tú? —le dice la madre de Roman al padre.

Él se muestra confuso durante un instante, pero entonces lo entiende.

—¡Ah, sí! —responde—. Estoy muerto de hambre.

La señora Franklin se vuelve hacia mí.

—Cariño, ¿te importa cuidar de Roman durante unos minutos mientras

vamos a comer algo rápido?

—No hay problema. —Le sonrío agradecida por su amable gesto. Le agradezco que todavía me permita ver a Roman, haberme apuntado en la lista de visitantes autorizados y tratarme como a un miembro más de la familia.

La señora Franklin besa a su hijo en la frente y, en cuanto sus padres se han marchado, tomo asiento en la silla que hay junto a su cama.

—Debería estar en su tumba —dice Roman al final. Todavía se le nota la voz débil, aunque más firme que el viernes—. Hoy más que ningún otro día, debería estar allí.

—Ella no necesita que estés junto a su tumba para saber que la quieres.

Me mira haciendo un mohín.

—¿De verdad lo crees?

Asiento en silencio.

—Sí que lo creo, Roman. Puede que no esté aquí físicamente, pero sí que está presente. Y ella quiere verte feliz. Sé que eso es lo que quiere.

Permanece en silencio durante unos minutos. Tiene las sábanas subidas hasta la barbilla y está totalmente quieto. Nos miramos en silencio hasta que él me pregunta:

—Cuando salga de aquí, ¿irás conmigo?

—¿A su tumba?

Tuerce la boca y lo interpreto como un sí.

—Iré contigo a cualquier lugar. —Me arde la cara. No estoy acostumbrada a decir cosas así, pero cuando lo veo sonreír con debilidad, desaparece cualquier sensación de bochorno—. Mírame, aquí me tienes, siendo la más cursi del mundo.

Deja escapar una risa ronca y profunda.

—Hablando de eso —digo, y meto la mano en el bolso. Saco el libro que compré sobre las playas de Carolina del Norte. Se lo pongo sobre la bandeja que tiene a los pies de la cama para que pueda verlo—. He pensado que, a lo mejor, cuando te recuperes, podríamos ir a visitar estos lugares.

Se queda observando el libro y se le ilumina la mirada. Sus ojos pasan del verde fangoso al dorado intenso.

—Al mar —añado.

No dice nada. Levanta el libro de la bandeja y lo hojea. Sé que intenta actuar como si no le importara, pero en determinadas páginas se entretiene durante más tiempo para contemplar las fotos impresas en papel satinado.

Al final pregunta:

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué sigues intentando ayudarme a pesar de saber lo mal que estoy?

Me encojo de hombros. Me levanto y camino hacia la mesilla de noche, donde su madre ha colocado todas sus novelas de Julio Verne y su cuaderno de dibujo. Agarro el cuaderno y me siento en la silla. Paso las hojas.

—¿Por qué? —repite.

Me quedo contemplando los dibujos hechos con carboncillo y levanto la vista, me obligo a mirarlo directamente a los ojos.

—Porque amarte me ha salvado. Me ha hecho verme distinta de mí misma, ver el mundo de otra forma. Te lo debo todo por ese motivo.

Antes de que pueda responder, alguien llama a la puerta.

—¿Hola? —Lo pregunta una persona con un tono muy profesional.

La puerta se abre y vemos a una mujer en la entrada de la habitación. No lleva bata blanca de doctora ni uniforme de enfermera, sino pantalones negros y camisa blanca abotonada hasta el cuello.

—Tú debes de ser Aysel —dice, y luego se vuelve hacia Roman—. Hola, Roman. ¿Cómo te encuentras hoy?

Roman se queda mirándola.

Ella se acerca y me posa con delicadeza una mano en el hombro.

—¿Te importa esperarnos en el pasillo?

Sacudo la cabeza, salgo de la habitación y cierro la puerta sin hacer ruido. Recorro el pasillo mientras intento imaginar la conversación que tiene lugar en el cuarto. Me imagino la expresión atónita y silenciosa de Roman, y a la mujer haciendo todo lo posible por obtener respuestas.

Estoy a punto de recorrer el pasillo de punta a punta por enésima vez cuando la puerta se abre y sale la mujer. Se aparta un mechón de pelo negro de la frente.

—Soy la doctora Stead. —Me tiende la mano.

Se la estrecho con debilidad.

—Yo soy Aysel, aunque usted ya lo sabía. ¿Está tratando a Roman?

Ella asiente en silencio.

—Sí, así es.

«Bien», pienso, pero no digo nada.

—Espero que pueda, bueno, ya sabe, llegar a conectar con él.

No sonríe, aunque, de algún modo, logra parecer simpática. Me pregunto si es una habilidad que enseñan en la facultad de Medicina.

—Haré todo lo posible. ¿Sabes? Soy bastante buena en lo que hago. —Se mete una mano en el bolsillo y saca una pequeña tarjeta de presentación. Me la entrega.

El papel es terso, y paso los dedos por encima del texto impreso en relieve.

—Si quieres hablar en algún momento, o necesitas cualquier cosa, puedes localizarme en este número —añade. Me mira con sus ojos claros y de expresión amable. Me pregunto si sabe lo de Crestville Pointe, lo de nuestro pacto. Si Roman le habrá contado algo.

—Gracias —respondo en voz baja y le doy la vuelta a la tarjeta.

Ella se aleja y el taconeo de sus zapatos retumba a lo largo del pasillo.

Cuando vuelvo a entrar en la habitación de Roman, él me mira con frialdad.

—¿Qué?

—¿No pensarás en pedirme en serio que hable con esa mujer?

Arrugo la tarjeta que llevo en la mano.

—¿Le has hablado sobre nosotros?

—¿Sobre qué?

—Ya sabes…

Se incorpora y apoya la espalda en el cabecero metálico de la cama. Parece que le cuesta mucho, pero lo consigue.

—No, no le he dicho nada, ni pío. Y no pienso hacerlo.

Vuelvo a sentarme en la silla que está junto a su cama.

—A lo mejor no sería tan mala idea.

Suspira, y juro que oigo cómo le duelen los músculos de la garganta. Me imagino qué aspecto tiene el interior de su cuerpo: magullado y amoratado. Intento apartar ese pensamiento.

—Ya no estoy seguro de saberlo —responde.

Me muerdo el labio inferior.

—Eso no es justo. Quiero decir, no tienes que hablar con ella. Pero al menos habla conmigo, ¿no?

No dice nada. Me levanto y vuelvo a dirigirme hacia la estantería. Esa vez cojo *Veinte mil leguas de viaje submarino.*

Me siento de nuevo y abro el libro. Las tersas y finas hojas son fáciles de volver. Empiezo a leérselo. Al principio, tengo la voz un tanto temblorosa,

pero pronto doy con el tono y el ritmo ideales. Cada cierto tiempo, voy echándole un vistazo a Roman y lo veo mirándome, con el gesto relajado, como si estuviera escuchando la historia.

Me deja terminar el segundo capítulo y luego me interrumpe.

—¿Aysel?

—¿Sí?

Se desplaza sobre el colchón para acercar más su cuerpo al borde de la cama. Sus movimientos son lentos y elaborados.

—Ven aquí. —Se acerca a mí y toma mi cara entre sus manos.

Me inclino y nuestras bocas se funden. Tiene los labios secos e hinchados, pero el beso es suave, delicado y perfecto.

—Hablaré contigo —me susurra—. Te lo prometo.

Lo miro a los ojos dorados y no estoy segura de creerlo. Sé que todavía está destrozado, tremendamente triste, pero, cuando me coge de la mano, siento el potencial de la felicidad en su pulso.

—¿Y sabes lo que has dicho antes, eso de que he conseguido que te veas a ti misma de otra forma? —pregunta, con su cara todavía a escasos milímetros de la mía.

—Sí.

—Bueno, pues esa es la razón por la que te dibujé así. Para intentar mostrarte a la persona a la que veo cuando te miro, no a la persona que tú creías ser.

Parpadeo como si el potente flash de una cámara acabara de dispararse —todo está blanco y borroso— y me siento más expuesta de lo que me he sentido jamás. Sé que Roman me ve, hasta la grieta más diminuta y oculta, pero eso no me asusta. Siento cosquillas en el corazón cuando me doy cuenta de que estoy disfrutando de la luminosidad. He acabado con las sombras.

Él me mira, sus ojos recorren toda mi cara.

—Supongo que quiero ver el mundo de otra forma… —Se queda callado y su expresión vuelve a tornarse triste.

La habitación está tan silenciosa que oigo como zumba el fluorescente del techo.

—Pero este mundo sigue dando asco, ¿sabes? —añade al final.

—Sí, ya lo sé. —Me duele el alma por él y desearía hacer algo, pero sé que lo único que puedo hacer es acompañarlo—. ¿Sigo leyendo? —Cojo el libro—. El mundo de estas páginas no da tanto asco.

—Lo dices ahora, espera y verás.

Miro la página, veo la ilustración de un monstruo marino devolviéndome la mirada y luego miro a Roman.

—Yo esperaré si tú esperas.

Me toma de la mano y me da un apretón.

—Esperaré.

Nota de la autora

Empecé a escribir este libro en enero de 2013, después de la muerte de uno de mis mejores amigos. Me encontraba en un momento muy oscuro, y trabajar en este proyecto fue, en parte, mi forma de gestionar esas emociones. Para mí, *Mi corazón en los días grises* siempre ha sido una historia sobre las personas que entienden a la perfección incluso esas partes más temerosas y raras de tu ser. Trata de esas personas que llegan a tu vida cuando menos lo esperas, de las formas más extrañas, y lo cambian todo; trata de la importancia de permitir que esas personas entren en tu vida, y de abrirse a ellas. Trata de las personas de tu vida que te ayudan a verte a ti mismo de otra forma y del auténtico poder de la conexión entre los seres humanos.

Aunque esta historia tiene un final esperanzador, el camino hacia la recuperación es largo y requiere constancia. En muchos casos, la batalla contra la depresión dura de por vida. Para los que quizá estáis gestionando emociones parecidas a las de Aysel y Roman, quiero que sepáis que no importa lo perdidos que os sintáis, jamás estaréis solos. Si te planteas el suicidio, deberías considerarlo una urgencia médica. Por favor, en serio, no te lo calles y habla con alguien. Los teléfonos de la Esperanza atienden las veinticuatro horas en todo el mundo, y a pesar del miedo que pueda darte hablar sobre lo que estás pensando, espero que encuentres la fuerza necesaria para hacerlo. Nuestra voz es el recurso más potente.

Los que creáis que algún amigo está luchando contra la depresión, por favor, acercaos a él. Sé que quizá resulte incómodo, pero hablar sobre estas cosas es lo que nos ayuda a empezar a eliminar el estigma relacionado con la depresión y los pensamientos suicidas. Lo mejor que podéis hacer por ese amigo es hablar con él o con algún adulto que sea un referente para él. Al animarlos a hablar, cabe la posibilidad de que los guiéis hacia el camino de la recuperación.

Por último, espero que esta historia te haya recordado a las personas de tu vida que importan. Trátalas con cariño, sé amable con ellas y recuerda que

nuestra existencia es algo frágil. Os deseo a todos una vida muy cinética y bonita.

Si quieres saber más sobre ellas.
y estar informado permanentemente de cualquier
novedad, ahora puedes seguirnos en:

http://www.facebook.com/ellasdemontena

http://www.twitter.com/ellasdemontena

http://www.tuenti.com/ellas

Desde estas páginas podrás comentar los libros,
compartir opiniones, leer entrevistas de tus autores
preferidos, acceder en primicia a los primeros capítulos
y muchas sorpresas más.



Título original: *My Heart and Other Black Holes*

Edición en formato digital: abril de 2015

© 2015, Jasmine Warga
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2015, Verónica Canales Medina, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Judith Sendra
Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-495-6

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com



Índice

Mi corazón en los días grises
Martes, 12 de marzo
Miércoles, 13 de marzo
Miércoles, 13 de marzo «Cuando llego a casa…»
Miércoles, 13 de marzo «Lo único bueno de…»
Jueves, 14 de marzo
Jueves, 14 de marzo «Durante un rato viajamos…»
Viernes 15 de marzo
Sábado, 16 de marzo
Sábado, 16 de marzo «Roman me pide que…»
Lunes, 18 de marzo
Miércoles, 20 de marzo
Jueves, 21 de marzo
Viernes, 22 de marzo
Sábado, 23 de marzo
Sábado, 23 de marzo «Llegamos al zoo…»
Martes, 26 de marzo
Miércoles, 27 de marzo
Miércoles, 27 de marzo «Envío un mensaje…»
Viernes, 29 de marzo
Sábado, 30 de marzo
Sábado, 30 de marzo «Llegamos a la Institución…»
Sábado, 30 de marzo «Aparco delante…»
Domingo, 31 de marzo
Domingo, 31 de marzo «Llevamos más o menos…»
Domingo, 31 de marzo «Convenzo a Roman…»
Lunes, 1 de abril
Lunes, 1 de abril «Cuando llego a mi casa…»
Miércoles, 3 de abril
Jueves, 4 de abril
Viernes, 5 de abril
Domingo, 7 de abril
Nota de la autora
Descubre la colección ELLAS
Créditos